

AMOR ESCOCÉS
A TRAVÉS DEL
TIEMPO



SALVAR A UN ESCOCÉS SALVAJE

TAMARA

Gill

A decorative flourish or ornament located at the bottom of the author's name, featuring intricate scrollwork and floral patterns.

SALVAR A UN
ESCOCÉS
SALVAJE

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)

[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

Salvar a un Escocés Salvaje
Amor escocés a través del tiempo, Libro 2
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Kenzie Jacobs está fascinada por un retrato del pícaro highlander, Black Ben, que cuelga en su casa ancestral. Hay un misterio que rodea su muerte, y Kenzie anhela resolverlo viajando en el tiempo a la Escocia del siglo XVII, y quizás conocer al apuesto laird que frecuenta sus sueños.

Black Ben, Laird de Ross, hacía honor a su oscuro nombre más que nunca desde que su esposa muriera en el parto. Ha jurado no volver a casarse jamás. Pero Kenzie es un elixir embriagador e incluso más potente que el whisky. Por muy confusa y loca que pueda parecer, no puede sacarla de su sistema. Sin embargo, no hay manera de que puedan funcionar, ya que ella no encaja en sus planes.

El destino los ha unido, y Ben no puede impedir que Kenzie regrese a su época, aunque haría cualquier cosa —excepto casarse con ella— para retenerla a su lado. Kenzie tiene una vida a la que volver, pero dejar atrás a su highlander favorito, aunque exasperante, podría ser lo más difícil que tenga que hacer jamás.

PRÓLOGO

1605 Tierras Altas, Escocia

BEN SUBIÓ furioso las escaleras de piedra que conducían a su habitación privada en la fortaleza, el inquietante silencio del castillo contrastaba con el pánico que arañaba su cuerpo. Los sirvientes apartaban la mirada a su paso, ninguno dispuesto a cruzar los ojos con su señor. Probablemente era lo mejor, pues en ese preciso momento, Ben no estaba seguro de lo que haría si viera miedo, tristeza... o incluso lástima en sus miradas.

El largo pasillo hacia su cámara estaba oscuro, las linternas aún sin encender para la noche, y gritó órdenes para que se encendieran las antorchas. Un murmullo apagado se escuchaba tras la puerta de su esposa, junto con su dulce voz entrecortada por sollozos intermitentes.

Entró y leyó la habitación fácilmente. La curandera del castillo estaba sentada junto a la cama, el ceño de la anciana fruncido de preocupación y compasión. El enrojecimiento de los ojos de Aline delataba su desesperación, y él se unió a ella, estrechándola fuertemente contra su pecho.

—¿Qué sucede, muchacha?

Ella sollozó de nuevo, y él miró a la curandera en busca de esclarecimiento.

—Decidme qué causa esta angustia.

La curandera se reclinó, juntando sus arrugadas manos sobre su regazo.

—El bebé ha nacido y está ahora con una nodriza. Tenéis un hijo, mi señor. Un bebé sano que crecerá y os hará sentir orgulloso, estoy segura. Pero lo que creíamos que era un hermano gemelo no es más que una masa endurecida que nunca nacerá ni sanará con el tiempo.

Ben frunció el ceño, echándose hacia atrás para captar la atención de Aline.

—¿Qué significa eso?

—Significa —dijo la curandera, poniéndose de pie— que no hay nada más que pueda hacer aquí. —La anciana colocó suavemente su mano sobre la frente de Aline—. Que Dios te bendiga, hija mía.

La conmoción lo atravesó ante la implicación de las palabras de la mujer y la finalidad de las mismas.

—¿No hay un segundo niño? —Tomó un respiro para calmarse, su corazón latía demasiado rápido en su pecho. La habitación giraba, y se aferró al cabecero de la cama para apoyarse—. ¿Estáis segura?

—Aye, estoy segura. Es un milagro que tengáis un hijo sano, pero lamentablemente Lady Aline no se recuperará de este parto. El nacimiento del niño ha causado que esta masa sangre lentamente, y no se detendrá. Lo siento, mi señor.

Aline sollozó contra su pecho, y él le frotó la espalda, sin querer creer las palabras de la curandera.

—Dejadnos —ladró, observando cómo la mujer cojeaba fuera de la habitación.

—Voy a morir, ¿verdad? Soy demasiado joven para morir. —Ella sorbió, y las lágrimas ardieron tras sus párpados. Odiaba verla así, asustada y desesperada por salvación.

—La anciana se equivoca. Enviaré un jinete esta noche al Castillo Druiminn. Aedan hará que Gwen venga a mi llamado y te atienda. Sé que está allí de visita tras el nacimiento del segundo hijo de Aedan y Abby.

—Fue un niño, ¿no es así? Me alegro por ellos. —Aline lo miró, su hermoso rostro manchado y enrojecido, ya fuera por el esfuerzo del parto o por llorar, Ben no estaba seguro—. Había esperado darte dos fuertes muchachos, pero al menos tenemos uno. Espero no haberte decepcionado.

Él negó con la cabeza.

—Nunca me has decepcionado. Sé que tuvimos un comienzo extraño, pero ha sido un honor tenerte como mi esposa. Espero no haberte decepcionado yo tampoco.

Su pálida mano se extendió y detuvo sus palabras, sus dedos fríos contra sus labios.

—Nunca lo hiciste. Es imposible que lo hagas. —Se desplomó sobre la cama. Ben estudió su persona y notó la mancha de sangre que se extendía cada vez más sobre las sábanas—. Enviaré el mensaje de inmediato.

Poniéndose de pie, Aline alcanzó y agarró su brazo, negando con la cabeza.

—No hay tiempo. Solo prométeme una cosa, por favor.

Ben se sentó de nuevo, tomando su mano y luchando contra el dolor que se abría en su pecho.

—Lo que sea, muchacha.

—Cuida a nuestro precioso muchacho. Y tan a menudo como puedas, dile cuánto lo amé. Cuánto lamento no poder verlo crecer hasta convertirse en el hombre que sé que será. Uno como tú: fuerte, capaz y amable, aunque un poco salvaje en los bordes.

Su débil sonrisa tembló, y Ben asintió, el nudo en su garganta negándole la capacidad de hablar.

—Por supuesto —logró decir con voz ronca—. No dejaré pasar un día sin tal recordatorio.

—Tengo tanto frío. —El escalofrío que la sacudió envió pánico a sus entrañas.

¡No!

Ella cerró los ojos, y el miedo de que hubiera fallecido lo atravesó, seguido de alivio cuando notó su respiración superficial. Ben se acostó a su lado, atrayéndola hacia el hueco de su brazo. Su cabello olía a rosas, fresco y bonito, y maldijo la dolencia que le arrebataría la vida.

—Te tengo, muchacha.

—Siempre lo hiciste —dijo ella mientras exhalaba su último aliento y pasaba a las manos del Señor.

Ben la apretó fuertemente contra sí y hizo algo que nunca antes había hecho en su vida. Lloró.

CAPÍTULO ÚNO

Época actual, Escocia

KENZIE ALZÓ la vista hacia lo que quedaba del Castillo Ross. Era suyo. A partir de hoy, esta enorme estructura, necesitada de innumerables reparaciones, le pertenecía por completo. Sonrió mientras miraba la escritura del ruinoso castillo.

Gracias, en parte, a su propia finca que utilizaba como casa de huéspedes y alquilaba para bodas y cursos de cocina de fin de semana. Sin mencionar sus amplios establos y terrenos que permitían a la gente alojar sus caballos por una tarifa adecuada. Después de hacerse cargo de Elderridge, nombre que su madre había dado a su hogar, Kenzie había asegurado su supervivencia haciéndolo funcionar como muchas otras fincas. Aprovechó las oportunidades cuando surgieron, invirtió en la casa y ahora, gracias a su arduo trabajo, el Castillo Ross era suyo.

Con el tiempo, este también se ganaría su sustento. Aunque aún faltaban un par de años y mucho trabajo duro para lograrlo.

Dio un gritito y corrió hacia la casa de la entrada que aún se mantenía en pie, después de todos estos años al borde del colapso. Kenzie se pellizcó, incapaz de creerlo.

Ahora, solo tenía que trabajar con el English National Trust y que aprobaran todas las reparaciones que deseaba hacer. Por suerte, quería mantener el edificio exactamente igual a como era cuando se construyó en 1435, aunque buscaba añadir una cocina modernizada, baños e instalación eléctrica en todo el castillo.

—No puedo creer que hayas comprado este lugar. Y no puedo creer que te lo permitieran.

Kenzie sonrió mientras su amiga más antigua, Ann, cerraba de golpe la puerta de su coche y se unía a ella en la entrada. —Supongo que necesitarás ayuda para construirlo y devolver al Castillo Ross su antiguo esplendor.

—¿Te estás ofreciendo a ayudarme entonces? —preguntó Kenzie, sonriendo a Ann mientras observaba los muros caídos y el árbol que se había establecido dentro de lo que una vez fue el gran salón.

—Tal vez, al menos los fines de semana. No es como si tuviera una vida, así que supongo

que será mejor que le haga compañía a mi amiga, que tampoco tiene una vida.

Kenzie se rio, rodeando con el brazo los hombros de Ann y apretándola. —Gracias, cariño. Sabía que podía contar contigo.

—*Hmm* —dijo Ann, caminando hacia las puertas principales del edificio, que en realidad eran solo restos de la antigua entrada—. Supongo que con esta nueva aventura empresarial ya no trabajarás en el Castillo Druiminn para el Laird Macleod. ¿Está contento de que te independices de esta manera?

—Richard está feliz por mí, y solo ayudé en Druiminn mientras ponía en marcha mi propio negocio. Era algo temporal. —Kenzie atravesó lo que quedaba de la puerta principal. No quedaba mucho del lugar, pero Kenzie tenía ayuda en camino. En dos meses, estudiantes universitarios de arqueología y estudios arquitectónicos llegarían para ayudarla a restaurar el castillo. Era un programa fantástico que le proporcionaba ayuda gratuita de estudiantes cualificados, lo que a su vez les permitía utilizar sus habilidades para restaurar edificios de época e históricos.

Sin mencionar que planeaba abrir el Castillo Ross al público para visitas guiadas y, con suerte, devolver al castillo su antiguo esplendor para que, a largo plazo, se financiara por sí mismo.

El castillo en sí no era excesivamente grande, ciertamente más pequeño que el castillo Druiminn, la finca de sus antepasados cerca de la Isla de Skye, pero tampoco era una vivienda pequeña. Y con el apoyo de su primo, el laird, había obtenido el consentimiento para comprar el castillo, bajo estrictas normas que tendría que cumplir en la reconstrucción.

Todo lo que usara para restaurar el edificio tendría que ser el material exacto utilizado durante su construcción. Cualquier piedra que se necesitara para reemplazar las piedras faltantes o rotas debía ser tallada a mano, extraída de la misma cantera o de la más cercana si dicha cantera ya no estaba disponible. El mortero tendría que ser una mezcla de cal, arena y conchas marinas, ya que eso era lo que se había utilizado, estando tan cerca de la costa como estaban. Las vigas de madera también tendrían que ser cortadas y trabajadas a mano; todo sería como era, excepto por los lujos modernos que se aprobaron para el interior.

No era una tarea pequeña y llevaría meses, incluso años, de trabajo, pero Kenzie estaba feliz de hacerlo, especialmente porque siempre había estado fascinada con la casa y la leyenda de quien una vez vivió entre sus muros.

Toda su vida había escuchado historias del último laird que vivió aquí, el Laird de Ross, Ben el Negro. El cuadro que su antepasada Gwendolyn Macleod había pintado de él y que colgaba en el Castillo Druiminn la había hecho preguntarse sobre el hombre toda su vida.

Ben el Negro, un escocés diabólicamente apuesto que era famoso en toda Escocia por ser un brillante espadachín y leal hasta la muerte, seguía siendo uno de los mayores misterios del país; su desaparición de los libros de historia, hasta el día de hoy, nunca se había resuelto.

Aunque nadie más que Ann conocía el plan de Kenzie, ese factor desconocido de la vida de

Ben el Negro esperaba ser resuelto.

Si ella se atrevía a intentarlo...

—Tienes suerte de que la mayoría de los muros exteriores aún se mantengan en pie. Al menos pueden ser reforzados y te darán una buena base para trabajar.

—Sí, y que la mayoría de las piedras retiradas del castillo propiamente dicho se hayan utilizado en un muro de piedra colina arriba, que podemos recuperar fácilmente y traer de vuelta, ya que ese terreno también formaba parte de mi compra. Cualquier otra cosa que se necesite puede obtenerse de la cantera local, el mismo lugar de donde provino el material de construcción en 1435.

—Estoy muy orgullosa de ti, Kenzie. Sé que harás que este castillo vuelva a la vida, tal como siempre has querido.

Kenzie asintió, maravillada por el enorme paso que había dado. Entró en la antigua torre del homenaje. La chimenea aún se mantenía en pie, curiosamente, y probablemente sostenía un muro exterior, por lo que se veía. Se acercó a ella, deslizando su mano por la repisa de piedra, con pensamientos de Ben el Negro corriendo por su mente.

¿Se habría parado en este mismo lugar, sumido en sus pensamientos, tocando la piedra y observando cómo el fuego lamía la madera? Había sido un escocés tremendamente atractivo, y a ella le gustaba imaginarlo aquí, pensando, viviendo, bebiendo y disfrutando de la vida al máximo, como se rumoreaba que había hecho.

—¿Cuándo vuelves a Druiminn?

—Esta noche. Traje mi coche. Si hubiera sabido que ibas a aparecer aquí y sorprenderme, habría bajado contigo.

—Ah, bueno, en cuanto a eso —dijo Ann, su voz haciendo eco mientras salía de una habitación que aún conservaba parte del techo—, me dirijo a Londres. Mi madre quiere que me reúna con ella allí, tiene una cita a la que le preocupa ir sola.

Kenzie frunció el ceño.

—¿Crees que es algo malo?

Ann se rio, negando con la cabeza.

—Oh, no, nada de eso. Va a ver a su contable, y seguramente ha gastado demasiado de la asignación que le dejó mi padre y él va a decirle que se modere.

Ann venía de Estados Unidos, y su padre había hecho fortuna invirtiendo en una empresa de internet que ahora era un conglomerado mundial.

—Estoy segura de que no va a regañarla en absoluto. Eres una bromista —dijo Kenzie—. Vamos, será mejor que nos vayamos, ya que ambas tenemos largos viajes por delante. Quiero llegar a Druiminn antes de medianoche.

—¿Todavía planeas viajar al pasado cuando todo esto estaba en su esplendor? —preguntó Anne, haciendo un gesto hacia las ruinas.

—Sí, y después de estar aquí hoy, mi decisión se ha solidificado. Tiene que haber una razón

por la que todo esto se quemó, fue destruido. ¿Por qué, después del incendio de 1605, nunca se encontraron los restos de Black Ben, ni se le volvió a ver?

—Sabes, es posible que las personas queden tan gravemente quemadas en esos incendios que no quede nada que encontrar. Al igual que los historiadores, puede que nunca descubras qué le sucedió.

—Me encantaría resolver uno de los misterios perdurables de Escocia, pero no soy ilusa, entiendo que es poco probable. Pero el viaje me dará la oportunidad de ver cómo estaba distribuido este castillo, para la reconstrucción aquí. —No es que alguien fuera a creer lo que descubriera sobre Black Ben, pero al menos *ella* sabría la verdad.

—¿Y no puedo disuadirte? ¿Y si nunca regresas y mueres en su tiempo? Tu madre estará devastada, sin mencionar al Laird MacLeod. Estoy segura de que él no desea que vayas.

Su primo, el actual Laird MacLeod, había dejado perfectamente claro que no deseaba que ella regresara, y sin embargo, al final del día, era su decisión. Su mamá estaba al tanto de sus planes, y la llamaría esta noche para informarle que se iba. Aunque no planeaba quedarse mucho tiempo, al menos si sus seres queridos sabían lo que estaba haciendo, ninguno de ellos presentaría un informe de persona desaparecida ni haría preguntas entrometidas a su regreso.

—Sabes que es algo que he querido hacer durante mucho tiempo. Y ahora que puedo controlar mejor mi don, creo que es el momento.

Ann entrecerró los ojos.

—¿Cómo has controlado tu don? ¿Has estado haciendo cosas que no me has contado?

Kenzie recogió un trozo de cerámica rota y limpió la suciedad del pequeño fragmento.

—Puede que haya probado mi capacidad para elegir dónde aterrizo cuando viajo. Hasta ahora, ha sido un éxito.

—¿A dónde has ido? ¿A qué épocas has viajado?

—He viajado a un par de lugares, 1818 y el cambio del siglo XIX. Durante mi cántico, añadí un tiempo y un lugar y funcionó. Aterricé cada vez exactamente como lo pedí. Así que supongo que puedo viajar desde cualquier lugar a cualquier momento si digo las palabras correctamente.

Ann negó con la cabeza, caminando hacia ella.

—Por favor, ten cuidado. Toda tu familia, y yo incluida, odiaríamos que te pasara algo.

—Lo sé. Ahora vamos —dijo Kenzie, dirigiéndose hacia donde estaban aparcados sus coches—. Será mejor que nos vayamos.

Ann suspiró.

—De acuerdo —dijo, dándole un abrazo antes de subir al coche, dar marcha atrás en el camino y dirigirse hacia el sur. Kenzie observó un poco antes de subir a su coche, con el castillo alzándose sobre ella, las sombras del atardecer dándole un aspecto inquietante. Se estremeció como si alguien hubiera caminado sobre su tumba. Luego, ella también arrancó el motor.

Era hora de prepararse para descubrir exactamente qué estaba ocultando este viejo edificio de piedra.

Kenzie pensó en todas las cosas que quería hacer y ver en la Escocia medieval. Después de conocer a Abby Cross y asegurarse de que la mujer viajara de vuelta a su alma gemela, el Laird Aedan Macleod, la idea de hacer lo mismo y conocer a sus antepasados se había convertido casi en una obsesión. Su antepasada Gwen tenía el don de la videncia, pudiendo ver el futuro, y había elegido a Abby como la mejor pareja para su hermano, el Laird Macleod. Pero cuando su castillo había sido asaltado por un clan rival, Gwen había enviado a Abby de vuelta a su propio tiempo, y debido a las heridas sufridas esa noche, Gwen no había podido traer a Abby de vuelta.

La pobre Abby había quedado devastada, pensando que estaría separada para siempre del Laird Macleod. Abby había regresado al Castillo Druiminn, con el corazón roto y resignada a dejar atrás al amor de su vida en la historia. Pero lo que Abby no sabía era que Kenzie tenía la misma habilidad que su antepasada y podía enviarla de vuelta a la Escocia del siglo XVII. Y eso es exactamente lo que había hecho.

Poder manipular el tiempo era un don que no temía usar, especialmente si significaba que dos almas, nacidas en diferentes épocas, se reunieran.

Su tataratatarabuela —demasiados "tataras" para contar— era la única razón por la que ella tenía la capacidad de viajar en el tiempo. El don de su antepasada se había transmitido a través de la línea de sangre femenina. Por supuesto, no todo se había heredado; mientras que Kenzie podía viajar en el tiempo, no tenía la capacidad de ver el futuro como Gwen, ni era muy buena ayudando a las personas si estaban heridas. Pero podía leer bien a la gente y sabía confiar en sus instintos cuando se trataba de interpretar el carácter de las personas que acababa de conocer.

Había historias sobre Gwendolyn Macleod que su madre solía contar, sobre la pasión de la mujer por la vida y la familia, una gran sanadora y posiblemente incluso una bruja. Cómo había arriesgado su vida numerosas veces para salvar a aquellos que amaba. Kenzie había crecido pensando que la mujer era la Juana de Arco de Escocia, aunque eso probablemente fuera un poco fantasioso.

Pronto, las puertas de su hogar surgieron de la oscuridad y, girando por un pequeño camino de entrada, Kenzie se detuvo frente a la casa. Las luces brillaban en el interior, y agradeció que la casa tuviera huéspedes para no llegar a un hogar vacío. La señora Gibbs, su cocinera, sin duda estaría viendo la televisión en la sala de estar privada. Había sido parte de la familia desde que Kenzie podía recordar y cuidaba muy bien de los huéspedes mientras ella estaba fuera.

Al entrar en el vestíbulo, gritó un saludo a la señora Gibbs, quien le respondió a gritos que su cena estaba en el horno. —Gracias —dijo, dirigiéndose hacia la cocina. Mañana, según lo planeado, la señora Gibbs se tomaría unas merecidas vacaciones. Los huéspedes se marcharían antes de las diez en punto y, con su madre en Londres, Kenzie sería libre para volver al año 1605.

Se llevó a la boca cucharadas de sopa de puerros y patatas y soñó despierta con la Escocia medieval. Lo que vería y haría. ¿Qué pensaría Gwendolyn de su llegada? ¿Sorpresa, preocupación o felicidad? Kenzie pronto lo descubriría.

LA NOCHE SIGUIENTE, sola en la casa, Kenzie fue a la biblioteca, hacia un viejo tomo que contenía todas las recetas de su antepasada para diferentes dolencias. El libro encuadernado en cuero prácticamente vibraba con la historia, y aunque Kenzie no necesitaba estar en ningún lugar específico para viajar al siglo XVII, parecía correcto estar cerca de lo que una vez perteneció a su antepasada.

Recogió las bolsas que había empacado unos días antes y comprobó que todo lo que necesitaba para el viaje estuviera en ellas. No había dejado piedra sin mover al planear este viaje. Kenzie había recorrido Escocia en busca de ropa que se adecuara a principios del siglo XVII. Los zapatos fueron los únicos artículos con los que había tenido dificultades y, finalmente, se decidió por botas hasta el tobillo y algunos zapatos sin cordones que se parecían a zapatillas, pero eran más resistentes. En cualquier caso, nadie se fijaría en sus pies.

El vestido que llevaba hoy era una hermosa pieza de ropa, con sus mangas hasta el codo y cintura con corsé. Realmente era un vestido reminiscente de una época pasada. Había contratado a una costurera para que le hiciera tres de estos vestidos, y la brillante mujer había cosido el corsé al vestido, eliminando la necesidad de que otros la ayudaran a vestirse. Era una solución perfecta para alguien que no pertenecía a esa época.

Con el cabello ya recogido en un moño despeinado, se envolvió en un chal de lana sobre los hombros y se consideró lo suficientemente lista para el siglo XVII.

—Muy bien, entonces. —Kenzie recogió sus bolsas y, tomando una profunda respiración, comenzó a recitar las palabras en gaélico que la llevarían de vuelta en el tiempo. La habitación comenzó a girar, lentamente al principio, antes de ganar velocidad hasta el punto en que su estómago se revolvió. Voces y sonidos gritaban a su alrededor, las capas del tiempo que separaban el pasado y el presente se adelgazaron y permitieron que el pasado se entrecruzara con el futuro.

Kenzie se concentró en el tiempo y lugar en el que su antepasada Gwen MacLeod había vivido en 1605 e ignoró todas las distracciones hasta que el tiempo se transformó en ángulos alternativos, antes de que Kenzie se desplomara en el suelo y todo se volviera negro.

CAPÍTULO DOS

EL NEGRO BEN, formalmente conocido como el Laird de Ross, despertó enredado en mantas y paja. El martilleo en su cabeza le provocó náuseas, y buscó a tientas la copa junto a la cama en busca de alivio. Mientras el ardiente líquido del whisky se deslizaba por su garganta, su cuerpo se sacudió y vomitó sus entrañas en el suelo, ignorando el asco que sentía por sí mismo al encontrarse en tal estado.

Ben se dejó caer de nuevo sobre la almohada, con parte del relleno de paja pinchándole la nuca. Una de las cosas que odiaba de estar lejos de casa eran las comodidades de su cama, el suave lino y el colchón de plumas. Nada que ver con las duras tablas que le daban la bienvenida a su espalda, o los bichos que se alimentaban de su persona por la noche, suficiente para hacer que un hombre se rascara la piel hasta quitársela.

Se dio la vuelta y gimió cuando el movimiento le revolvió el estómago una vez más. Quizás esta noche bebería menos de la buena cerveza y el whisky escocés y se concentraría en los placeres carnales del lugar. Despertar en estas condiciones no era aceptable.

El sol salió de detrás de unas nubes, y la habitación se iluminó considerablemente. Ben se cubrió los ojos con el brazo, sin querer que otra parte de su cuerpo le doliera. Todo por debajo de su cuello ya le dolía lo suficiente.

El sonido de la puerta de la posada al cerrarse de golpe reverberó en su cerebro, y se hizo una nota mental para hablar con el tabernero sobre sus ruidosos huéspedes. Como Laird de Ross, su comodidad durante su estancia debería ser la prioridad del dueño.

Cuánto tiempo estuvo allí tumbado, con el olor a vómito impregnando el aire, Ben no podría decirlo, pero cuando cayó la noche y su estómago finalmente dejó de protestar por el abuso, recogió sus cosas, se echó algo de agua helada en la cara y bajó para una cena líquida. Al diablo con la comida, necesitaba un trago.

Gritos de bienvenida abundaron cuando llegó al comedor. El humeante fuego de turba ardiendo brillante en la esquina de la habitación daba un ambiente de comodidad y calidez, cuando en realidad, la posada, situada al pie de la península de Waternish, era todo menos acogedora. Un burdel en medio de la nada sería un término más apropiado.

—¿Lo de siempre, Laird? —dijo la camarera, su sonrisa burlona arruinada solo cuando

sonreía y aparecía toda la extensión de sus dientes podridos. Pero bueno, no tenía que besarla.

—Aye, muchacha. Me conoces bien.

Ella le guiñó un ojo y le sirvió una buena copa del líquido dorado. —Estoy más que dispuesta a conoceros mejor. Solo decid la palabra, Laird, y soy toda vuestra.

Ben sonrió, gustándole aún más la muchacha. —Te tomaré la palabra, lass, así que más te vale que lo digas en serio.

—Lo digo en serio —dijo ella, alejándose para atender a otro cliente.

Ben miró alrededor de la habitación y se vio reflejado en un espejo justo al lado de la puerta del comedor. Su cabello hasta los hombros estaba enmarañado, sucio y necesitaba un buen lavado. Bueno, quizás mañana bajaría a la orilla y se bañaría. Por supuesto, podría pedir que le trajeran agua caliente aquí, pero el océano refrescante era más atractivo. El agua de la posada estaba más sucia que él mismo.

Ben se tomó unos cuantos whiskys más y comió un tazón de estofado por si acaso. Casi se atraganta con su bocado cuando una mano le dio una fuerte palmada en la espalda, enviándolo hacia adelante en su silla. —Aye, pensé que erais vos, Laird de Ross. ¿Qué os trae a tierras de los Macleod?

Ben se puso de pie. —Braxton, muchacho. Ha pasado mucho tiempo.

El hombre se rió y luego frunció el ceño. —Aye, demasiado tiempo. Es bueno veros. Y Gwen estará feliz de veros también. Está afuera, probablemente exigiendo todo tipo de cosas a la esposa del tabernero. Normalmente no nos quedamos aquí, pero Gwen no podía soportar un minuto más en el carruaje y pidió parar por la noche.

Maldición. Ben apretó la mandíbula, sin querer ver a una pareja felizmente casada, y ciertamente no a la hermana de su mejor amigo, por quien había sentido más de lo que debía cuando era joven. —Aye, puedo ver a Gwen, muchacha, haciendo tal cosa.

Braxton se sentó a su lado, sonriendo educadamente a la camarera cuando ella preguntó qué quería.

Ben frunció el ceño a la muchacha cuando usó el mismo tono seductor con Braxton que había usado con él. Cuando Braxton pidió una cerveza y no reaccionó al coqueteo de la moza, ella azotó la bebida y se alejó con un decidido resoplido. Ben sonrió.

—¿Cómo estáis, Laird? Parecéis estar bien, aparte de los ojos inyectados en sangre o el hecho de que apestáis a vómito. —Braxton sacudió la túnica de Ben—. Todavía tenéis una gran mancha en vuestra ropa. —Braxton tomó un sorbo de su cerveza, con ojos contemplativos.

—Och, puede que haya bebido más de lo debido la noche anterior, pero eso no está en discusión y tampoco mi ropa. Lo que sí está —dijo, volviendo a sentarse—, es qué estáis haciendo todos viajando. Habría pensado que Gwen estaría en el Castillo Druiminn cuidando de Abby y el nuevo bebé.

—Aedan nos ha regalado a Gwen y a mí tierras y una finca más grande no lejos de la suya. Inspeccionamos la propiedad hace unos meses y la ocuparemos a partir de mañana. Nos vendrá

bien, creo. Será un lugar seguro y feliz para nuestros pequeños.

Ben terminó su bebida mientras el pensamiento de Aline revoloteaba por su mente. De lo emocionada que había estado al ver su finca por primera vez. Era bueno que ella hubiera estado satisfecha con lo que había conseguido. Si algo, al menos le había dado un buen hogar con abundancia de sirvientes.

—Me alegro por ti, Braxton, y estoy seguro de que Gwen también, al estar tan cerca de Aedan y Abby otra vez. ¿Están los pequeños con vosotros, entonces?

—Aye, lo está y sí, lo están, aunque probablemente se hayan ido corriendo a la playa con la Niñera —dijo, girándose cuando se abrió la puerta—. Y aquí viene Gwen ahora.

Ben encontró la mirada de Gwen y sonrió, poniéndose de pie para atraer a la muchacha a sus brazos. Abrazarla era como si hubiera vuelto a atravesar las puertas de su fortaleza. Hogar. —¿Cómo estás, Gwen, muchacha? Estás tan bonita como el brezo en plena floración.

Ella se rio, dándole una palmadita en la mejilla mientras examinaba su atuendo, sin que le gustara lo que veía si el ceño fruncido entre sus cejas perfectamente arqueadas era una indicación. —Muy bien, estoy deseando establecernos en nuestra nueva finca y convertirla en un hogar. Me estoy haciendo demasiado vieja para andar de aquí para allá por el país. Mis pobres y viejos huesos no pueden soportar los traqueteos.

Ben se rio, un sonido extraño ya que no lo había oído en mucho tiempo. —¿Viejos huesos? Creo que eres demasiado joven para hablar de esas cosas, pero tengo que estar de acuerdo, los caminos por aquí son lo suficientemente escabrosos como para romperle la espalda a uno a caballo.

Gwen hizo un gesto al tabernero. —Por favor, que alguien atienda a los caballos, y he pedido agua caliente limpia, así que si pudiera hacer que la llevaran a nuestras habitaciones, se lo agradecería. —Gwen se volvió hacia él—. ¿Vas de camino a ver a Aedan y Abby? Sé que estarían más que felices de verte de nuevo. Han pasado más de dos años desde la última vez que nos visitaste.

—Han pasado muchas cosas desde entonces, y estoy contento de quedarme donde estoy por ahora. Tal vez viaje para verlos a todos, pero no puedo prometerte nada.

—Bueno, cuando puedas, la puerta siempre está abierta. —La mirada de Gwen se volvió seria, y Ben se armó para lo que vendría a continuación. Era la misma mirada afligida que todos ponían cuando querían sacar a relucir viejas heridas—. Lamento lo de Aline. Sé que no me llevaba muy bien con ella, pero nunca le deseé ningún mal. ¿Cómo está tu hijo? Aedan me dijo que sobrevivió al parto.

Una calidez recorrió las venas de Ben al pensar en su hijo, aunque pronto le siguió la culpa por su abandono. Se dijo a sí mismo que había sido necesario, alejarse de sus propiedades, de la gente que lo miraba con lástima y preocupación. No podía soportar ni un segundo más de eso. La vida era para los vivos, y hubo un tiempo en que viajaba durante meses, disfrutando de su tierra natal y de las alegres muchachas que la habitaban.

Era un bastardo egoísta, quizás, incluso imperdonable, pero no estaba listo para volver al Castillo Ross, para ser padre o señor. Necesitaba hacer duelo. Erradicar la culpa que lo había atormentado cada día desde que se había casado con Aline.

Sí, se había casado con la muchacha para asegurar que su amigo el Laird Macleod pudiera casarse con su alma gemela, pero en los dos años que estuvieron casados, Aline se había vuelto cada día más y más infeliz. Por mucho que la hubiera querido, le hubiera entregado su cuerpo y la hubiera colmado de afecto, no la había amado. Ben había esperado que, con el tiempo, esa elusiva emoción lo golpeará y sintiera algo así por la muchacha, pero nunca había sucedido. Ahora, dudaba ser capaz de tales sentimientos. Y era justo, pues Aline tampoco lo había amado nunca.

—El bebé está bien y en las manos seguras de su nodriza. No le falta nada mientras estoy fuera.

—¿Y cuánto tiempo podría ser eso?

Ben optó por ignorar la ligera censura que podía oír en la voz de Gwen. Solo ciertas batallas elegiría librar con ella, y no era frecuente que ganara contra Gwendolyn Macleod. —No te preocupes, muchacha. Como Laird de Ross, volveré. —Su tono no admitía discusión, y Gwen pareció entender su significado.

Ella resopló y se sacudió el vestido, enlazando su brazo con el de su marido. —Ven, tenemos que meter a los niños para que descansen antes de la cena. —Gwen se volvió antes de que dejaran el bar—. ¿Te unirás a nosotros para comer? Parece que te vendría bien una buena comida.

—Quizás en otra ocasión, muchacha —dijo, agitando su copa hacia la camarera para que se la rellenara.

Gwen negó con la cabeza. —Como quieras, pero la invitación sigue en pie si cambias de opinión.

—Aye. —Ben los vio marcharse, contento de que la muchacha que una vez había favorecido fuera feliz y estuviera asentada. Tomó un sorbo de whisky, terminando su bebida y admitió que por mucho que le hubiera gustado Gwen, una mujer a la que apreciaba y respetaba por encima de cualquier otra, tampoco había sentido por ella la elusiva emoción del amor. La había deseado, sí, pero ¿amor? No.

CAPÍTULO TRES

KENZIE SE MARAVILLÓ ante la casa de piedra que lucía tan diferente de la que había heredado apenas unos años atrás. El hogar de su antepasada había cambiado bastante en los últimos cuatrocientos años. Frente a ella se alzaba una torre cuadrada con una pequeña torreta circular que iba desde el suelo hasta más allá del tejado. La casa, en su estado original, era mucho más agradable a la vista sin las numerosas alteraciones y añadidos que había sufrido a lo largo de los siglos. Parecía acogedora y hogareña, mientras que en el siglo XXI parecía un monolito que tenía impresa algo de cada era.

Al llamar a la puerta, Kenzie revisó su vestido y se ajustó más el chal de lana mientras una brisa helada soplabla desde la costa. Se había despertado en la orilla frente a la casa y se había sacudido el polvo, feliz de ver que sus bolsas habían llegado con ella a la playa.

No se escuchó ningún sonido desde el interior, así que bajó los pocos escalones de la entrada para mirar alrededor del patio. También parecía desierto. Frunció los labios, perpleja. ¿Habría llegado a la época equivocada? ¿Se habría equivocado sobre dónde se suponía que estaría su antepasada en 1605? Su estómago se revolvió antes de que el sonido de un carruaje llamara su atención, y se colocó a un lado de la puerta, esperando y rogando que no fuera un bárbaro blandiendo una espada en busca de alguien a quien matar. Concretamente, a ella.

Un carro cargado con una variedad de muebles y baúles pasó junto a ella y rodeó la parte trasera de la casa antes de que un carruaje apareciera a la vista, junto con un grupo de jinetes. Kenzie tragó saliva para calmar sus nervios, ya que no había tenido forma de informar a su antepasada de su llegada. No estaba segura de cómo Gwen tomaría su visita. Esperaba que fuera bien recibida, pero, después de todo, eran extrañas, y aún no había visto el rostro de la mujer que conocía tan bien como el suyo propio, por los retratos que colgaban de ella en el Castillo Druiminn y en esta misma casa detrás de ella.

El carruaje se detuvo con un bamboleo, y una mujer, mucho más baja que ella, bajó, estiró la espalda y murmuró su alivio por estar fuera del vehículo. Una horda de niños la siguió, todos chillando y corriendo hacia los jardines, sin prestar la menor atención a su visitante.

Sin estar segura de si debía hacer una reverencia o hablar, Kenzie esperó para ver cuál sería la reacción de Gwen. Ser tan paciente y callada no era fácil para ella. Como mujer que dirigía su

propia finca como un negocio rentable, no estaba acostumbrada a no expresarse.

—¿Gwendolyn Macleod? —dijo al fin, captando por fin la atención de la mujer.

—Aye. —Su antepasada caminó hacia ella, y Kenzie se dio cuenta de que posiblemente era la mujer más hermosa que había conocido jamás. Un cabello pelirrojo intenso y unos ojos verde profundo e inteligentes la examinaron, antes de que Gwen sonriera—. Tengo la sensación de que debería conocerte, muchacha. ¿Es así?

Kenzie asintió. —Sí, así es. Soy Kenzie Jacobs del Clan Macleod, y soy tu nieta, muchas veces removida.

Gwen cerró el espacio entre ellas, tomando las mejillas de Kenzie, examinando cada uno de sus rasgos. —Aye, sé en mi sangre que eres quien dices ser. Oh, mi querida, querida niña —dijo, tomando a Kenzie en sus brazos—. ¿Está todo bien? ¿Por qué me regalas con semejante visita?

—No temas, todo está bien, pero quería verte, conocerte. —Se dejó abrazar por Gwen una vez más y solo levantó la mirada cuando un hombre de edad similar se acercó a ellas, con una expresión curiosa en su rostro.

—¿Y quién es nuestra invitada a la que tienes tanto cariño, Gwen, muchacha? No creo haber conocido antes a esta joven dama.

Gwen se rio, acercándose al hombre y rodeando su brazo con el suyo. —Entra, Braxton, pues son las mejores noticias, pero no deberíamos discutirlo aquí.

Kenzie los siguió adentro y notó la gran escalera de madera que subía al segundo piso. Grandes cabezas de animales adornaban la pared, la mayoría de las cuales ya no colgaban en la casa debido a que su madre odiaba la taxidermia y la matanza de animales inocentes por el placer de los hombres.

Pero en esta época, le quedaba bien a la casa, junto con la lámpara de hierro y la gran mesa rectangular que había en el vestíbulo sin nada más que un jarrón con flores autóctonas para alegrar la estancia.

Gwen tomó la mano de Kenzie y la llevó a una habitación contigua, pidiendo hidromiel y pan a un sirviente que esperaba antes de cerrar la puerta. Gwen pareció prepararse para su discurso antes de tomar la mano de Kenzie y apretarla con cariño.

—Braxton, mi amor, esta es Kenzie Jacobs Macleod, y creo que es nuestra descendiente.

La sonrisa de Braxton se desvaneció, y Kenzie esperó no haberlo decepcionado con su visita. Solo quería traerles alegría a todos, no ser una carga o causa de problemas.

—Nuestra descendiente —repitió, frunciendo el ceño—. ¿Cómo es eso?

Gwen le hizo un gesto para que explicara. Kenzie juntó las manos para evitar que temblaran. —Soy vuestra tatara, muchas veces, nieta. Mi línea familiar proviene de vuestra hija Madeline. —Se encogió de hombros—. Y así, aquí estoy.

—Sí, aquí estás. —Gwen la atrajo hacia otro abrazo—. Qué maravilloso saber que la línea de la pequeña Madeline prospera hasta tu época.

Kenzie asintió, sabiendo que tal conocimiento sería bienvenido para un padre. Saber que sus

hijos sobrevivieron lo suficiente para tener un matrimonio y retoños propios. —Por lo que sé del árbol genealógico y por la lectura de cartas y diarios, todos los matrimonios de mi línea fueron felices, excepto el de mi propia madre, pero os contaré sobre eso en otra ocasión.

Un suave golpe sonó en la puerta, y Gwen ordenó al sirviente entrar. La joven muchacha con una falda gris y pesada entró en la habitación, su camisa atada hasta el cuello y su cabello recogido en un simple moño. Miró a Kenzie con grandes ojos marrones, observándolo todo, antes de salir y cerrar la puerta tras ella.

—Me temo que serás una curiosidad durante las próximas semanas hasta que el personal te conozca. Te quedarás unas semanas, ¿no es así?

—Espero hacerlo si me lo permitís.

Braxton se rio. —¿Si te lo permitimos? Por supuesto que te lo permitimos —dijo, finalmente acortando la distancia entre ellos y abrazándola con fuerza—. Puedo ver a mi madre en tus ojos. Es extraordinario.

—¿Me parezco a vuestra madre? —Los ojos de Kenzie se humedecieron—. Es tan hermoso oír eso.

—Pero suenas un poco inglesa para ser una muchacha escocesa. ¿Por qué es eso?

Gwen la condujo a una silla, y todos se sentaron mientras Gwen le servía una copa de hidromiel.

—Mamá se divorció de papá; el matrimonio fue todo menos un enlace por amor. Al final se odiaban, y como padre se negó a abandonar la finca, mamá me llevó a Inglaterra y me crió en Londres. Mamá sigue en Londres, pero padre falleció el año pasado.

Braxton emitió lo que pareció un gruñido.

—La vida sucede, la gente comete errores, pero no vine aquí para disgustarte. Vine a conocerlos. Y, por lo que vi, una niña pequeña corriendo hacia la playa y una mujer persiguiéndola como loca, ¿esa era Madeline? ¿Puedo preguntar quiénes son los otros niños?

Gwen se rio, sus ojos iluminándose al mencionar a su bebé.

—Sí, Madeline es la muñeca más preciosa. Ya tiene casi dos años, y sin duda está ocupada con la niñera recogiendo conchas. Los otros niños que viste son los hijos de la niñera. Es viuda, ¿sabes?, y mientras cuida a Madeline, también puede cuidar y educar a los suyos.

—Suenas adorable, y en mi época, hay un cuadro colgado en esta misma habitación, de ella cuando era una joven dama. Creo que debo advertirte que es una belleza, y muy solicitada, si la historia tiene algo de verdad.

Braxton gruñó de nuevo, y Gwen sonrió radiante.

—Es encantador oír eso. Aunque, por la reacción de Braxton aquí, él desea que se convierta en una vieja arrugada. —Te das cuenta, mi amor, de que los niños crecen y se casan con sus propios amores. Como lo hará Madeline, y eventualmente, también nuestra Kenzie.

Kenzie negó con la cabeza.

—Yo nunca me casaré. Jamás.

Gwen frunció el ceño.

—Pero debes hacerlo. ¿Cómo tendrás hijos y asegurarás que la finca permanezca en la familia por generaciones?

Kenzie podía pensar en algunas formas en que eso sería posible.

—Esa es una conversación para otro día. Por ahora, disfrutemos de nuestra compañía, pero probablemente hay una cosa que debemos discutir antes de que mi estancia aquí vaya más lejos.

—Por supuesto, ¿qué es, querida?

—¿Cómo queréis que os llame? De alguna manera, no creo que abuela o abuelo sean apropiados.

Braxton se sentó en la mesa, con la mirada llena de diversión.

—Creo que Braxton y Gwen estarían bien, y nosotros te llamaremos Kenzie. Una pariente lejana de Gwen será suficiente y evitará que el personal sospeche de ti. ¿Qué dices?

—Digo que sí. —Kenzie observó sus rasgos y pudo ver un parecido consigo misma en los pómulos altos y los labios carnosos de Gwen.

Gwen pasó una mano por su mejilla casi como si los propios pensamientos de Kenzie hubieran provocado la acción.

—¿Cuántos años tienes, Kenzie? Si no te importa que pregunte.

—Acabo de cumplir veinticinco el mes pasado. —La carcajada de Braxton la sobresaltó—. ¿Qué pasa? —preguntó, sin estar segura de por qué su edad era tan divertida.

—Eres mayor que nosotros ahora —dijo Braxton, su sonrisa cálida y llena de alegría.

—Lo eres, muchacha. No estamos lejos de tu edad, pero ciertamente aún no tenemos veinticinco. —Gwen sonrió, antes de levantarla—. Ahora ven, querida. Quiero mostrarte tu habitación y que te instales. ¿Te gustaría que te prepararan un baño antes de que cenemos esta noche? Aunque apenas nos estamos mudando hoy, parte del personal ha estado aquí por una semana o más, y podemos atender cualquier deseo que tengas.

La idea de un baño parecía celestial, y Kenzie estaba cansada después de su viaje.

—Me encantaría uno, si no es mucha molestia.

—No es molestia en absoluto, muchacha.

Salieron de la habitación y se dirigieron a la familiar escalera. Saber que su antepasado realmente había vivido y disfrutado de una casa que ahora ella llamaba suya era realmente algo asombroso y maravilloso. Tantos grandes recuerdos, de familia, niños, nacimientos y, desafortunadamente, incluso muertes habían ocurrido bajo este techo. *La vida no puede ser mejor de lo que es ahora.*

Su habitación estaba revestida con la misma madera oscura de la que estaba hecha la escalera, y, curiosamente, era la habitación que Kenzie había usado de niña, antes de que su madre las empacara y se fueran a Londres.

Kenzie sacó los pocos vestidos que había traído consigo y los colgó en el armario antes de mirar por la ventana, observando cómo el día daba paso a la tarde. Gwen se afanaba por su

habitación, asegurándose de que las criadas entendieran sus deberes para con su nueva invitada y garantizando que el baño y las sábanas fueran traídos con prontitud. Kenzie sonrió ante el alboroto de Gwen, como una vieja gallina materna con su pollito.

—Ahí lo tienes, querida. Creo que el agua está a la temperatura adecuada ahora.

—Gracias, Gwen —dijo Kenzie, sentándose y quitándose los zapatos—. Y muchas gracias por hacerme sentir bienvenida. No estaba segura de cómo tomarían mi llegada aquí. Estoy tan feliz de que lo aprueben.

—Bueno... —Gwen fue al tocador y tomó una cinta, acercándose y atando el cabello de Kenzie para evitar que se mojara—. No puedo mentir, me pone un poco nerviosa que estés aquí. Esta época es difícil, y ciertamente no quiero que te pase nada, pero también llena mi corazón de alegría saber que mis hijos, mi linaje, sobrevive a través de los próximos siglos, hasta tu propia época.

Kenzie podía ver cómo tal conocimiento sería agradable para alguien que de otra manera nunca lo sabría.

—¿Crees que sea posible que visite a Abby Cross, la esposa de tu hermano? Me gustaría mucho verla de nuevo.

—Oh, sí, debemos viajar allí en unas semanas para el bautizo de su nuevo bebé. Sé que Abby estaba muy agradecida contigo, así que no tengo reparos en que te vean. Y también creo que a Aedan le encantaría agradecer a la muchacha que aseguró su futura felicidad.

—Me alegra oírlo.

Gwen suspiró.

—Bueno, te dejaré ahora para que te bañes. Baja cuando estés lista, y cenaremos.

Kenzie la vio irse, agradecida de que Gwen fuera tan cariñosa. Miró alrededor de la habitación, las pieles de animales en su cama, el fuego rugiente junto a la pequeña bañera de madera. Se desvistió rápidamente, preguntándose si, cuando viajaran al Castillo Druiminn, el Laird de Ross también estaría allí para felicitar a la pareja por su nuevo bebé. Necesitando el baño, Kenzie miró detrás del biombo en la esquina de su habitación. Había esperado contra toda esperanza un hermoso inodoro con descarga, pero no, no había ninguno. En su lugar, un bonito cuenco rosa descansaba en el suelo. ¿Cómo iba a ponerse en cuclillas sobre eso? Tampoco había señales de papel higiénico, solo algunos trozos de tela rasgados. Encantador...

Afortunadamente, podía bañarse después de hacer sus necesidades. Kenzie se sumergió en la bañera, esperando que el Laird de Ross apareciera en algún momento. Después de todo, estaba en el siglo XVII para ver al hombre y posiblemente descubrir cómo y por qué había desaparecido sin dejar rastro.

Kenzie se enjabonó los brazos, disfrutando del aroma a limón e intentando ignorar la pequeña punzada de culpa que presionaba su conciencia por no ser completamente honesta con Gwen sobre el motivo de su presencia. Probablemente era mejor que no lo supieran, ya que seguramente intentarían evitar que se encontrara con Ben el Negro, y entonces nunca descubriría

la verdad detrás del antiguo misterio escocés.

Este iba a ser un viaje increíble. Uno que nunca olvidaría.

KENZIE SE INCORPORÓ SOBRESALTADA en la cama al escuchar unos fuertes golpes provenientes del piso de abajo. Tanteó en la cama, tratando de encontrar el chal que Gwen le había dado para usar y se cayó cuando su mano no encontró nada más que aire.

Dirigiéndose a tientas hacia las ventanas, apartó las gruesas y pesadas cortinas, permitiendo que el resplandor de la luna iluminara la habitación. El fuego se había consumido hacía tiempo, dejando solo brasas, y caminó de puntillas hacia la puerta, esperando que la casa no estuviera bajo el ataque de algunos escoceses ladrones y bárbaros.

Abrió la puerta una rendija, el sonido de espadas siendo desenvainadas y los susurros de los hombres en el piso de abajo la hicieron detenerse. ¿Qué estaba pasando? ¿Estaban siendo atacados? El estómago se le contrajo y Kenzie pensó que podría vomitar. Gwen pasó corriendo junto a ella, claramente desarreglada, y se asomó por la balaustrada, con su larga cabellera pelirroja cayendo por su espalda. Se quedó congelada en el sitio mientras los hombres de abajo abrían la puerta y se escuchaban gritos.

Gwen jadeó y bajó corriendo las escaleras, y cuando Kenzie la oyó decir a sus hombres que bajaran las armas, se acercó de puntillas a la barandilla para ver quién estaba en la puerta.

Kenzie ahogó una exclamación al ver al hombre de abajo. Estaba sucio y parecía que no se había bañado en semanas, sin mencionar... ¿era eso vómito en su camisa? Mechones oscuros caían lánguidamente sobre sus ojos, tan negros como los de un español, pero apelmazados debido a la falta de lavado. Sus pómulos eran afilados, su mandíbula fuerte y cubierta de una oscura barba.

Puaj.

Braxton levantó el cuerpo inerte del hombre del umbral de la puerta después de que se desplomara y lo llevó a la habitación donde antes habían tomado pan y hidromiel. Kenzie notó que los guardias se dispersaron después de revisar el exterior, algunos quedándose afuera mientras otros se dirigían a sus aposentos cerca de la parte trasera de la casa.

Deseando ayudar en lo que pudiera, incluso si podía contraer piojos del sucio individuo, Kenzie bajó las escaleras para unirse a sus antepasados.

Los encontró a ambos inclinados sobre el desconocido, el ceño de Gwen fruncido de preocupación. Kenzie estudió al hombre mientras se acercaba. No se parecía a ninguno de sus antepasados que había visto en retratos y, sin embargo, tenía la extraña sensación de haberlo visto antes.

Gwen pidió agua fresca y paños, junto con la solicitud de que un sirviente bajara a encender las velas en su sala de curación. El hombre yacía, sin hablar, en el sofá, de vez en cuando

gimiendo, tosiendo y pareciendo como si tuviera algún tipo de gripe o neumonía. De cualquier manera, parecía muy enfermo.

—¿Qué crees que le pasa? —preguntó Kenzie, acercándose un poco más.

—Aún no estoy segura, muchacha —dijo Gwen, antes de agradecer a la criada que trajo lo que había pedido. Gwen comenzó a limpiarle la frente, eliminando lo que parecía ser días de mugre, sudor y vómito seco. Sí, definitivamente era vómito lo que empapaba su camisa y partes de su barbilla—. Tiene fiebre y no está nada bien. —Apartó el cabello del hombre, largos mechones tan oscuros como la noche misma. La boca de Kenzie se torció al verlo de cerca.

La palabra *puaj* resonó nuevamente en su mente.

—Debo preparar una tisana. Volveré enseguida. —Gwen miró a Kenzie—. Ven a sentarte junto a Ben y mantén el paño fresco sobre su frente. Eso ayudará hasta que pueda darle un elixir de ajenojo y menta. Si eso no funciona, probaré con un jarabe de marrubio para bajar su fiebre.

Ben... ¿Podría ser? —Gwen, ¿este no es el Laird de Ross, verdad? ¿También conocido como Ben el Negro?

Gwen asintió mientras se dirigía hacia la puerta. —Aye, el mismo. Su nombre correcto es Abhainn, Laird de Ross, pero Ben para sus amigos. Volveré en un momento.

—Por supuesto. —Kenzie hizo lo que le dijeron. El laird era aún más intimidante de cerca que a distancia o en cualquier pintura que hubiera visto jamás. Braxton la miró, y al ver que todo estaba bien, se fue tan pronto como llegó. A través de las puertas abiertas, Kenzie podía escuchar a los hombres hablando afuera, un murmullo de palabras sobre el hombre que yacía inconsciente ante ella.

—No se preocupe, señor, estoy segura de que se sentirá mucho mejor pronto. —Kenzie le limpió la frente, bajando el paño por su mejilla y limpiando lo que quedaba de su vómito—. Y con Gwen cuidándolo, una maravillosa sanadora, debo añadir, estará de pie y caminando antes de que se dé cuenta.

Él murmuró algo, y Kenzie se inclinó para escuchar lo que decía. Un olor pútrido, más terrible de lo que jamás había oído antes, emanaba de su piel, y ella se echó hacia atrás, jadeando en busca de aire. Fue grosero de su parte, pero afortunadamente, el hombre estaba tan fuera de sí que no notó su reacción ante su hedor.

Porque eso era exactamente lo que era, un olor que le recordaba a sudor de semanas, junto con dientes que no estaban en mejor estado. No era de extrañar que el hombre hubiera contraído alguna enfermedad. Si no de alguien más, el aire que flotaba alrededor de su cabeza era suficiente para enfermar a cualquiera.

Kenzie limpió su mejilla cincelada. Bajo toda su suciedad, el laird era atractivo, y si comiera unas cuantas comidas, probablemente se vería aún mejor, pero ahora no parecía más que un borracho que se había enfermado por falta de respeto hacia sí mismo. ¿Qué lo había llevado a esto? Ciertamente no se parecía al hombre que había visto en las pinturas: un laird alto, atlético y viril de su época.

—¿Desea beber algo, señor? —preguntó, notando por primera vez que sus ojos estaban un poco abiertos, revelando unos orbes casi tan oscuros como su cabello.

—Aye. Whisky.

Ella resopló, y él frunció un poco el ceño. De ninguna manera iba a ceder a su petición y proporcionarle más alcohol.

—Bebe —repitió él, y ella sirvió una taza de cerveza de la jarra que estaba sobre la mesa. Sosteniendo la taza contra sus labios, lo ayudó a incorporarse un poco mientras daba un pequeño sorbo.

Él maldijo, escupió la cerveza y apartó la taza de un manotazo. Kenzie se puso de pie mientras el hombre se incorporaba, ya no tan débil, sino completamente despierto.

—¿Qué intentas hacer, mujer? ¿Matarme? ¿Qué era ese brebaje inmundito que pretendías darme?

Kenzie recogió la taza, respondiendo a su mirada fulminante con una propia. —Bueno, es lo más gracioso, pero creo que se llama cerveza. Y lo que es aún más fascinante, deberías beberla, en lugar del veneno que obviamente has estado ingiriendo estos últimos días. El agua sería mejor, pero parece que no hay a mano por aquí.

Una ceja se arqueó antes de que sus ojos se entrecerraran, clavándola en su sitio. Kenzie tragó saliva, se recordó a sí misma que Gwen apreciaba a este hombre de alguna manera, y seguramente, dado que ella era amiga de la familia, él no le haría daño. No tenía nada que temer. Nada en absoluto, y sin embargo, sus nervios seguían saltando cada vez que él se movía o hablaba. No tenía idea de por qué.

Él se hundió de nuevo en el sofá, su estallido de energía aparentemente de corta duración. —¿Quién eres? Nunca te he visto antes.

Kenzie se sentó de nuevo en la silla y, enjuagando el paño, lo colocó en la frente del escocés. —Soy una pariente lejana de Gwen y Braxton.

Su mirada contemplativa recorrió su figura, y ella se estremeció. ¿Qué tenía este hombre que la hacía reaccionar de esa manera? Para empezar, apestaba, parecía ser un alcohólico y, por si fuera poco, era entrometido.

Descartando su estúpida reacción, Kenzie se concentró en frotar el paño sobre sus sienes y bajando por su cuello. El mechón de vello que se asomaba por el cuello de su camisa la hizo detenerse, y se preguntó si era muy velludo o solo un poco, como ella prefería. Después de todo, nadie quería dormir con un oso.

—¿Una pariente de ambos, eh? —Gimió y se giró de lado, obligándola a levantarse de la silla —. Un cubo. Rápido, muchacha.

—¡Dios mío, en serio? —Kenzie miró alrededor de la habitación y, viendo un cubo de turba junto al fuego, volcó los pequeños ladrillos de turba en el suelo y corrió de vuelta a su lado.

Grandes arcadas y el sonido de mucho whisky saliendo llenaron la habitación durante los siguientes minutos, junto con un olor que Kenzie nunca quiso volver a experimentar. Enjuagando

el paño, se lo pasó cuando pareció haber terminado y observó cómo se limpiaba la boca y la barbilla.

—Eres una muchacha muy bonita, y muy parecida a mi Gwen.

La palabra "mi" no pasó desapercibida para ella, ni le gustó escucharla. —Gwen no es suya, señor. Y no me importa si me encuentra bonita o si le recuerdo a Gwen. Usted, señor, es un borracho enfermizo que no tiene ningún respeto por su propio bienestar.

Fue su turno de parecer aturdido. —¿Borracho enfermizo? Me han llamado muchas cosas en mi vida, pero esos dos términos nunca han sido dos de ellas. Quizás deberías...

Kenzie levantó la mano. —No quiero "debería" nada. Todo lo que deseo es que se mejore para que pueda irse y seguir arruinando su propia vida, lo cual, si su aparición aquí esta noche es una indicación, va por buen camino. Laird, en efecto...

La puerta se abrió y Gwen entró en la habitación con un pequeño cuenco y una cuchara en la mano. —Ay, Ben, estás despierto. —Se sentó a su lado, y Kenzie notó el sutil cambio en el hombre, un ligero relajamiento de los músculos, su ceño se alivió de la tensión, el brillo de triunfo en sus ojos cuando atrapó a Kenzie mirándolo.

Qué imbécil.

—El Laird de Ross, ¿eh, Gwen? —dijo Kenzie, sin molestarse en ocultar su disgusto.

—Aye, el mismísimo. Aunque la mayoría de la gente prefiere llamarlo Ben el Negro.

Qué desperdicio... La decepción la apuñaló. ¿*Este* era uno de los guerreros más feroces que Escocia había visto jamás? ¿*Este* borracho apestoso que parecía pensar que su antepasada casada era suya? ¿*Él* era por quien había querido intentar cambiar la historia? O, al menos, ¿averiguar cómo y por qué había desaparecido sin dejar rastro?

—Ojalá pudiera decir que ha sido un placer conocerlo, Laird Ross, pero bueno, no lo ha sido. —Kenzie miró a Gwen y dijo—: Vomitó en tu cubo de turba, solo para que lo sepas.

Ben tomó una taza de cerveza que Gwen le ofreció y sin una palabra de queja, bebió un sorbo. —No es molestia, me gustaría quedarme por un tiempo. —Dirigió una mirada seductora a Gwen, y ella se alegró de ver que, aunque Gwen lo miraba con amabilidad, no había más afecto que uno platónico—. Lamento haber llegado tan enfermo, muchacha, pero después de que me invitaste a visitar, no podía regresar al Castillo Ross sin verlos a todos una última vez. No estoy seguro de cuándo volveré a esta parte de Escocia.

—Por supuesto, eres más que bienvenido a quedarte, y Braxton ha ordenado al personal que prepare una habitación para ti, y un baño, que debería ayudar a bajar tu fiebre. Pero mi regla es que te quedes en cama hasta que yo diga lo contrario.

El hombre tomó la mano de Gwen y la besó. —Och, muchacha, siempre has sido tan amable conmigo. Qué lástima que no te casaras conmigo en lugar de con Braxton. Podría haber tenido tales cuidados de ti todos mis días.

—¿Estuviste comprometida con él? —Kenzie corrigió su tono acusador—. Me disculpo, es solo que él es tan, tan...

—Enfermizo y borracho, creo que dijiste. —El bribón le lanzó una sonrisa que rozaba lo sexy, y ciertamente era triunfante. Kenzie rechinó los dientes, odiando que su cuerpo reaccionara de manera opuesta a como debería frente a semejante mujeriego idiota.

—Kenzie, dime que no llamaste a Ben con esos nombres. Así no es como hablamos a ninguno de nuestros invitados.

Reprendida, Kenzie se mordió la lengua, queriendo replicar que hablaría al borracho como le diera la gana. Después de reaccionar a la cerveza como si le estuviera dando de beber al hombre la bebida del diablo, ¿qué clase de persona era? ¿Un simplón? ¿Un idiota? Lo último parecía encajarle mejor.

—Kenzie, ¿eh? Bueno, qué nombre tan dulce para una muchacha tan bonita.

—Ya basta de hablar por tu parte. —Gwen lanzó una mirada de advertencia al laird y llevó a Kenzie a un lado de la habitación—. ¿Qué pasa, muchacha? ¿No te agrada el laird?

—No creo que tenga nada malo aparte de estar borracho, no haber comido y necesitar un buen baño y dormir. Y tan pronto como abrió los ojos cuando estabas preparando su medicina, empezó a decir lo guapa que era yo y que tú eras "su Gwen".

La comprensión se reflejó en la mirada de Gwen, y se rió. —Kenzie, admito que hubo un tiempo en que Black Ben me cortejó, pero nunca lo amé y nunca me habría casado con él, aunque lo hubiera deseado. Y está casado con otra.

—¿Está? ¿Sigue casado? Pensé que... —Kenzie no sabía por qué esta revelación le hizo expulsar el aire de sus pulmones, ni deseaba analizarlo, ciertamente no ahora con él mirándola de nuevo, absorbiendo cada detalle y probablemente haciendo un inventario de sus defectos.

Gwen negó con la cabeza. —No, déjame reformular eso. Estaba casado. Aline, su esposa, murió después del nacimiento de su primer hijo, hace solo unos meses. El bebé está bien, pero creo que Ben está sufriendo por su pérdida. Necesitamos ser amables y comprensivos. Por favor, inténtalo, querida. Una vez que conozcas al laird, verás que es realmente muy divertido y bastante encantador a su manera.

Kenzie lo estudió de nuevo. Tal vez había sido demasiado dura al juzgar al tipo. No sería fácil perder a la persona que amabas y tener que criar a un hijo por tu cuenta. Suspiró, su molestia disminuyendo un poco.

—Está bien. Seré cortés, pero si me molesta de alguna manera, o no te muestra respeto a ti o a tu matrimonio con Braxton, debes darme permiso para recordarle su honor como caballero. Si es que tiene alguno. —Lo cual Kenzie dudaba mucho.

—No es una amenaza para mí o para Braxton, si esa es tu preocupación.

El hombre en cuestión se aclaró la garganta. —Disculpad, puedo oíros, y por cierto, ahora que las dos estáis una al lado de la otra, no puedo evitar notar... las similitudes son sorprendentes. —Hizo una pausa, inclinando la cabeza hacia un lado—. Gwen, muchacha, ¿no habrás estado jugando con tus hechizos otra vez?

Kenzie jadeó, encontrándose con la mirada de Ben. ¿Sabía él de sus "dones"? ¿Y qué haría

con tal conocimiento?

—No, sabes que no puedo desde que perdí mis habilidades después del incendio, pero no puedo decir lo mismo de mis parientes en el futuro. —Gwen caminó hacia la puerta y llamó a un sirviente—. Kenzie, por favor, explícale lo mejor que puedas a Ben, mientras yo organizo lo necesario para atenderlo.

Kenzie vio a su antepasada dejarla sola con el maloliente varón y se volvió para encontrarlo estudiándola intensamente. Entrecerró los ojos. —Si debes saberlo, y ya que parece que Gwen confía en ti, te diré exactamente quién soy.

Él cruzó los brazos sobre su pecho. —Aye, muy bien, muchacha, pero primero, ¿crees que podrías poner una manta de lana sobre mis piernas? Tengo un poco de frío.

Ella suspiró, pero hizo lo que le pidió, pensando todo el tiempo que la manta se arruinaría después de ser colocada sobre unos pantalones tan sucios. No es que quisiera ser tan quisquillosa con las cosas. Normalmente, no tenía problemas en ayudar a alguien necesitado, pero había algo en este hombre, algo que instintivamente la ponía en guardia, que no confiaba. —¿Algo más, su alteza?

Él se rió y comenzó a toser, como si sus pulmones fueran a salirse pronto en el cubo para enfermos. Instintivamente, ella tocó su frente y la encontró demasiado caliente, y se preguntó si estaría más enfermo de lo que pensaba.

—Cerveza —dijo con voz ronca. Kenzie hizo lo que le pidió y se sentó en una silla cercana, esperando a que recuperara el aliento—. ¿Estás bien? ¿Quieres que traiga a Gwen de nuevo?

—No, muchacha. Estaré bien en unos días. —Hizo una pausa, tomando algunas respiraciones para estabilizarse—. Ahora, dime de dónde vienes.

Kenzie pensó en cómo abordar el tema de decirle algo así a alguien y luego decidió ir directa al grano. —Soy descendiente de Gwen y Braxton del futuro. He venido a verlos.

—Aye, tiene sentido, ya que te ves tan familiar, pero dime, muchacha, ¿qué te trae a nuestra época? No es una era fácil para visitar.

Kenzie no lo negó, pero entonces, si quería visitar a la matriarca de la familia, esta era la única época en la que podía. Sin mencionar que había tenido una fascinación por la historia, y por el hombre frente a ella, desde siempre. No que fuera a decirle *a él* nada de eso.

—Tu época es bastante diferente a la mía, por supuesto, pero me he fascinado particularmente con este tiempo, especialmente después de enviar a Abby de vuelta. —Hizo una pausa cuando Gwen entró llevando una bandeja con una variedad de cuencos, botellas medicinales y frascos de líquido, presumiblemente algunas pociones herbales—. ¿Cómo sabes que mi época es menos salvaje que esta? Nunca dije de qué año venía.

—Por Abby, por supuesto. He tenido el placer de mantener muchas conversaciones interesantes con ella. Te pareces mucho a ella y no es difícil adivinar que eres de una época similar.

—Por supuesto. —Kenzie se apartó mientras Gwen comenzaba a atender a Ben. Observó

cómo le quitaba la camisa sucia y, usando otro cuenco traído por un sirviente, comenzaba a bañarlo. Braxton entró y ofreció su ayuda, que Gwen aceptó de buen grado.

—¿Qué siglo, Kenzie? —preguntó Ben con voz ronca, aparentemente semiconsciente.

—El veintiuno, mi laird.

Gwen y Braxton lo limpiaron lo mejor que pudieron y, con la ayuda de algunos sirvientes masculinos, llevaron al laird arriba.

Durante la siguiente hora, la salud del laird se deterioró, y ya no hablaba ni los reconocía de ninguna manera.

—Está muy enfermo, y hay un estertor distintivo en sus pulmones que me inquieta. Espero que se recupere. Ya ha pasado por tanto. —Gwen hizo una pausa, volviéndose hacia un sirviente—. Olvida el baño del laird. Está demasiado enfermo para ser movido.

Kenzie no sabía a qué se refería Gwen con tales palabras, pero con la preocupación grabada en su rostro, ahora no era el momento de indagar. Ayudándola a limpiar, pronto tuvieron la pequeña habitación a la que habían llevado a Ben de vuelta a su estado anterior, antes de que ambas subieran las escaleras. —¿Le tienes afecto a este hombre, Gwen?

—Aye, mucho. Y antes de que regreses a tu tiempo, puede que te cuente nuestra historia. Pero no esta noche, es muy tarde, y deberías irte a la cama. Qué día has tenido ya, con tu llegada aquí y todo esto con el Laird de Ross. Debes estar agotada.

Subieron las escaleras juntas, y Kenzie notó por primera vez que no había una alfombra corrida en los escalones bajo sus pies.

—Un poco, pero me siento llena de energía solo por estar aquí —hizo una pausa—. ¿Estás segura de que no te molesta que me quede por un tiempo? Deseo mucho conocerte mejor a ti y a esta época.

Gwen la miró a los ojos cuando llegaron a la habitación de Kenzie.

—Nos encanta tenerte aquí, nunca lo dudes, pero estos tiempos están llenos de peligros, así que debes prometerme que me escucharás si te digo que debes o no hacer algo. ¿Puedo confiar en que me obedecerás en todo momento?

—Por supuesto, nunca haría nada que nos pusiera en peligro a mí, a ti o a tu familia. Lo prometo.

Gwen sonrió, y Kenzie reconoció a su madre en su tatarabuela muchas veces atrás. Era asombroso cómo la línea familiar, incluso ahora, se parecía a la del pasado.

—Ahora, es mejor que vuelvas a la cama —dijo Gwen—. La mañana llegará antes de que nos demos cuenta.

Kenzie entró en su habitación y notó que los sirvientes debían haber estado allí y encendido algunas velas para ella.

—Si necesitas ayuda con el Laird de Ross, por favor no dudes en despertarme. Quiero ser útil mientras esté aquí.

—Sé que quieres serlo, muchacha, y lo serás —Gwen la besó en la mejilla, dándole un

pequeño abrazo—. Te veré por la mañana.

—Buenas noches —dijo Kenzie, metiéndose en la cama y estudiando el ornamentado trabajo de yeso en el techo. Qué maravilloso era estar aquí. Y pensar que viajarían al castillo de Druiminn y vería a Abby, una mujer del siglo veintiuno que había hecho de esta época la suya propia. La emoción recorría sus venas, y el sueño se hizo esquivo.

CAPÍTULO CUATRO

LA SEMANA siguiente estuvo llena de ir y venir cuidando al enfermo laird. Hubo rondas de baños, vestirlo, refrescarlo y calentarlo mientras yacía en cama, sudando, maldiciendo y murmurando palabras incoherentes provocadas por la fiebre.

Y aun con todos estos cuidados, el hombre parecía tan enfermo como el día que llegó. Kenzie se sentó, observando su respiración laboriosa, la línea de sudor que perlaba su labio superior. Tenía que hacer algo. Cualquier cosa era mejor que este continuo estado infernal.

—Gwen, ¿puedo hablar contigo? —preguntó Kenzie, alcanzando a la mujer mientras caminaba rápidamente hacia las cocinas. Las habilidades curativas de Gwen, su conocimiento de hierbas que podían sanar a los enfermos o heridos eran maravillosas y estaban bien documentadas en la historia familiar, pero en este caso, se necesitaba algo más fuerte, posiblemente preparado en el siglo XXI.

—Por supuesto, querida. —Gwen entrelazó su brazo con el suyo y las condujo hacia el salón delantero—. ¿Qué querías discutir?

Kenzie cerró la puerta tras ellas, queriendo asegurarse de que ningún sirviente escuchara lo que estaba a punto de sugerir. —Traje conmigo algunas medicinas del futuro. Por si las necesitaba, ¿sabes? No quería enfermarme en este siglo. Tomé precauciones y demás antes de partir, pero esto es diferente. —Gwen la miró fijamente, claramente confundida por lo que decía—. Los medicamentos que tengo podrían ayudar al laird si le permites tomarlos.

—¿De verdad? —Gwen se sentó e hizo un gesto para que se uniera a ella en el diván—. ¿Como qué, muchacha?

—Solo cosas pequeñas, como jarabe para la tos y paracetamol, que ayuda a bajar la fiebre. Podría ayudarlo, o al menos aliviar un poco sus síntomas.

—¿Por qué no los mencionaste antes? Ben lleva aquí una semana ya.

—Lo sé, y lo siento. —A Kenzie no le gustó el ligero tono de reproche de Gwen, pero tenía razón. El hombre llevaba allí siete días, y debería haber hablado de su idea antes, pero...—. De verdad, no era mi intención no ayudar, pero no estaba segura si era algo que debía hacer. Nadie en esta época ha estado expuesto a los tipos de medicina que tengo, y me preocupaba que al dárselos al laird pudiera enfermarlo más, o peor aún, matarlo.

Gwen le dio unas palmaditas en la mano, con comprensión brillando en sus ojos. —No, muchacha, entiendo. Por supuesto que estabas preocupada y con razón. Pero creo que en este caso, es un riesgo que debemos tomar. Nada de lo que he intentado lo ha ayudado, y su fiebre es algo que no puedo bajar.

—El paracetamol ayudará mejor con eso. Lo traeré y nos encontraremos en la habitación del laird, si quieres.

—Buscaré otra jarra de agua fresca y te veré allí.

Kenzie hizo lo que Gwen le pidió y recogió la medicina. El día que llegó, la había escondido detrás de una tabla suelta junto a la chimenea, no queriendo que ninguno del personal la encontrara. Una caja con un empaque inteligente y pequeñas tabletas bonitas y una botella de líquido con tapa a prueba de niños no serían los artículos más fáciles de explicar.

Gwen ya estaba junto al laird cuando Kenzie llegó, y rápidamente le pasó las dos tabletas.

—Dejadnos —ordenó Gwen a las dos criadas que se movían por la habitación, avivando el fuego y llevándose la ropa sucia. Las dos chicas hicieron lo que se les dijo, cerrando la puerta de madera silenciosamente tras ellas.

—¿Las traga enteras o puedo triturarlas en una solución bebible?

—Puedes hacer cualquiera de las dos cosas, pero te sugiero que las tritures. En su condición actual, no creo que el laird sea capaz de tragarlas enteras. —Su antepasada miró las pequeñas tabletas, pasando su dedo sobre ellas, antes de colocarlas en un mortero y triturarlas hasta convertirlas en polvo.

—Son las cositas más extrañas. Tendrás que decirme qué contienen, para que pueda reproducirlas de alguna manera aquí. Si funcionan, claro.

Kenzie sonrió. —Bajarán su temperatura, de eso no tengo duda, pero en cuanto a la infección en sus pulmones... Bueno, podríamos probar el jarabe para la tos y ver si alivia un poco sus síntomas. —O no. No estaba segura si algo de esto funcionaría. Observó cómo Gwen colocaba las tabletas trituradas en una taza y las mezclaba con cerveza.

El laird se agitaba en la cama, el sudor perlaba su frente y sus mejillas estaban tan rojas como una remolacha. Kenzie no estaba segura si las píldoras ayudarían con la infección que arrasaba su cuerpo, pero esperaba que sí. Gwen parecía muy encariñada con el hombre, y aunque había sido bastante molesto la primera vez que lo conoció, los últimos siete días habían sido diferentes.

Probablemente debido a que estaba mayormente en estado comatoso, pero aun así, era agradable a la vista, incluso tan enfermo como estaba. Sus mechones de ébano colgaban sueltos sobre sus hombros. Kenzie se sorprendió al sentir un tirón de algún tipo de emoción que nunca antes había experimentado. Por supuesto, no era porque fuera muy apuesto con pómulos altos, una nariz recta perfecta y cejas encantadoras que eran mucho más obvias ahora que estaba un poco más limpio. No era tan superficial como para encapricharse con un tipo al borde de la muerte.

Kenzie ayudó a sentar al laird, y con un poco de persuasión, Gwen logró que tomara el

paracetamol sin derramar demasiado. Se desplomó de vuelta sobre la ropa de cama, su rostro una mezcla de dolor y molestia.

Durante las siguientes horas, la fiebre, que había devastado su cuerpo, disminuyó un poco, pero en los días siguientes, la salud del Laird de Ross fluctuó drásticamente. Kenzie le dio abundante paracetamol, junto con el jarabe para la tos, pero aun así, la tos sacudía el pecho del hombre y sonaba dolorosa cada vez que respiraba.

—Agua. —Tosió de nuevo—. Por favor, muchacha.

Kenzie sirvió una taza y se apresuró hacia su cama, complacida de verlo intentando sentarse por primera vez en lo que parecían semanas.

—Estás despierto. Pensé que nunca llegaría este día —le ayudó a beber. Su piel aún se sentía húmeda, pero la fiebre había cedido si la frescura que tocó su palma era alguna indicación.

Él bebió con ganas, terminando la taza. —Gracias.

—De nada —se sentó junto a la cama, limpiando su frente con un paño húmedo—. ¿Puedes recordar algo de las últimas semanas? ¿Sabes dónde estás?

Sus ojos recorrieron la habitación antes de entrecerrarse en contemplación. —No tengo ni la más remota idea de dónde demonios estoy. Aunque tú me resultas familiar.

—Probablemente porque he estado cuidándote. Estás en la casa de Gwen Macleod. Se la regaló su hermano, el Laird Macleod, a ella y a Braxton.

—No necesito una lección de historia, muchacha. Sé quién es Gwendolyn.

Se incorporó, apoyándose contra el cabecero, y las mantas que previamente cubrían su pecho se deslizaron, exponiendo un cuerpo muy atractivo. Kenzie se mordió el labio mientras lo observaba flexionarse con el movimiento de apartar el cabello de su rostro. Poniéndose de pie, caminó hacia la palangana de agua y enjuagó el paño en sus manos, jugueteando con cualquier cosa para no tener que mirarlo. Cuando había estado enfermo, tendido inerte y apestando a los cielos, había intentado mantener su mente en la tarea de mantenerlo con vida.

Pero ahora. *Vaya*. Con un cuerpo como el de Black Ben y una voz de pecado escocés, era la fantasía de toda mujer del siglo XXI.

—¿No discutimos la última vez que nos vimos? Creo que no te caí muy bien —asintió, sentándose más erguido—. Ah sí, eras toda una banshee y además del futuro. Justo como la encantadora Abby Macleod.

—Así es, pero fuiste extremadamente desagradable, y si vuelves a serlo, discutiremos de nuevo.

—Me parece que ya estamos discutiendo... sobre discutir —sonrió, encontrando su mirada.

El estómago de Kenzie revoloteó ante la mirada divertida que le lanzó, haciéndolo parecer cinco años más joven, despreocupado y feliz. Y sin embargo, había algo en sus ojos que estaba lejos de ser jovial. Si acaso, era oscuro, peligroso y teñido de ira. Colocó el paño de nuevo sobre su frente.

—¿Crees que eres capaz de bañarte? Puedo hacer que los sirvientes te traigan un baño. Pero

solo si te sientes con fuerzas. Has estado muy enfermo.

—Eso sería muy bienvenido, y, muchacha —dijo, gruñendo mientras se deslizaba hacia el borde de la cama, poniendo presión en sus pies por primera vez en días—, gracias por tu amabilidad. No lo olvidaré.

Kenzie hizo lo que le pidió, encontrando a una criada en el pasillo y enviándola a preparar agua y hacer que los sirvientes subieran la bañera. No regresó inmediatamente a la habitación del laird y en su lugar, fue a la suya, queriendo cambiarse ya que había tomado el turno de noche la velada anterior y necesitaba sentirse un poco más humana. Dormiría mil años después de la noche pasada. Y tan pronto como el laird estuviera bañado y vestido, Gwen debería entrar para hacerse cargo de su cuidado.

Un fuerte estrépito sonó en la habitación de Black Ben, y ella se apresuró de vuelta, solo para abrir la puerta y ver al laird tan desnudo como el día en que nació, luchando por quitarse los pantalones.

—¿O vas a seguir mirándome el trasero, muchacha, o vas a ayudarme a quitarme las calzas? No estoy tan fuerte como antes, y parecen estar atoradas en mis pies.

Por más que lo intentara, Kenzie no podía apartar la mirada de su entrepierna. En serio, ¿qué otros atributos tenía este hombre? Tragó saliva con dificultad, finalmente logrando darse la vuelta y darle privacidad. —*Umm*. Tal vez si te sientas en la cama y te cubres sería mejor, antes de que te ayude, claro.

—Me has estado bañando estas últimas semanas, ¿por qué el pudor ahora?

Sus mejillas ardieron. —Yo no he estado haciendo nada de eso. Así que date la vuelta y siéntate, o puedes pedirle a alguien más que te ayude —Kenzie escuchó murmullos, con palabras como, pícara, moza fastidiosa, y maldita sea. La lista continuó hasta que él gritó que estaba listo.

Kenzie se sintió aliviada al ver que se había cubierto el regazo con un chal de lana cuando se acercó a su lado. Levantando su pie, le quitó los rígidos pantalones, lo que le costó un poco, ya que su cuerpo estaba tan sucio. Los arrojó hacia la puerta, tosiendo cuando el hedor llegó a su nariz.

—No apesto tanto, muchacha —dijo, pareciendo ofendido.

—¿Podemos entrar, mi señora? —preguntó una criada desde la puerta.

—Por supuesto —Kenzie les hizo un gesto para que entraran—. Si pudieran colocar la bañera junto al fuego, sería estupendo. Gracias —observó cómo un flujo constante de sirvientes entraba y salía de la habitación, cargando cubos y paños de lino similares a lo que ella llamaría toalla. Dos de las criadas quitaron la ropa de cama, hasta el heno, reemplazando eso también, antes de extender dos grandes pieles de animales y hacer la cama como estaba antes. Ben se sentó en una silla cerca del fuego, sin mirar ni mostrar interés en lo que sucedía en su habitación, contemplando silenciosamente las llamas.

Finalmente, la puerta se cerró y quedaron solos. —Tu baño está listo. ¿Estarás bien para meterte en él? —comprobó la temperatura del agua, y estaba más caliente de lo que pensaba que

estaría.

—Por supuesto, pero si quieres quedarte, muchacha, eres más que bienvenida a limpiarme. Me vendría bien una buena enjabonada —dijo parándose detrás de ella, y cada nervio en su cuerpo cobró vida. Qué coqueto era, y uno bueno, ya que ella lo consideró por todo un segundo.

—Creo que no, mi señor. Ahora —dijo, alejándose mientras luchaba contra su impulso de quedarse. Estar tan cerca del laird era demasiado peligroso para ignorarlo. Su cuerpo no quería rechazar su oferta, sin importar lo que su mente dijera—. Y déjame recordarte algunas cosas, Laird Ross, en caso de que las hayas olvidado —dijo, enojada porque su cuerpo parecía tener mente propia.

Kenzie lo empujó hacia el baño, arrancándole la toalla de las caderas y luchando por no mirar. —Hueles mal. De hecho, el hedor que emana de ti es peor que cualquier cosa que haya oído en mi vida. Sin mencionar que tus dientes necesitan un cepillado a fondo, ya que tu aliento no es mucho mejor que tu olor corporal. Así que no, no quiero lavarte ni unirme a ti en el baño. Pero te mostraré dónde está el jabón para que puedas empezar.

—No hace falta. Puedo encontrarlo yo mismo —señaló hacia la puerta—. Si no te importa, me gustaría estar solo.

—Estupendo. Espero no olerte pronto —Kenzie salió de la habitación y cerró la puerta de un golpe, poniendo punto final a su sugerencia y a su ridícula mente que en realidad lo había considerado. Maloliente o no, no le tomaría mucho corregir ese error, y había pasado tanto tiempo desde que había tenido novio. No era tan inocente como para no saber lo que un hombre podía hacer con sus manos... o su boca.

Irrumpió en su habitación y caminó de un lado a otro frente a las ventanas, abriendo una y parándose frente a ella. El aire fresco besó su piel y le recordó en cierta medida que no quería simplemente lanzarse a los brazos de cualquiera que estuviera dispuesto. Y definitivamente no le gustaba lo suficiente el Benito el Negro como para acostarse con él. Un coqueto atroz, si es que alguna vez hubo uno, y definitivamente un hombre en quien ninguna mujer podría confiar. Su estilo de vida después de la muerte de su esposa era prueba de ello.

BEN MIRÓ con enojo la puerta cuando se cerró detrás de Kenzie y luego, sujetándose de los bordes de la bañera de madera, se sumergió en el agua. Och, necesitaba esto. El agua tibia olía a hierbas y conociendo a Gwen, probablemente también tenía algún tipo de propiedades curativas. Pronto el calor alivió sus huesos doloridos, y se recostó, disfrutando de estar en cualquier lugar que no fuera su cama. Había estado atrapado en esta habitación durante demasiado tiempo, y anhelaba salir, sentir algo de luz solar en su rostro y quizás tener un buen combate o dos.

Una imagen de Kenzie al aire libre junto a él pasó por su mente, e instantáneamente el pensamiento amargó su humor. —Moza amenazante —murmuró, encontrando el jabón de

lavanda y lavándose los brazos. Si no fuera tan condenadamente dulce a la vista, le exigiría a Gwen que la enviara a casa.

¿Qué pasaba con estas mujeres del futuro que eran seguras de sí mismas y duras? No como las mujeres de su época. Mujeres que no aceptaban tonterías de sus maridos y dirigían un hogar con mano de hierro.

Miró hacia la cama y se preguntó cuánto tiempo había estado allí. Realmente debería regresar a casa, ver cómo estaba Alasdair y asegurarse de que todo estuviera bien en la finca. La culpa le remordió la conciencia por no haber sido el padre que había prometido ser. ¿Ya gateaba su muchacho? ¿Le había crecido el pelo, seguía teniendo los impactantes ojos azules de su madre?

Sin mencionar que si Aedan se enteraba de su disolución, su aliado más cercano lo perseguiría y le daría una buena paliza. Y en verdad, se la merecía. Había sido menos de lo que se le había enseñado a ser. Aline, que su dulce alma descansase en paz, estaría decepcionada de él. Al igual que él lo estaba ahora, que estaba lo suficientemente sobrio para saberlo.

Con un gran esfuerzo, logró salir del baño, vestirse y limpiarse los dientes, por si acaso la moza del futuro tuviera razón y su aliento realmente apestara. Sus esfuerzos lo dejaron agotado y, dejándose puesta solo la túnica, se arrastró de vuelta a la cama.

La puerta se abrió de golpe, y él levantó la mirada, esperando ver a la muchacha de cabello castaño, pero solo vio a su pelirroja Gwen.

—Ah, estás despierto, justo como dijo Kenzie. Es un día feliz, y me alegro de que estés mejorando —Gwen vino a sentarse en su cama, y Ben le dio una débil sonrisa.

—Estoy tan cansado. Me siento como si hubiera estado en batalla.

—Bueno, de cierta manera lo has estado. Has estado muy enfermo, Ben. Pensé por unos días que te íbamos a perder, pero por suerte para ti, mi inteligente Kenzie te salvó la vida.

Ben frunció el ceño, sin estar seguro de si debía sentirse alarmado o reconfortado por ese hecho. ¿Kenzie le había salvado la vida? —¿Cómo así?

—Estabas borracho, pero también contrajiste una terrible dolencia en los pulmones. Tu respiración era dificultosa, y tu aliento sonaba entrecortado al exhalar. Kenzie tenía algunas medicinas que trajo del futuro, y parecieron ayudar a bajar tu fiebre y aliviar tu tos. Tienes mucha suerte de que ella estuviera aquí.

—Maldita sea —murmuró, sin querer estar en deuda con la muchacha—. Ahora tendré que agradecerle —miró a Gwen, agradecido de tenerla como amiga—. Ella no me gusta.

—¿Quién? ¿Kenzie? —Gwen sonrió y abrió las pesadas cortinas que cubrían las ventanas, inundando la habitación de luz—. Por supuesto que le gustas. Solo tienes que ser tu encantador yo. No el highlander arrogante y empuñador de espadas que a veces puedes ser.

Ben ignoró su insulto. —Ella odia mis entrañas con pasión. Demonios, si hubiera muerto, probablemente habría bailado una giga sobre mi tumba.

Gwen levantó una ceja, y él captó lo que estaba pensando. Que estaba actuando todo ofendido por una moza por la que no tenía derecho a sentirse ofendido. —¿No estarás

exagerando? Estoy segura de que te equivocas.

—No es asunto mío, en cualquier caso. Ella es tu problema —suspiró, odiando el hecho de que sus palabras sonaran falsas, incluso para sus propios oídos—. Necesito regresar al Castillo Ross pronto. No he sido el mejor laird que podría haber sido —hizo una pausa—. Siento que he defraudado a Aline.

—Aye, cuando estés en condiciones de montar, te permitiré partir. Hasta entonces, te quedarás aquí y recuperarás fuerzas. No quiero oír ni una palabra más al respecto. Y en segundo lugar —dijo Gwen, sentándose en la cama y tomando su mano—, si me entero de que vuelves a frecuentar prostitutas en alguna posada de Escocia, se lo haré saber a mi hermano, y entonces sí que te llevarás tu merecido. ¿Me entiendes, amigo mío?

Ben entornó los ojos, disgustado por ser reprendido por dos mujeres en un solo día. Con una era suficiente. —No voy a vivir como un monje, Gwen. ¿Me dejarás visitar a mis damas de compañía siempre y cuando me mantenga sobrio y discreto? —sonrió.

Gwen le lanzó una mirada fulminante y él se echó a reír. Cómo la adoraba, siempre lo había hecho. Era la única persona en el mundo que nunca había vacilado en decirle la verdad. La mayoría de la gente, después de conocerlo, estaba de acuerdo con cada palabra que decía y no se atrevía a contradecir al imponente Ben el Negro, esgrimidor de espadas.

Supuso que era una de las razones por las que también le agradaba esa muchacha Kenzie. Al igual que Gwen, no le tenía miedo. Todo lo contrario, si su boca de banshee era una indicación.

—Si te comportas y actúas como el laird que eres, estoy segura de que estará bien. Pero escúchame, Ben. Si me entero de que sigues con este estilo de vida escandaloso y disoluto que has adoptado, le pondré fin.

Gwen se marchó y, poco después, llegó un cuenco de caldo de verduras junto con una jarra de cerveza. Ben miró por las ventanas, contemplando el océano y su inmensidad más allá de la orilla. Gwen tenía razón y había expresado lo que él mismo ya sabía. Era hora de que regresara a casa, dejara de comportarse como un idiota y se convirtiera en el padre que anhelaba ser. El sonido de una puerta cerrándose en la habitación contigua a la suya se escuchó, junto con voces amortiguadas, una de las cuales reconoció como la de Kenzie.

Tenía una voz suave, pero cargada de fortaleza. Tal vez en los días venideros, podría llegar a ser amigo de la muchacha del futuro. Aprender un poco más sobre su época que tanto le había fascinado después de hablar con Abby Cross.

Kenzie fue su último pensamiento antes de que el sueño lo venciera nuevamente.

CAPÍTULO CINCO

UNA SEMANA DESPUÉS, el Laird de Ross se encontraba lo suficientemente recuperado como para cenar con la familia en el piso de abajo. A Kenzie no le agradaba la idea. Su mera presencia bastaba para ponerla nerviosa. Demasiado varonil, y más que dispuesto a lanzarle miradas que encendían las enaguas de cualquier mujer. Probablemente podría levantarla como si no pesara nada. Sostenerla contra una pared y...

—¿Estás disfrutando tu comida, querida? —preguntó Gwen, sonriendo—. ¿Hay algo mal con el caldo?

Kenzie tomó un sorbo de su hidromiel, necesitando refrescar su temperatura corporal. Mañana por la noche se aseguraría de no sentarse tan cerca del fuego.

—Para nada. Está muy sabroso. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo que has dejado de comer, pero mientras todo esté bien...

—Todo está muy bien. Lo prometo —Kenzie sonrió.

La mirada de Gwen se dirigió a Ben, que estaba sentado a su lado, y Kenzie no necesitaba ser una científica nuclear para saber que Gwen era consciente de lo que Kenzie estaba pensando. O más precisamente, en quién estaba pensando. Como la criada que estaba de pie cerca de la ventana. La joven prácticamente había estado babeando por Ben toda la noche, y él lo había estado disfrutando como el soltero que era.

—No estás contenta conmigo, muchacha. ¿No soy lo que pensabas que debería ser un señor de las Highlands?

Era una pregunta extraña, y Kenzie lo estudió mientras ordenaba sus pensamientos.

—¿Qué te hace pensar que esperaba algo más de lo que he encontrado?

—Recuerdas a Abby Cross... la muchacha a la que ayudaste a regresar a nuestro tiempo.

—Por supuesto —dijo ella.

—Me habló de cierto tipo de libro que a vosotras las mujeres os gusta leer. Libros llenos de hombres musculosos que blanden espadas, con largas melenas, y grandes...

—Entiendo el punto —dijo ella, interrumpiéndolo antes de que dijera algo que ni quería oír ni imaginar. O imaginar más de lo que ya había estado imaginando. Ya era bastante malo estar al lado de un hombre que encarnaba todo lo que decían las novelas románticas y más. Ciertamente

tenía eso de la melena. Hermosos y largos mechones que podría agarrar con el puño, para mantenerlo contra su boca u otros lugares deleitables.

Kenzie se sirvió más hidromiel, no le disgustaba esta bebida ya que tenía un distintivo sabor a miel. Mucho más preferible al agua que podía enfermarte, o a la cerveza que era demasiado amarga para su paladar. Realmente debería haber dejado de leer esas novelas románticas antes de volver a esta época. Le estaba dando ideas que no tenía derecho a pensar.

—Lo que Abby puede haber mencionado, pero tú has decidido ignorar, es que todos los héroes de esos libros eran amables, gentiles y tenían montones de honor —Kenzie luchó por comer su comida con la cuchara de madera y usó el pequeño cuchillo en su lugar. Entrecerró los ojos cuando sorprendió a Ben observándola—. ¿Tienes alguna de esas cualidades, mi señor?

Su mirada se encontró con la de ella.

—Och, muchacha, me hieres —Ben se llevó la mano al pecho, con una risa burlona en los ojos—. Tengo todas esas cualidades, y además, me han dicho que mis manos son muy gentiles, si no un poco enloquecedoras —Guiñó un ojo, y el estómago de ella dio un vuelco. Maldito sea su atractivo sexual. Era como una píldora de Viagra andante para las mujeres—. Estoy más que dispuesto a probar que mis palabras son ciertas si estuvieras interesada.

—Paso, pero gracias por la oferta —Kenzie ignoró su risa y se dispuso a comer su cena, pero su mente se negaba a cooperar. Con cada cucharada de caldo y sorbo de su bebida podía sentir su atención sobre ella, quemándola como un hierro candente. La dejaba acalorada y desconcertada.

—¿De verdad me encuentras tan repulsivo? —preguntó él, esperando a que ella lo mirara—. Sé que no tuvimos la mejor introducción, pero como descendiente de Gwen, me gustaría que fuéramos amigos. ¿Podemos empezar de nuevo?

Kenzie no estaba segura de si eso era una buena idea. Si realmente llegaba a agradarle el hombre, ¿qué harían sus hormonas entonces? Se mordió el labio, sabiendo exactamente cómo reaccionaría su cuerpo y ese era un camino que se negaba a recorrer. Pero entonces, si se hacía amiga del hombre, podría averiguar con quién socializaba fuera de su familia. Obviamente alguien lo había matado en algún momento, y por lo que la historia había asumido, era alguien que él conocía. Estar cerca de Ben el Negro podría ayudarla a resolver el misterio de lo que le había sucedido al Laird de Ross.

Él continuó comiendo, y ella lo estudió disimuladamente. Se rio de una historia que contó Braxton, y Kenzie observó cómo su nuez de Adán subía y bajaba con su respuesta. Tres meses y este hombre ya no existiría, estaría tan muerto como su esposa. Sacudió la cabeza. Sin importar sus insinuaciones sexuales, y sus reacciones a ellas, nadie merecía morir por nada. Y era triste que falleciera tan joven.

Ben captó su mirada, sus ojos oscuros e intensos, y el calor chisporroteó entre ellos.

—Bien, muchacha. ¿Podemos ser amigos?

Ella asintió, su cuerpo tenso y para nada tranquilo y seguro como se enorgullecía de ser.

—Me gustaría intentarlo —Y en verdad quería. Ben el Negro era un icono histórico escocés.

¿Quién no querría aprender sobre el hombre? Pero esa no era su única razón. Él la fascinaba de una manera en que ningún hombre lo había hecho antes. Ya fuera porque la fecha de su muerte estaba grabada en su cerebro, o por la forma en que vivía su vida, o su amistad con su familia ancestral, Kenzie no estaba segura, pero quería saber qué lo hacía funcionar.

—Tengo una sugerencia sobre cómo podemos comenzar nuestra nueva amistad.

—¿La tienes? —Kenzie apartó su plato y tomó una hogaza de pan del cuenco—. ¿Y?

—¿Montas?

—¿Caballos?

Él sonrió, mordiéndose un poco el labio. Kenzie no pudo apartar la mirada de sus dientes perfectamente rectos y blancos, que estaban absolutamente limpios.

—¿Qué pensaste que quería decir cuando dije montar? —Se rio entre dientes.

El calor floreció en su rostro.

—Muy gracioso. Sé serio.

—Mis disculpas —dijo él, colocando una mano sobre su corazón e inclinándose un poco—. Pero sí, me refería a caballos, aunque la dirección que tomó tu mente ciertamente ha despertado otra imagen de cómo podríamos pasar el día.

—¿Nunca paras?

Se encogió de hombros, reclinándose en su silla.

—A veces —hizo una pausa—. Iba a sugerirte que pasáramos el día cabalgando por las tierras de tu familia. Conmigo estarás lo suficientemente segura, y yo necesito algo de ejercicio, después de haber estado encerrado estas últimas semanas. Y me daría tiempo para interrogarte sobre tu procedencia.

Kenzie lo pensó. Un día cabalgando con Ben el Negro. Para algunos, esto sería un sueño hecho realidad. La lotería de un historiador. Y sería agradable. Sí, él coqueteaba, pero no era nada que ella no pudiera manejar, y sin importar lo que dijera, o hubiera dicho en el pasado, había algo en el hombre que inspiraba confianza. Tenía un pasado violento con batallas y disputas de clanes, pero Gwen confiaba en él, y Kenzie estaba segura de que nunca la lastimaría ni la forzaría a hacer algo que ella no quisiera.

—Suenan maravillosos. Me encantaría ver las tierras. Gracias.

—De nada. Desayunaremos y nos encontraremos afuera al amanecer mañana.

KENZIE DESPERTÓ con la sangre cantando en sus venas. Saltó de la cama y se vistió rápidamente, sin molestarse en llamar a su doncella asignada. Le parecía tonto usar a otra persona para ayudarla a vestirse o limpiarse, y prefería hacer todo en privado, especialmente porque su ropa no era hecha a mano ni históricamente precisa. Una doncella notaría tales cosas de inmediato. Nunca se acostumbraría a tener sirvientes mientras se recogía el cabello con una cinta y lo ataba.

El sonido de voces flotaba hasta su habitación, y ella bajó las escaleras, siguiendo el olor de una comida caliente hasta el comedor. Las velas estaban encendidas a lo largo de la mesa, ya que la luz plena aún no había dejado su marca en la tierra, y Kenzie se sirvió unos huevos sobre la versión del siglo XVII de una tostada, que en realidad parecía pan quemado.

—Me has ganado esta mañana, muchacha. Y yo que pensaba que me había levantado antes que la casa misma.

—Estaba emocionada por salir y echar un vistazo alrededor, así que bajé tan pronto como pude. Supongo que aún vamos a ir, ¿verdad?

—Aye. Por supuesto —Ben se sirvió su propio desayuno y se sentó a su lado. A Kenzie le sorprendió que quisiera estar tan cerca de ella y no sentado en cualquier otro lugar de la mesa. Pero entonces, estaban comenzando su amistad de nuevo, y era mucho más fácil conversar cuando estaban uno al lado del otro que en extremos opuestos de una mesa.

—¿Crees que nuestra salida durará todo el día?

—Tal vez. Tendrás que esperar y ver.

Terminaron su comida en un silencio agradable antes de que Ben los guiara hacia el establo. Un joven muchacho sostenía dos caballos ensillados. La montura de Kenzie era más alta de lo que jamás había montado antes, y los nervios revolotearon en su estómago.

—¿Es seguro el caballo? —Acarició el hocico de la yegua baya, sonriendo cuando esta se acercó a su palma—. Ya sabes a qué me refiero. ¿Es tranquila?

—Aye, es lo suficientemente tranquila. Estarás bien, muchacha. No dejaré que te caigas.

La seguridad en su tono calmó las preocupaciones de Kenzie, y con la ayuda de un bloque de montaje, subió a la silla y se acomodó.

—Iremos hacia el este a lo largo de la costa y volveremos a través del pequeño bosque que flanquea la finca por el oeste. Así verás lo mejor de ambos lugares.

—Guía el camino —Kenzie trotó tras Ben, y lentamente, afortunadamente, él los guió hacia la playa. Kenzie había estado por este camino muchas veces. Era el mismo sendero bien transitado que usaba en su propio tiempo cuando iba a la orilla.

—¿Te resulta familiar? —Le lanzó una mirada antes de volver a mirar hacia la orilla.

—Sí. De hecho, sigue siendo la misma ruta para llegar a la playa —Se rió—. Estaba pensando lo extraño que era y, sin embargo, lo maravilloso que es que, sin importar cuánto tiempo haya pasado, algunas cosas nunca cambian.

—No, no lo hacen, ¿verdad? —Parecía pensativo antes de guiar su caballo a la orilla, donde Kenzie se puso a su lado.

—¿Es razonablemente seguro por estos lugares?

—¿Tienes miedo, muchacha? —preguntó Ben, sin mirarla, sino observando el océano.

—Un poco —admitió—. He leído mucho sobre las batallas de clanes y lo violentas que pueden ser. La mayoría de las veces, el ataque ocurre cuando uno menos lo espera. No sé cómo pelear. No sabría qué hacer si algo así nos sucediera aquí afuera.

—Bueno, es una suerte que yo sí sepa —Se acercó, colocando un mechón de cabello que se había soltado de su cola de caballo detrás de su oreja. El contacto le envió escalofríos por la espalda y su estómago se tensó—. Te protegeré, muchacha, con mi vida.

—¿Incluso aunque hace solo unos días no éramos los mejores amigos?

—Por supuesto. Eres una mujer. Así que, a menos que vengas hacia mí con una espada, te protegeré a costa de mi propia vida.

Kenzie se preguntó cómo era posible que alguien pudiera ser tan desinteresado con su vida. Proteger a otros, incluso si te costaba la vida, era un sacrificio que ella no estaba segura de poder hacer. ¿Cómo era que los hombres de esta época nunca se cuestionaban a sí mismos? ¿Nunca dudaban de lo que debían hacer, a quién debían proteger?

—Me parece infinitamente fascinante que puedas sacrificarte por mí. No —dijo, señalando el bosque que se volvía más denso junto a la playa— que me gustaría que fuéramos atacados por un enemigo para poner a prueba tu honor, pero ¿cómo lo haces? ¿Cómo sabes que darías con gusto tu vida para que alguien a quien apenas conoces pueda vivir?

Él le lanzó una mirada extraña antes de encogerse de hombros.

—Porque sin importar lo que hayas leído sobre mí en tus libros de historia, o lo que sepas de esta época, soy un hombre honorable. Pero no te engañes pensando que todos lo son, muchacha. Si nos emboscan, si te digo que corras, que te alejes o que te escondas, debes hacer lo que te digo.

Kenzie asintió.

—Entiendo, y Gwen me dijo algo similar poco después de que llegué. Y, por supuesto, lo haré, lo prometo. No quiero morir.

—Muy bien. Ahora, hay un sendero más adelante que podríamos tomar hacia el bosque, que nos llevará al punto en los acantilados. ¿Quieres ver la vista?

Detuvo su caballo y miró hacia la colina que se alzaba sobre el mar. Desde este punto, la colina le recordaba a Kenzie los acantilados blancos de Dover, aunque no tan altos ni empinados. Y en lugar del blanco cristalino de la tiza, esta colina estaba cubierta de musgo y rocas, hasta llegar a la espuma, que era un poco más salvaje que las olas que fluían ahora junto a ellos. —Me encantaría verlo —. A menudo había subido hasta ese punto, pasando horas leyendo en la cima del acantilado con nada más que el sonido del mar chocando contra la tierra. Ver si había cambiado entre esta época y la suya era exactamente lo que quería hacer.

Cabalaron hacia el bosque y Kenzie agradeció haber traído consigo un chal de lana abrigado. Bajo la cobertura de los grandes árboles y el denso follaje, el aire era húmedo y más fresco. Ben los guió en dirección al mirador, pero se detuvo de repente, levantando una mano para que guardara silencio.

Kenzie hizo lo que le dijo y se le erizó el vello de la nuca.

—Bájate del caballo, muchacha.

Rápidamente hizo lo que le ordenó, y con un gesto, Ben llevó los caballos fuera del pequeño

sendero y los internó en el bosque. A tan solo unos metros, el sendero ya no era visible, pero Ben no se detuvo, sino que siguió llevando los caballos más adentro, como si quisiera ocultarlos.

—¿Qué escuchaste? —susurró, chocando contra la espalda de Ben cuando este se detuvo.

—Hombres.

Kenzie miró hacia atrás, hacia donde habían venido, y escuchó, y finalmente lo oyó también. El murmullo apagado de hombres. ¿Por qué estaban en el bosque no muy lejos de la casa de Gwen? ¿Y Gwen lo sabía? ¿Y si iban camino a matar a su familia?

—Silencio, muchacha —. Las palabras susurradas contra su oído hicieron que Kenzie fuera consciente de otro peligro: el que estaba a su lado. Vestido con una túnica y su tartán, Ben el Negro parecía un auténtico guerrero escocés. Una mezcla de peligro y deliciosa tentación.

—¿Sabes quiénes son?

—No, no reconozco las voces —. Ben dio un paso hacia donde habían venido y movió unos helechos para ver mejor—. Ah, hombres de McDonnell. Desertores, por el aspecto de sus sucios tartanes.

Kenzie se acercó por detrás de Ben y se asomó por encima de su hombro. Inconscientemente, le agarró las caderas para mantener el equilibrio y se arrepintió de la acción tan pronto como lo hizo. Era puro músculo. Quería deslizar sus manos hacia abajo para ver si su trasero era igual de sólido, igual de firme.

Por supuesto, lo había visto desnudo, así que era muy consciente de que estaba bien dotado. Su cuerpo era prácticamente perfecto.

Se oyeron gritos desde el sendero, y Ben la tiró al suelo, tapándole la boca con la mano. Kenzie no podía respirar, pero no estaba segura de si era por el susto o porque Ben estaba tendido sobre ella, con su boca peligrosamente cerca de su mejilla y su cuerpo cubriendo toda su longitud.

Oh, Dios mío, realmente debería haber dejado de leer esas novelas románticas...

—Han pasado caballos por aquí y no hace mucho. Vámonos, muchachos, antes de que nos atrapen.

Todos parecían estar de acuerdo, y poco después, Kenzie oyó el sonido de caballos alejándose al galope de su ubicación. —¿Crees que ya es seguro? —murmuró bajo su palma.

Ben retiró la mano, y ella lo miró justo cuando él bajaba la vista hacia ella. Otro error. Estaba tan cerca.

—Tienes tierra en las mejillas —. Ben le limpió la piel con el pulgar, su atención fijándose en sus labios.

¿Iba a besarla? *Oh, por favor, Dios, que así sea.* Kenzie quería saber qué se sentiría al actuar sobre este abrumador deseo por el hombre. Un hombre que no estaba destinado para ella, sin importar cuánto lo encontrara físicamente atractivo.

—Deberíamos irnos. Vamos, muchacha —dijo, poniéndose de pie y ayudándola a levantarse—. Esos hombres ya se han ido, y todavía podemos llegar al punto si nos vamos ahora.

—De acuerdo —. Kenzie caminó hacia su caballo y, con la ayuda de Ben, montó. Las manos de él permanecieron en sus caderas más tiempo del necesario, y ella se ajustó en la silla, tratando de calmar el corazón que latía un millón de veces demasiado rápido en su pecho.

Observó cómo se subía a su caballo, su kilt levantándose un poco y dándole una vista de un muslo musculoso. —Oh, por el amor de Dios.

—¿Dijiste algo, muchacha?

Kenzie espoleó a su montura. —No, nada. Guía el camino.

Cabalaron en silencio durante un rato, y Kenzie supuso que era porque Ben quería escuchar si había hombres, sin importar que hubiera dicho que se habían ido. Y Kenzie agradeció el silencio. Necesitaba componerse. Esta atracción que sentía por el hombre era más que molesta y verdaderamente ilógica. Pronto regresaría a su propia época, y no podía olvidar el molesto problema de que Ben desaparecería o sería asesinado por una fuente desconocida.

A medida que subían, el bosque se fue haciendo menos denso, hasta que los árboles se volvieron esporádicos y los helechos fueron reemplazados por pequeños arbustos y brezos.

En la cima, Kenzie miró hacia el océano, sus profundidades azules nunca cambiantes, sin importar la época. Las rocas sobre las que se había sentado en su tiempo estaban en sus lugares correspondientes. Qué maravilloso que la tierra pudiera ser tan similar incluso después de todos estos años.

—¿Habías estado aquí arriba antes, muchacha? Sé que este es tu hogar en el futuro, pero estás mirando el mar como si nunca hubieras visto tal belleza.

—Crecí en Inglaterra y solo volví a Escocia hace un par de años, después de que muriera mi padre. Vengo aquí a menudo para leer y relajarme. La vista es tan espectacular como siempre ha sido.

Al oír un ruido sordo, Kenzie se giró en su asiento y miró hacia atrás, solo para ver a los hombres de antes cabalgando con fuerza hacia ellos, con las espadas desenvainadas y en alto.

—Ben, tenemos compañía.

Antes de que las palabras salieran de sus labios, el tintineo del metal siendo desenvainado sonó a su lado mientras Ben sacaba una segunda hoja larga y mortal de su cadera. —Quédate en tu caballo y mantente detrás de mí todo lo que puedas. Y cuando te lo diga, cabalga con fuerza hacia los árboles. Dirígete a casa y da la alarma a Braxton.

—Lo haré —el miedo la envolvía, y su caballo se movió inquieto, pisoteando el suelo a medida que los cuatro jinetes se acercaban. Kenzie sacó un cuchillo que había escondido en su bota; era patéticamente pequeño, pero solo necesitaba apuñalar una mano o algo así. Aunque no quería acercarse tanto a estos hombres que, cuanto más se aproximaban, más enfadados parecían.

Al borde del acantilado, Kenzie y Ben no tenían a dónde ir, y los hombres redujeron la velocidad justo antes de llegar a ellos, con una alegría amenazadora escrita en sus rostros.

—Ah, Black Ben, es bueno encontrarte al fin. Te hemos estado buscando durante varias semanas.

Ben no respondió, pero Kenzie notó que su mano se flexionaba sobre la empuñadura de su espada.

—Así que te has estado escondiendo en tierras de los Macleod, ¿eh? No pensé que un Ross fuera tan cobarde.

—¿Qué queréis? —preguntó Ben, con la espalda rígida, listo para defenderla.

—Nada que te deba preocupar, ya que estarás muerto en unos minutos.

—¿Quién os envió? —preguntó Ben, su voz mucho más calmada de lo que hubiera sido la de Kenzie si hubiera estado hablando.

—Eso tampoco te concierne, pero debes saber que una vez que estés muerto, cobraremos una buena cantidad por nuestro esfuerzo.

Con la muerte de Ben garantizada solo unos meses después, Kenzie no pudo evitar pensar que esto era un preludio de la eventual incursión en el Castillo Ross. Kenzie agarró sus riendas, lista para partir en cuanto Ben se lo dijera. Estos hombres significaban problemas, y ella y Ben no iban a salir de allí sin pelear.

El único consuelo era que la fecha de muerte de Ben no era hoy, así que al menos uno de ellos saldría vivo de aquí. Con ese pensamiento vino otro. Ya que había viajado en el tiempo, ¿quizás ya había alterado la historia y hoy *era* el día en que Ben encontraría su destino?

Un escalofrío recorrió su sangre, y elevó una silenciosa plegaria a Dios para que no fuera así. Era demasiado pronto para él. Siempre sería demasiado pronto.

BEN MANTUVO su mirada fija en el hombre en el centro del pequeño grupo, el que parecía estar al mando de la chusma. Todos parecían lo suficientemente pequeños como para que él pudiera encargarse, pero con hombres que ya no seguían las reglas del clan, era difícil adivinar cómo reaccionarían o qué estarían dispuestos a hacer. Y tenía que mantener a Kenzie a salvo.

—¿Qué estáis haciendo en tierra de los Macleod? Al laird no le agradará encontrar que estáis aquí sin su consentimiento.

Todos rieron y se burlaron. —Oímos que la tierra fue regalada a la hermana del laird. Es una muchacha bonita, esa Gwendolyn. Encantadora y madura, perfecta para coger.

El segundo más grande se frotó la mandíbula. —Igual que tu dulce muchacha. También es bonita, con una piel limpia y suave que odiaríamos marcar, pero... bueno, esas cosas pasan, ¿no es así?

Ben apretó la mandíbula. La idea de que Gwen y la dulce Kenzie cayeran en manos tan abusivas hizo que la rabia rugiera por su sangre. —Tendréis que pasar sobre mí primero, antes de tocar a cualquiera de las dos. Y si lo hacéis, no penséis que la tocaréis por mucho tiempo.

El líder apuntó su espada hacia Ben. —¿Veremos cuánto tiempo nos llevará llegar a tu dulce muchacha? ¿Comenzamos?

—Aye, si estáis listos para morir.

El hombre se abalanzó, y Ben levantó su espada, bajándola para cortar el estómago del hombre. En lugar de derramar sus entrañas sobre la hierba bajo sus botas, apenas rozó la piel, dejando una línea perfecta de rojo que se filtró en su túnica cortada.

—¿Estáis seguros de que queréis continuar? —preguntó Ben, haciendo girar su espada en la mano.

Esta vez, los hombres lo atacaron desde todos los ángulos, y requirió cierto esfuerzo repeler el ataque. Ben logró asestar un golpe sólido contra la sien de uno de los hombres, y este cayó, inconsciente, posiblemente muerto si tenía suerte.

Los otros dos persistieron. La pelea se prolongó durante un tiempo, y Ben maldijo su enfermedad que lo había debilitado; su resistencia no era la de antes. Uno de los hombres arrojó su espada en dirección a Kenzie, y antes de que Ben pudiera gritarle que corriera, el arma se clavó firmemente en el pecho del caballo de ella, matando al animal al instante. El caballo y Kenzie cayeron juntos, y por el rabillo del ojo, Ben pudo ver a Kenzie luchando por sacar su pierna de debajo del cuerpo del caballo.

—Pagaréis por eso —dijo Ben, su voz cargada de una promesa mortal.

El tercer hombre al que había noqueado se recuperó y se unió a sus compañeros de clan. Los hombres se abalanzaron, y Ben luchó con fuerza, pero tres contra uno no eran buenas probabilidades, especialmente después de su enfermedad. —Corre Kenzie. Ahora. Sal de aquí.

Se alegró de ver que ella pudo sacar su pierna, y salió corriendo en dirección a casa. Ben había maniobrado a los hombres de modo que sus espaldas estaban frente al acantilado y el mar, pero uno se separó y persiguió a Kenzie.

Los otros dos se rieron, y Ben se abalanzó, asestando un golpe mortal al estómago de un bastardo, que ya estaba sangrando. Esta vez, Ben se complació en ver que sus tripas se derramaron sobre sus zapatos, la mirada atónita del hombre observándolas caer a sus pies antes de tambalearse hacia atrás sobre el acantilado.

El último, un idiota que dejó de luchar para ver morir a su camarada, nunca vio el golpe que se hundió en su hombro y cuello, cortándole la cabeza parcialmente.

Ben agarró su caballo, montó y partió en la dirección en que Kenzie había huido. Un escalofrío le recorrió la sangre al oír su grito. Instó a su montura a avanzar, encontrándose con una escena que nunca deseó volver a ver.

Kenzie yacía junto a un río de corriente lenta, el asqueroso bastardo sobre ella, rasgando su vestido y separándole las piernas. Podía ver que ella luchaba con todas sus fuerzas, pero el hombre era grande, demasiado fuerte para ella.

Ben saltó de su caballo mientras aún se movía, acercándose por detrás del hombre y cortándole la garganta, hundiendo su cuchillo en la piel del hombre tan profundamente que Ben pudo sentir el hueso del cuello rozar contra su hoja.

Ben debería haber quitado al hombre de encima de Kenzie antes de matarlo, y no fue hasta

que vio el absoluto shock registrado en el rostro de Kenzie que Ben se dio cuenta de lo que había hecho.

Arrojó al hombre a un lado y atrajo a Kenzie a sus brazos, frotándole la espalda, odiando que temblara, que estuviera fría y rígida. —Todo está bien, muchacha. Estás a salvo ahora. Te tengo —ella sollozó en sus brazos, rodeándole la cintura con las manos.

—Lo mataste. Lo vi. Lo vi —hizo una pausa, tomando un respiro profundo—. Su cabeza casi se desprendió —sollozos violentos sacudieron su cuerpo, y Ben se estremeció.

—Lo siento, muchacha. No debí haberlo matado frente a ti. Olvidé que no eres de mi época, y probablemente nunca has visto algo así antes.

Ella tembló en sus brazos, y él la levantó, sentándose en un tronco caído cercano para sostenerla mientras asimilaba lo que había presenciado. No es que Ben pensara que alguna vez superaría tal visión, pero la consolaría el tiempo que fuera necesario. Había visto el lado más suave de Abby MacLeod lo suficiente como para saber que la época de Kenzie no era tan dura, que la gente de su tiempo no era propensa a tales guerras y violencia. Ya no tenían que luchar por sobrevivir en Escocia. Simplemente trabajaban y vivían con pocos problemas.

—Tengo su sangre encima.

—Sí, la tienes —miró hacia el río de corriente lenta—. ¿Quieres lavártela?

Ella miró hacia el curso de agua pero negó con la cabeza. —No, solo quiero ir a casa —Kenzie lo miró, y Ben sintió un impulso abrumador de protegerla, de cuidar a la mujer en sus brazos, más que a cualquier otra mujer jamás.

Silbó llamando a su caballo y se puso de pie, llevando a Kenzie al lado de la bestia. Montó y la subió delante de él, cabalgando de vuelta a la casa tan rápido como pudo. Un día que se suponía despreocupado y pacífico se había convertido en una pesadilla.

En cuanto a los hombres que los habían atacado, enviaría a los hombres de Braxton para ver si alguno de ellos los reconocía, antes de enterrar los cuerpos.

MÁS TARDE ESA NOCHE, se sentó en el gran salón, con Braxton frente a él, ambos silenciosos en contemplación.

—Mis hombres nunca habían visto a los hombres que os atacaron hoy. Aunque llevaban el tartán de los McDonnell, podrían haberlo robado, ser desertores de otro clan. Enviaré un mensaje a McDonnell para ver si les faltan algunos miembros del clan, y entonces lo sabremos. Pero lo que más me preocupa es por qué os atacaron en primer lugar. ¿Conoces a alguien que te desee algún mal?

—No, nadie, aunque parece que alguien ha puesto precio a mi cabeza —Ben reflexionó sobre el ataque y lo que podría presagiar para él en los próximos meses—. También podrían haber dicho eso solo para desconcertarme. No olvides que tenía a Kenzie conmigo, y es un bonito

bocado de carne, si alguna vez vi uno. Podrían haber ido tras ella.

—¿Un bonito bocado de carne? ¿Necesitamos tener una conversación sobre por qué no se te permite cortejar a mi bisnieta de tantas generaciones que no puedo contar?

Ben encontró la mirada de Braxton y notó que era mortalmente seria. —¿Qué? ¿No soy lo suficientemente bueno para tu linaje? Creo que estás olvidando que soy un laird por derecho propio. No se me ha otorgado mi posición por quién me casé.

—Cuida tus palabras, Ben, o te encontrarás con el trasero en mi escalón de piedra más rápido de lo que puedas parpadear.

—¿Queréis cesar tal estupidez los dos? Nadie va a echar a nadie, y Ben, por mucho que te apreciemos y te consideremos un amigo, Kenzie no es para ti. Recuerda, ella no se quedará por mucho tiempo, y sería imprudente de tu parte formar cualquier tipo de apego hacia ella.

Ben apuró su hidromiel y se sirvió otro. Era demasiado tarde para no formar un apego hacia la muchacha. Le agradaba, apreciaba su compañía. Sí, la muchacha tenía un rostro encantador que solo aumentaba su placer cuando estaba cerca de ella. —Si pensáis que voy a enamorarme de ella, caer de rodillas y declarar mi vida terminada el día que se marche, estáis locos. Disfruto de su compañía. Eso es todo. No habrá más discusión sobre el asunto.

—Me alegro de que estemos de acuerdo —dijo Braxton, aún fulminándolo con la mirada.

—Braxton —Gwen suspiró, lanzando a su marido una mirada reprobatoria—. Sin importar lo que digamos, o nuestro razonamiento detrás de ello, Kenzie es una mujer adulta y, estoy segura, tomará sus propias decisiones sobre a quién permite cortejarla. No podemos interferir en su vida. No es nuestro lugar.

—¿Permitirías que desarrollara sentimientos por alguien que no es de su época? —susurró Braxton, mirando alrededor en busca de sirvientes.

Gwen suspiró de nuevo. —Te estás adelantando y todo lo que estás diciendo probablemente nunca se convertirá en un problema. Ben ha declarado que no está interesado en ella de manera romántica, y por lo que sé de los sentimientos de Kenzie, ella siente lo mismo.

—¿Ella dijo eso? —una punzada de decepción lo atravesó al saber que Kenzie no lo consideraba de esa manera. Tomó otro sorbo de hidromiel, desechando la locura en su cabeza—. Volviendo a lo que sucedió hoy, creo que sería mejor si colocaras algunos hombres de vigilancia y realizaras una búsqueda en toda tu tierra, para comprobar que no haya otros escondidos, esperando para atacarnos cuando estemos desprevenidos. Tal como lo estaba yo hoy.

—En tu condición, me sorprende que hayas sobrevivido —Gwen se sentó junto a Braxton y llamó a un sirviente para que trajera algo de pan—. Cuando regresaste y Kenzie estaba cubierta de sangre, al principio pensé que era suya. Mi corazón nunca había amenazado con salirse por la boca, pero hoy me atrevo a decir que lo hizo.

—Sí, el mío también. ¿Cómo está ella, mi amor?

—Se bañó al regresar y ahora está dormida, pero en un rato le subiré la cena y me aseguraré de que coma. Hoy fue un gran shock para ella. Uno que desafortunadamente nunca olvidará.

Ben cerró los ojos para bloquear la imagen de Kenzie en el suelo, luchando contra un hombre que la habría violado si Ben hubiera muerto o si no hubiera llegado a tiempo. —¿Existe alguna posibilidad de que Kenzie haya regresado para esconderse de un problema en su vida? Tal vez alguien se ha enterado de sus habilidades para viajar en el tiempo y las quiere para sí mismo. Quiere usarla para alterar la historia o alguna locura similar.

Braxton se reclinó en su silla. —Es una idea que no había considerado posible. ¿Qué dices tú, Gwen? ¿Crees que la muchacha está en algún tipo de problema y necesita nuestra ayuda? —hizo una pausa—. Su llegada aquí fue extraña e inesperada. No es que no nos encante tener a la muchacha con nosotros, pero si está en problemas, tal vez podríamos ayudarla de alguna manera.

Un sirviente entró y colocó otra jarra de hidromiel en la mesa, junto con algunos panecillos recién horneados.

—No había pensado en esa posibilidad, y supongo que no haría daño preguntarle —Gwen le ofreció comida a Ben, pero él la rechazó con un gesto—. Creo que es más realista que los hombres iban tras ti, y que sus palabras eran verdaderas. Tienes un enemigo, alguien que está dispuesto a pagar lo suficiente para que esos alborotadores intentaran llevarte hoy. Aumentaremos la seguridad aquí, pero debes pensar en tu propia seguridad, Ben. Alguien quiere verte muerto y necesitas averiguar quién es ese alguien.

Ben asintió.

—Ay, tienes razón, y tendré que pensarlo más. Supongo que podría haberme acostado con la esposa de alguien sin saberlo y ahora el marido está decidido a ver mi cabeza en una estaca. He estado en refriegas y disputas entre clanes antes, pero poner un precio real por mi cabeza es algo bastante determinado.

—Debes cuidarte las espaldas y mantener la guardia alta hasta que podamos llegar al fondo de esto —dijo Braxton, mordiendo un panecillo.

—Dijiste que Kenzie aún no ha cenado. ¿Te importa si se la llevo? Quiero preguntarle si tenía una razón específica para estar aquí y también comprobar si está bien. Debo admitir que probablemente podría haber manejado mejor el matar al hombre que la atacó, o al menos no hacerlo justo frente a ella —Ben se frotó la mandíbula. Odiaba imaginar lo que la pobre muchacha pensaría de sus costumbres bárbaras, y sin embargo, mataría a ese hombre de nuevo, no cambiaría nada de su reacción, pero quizás lo haría donde Kenzie no lo viera.

—La cocinera está preparando una bandeja para ella ahora mismo si quieres ir a recogerla. Han pasado algunas horas, y estoy segura de que Kenzie está a punto de despertar. Probablemente tenga mucha hambre.

Ben se puso de pie.

—Iré a ver —salió del gran salón y se dirigió a las cocinas, donde encontró la comida dispuesta en una bandeja, lista para llevar. Ben la tomó del sirviente y se marchó. Mientras subía las escaleras, se preguntaba qué decirle a Kenzie. Cómo consolarla, asegurarse de que estuviera bien y no se preocupara por lo que había visto. Esperaba que no lo considerara nada más que un

salvaje escocés.

La encontró sentada en la cama. Las velas bañaban la habitación de luz, y ella se veía tan tranquila y feliz como había estado esa mañana antes de su paseo.

—Te traje la cena. Espero que te guste el estofado.

Ella sonrió, asintiendo.

—Me gusta. Gracias —se movió un poco más arriba en la cama y acomodó las mantas sobre su estómago—. ¿Cómo estás? ¿Te hirieron hoy?

Ben colocó la bandeja sobre su regazo y se sentó en la cama junto a sus pies. Ella se veía tan pequeña, tan delicada en la gran cama de madera. Era una cama demasiado grande para dormir sola. Apartó ese pensamiento inoportuno, pensamientos estúpidos como esos no tenían valor en su vida.

—No, muchacha. Algunos moretones y un corte en el hombro, pero nada de qué preocuparse. He tenido cosas mucho peores. Estoy más preocupado por ti. Sé que lo que hice frente a ti probablemente no fue lo mejor para ver... y bueno...

—Está bien, Ben. Aunque nunca había visto algo así antes, me alegro de que lo hicieras. Me habría violado si no hubieras llegado. Me alegro de que esté muerto. Al menos esa escoria humana vil no puede hacérselo a nadie más.

—Come —dijo, señalando su comida intacta—. Espero que lo de hoy no te haya asustado tanto como para querer volver a casa.

—Para nada —Kenzie comenzó a comer, y Ben se alegró de ver que algo de color volvía a sus mejillas.

—Hay algo más, algo que Braxton pensó que podría ser la razón por la que los hombres nos atacaron en primer lugar. Ahora, escúchame antes de responder, y solo debes saber que estamos aquí para apoyarte y protegerte. No dejaremos que te pase nada mientras estés aquí.

—Lo sé —le dedicó una sonrisa y tomó otra cucharada de estofado—. ¿Qué querías preguntarme?

—Nos preguntábamos si tal vez habías vuelto a nuestro tiempo para escapar de alguien que pudiera estar amenazando con hacerte daño. ¿Es así, muchacha? ¿Volviste porque alguien conocía tus habilidades para viajar en el tiempo y deseaba el don para sí mismo o para usarlo en su beneficio?

Kenzie se recostó contra el cabecero, y la acción hizo que Ben fuera consciente de su ropa de cama. La transparencia de la túnica que llevaba. Se movió en la cama, consciente de lo íntimo que era el escenario.

—No hay nadie persiguiéndome, y aparte de mi madre, mi amiga Ann y mi primo, el actual Laird Macleod, nadie sabe del don que tengo y lo que puedo hacer. Creo que deberías mirarte a ti mismo y ver quién tiene cuentas pendientes contigo. Ellos dijeron que había un precio por tu cabeza. Necesitas averiguar por qué.

Todo cierto, pero aun así, Ben necesitaba estar seguro antes de averiguar quién era su

enemigo.

—En tu viaje a la casa de Gwen y Braxton, ¿no te encontraste con nadie que ahora pudiera querer hacerte daño? —Una arruga de preocupación marcó su frente antes de que negara con la cabeza.

—Tengo la habilidad de elegir dónde aterrizo, si entiendes lo que quiero decir. Llegué a la playa y no vi a nadie. No era a mí a quien esos hombres buscaban.

Él asintió.

—Bueno, parece que nuestros atacantes de hoy eran parásitos que no deseaban más que hacerme daño bajo las órdenes de alguien. El que estuvieras conmigo te puso en peligro y me disculpo por eso, muchacha.

—¿Los hombres de Braxton no sabían quiénes eran?

—No, nadie los reconoció, pero hemos enviado un mensaje al clan McDonnel para ver si falta algún hombre. Llevaban sus tartanes —señaló su comida una vez más—. Debes comer, muchacha. Has tenido un shock y la comida te ayudará a descansar mejor esta noche.

Kenzie se concentró en su comida, y Ben se contentó con sentarse y velar por ella mientras lo hacía. Sorprendentemente, el silencio era agradable, nada parecido a cuando él y Aline habían estado a solas. Entonces, Ben siempre había intentado estar ocupado, mostrar un propósito o explicar lo que estaba sucediendo con la finca. Pero con Kenzie, no había presión por llenar el silencio con palabras sin sentido. Estaba bastante contento de simplemente sentarse y observarla, disfrutar de su presencia y nada más.

Ella apartó el cuenco y dejó la cuchara.

—Gracias por traerme la cena. Me siento mejor después de comer.

—Sabía que así sería —Ben tomó la bandeja y la colocó en la mesa junto a la cama—. Te dejaré ahora para que descanses.

—Ben —dijo ella, saliendo de la cama y poniéndose de pie frente a él.

Él bajó la mirada, encontrándose con la de ella. —Sí.

Ella sonrió un poco y luego lo abrazó. Ben se quedó paralizado, sin esperar tal gesto, pero luego la suavidad y calidez de Kenzie se filtraron en su alma, y los brazos de Ben rodearon su espalda, atrayéndola hacia sí.

Olía a romero, delicado y dulce.

—Gracias por salvarme hoy. Estaré eternamente agradecida, y te prometo que si alguna vez puedo devolverte el favor, lo haré. —Ella lo miró, sus ojos feroces con la promesa—. Salvaré tu vida si está en mi poder hacerlo.

Un escalofrío recorrió su espalda, y se apartó, riendo un poco para ocultar su inquietud. Las palabras de la muchacha sonaban más como una premonición que como una promesa. —No tienes que hacer tales promesas. Por lo que Gwen me ha contado, ya has salvado mi vida, así que creo que eso nos hace estar a mano, ¿no? Y como hombre de honor, siempre protegeré a aquellos bajo mi cuidado.

—Aun así, como muestra de mi gratitud, es mi promesa.

Kenzie bostezó, y él la ayudó a volver a la cama. Ben apagó la vela y avivó su fuego antes de salir de la habitación. Sus pasos se ralentizaron mientras caminaba hacia su propia cámara, su mente en los hombres que los habían atacado. ¿Quiénes habían sido? Si Kenzie no tenía motivos de preocupación, entonces sus palabras en el acantilado hoy eran ciertas...

Alguien lo quería muerto, tanto que se había ofrecido dinero a cambio de su vida.

No sería la primera vez que se ofrecía tal recompensa... pero aun así, desde su matrimonio, no había buscado conflictos. Si acaso, se había convertido en un hombre que buscaba formas distintas a usar su espada para detener los conflictos. No era justo que fuera objetivo ahora, años después de su última refriega con un clan rival.

Debía regresar a casa, y lo antes posible. Su hijo podría ser su próximo objetivo, y si algo le sucediera a Alasdair, nunca se lo perdonaría, ni podría vivir con tal pena. Era hora de volver al Castillo Ross y ser el laird que había nacido para ser.

CAPÍTULO

SEIS

UNOS DÍAS DESPUÉS, Kenzie entró a grandes zancadas en el Gran Salón y encontró todas las mesas y sillas colocadas a un lado de la habitación, los sirvientes ocupados disponiendo bandejas de comida, mientras otros arreglaban bonitas flores encima de las mesas.

—¿Está pasando algo, Gwen? —preguntó Kenzie, acercándose a su antepasada y ayudándola a empujar una mesa hacia un lado.

—Aye, una boda. Mi doncella, que ha estado conmigo desde que éramos niñas, se casa hoy. No puedo creer que ambas estaremos casadas y pronto, sin duda, Gracie tendrá un hijo propio. Estoy muy feliz por ella.

—Se te nota. —Kenzie miró alrededor de la habitación, el olor a pino impregnando el aire—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

—Creo que ya casi estamos listos, muchacha, pero estamos a punto de ir a la iglesia, si quieres acompañarnos. Tendremos una pequeña celebración aquí después.

—Me encantaría ir. Nunca he visto una boda medieval antes.

Gwen dejó lo que estaba haciendo y la miró a los ojos. —¿Así es como llaman a esta época?

—Sí. Bueno, tenemos varios nombres para el pasado. La era vikinga, la Edad Media que abarca el período en Europa desde el siglo V al XV, también llamada la Edad Oscura, el Renacimiento, y luego tuvimos el período de la Edad Moderna temprana, como la Edad de Oro, la época isabelina y la jacobea.

—Esto es fascinante. ¿Hubo más? —Gwen se apoyó en la mesa, su atención completamente centrada en Kenzie.

—Sí, luego vinieron las épocas georgiana y de la Regencia, los tiempos napoleónicos y victorianos, y la Revolución Industrial. Yo vivo en la era posterior a la Guerra Fría, que es el período después de 1991.

Gwen sacudió la cabeza, sus ojos brillando de asombro. —No tenía idea. Qué maravilloso saber tales cosas. —Volvió a su trabajo—. Me da bastante envidia.

—¿Puedo preguntarte algo, Gwen? Es una cuestión que me ha estado atormentando desde hace un tiempo... desde que ayudé a Abby a viajar en el tiempo.

—Por supuesto. —Gwen llamó a un sirviente para que se encargara de lo que estaba

haciendo y llevó a Kenzie junto al fuego, donde podían hablar con relativa privacidad—. ¿Qué te preocupa?

—Cuando Abby llegó al Castillo Druiminn mencionó que tú podías ver el futuro, y que así fue como decidiste que ella sería perfecta para tu hermano.

Gwen sonrió. —Tengo el "don de la vista", que es como lo llamo, y por mucho que molestara a mi hermano en ese momento, supe en cuanto vi a Abby que estaba hecha para él, pero ella simplemente había nacido en el tiempo equivocado.

Kenzie suspiró, recordando lo desconsolada que había estado Abby al pensar que nunca volvería a ver al amor de su vida. Qué maravilloso era estar tan enamorada, anhelar a alguien con cada fibra de tu ser y renunciar a todo para estar con él para siempre. —¿Tuviste que aprender a usar la vista, o te vino de forma natural?

—Ah, ya veo, ¿quieres aprender más sobre lo que puedes hacer? ¿Es eso lo que me estás preguntando, muchacha?

—Supongo que sí. —Se mordió el labio, preguntándose cómo formular su siguiente pregunta y temiendo la respuesta al mismo tiempo—. ¿Usas tus habilidades para ajustar el futuro?

—Eso está prohibido, querida. Una regla no escrita, si quieres. Usé mi vista simplemente para ofrecerle a alguien la oportunidad de un camino diferente al que estaba siguiendo. Nunca he usado mi habilidad para ver lo que vendría e intentar alterar mi vida para engañar al destino. Algunas cosas, querida, es mejor dejarlas en manos del destino.

—Entiendo —dijo Kenzie, mientras oía voces masculinas entrando en el salón. Braxton entró a zancadas en la habitación, junto con Ben, que llevaba a la pequeña Madeline sobre sus hombros. Lanzó a la niña al aire mientras la bajaba. Su risa tintineante llenó la sala antes de que corriera hacia su Niñera que la esperaba. Ambos hombres se pararon frente al fuego en el extremo opuesto de la habitación, de espaldas a ellas, aparentemente sin darse cuenta de su presencia.

—Puedo ver por cómo observas al laird que te gusta Ben. —Gwen tomó la mano de Kenzie, estaba cálida y reconfortante—. Puedes decírmelo, muchacha. No te juzgaré.

—Sí me gusta, pero no de la manera que puedas pensar. —Kenzie miró a Gwen a los ojos—. Creo que lo juzgué muy duramente cuando nos conocimos. Debería haber confiado en tu opinión sobre él y ver más allá de mi fastidio por un hombre que no solo estaba borracho, sino extremadamente enfermo.

Gwen se rió. —Aye, lo estaba, pero Ben siempre ha sido un bribón. —Le apretó la mano y se dirigió de vuelta hacia los sirvientes—. Pero si te gusta más de lo que admites, también estaría bien, querida. Tu vida es tuya.

Kenzie volvió a mirar hacia donde estaba Ben. Un escalofrío la recorrió cuando sus miradas se encontraron. El fondo de su estómago se retorció de la manera más deliciosa, y tragó saliva, incapaz de apartar la mirada. Estaba vestido con pantalones y chaqueta oscuros, un chaleco verde esmeralda que le llegaba hasta la base del cuello. Ambos hombres tenían salpicaduras de barro

en la parte baja de las piernas, habiendo estado cabalgando, probablemente buscando más forajidos como los que habían intentado matarlos la semana pasada.

Gwen gritó y se dirigió rápidamente hacia ellos —¿Qué estáis haciendo? Necesitáis ir a cambiaros. Ahora. La boda está a punto de comenzar y estáis tan sucios como cerdos en un chiquero.

Kenzie se rió mientras ambos hombres, avergonzados, se dirigían hacia las escaleras para cambiarse. Kenzie siguió a Gwen afuera y miró alrededor mientras esperaba. El frente de la casa estaba lleno de marcas de carros que habían dejado huellas en el suelo embarrado. A lo lejos, Kenzie podía ver la pequeña iglesia cuadrada que parecía más una casa, el único rasgo que indicaba que era una casa de Dios, y no un granero o un anexo, era el campanario en su techo.

El edificio ciertamente no estaba en pie en su época, así que en algún momento debió haberse quemado o derrumbado. Investigaría eso cuando regresara a casa.

Dos árboles muy grandes se erguían junto al camino que se alejaba de la casa, y Kenzie se preguntó cuándo los habrían talado, ya que tampoco habían sobrevivido al paso del tiempo. El establo parecía razonablemente similar, aunque el techo de paja ahora era de tejas de pizarra. Kenzie se dirigió al patio y notó que donde se encontraba el huerto en el siglo XXI ahora había un césped y una hermosa pérgola de rosas que miraba hacia el mar.

—La casa es diferente, ¿verdad? Cuéntame sobre ella.

Kenzie dio un pequeño respingo al oír el profundo barítono de Ben. No lo había oído acercarse sigilosamente y eso solo reforzaba lo vulnerable que era realmente en esta época. No tenía habilidades de lucha, ni capacidad para escapar o idea de adónde ir. El bosque alrededor de la finca era mucho más denso de lo que estaba acostumbrada, y en general, todo era simplemente... diferente. No era de extrañar que Gwen le hubiera pedido que se mantuviera cerca y obedeciera en todo momento.

—Algunas cosas son diferentes, como los árboles, las plantas y los caminos, pero por lo demás, es inquietantemente similar. A veces siento como si alguien hubiera alquilado mi casa y yo hubiera entrado en su set de rodaje.

Ben frunció el ceño.

—No entiendo lo que quieres decir, muchacha —tomó su mano y la colocó sobre su brazo antes de guiarla hacia la iglesia—. Pero cuéntame sobre ello.

—En mi época, hay cosas llamadas películas. Si estuvieran haciendo una película aquí, sería una película histórica. Sabes lo que hacen los actores en un escenario, ¿verdad? Bueno, piensa en lo que hacen en el escenario, pero sus acciones y palabras son capturadas de una manera que se puede ver en un momento o lugar posterior. Eso es una película —Kenzie se rio ante la mirada en blanco de Ben—. ¡Ay, Dios mío! Puedo ver que no tienes ni idea de lo que acabo de decir, explicar qué es una película es extremadamente difícil.

Él sonrió.

—Creo que esta película de la que hablas tendrá que seguir siendo uno de los misterios de la

vida.

La idea de los misterios le recordó a Kenzie la muerte de Ben en solo unos meses. Se mordió el labio, odiando el hecho de tener tal conocimiento. Gwen tenía razón, a veces era mejor dejar las cosas al destino.

—Me preguntaste después del ataque si yo tenía enemigos, pero quiero discutir más a fondo si tú los tienes. ¿Has tenido la oportunidad de pensar en quién podría haber querido verte muerto?

—Tengo enemigos —afirmó con naturalidad—. Sí, muchacha, demasiados para contar, pero atacarme de la manera en que lo hicieron esos hombres fue una locura. No eran un ejército organizado y bien entrenado, sino hombres desesperados por dinero. Aún no hemos tenido noticias de los McDonnells, pero no creo que los hombres sean de ese clan. He enviado un mensaje a los pocos clanes en los que confío para que me avisen si oyen de alguien que me desee mal a mí o a los míos. Sea quien sea mi enemigo actual, lo sabré pronto.

—Entonces, ¿no sabes de nadie que te desee mal? Debe de haber alguien o esos hombres no habrían dicho lo que dijeron.

Ben la detuvo, girando a Kenzie para que lo mirara. Ella tuvo que inclinar el cuello para encontrarse con su mirada. Su falta de preocupación por descubrir quién lo quería muerto no era útil. Desde que se había recuperado y sus conversaciones habían aumentado, Kenzie lo apreciaba un poco más cada día y odiaba la idea de su inminente muerte.

—Ya que ninguno de los hombres que nos atacaron volverá con su contratante, no preveo ningún peligro inmediato. Seguiré matando a cualquiera que me desee mal hasta que mi enemigo venga a terminar el trabajo él mismo. Solo espero que sea una batalla digna.

—¿No tienes miedo a morir? Yo estoy aterrorizada.

El simple pensamiento de ser partida en dos por una espada era suficiente para que Kenzie rompiera en un sudor frío. Y después de los feroces y sanguinarios bastardos que habían venido tras ellos el otro día, le había demostrado que esta época era peligrosa, feroz y, en su mayor parte, sin ley.

Siguieron caminando, y ella ignoró la reacción visceral que ocurría cada vez que él la acercaba o la tocaba de alguna manera pequeña.

—La muerte es parte de la vida y todos nos encontraremos con ese destino. No tengo miedo de lo que vendrá. Supongo que será algo como dormir, pero permanente —sonrió.

Kenzie se rio del uso de sus palabras.

—Me imagino que tienes razón, lo cual, cuando lo dices así, no da tanto miedo después de todo. Dormimos todas las noches y no tenemos miedo de eso.

—¿Duermes por la noche cuando te vas a la cama? Si dices que sí, arruinarás la fantasía que tengo de ti cuando vas a tu habitación.

Kenzie le dio un golpecito en el brazo, riendo.

—No empieces a coquetear conmigo, Laird Ross. No llegarás a ninguna parte rápidamente.

—¿En serio? —No era una pregunta, y Kenzie ignoró el hecho de que la estaba mirando fijamente—. Me permito diferir —dijo, después de un momento.

Vaya. Vaya. Vaya. —No me siento atraída por ti de esa manera, y apenas estoy empezando a caerme bien. No fuerces nuestra amistad. *Mentirosa.*

Muchas noches se había quedado despierta, deseándolo con una fiereza enloquecedora. Era lo más extraño, ya que realmente no conocía al hombre, pero entonces, para las mujeres de su época, no era tan fuera de lo común actuar según el deseo. La idea de sus manos acariciando su piel, sujetando sus caderas o sosteniendo su rostro entre sus palmas mientras la besaba, la volvía loca. Kenzie finalmente había aceptado que lo deseaba. Quería probar su espléndido cuerpo antes de volver a casa.

—Apostaría una buena suma a que tú, mi dulce Kenzie, estás mintiendo descaradamente. Si te llevara detrás de esos árboles junto a la iglesia y te besara hasta dejarte sin sentido, esa atracción negada de la que alardeas se desmoronaría como tiza.

Nunca antes Kenzie se había encontrado en una situación en la que deseara que un hombre hiciera exactamente lo que estaba amenazando, mientras rezaba para que no lo hiciera. Si Ben la besara, aunque fuera castamente, sería difícil detener lo que desesperadamente deseaba. Pero ella no se quedaría en esta época y este hombre a su lado solo tenía meses de vida. Si no podía evitar su muerte, no había futuro aquí. Ninguno.

—No te doy permiso para besarme y, como caballero que eres, sé que respetarás mis deseos.

—No soy ningún caballero —susurró él contra su oído, provocando que mariposas revolotearan en su estómago. Maldita sea. Maldito todo. ¿Por qué este hombre tenía que ser tan embriagador? ¿Por qué no podía seguir siendo el bárbaro que solo la veía como un pedazo de carne que podía darle placer? Si tan solo volviera a ser ese ser odioso, su rechazo sería mucho más fácil. No este hombre, un hombre que apreciaba una broma o una burla ligera. Uno de los rasgos más atractivos que cualquier hombre podía tener era el sentido del humor, y descubrir que el grande y malvado Black Ben lo tenía no era algo que Kenzie hubiera esperado.

—Sí que lo eres —dijo ella, desafiando su farsa y arrastrándolo hacia la iglesia—. O ya lo habrías hecho.

—Ahora sí que estás provocando a un león, muchacha.

Llegaron a la pequeña iglesia rectangular con suelo de tierra y toscos bancos de madera. El altar era de piedra; no había mármol ni granito ornamentado en la cabecera de la iglesia, solo velas para iluminar el espacio.

Kenzie encontró a Gwen y se sentó a su lado, notando que Ben se sentaba en el banco detrás de ellas. Una criada de cocina se sentó junto a Ben con más entusiasmo del que Kenzie quería ver. El parloteo de la chica mientras esperaban a los novios rayaba en lo patético, y Kenzie se concentró en el sacerdote en lugar de reflexionar sobre por qué le molestaba tanto que una mujer hablara con Ben.

Oh, ¿a quién quiero engañar? Es jodidamente obvio por qué no quiero que nadie hable con

Ben. Lo quiero todo para mí.

—Recuerda, querida, tu vida es tuya.

—¿Qué quieres decir con eso? —Gwen le lanzó una mirada de complicidad y Kenzie entrecerró los ojos, sin que le gustara la perspicacia de su antepasada. Ya era bastante malo que a Kenzie le gustara un hombre nacido cientos de años antes que ella, sin que fuera obvio para los demás.

—Como dije, si te gusta, no deberías dejar que el tiempo o el lugar influyan en eso. ¿Qué es la vida si no es para disfrutarla?

—¿Y tú crees que yo lo disfrutaría?

Gwen se rio.

—Sí, muchísimo.

Por suerte, los novios llegaron y salvaron a Kenzie de cualquier otra conversación incómoda con Gwen. Las palabras de la mujer le habían abrasado las mejillas. Haciendo caso omiso de lo roja que debía tener la cara, se giró con la congregación para ver a la pareja caminar hacia el sacerdote. La novia llevaba un vestido azul que habría sido poco notable de no ser porque estaba cortado para favorecer la figura de la mujer, lo que lo hacía muy bonito. Su novio llevaba el tartán de los Macleod y una camisa limpia, lo que le daba un aspecto muy respetable y apuesto. Formaban una pareja impresionante y, a juzgar por las dulces miradas que se dedicaban, estaban muy enamorados.

La ceremonia no fue tan larga como algunas de las bodas a las que Kenzie había asistido antes. El sacerdote dijo algunas palabras en gaélico que ella no pudo entender, seguidas de un trozo de tartán que se envolvió alrededor de las manos de la pareja, uniéndolas en matrimonio, y se besaron para sellar su destino.

Un poco más tarde, en el gran salón, Kenzie escuchaba a un grupo de músicos que tocaban un arpa y un violín. La música era animada, prácticamente rogando a los asistentes que se levantaran a bailar. La feliz pareja también participaba en los festejos, y Kenzie notó que la mayoría de los presentes eran sirvientes de la casa y personal del patio.

Todos parecían disfrutar bebiendo, bailando entre ellos y riendo de bromas y cuentos absurdos. La risa, por encima de todo, resonaba en el salón y era encantador.

—¿Te estás divirtiendo, muchacha? Pareces bastante cautivada por nuestra celebración del santo sacramento que llamáis matrimonio.

—Es una gran fiesta y la pareja parece estar muy enamorada. Me imagino que hay muchos matrimonios que no tienen tanta suerte.

—Tienes razón en eso. —El tono sombrío de la respuesta de Ben hizo que Kenzie se detuviera. ¿Habría sido infeliz su matrimonio? Pensaba que no, pero tal vez se equivocaba. Kenzie entendía lo que era ser hija de un matrimonio infeliz, y ciertamente era peor si estabas atrapado en una unión infeliz y no podías salir.

Ben bebió de su vino, sus ojos ya no tan claros y brillantes como solían ser. La fiesta llevaba

ya varias horas y parecía que se estaba divirtiendo demasiado ahora que casi había recuperado la salud por completo.

—Entiendo que estuviste casado. ¿Me contarías un poco sobre ella? Solo si quieres, por supuesto. —Durante semanas, Kenzie había querido saber con quién se había casado Ben. ¿Cómo había sido esta misteriosa Aline? ¿Era agradable? ¿Hermosa? ¿Alta o baja? ¿Y cómo había logrado que este enorme escocés sucumbiera a los votos?

La atención de Ben no se apartó de las parejas que bailaban ante ellos. Estuvo callado durante tanto tiempo que Kenzie se preguntó si iba a responder, cuando dijo:

—¿Qué hay que decir, aparte de que la muchacha se casó conmigo bajo falsos pretextos y yo le arruiné la vida?

Kenzie tosió, atónita. No del todo, de todos modos.

—Te dio un hijo. Estoy segura de que Aline no pensaba que le hubieras arruinado la vida. —Y para Kenzie, ahora que había llegado a conocer un poco a Ben, no podía encontrar mucho que no le gustara. Era fuerte, leal, se preocupaba por los que le rodeaban...

—Cuando tu amiga Abby regresó, Aedan estaba comprometido con Aline. Engañé a la muchacha para que se fugara conmigo. Para que se casara conmigo con el pretexto de que la amaba y que sería más feliz y estaría mejor en el Castillo Ross.

—¿Llegaste a amarla? —preguntó Kenzie, sin saber por qué su respuesta era importante para ella. Las parejas se casaban todo el tiempo bajo la apariencia del afecto, y aunque no estuviera presente cuando se pronunciaban los votos por primera vez, no significaba que no estuvieran presentes en absoluto durante la unión. El amor podía crecer, florecer de la base más inestable.

—Aye, me preocupaba mucho por ella y ella también por mí. Y luego murió.

—Estoy segura... Estoy segura de que ella no te guardaría rencor por su muerte. No puedes pensar que lo hace.

—Aye, es exactamente lo que pienso, y es algo con lo que tengo que vivir todos y cada uno de los días.

Ben se marchó, dejándola sola observando a las parejas bailar. Se dirigió hacia las escaleras en el extremo opuesto del salón. Ella suspiró, sintiendo lástima por el hombre. Quizás había sido un error preguntarle sobre su pasado. La muerte de Aline y hablar de su tiempo juntos aún era demasiado doloroso para que el laird lo enfrentara, lo cual era comprensible. Su esposa no llevaba ni un año fallecida.

La noche avanzó y Kenzie dejó que la celebración continuara sin ella. Algunos invitados yacían esparcidos por el suelo junto a los fuegos del salón, mientras otros bebían en las mesas y reían sobre numerosas historias y aventuras. Despidiéndose de Gwen y Braxton, Kenzie subió las escaleras.

El sonido de risitas proveniente del rellano del primer piso la hizo detenerse. Continuó lentamente, esperando no toparse con una pareja disfrutando de la oscura soledad que ofrecía el piso, y se encontró cara a cara con Ben. Estaba sentado en el hueco de una ventana, la luz

plateada de la luna besando su pecho desnudo mientras la criada que había visto antes en la iglesia lo acariciaba y reía contra su cuello.

Kenzie se detuvo en seco y cerró la boca de golpe, deseando con todas sus fuerzas que lo que sus ojos veían no estuviera sucediendo realmente. Y pensar que había sentido lástima por el hombre. Sacudió la cabeza. Qué idiota había sido.

Finalmente notaron su presencia. La mirada presumida de la risueña criada hizo que la sangre de Kenzie hirviera. —Disculpen la interrupción. Continuaré mi camino y os dejaré con lo vuestro, ¿de acuerdo? —Lanzó una mirada fulminante a Ben y recibió una a cambio. ¡Cómo se atrevía a estar molesto con *ella*! No era ella quien había estado casi llorando por una esposa muerta recientemente y ahora consideraba apropiado fornicar con una criada en una ventana.

Al llegar a su habitación, Kenzie cerró la puerta de un portazo, una reacción patética y juvenil de la que se arrepintió inmediatamente. Lo último que Kenzie quería era que Ben pensara que le importaba lo que hacía. Con quién se acostaba. A quién besaba. Por lo que a ella respectaba, él podía hacer lo que quisiera. Después de todo, solo le quedaban seis meses de vida, mejor que aprovechara para acostarse con todas las que pudiera.

La vergüenza la invadió ante tal pensamiento, y se quitó el vestido de un tirón, pateándolo hacia el armario. Se puso un camisón limpio para dormir y avivó el fuego.

Desahogando sus frustraciones en la madera carbonizada con el atizador, pronto logró que las brasas rojas lamieran la leña. —No está mal para una chica de ciudad, si se me permite decirlo.

La puerta de su habitación se abrió con tal fuerza que el pomo golpeó la pared antes de cerrarse de nuevo con un portazo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? Fuera de aquí. —Kenzie no se movió, sino que se volvió hacia el fuego, mirando a cualquier parte menos hacia la puerta donde estaba el escocés que estaba decidida a odiar.

—Solo pensé que ya que cerraste tu puerta de un portazo, yo debería abrirla de la misma manera.

—Oh, qué gracioso eres. —Kenzie se volvió para enfrentar a Ben. Su camisa estaba de vuelta, bueno, abierta en el cuello y permitiéndole ver su pecho bien formado y sus músculos abultados. Sin mencionar que se había arremangado las mangas, y su primer pensamiento fue: *este hombre es consciente de lo que les hace a las mujeres, y usa su destreza a su favor*. —Pero ahora puedes irte. Como te pedí.

—Parecías un poco molesta, muchacha. Pensé que era mejor que viniera a ver cómo estabas.

—¿Molesta? —Hizo una pausa, cruzando los brazos sobre su pecho—. ¿Por qué?

—Por mí y la criada con la que nos encontraste. —Avanzó hacia ella, y Kenzie tuvo el impulso abrumador de huir. Verlo de nuevo solo confirmaba sus palabras. Sí, estaba enojada y, maldita sea, celosa también. Tan celosa de que una mujer lo estuviera disfrutando, riendo con él, tocándolo, y no fuera ella.

—Lo que sea, Ben. Estoy segura de que dado el tamaño de tu ego, no creerías mi negación,

así que no perderé el aliento. —El aire en la habitación pareció evaporarse cuando él se paró frente a ella. Podía oler el alcohol en su aliento, pero también algo más ardiendo en su mirada oscura. Deseo.

—¿Lo niegas? —La observó, su mirada intensa y llena de promesas. De qué se compondrían esas promesas era una incógnita, pero Kenzie tenía una buena idea de a qué quería que llevaran. No era como si nunca hubiera besado a un hombre antes, y este ciertamente parecía querer besarla.

Pero, ¿debería permitir tal intimidad? Ella no se quedaría, y él estaba condenado a morir si no podía cambiar la historia. Cualquier conexión emocional que pudiera formar con este hombre solo terminaría en dolor y angustia. Un beso simplemente no valía la pena. Sin mencionar que acababa de pillarlo en brazos de otra mujer. No estaba tan desesperada.

—¿Disfrutaste de tu criada? —dijo Kenzie, burlándose de él con su acento escocés. Desafortunadamente, su intento de acento escocés solo pareció complacerlo.

—No tanto como disfruté de tu voz justo ahora. —Extendió la mano y le sujetó la barbilla, levantando su rostro para que lo mirara—. Eres tan hermosa.

Las mariposas en el estómago de Kenzie se aceleraron, y ella tomó un respiro para calmarse. —Tus halagos no te llevarán a ninguna parte. Y estás borracho, así que nada de lo que digas puede considerarse verdad.

—Och, pero esto tal vez sí. —Como una polilla a la llama, Kenzie no pudo apartarse mientras veía a Ben bajar sus labios hacia los de ella.

Esto es malo. Muy, muy malo. Debería detenerlo...

—Oh, vaya. Disculpado, querida. Si hubiera sabido que tenías compañía, nunca habría irrumpido así.

Kenzie saltó hacia atrás y tropezó con la silla detrás de ella, aterrizando de trasero con un golpe seco. El calor en sus mejillas ardía más que las llamas detrás de ella, y no pudo mirar a Gwen a los ojos. —No, yo me disculpo. En realidad, no estoy segura de lo que estaba haciendo...

—Bueno, podría decirte lo que estabas a punto de hacer, si estabas confundida. —Ben le lanzó una sonrisa arrogante y caminó hacia la puerta—. Dulces sueños, muchacha —dijo, cerrando la puerta tras él.

Kenzie se mordió el labio, sabiendo muy bien que sus sueños no serían placenteros sino frustrantes. —Lo siento mucho, Gwen. No sé qué me pasó. No tengo idea de qué demonios estaba pensando.

—El Laird de Ross parecía que estaba a punto de besarte, querida. ¿Quieres contarme qué está pasando entre ustedes dos? —Gwen ayudó a Kenzie a ponerse de pie y luego se sentó en una de las sillas frente al hogar, indicándole a Kenzie que hiciera lo mismo.

Lo hizo, sentándose y mirando las llamas, a cualquier parte menos a Gwen. —Es mi culpa. Me puse celosa al ver a Ben con otra mujer. —Suspiró, dejándose caer en su silla—. ¿No es absurdo? Cualquiera pensaría que soy una niña por la forma en que estoy actuando.

—Sé que no eres una niña, muchacha.

—Soy una mujer que dirige su propio negocio —dijo—. Esta misma casa se alquila para bodas y eventos. Y es un bed and breakfast para quienes desean dormir entre sus muros. Permito que la gente venga y vea la maravillosa historia que alberga. Estoy a punto de expandir mis propiedades y comenzar la restauración de una finca al sur de aquí para hacer lo mismo. No soy una niña, pero la forma en que reaccioné al ver a Ben con esa sirvienta me hizo querer hacer una rabietta como una niña mimada que no se salió con la suya.

—¿Ben estaba haciendo qué? —preguntó Gwen, con los ojos abiertos por la sorpresa.

—No estaban haciendo nada verdaderamente escandaloso —dijo Kenzie rápidamente, para disipar el horror de su antepasada—, pero tenía a una criada sentada en su regazo y parecía estar disfrutando ser un hombre típico cuando una mujer muestra el menor interés.

Los ojos de Gwen se entrecerraron, pero aparte de eso, a Kenzie le resultó difícil leer a la mujer y lo que pensaba de lo que el Laird de Ross estaba haciendo bajo su techo.

—Puedo ver cómo ese bribón puede meterse bajo tu piel. En realidad es un hombre dulce debajo de toda esa armadura que lleva. Y cuando ves al verdadero Ben, hay pocos que no se dejarían persuadir para caer bajo su hechizo.

—Tú no lo hiciste. —Las palabras brotaron de Kenzie, y de alguna manera, supuso que quería saber más sobre ellos, qué había pasado que impidió un matrimonio entre los dos.

—Llegué a darme cuenta de que mis sentimientos por Ben eran solo mediocres, en el mejor de los casos. Era como un hermano para mí, un amigo. —Gwen miró fijamente el fuego, perdida en sus propios pensamientos—. Cuando conocí a Braxton, supe que mi vida nunca volvería a ser la misma. Mi corazón se detuvo al verlo, y me di cuenta de que no volvería a latir hasta que fuera mío.

Las lágrimas picaron los ojos de Kenzie ante la declaración de amor de Gwen por su marido. —Creo que nunca he oído nada más hermoso en mi vida.

—Bueno, espero que lo hagas, querida, y del hombre al que elijas entregar tu corazón. —Gwen se inclinó hacia adelante, de repente seria—. Tienes que decirme si necesito preparar a Braxton para un vínculo entre tú y Ben.

—¿Por qué necesitarías prepararlo? ¿A Braxton no le agrada Ben? —Kenzie se tocó la sien, un poco mareada ante la idea de que Ben no fuera bienvenido aquí. ¿Había algo que Gwen no le estaba diciendo? Ella pensaba que se llevaban bien. ¿Había algún tipo de celos subyacente por parte de Braxton con respecto a Gwen?

—Och, le agrada Ben lo suficiente, pero no lo suficiente para su descendiente. —Sonrió—. Pero si crees que una relación con Ben te haría feliz, entonces te apoyaremos, por el tiempo que estés aquí.

—Solo planeaba quedarme unos meses, y no estoy buscando una relación con Ben. Pero hay algo de lo que necesito hablarte, y no estoy segura de cómo lo tomarás. *Probablemente no muy bien*. Con Ben siendo como un hermano para Gwen, saber lo que Kenzie estaba a punto de

revelar le rompería el corazón, si no la enviaba al pánico. No era fácil de decir.

—Puedes decirme cualquier cosa. Nunca te juzgaré.

—¿Incluso cuando lo que estoy a punto de decirte demuestre que no he sido completamente honesta contigo? Y lo que estoy a punto de decir te causará preocupación, y eso en sí mismo no es algo que quiera hacerte a ti o a Braxton. —Y no quería. Aunque su estancia había sido corta, había llegado a amar a su familia tanto como si hubiera nacido con ellos y los hubiera conocido toda su vida.

—Ahora sí me tienes preocupada. Te sugiero que lo sueltes, muchacha.

Kenzie buscó las palabras adecuadas para decirle la verdad a Gwen. —Hay otra razón por la que vine al pasado para verte. Por supuesto, mi razón principal era conocerte a ti y a Braxton y, si lo elegías, aprender de ti con respecto a nuestras habilidades mutuas.

—¿Y la segunda razón?

—Bueno, eso es un poco más complicado. —Tomó una respiración profunda y decidió que simplemente lo diría y acabaría con ello—. He vuelto para tratar de averiguar quién mató al Laird de Ross. Ben el Negro, como todos lo conocen.

Gwen se puso de pie, con el rostro pálido. —¿Qué estás diciendo, muchacha? ¿Ben es asesinado? ¿Y cuándo? ¿Cuándo va a suceder esto?

—Lo siento. Sé que esta noticia es terrible y no es algo que desees escuchar, pero es la verdad. Ya está escrito en las páginas de la historia. En algún momento de este mayo, el laird encontrará su destino.

—Bueno, tendremos que cambiar el texto de esas páginas. —Gwen caminó hacia la cama y de vuelta, con una profunda arruga entre las cejas—. Dime todo lo que sabes de la situación. Tal vez pueda ayudar.

Kenzie no pensó que fuera el momento apropiado para recordarle a Gwen que técnicamente no se les permitía cambiar el pasado, pero se mordió la lengua. —La historia dice que hay una emboscada en el Castillo Ross que ocurre dentro de tres meses. Hay una batalla de algún tipo —sobre qué, nunca se registró, porque no creo que la gente lo supiera, y Ben es presumiblemente asesinado. Es uno de los misterios sin resolver de Escocia. Nadie sabe qué le pasó a su muchacho después del altercado, tampoco. El castillo fue quemado hasta los cimientos y permanece en ruinas hasta el día de hoy. Bueno —dijo Kenzie, corrigiendo lo que había dicho—, en mi tiempo. Kenzie odiaba ver a Gwen tan alterada, pero si alguien podía ayudarla a torcer la historia, era Gwen—. Hay, por supuesto, diferentes escenarios sobre por qué sucedió, pero nada se ha probado nunca.

—¿Cuáles son los escenarios?

—Que por el dolor de perder a su esposa, se quitó la vida y la del niño. —Un pensamiento terrible que Kenzie ni siquiera quería contemplar. Y después de conocer a Ben, era un escenario que ya no creía que hubiera ocurrido. Ben, con todos sus rasgos escandalosos, amaba a los niños por lo que ella había visto de él en la finca. La idea de que pudiera hacerle daño a su propio hijo

simplemente no era posible. Simplemente no estaba en él hacer tal cosa.

—No, no creo en ese —dijo Gwen, caminando aún más—. ¿Qué más?

—Que entregó al niño a la familia de su esposa y desapareció. Quemó su finca para que pareciera que lo habían asesinado o que había muerto durante el incendio. Abandonó Escocia indefinidamente.

Gwen la miró fijamente. —¿Y tú qué crees que pasó?

Kenzie se sentó, habiendo agonizado sobre esta misma pregunta durante casi dos años. —Que fue asesinado por la familia de su esposa, y el niño fue llevado para ser criado bajo la tutela del Clan Grant. Eso es lo que creo que pasó, y lo sabré con certeza para mayo.

Gwen detuvo su ir y venir. —No vas a ir al Castillo Ross con Ben. Te lo prohíbo. Podrías morir y entonces ¿qué pasaría con nuestra familia? Nuestra línea terminará contigo. No puedo permitir que eso suceda.

Era una posibilidad en la que Kenzie había pensado. Por supuesto que lo había hecho. Esta era la Escocia medieval. Todo era posible, y la muerte acechaba en la mayoría de las esquinas, esperando a los desprevenidos para cubrirlos con su manto mortal. Pero ella no permitiría que le sucediera. Había una cosa que tenía que nadie más, excepto la mujer que estaba frente a ella, tenía. Brujería.

—Puedo irme en un instante; desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Si me meto en problemas, te prometo, Gwen, que me iré. Pero debo saber qué le pasa al renombrado Ben el Negro. Su historia me ha fascinado desde que era una niña. ¿Sabías que hay un cuadro que cuelga en esta misma casa, de él? Fue pintado después de su muerte, y siempre asumí que lo habías mandado hacer como una forma de recordarlo.

Gwen se mordió el labio. —No puedo dejarte ir. Sería un error de mi parte ser tan descuidada con tu bienestar. Si hubiera sabido que estabas aquí como un medio para resolver o cambiar un evento histórico. Algo, muchacha, que no deberíamos hacer, debo añadir, te habría enviado a casa yo misma. De hecho, debería hacerlo ahora.

—Solo volveré —dijo Kenzie, cruzando los brazos—. Necesito saber la verdad, y sé que va contra las reglas, pero intentaré detener su muerte si es posible.

—Te importa.

No era una pregunta, y Kenzie suspiró. No había querido preocuparse por el rudo, malhablado y pagano escocés, pero lo hacía. En algún momento entre irritarla y provocarla sin piedad, había logrado despertar en ella un anhelo que nunca había sentido por nadie más. Y sin importar cuánto pudiera afirmar lo contrario, Kenzie era consciente de que si él la besara, no terminaría ahí...

No es que fuera a decirle tal cosa a Gwen. Al menos, no todavía. —A todo el mundo le gusta Ben el Negro, y aunque al principio no nos llevábamos bien, ahora puedo soportarlo bastante bien. Así que, de alguna manera, me importa, por supuesto, pero no de la forma en que puedes pensar. ¡Mentirosa, mentirosa, pantalones en llamas! Sí le importaba, terriblemente, hasta el

punto de asustarla. Desde el instante en que había visto su retrato, alto y fuerte, de pie en un campo de brezo con un castillo de fondo, se había preguntado sobre el hombre. ¿Quién era? ¿Cómo había sido?

Que fuera agradable a la vista tampoco hacía daño. Cabellos tan oscuros como el cielo nocturno, y una pequeña inclinación de sus labios que insinuaba su carácter travieso. Se había sentido atraída por él inmediatamente. Y una vez que se enteró del misterio que rodeaba su muerte, se había convertido casi en una obsesión para ella descubrir qué le había sucedido al Laird de Ross.

—Antes de que todos vayan corriendo al Castillo Ross y se hagan matar, hay algo que deberíamos intentar primero. Quizás, si le pedimos a Ben que mande a buscar a su hijo, solo ese pequeño cambio en este tiempo podría alterar lo que sucederá en el futuro.

Era algo en lo que no había pensado y ciertamente algo que deberían intentar. La esperanza estalló en ella ante la idea y de nuevo tuvo que recordarse a sí misma que Ben el Negro era un enemigo-amigo, nada más. —Esa es una idea fantástica. ¿Crees que Ben estará dispuesto a mandar a buscar a su hijo?

Al sonido de un trueno, Gwen fue a la ventana y miró hacia el océano y la tormenta inminente. —Puedo preguntarle. Inventaré alguna excusa sobre por qué queremos conocer a su hijo. Puede que se niegue al principio, pero si conozco a Ben, y lo conozco muy bien, seguirá pensando en la propuesta durante algunos días después, y solo entonces decidirá si acepta o no mi petición.

Kenzie se levantó y se acercó para pararse junto a su antepasada. —Debes hacerlo mañana. Sin demora. Cuanto antes saquemos a su hijo de esa finca, mejor.

—Estoy de acuerdo. —Gwen suspiró—. La historia está escrita, Kenzie. Será difícil cambiar lo que ya está inscrito en las páginas del tiempo. Podemos retrasar o alterar la muerte de Ben, pero de alguna manera, su muerte ocurrirá.

Kenzie se estremeció. —Tú cambiaste la historia al traer a Abby de vuelta en el tiempo y mi envío de ella de regreso la mantuvo aquí. ¿Por qué este plan no funcionará?

—Porque Ben es de este tiempo. Esta es su vida, y ya ha ocurrido, ha sido vivida. Traje a Abby de vuelta y alteré una vida que no estaba completa. —Gwen frunció el ceño, tomando su mano—. ¿Entiendes lo que estoy tratando de decir?

Kenzie asintió, comprendiendo desafortunadamente demasiado bien lo que Gwen quería decir. —Bueno, tenemos que alterar la historia. Tiene que funcionar. Él tiene a su hijo que lo necesita, familias de arrendatarios y su clan que dependen de él para su supervivencia. —Caminó hacia la pequeña mesa que sostenía una jarra y un cuenco junto con un vaso de hidromiel y se sirvió una copa—. Podemos intentarlo —dijo, tomando un sorbo—. Eso es todo lo que podemos hacer y esperar lo mejor.

Gwen asintió. —Debemos intentarlo y veremos. Ahora —dijo, caminando hacia la cama y bajando la manta de lana superior—. Es tarde y deberías descansar un poco. Tenemos un gran

día por delante mañana.

Kenzie se acercó y abrazó rápidamente a Gwen. —Gracias por intentar ayudar.

—Siempre —dijo Gwen, besando la mejilla de Kenzie antes de irse.

Se acostó bajo las mantas de piel y se cubrió con ellas. Los tapices se mecían ligeramente con las corrientes de aire que recorrían la habitación, y pensó en Ben. Por muy molesto que fuera el hombre, se preocupaba por él, aunque fuera un poco, pero al fin y al cabo lo hacía, y odiaría que muriera tan joven.

Nadie merecía ser asesinado, y cuando Kenzie había leído sobre su desaparición, siempre pensó que eso era lo que le había ocurrido. Se había cometido un crimen y, con suerte, su plan de llevar al hijo de Ben a la finca de Gwen y Braxton podría alterar el pasado lo suficiente como para asegurar su supervivencia.

Y si ese plan no funcionaba, bueno, tendría que pensar en otro.

CAPÍTULO SIETE

KENZIE ESTABA SENTADA JUNTO a Gwen en la biblioteca, con Braxton de pie detrás de ellas, mientras Ben se encontraba frente al fuego, con las caderas separadas y los brazos cruzados sobre un pecho musculoso, apenas oculto por la camisa que llevaba.

Tragó saliva. ¿Acaso estaba siguiendo algún tipo de régimen de ejercicios que ella desconocía? Tal vez había estado ayudando con las tareas de la finca y se había tonificado de esa manera, pero vaya, estaba enorme.

Y se veía bastante bien a la vista. Demasiado bien, de hecho. Kenzie se encontró con la mirada de Ben y su estómago se tensó al leer el hambre cruda en sus ojos. ¿Cómo era posible que pudiera mirar a una mujer de esa manera y pensar que nadie lo notaría? Lanzó una mirada a Gwen y se encontró con una ceja levantada. Kenzie se enderezó, juntando las manos en su regazo, y luchó por controlar su mente rebelde.

—¿Vais a preguntarme lo que queréis? Por mucho que me encante estar de pie frente a vosotros y ser objeto del interés de Kenzie, deseo ir a cabalgar.

—Te ruego me disculpes —dijo Kenzie, con el rostro ardiendo.

—¿Qué? —preguntó Ben, con una sonrisa diabólica elevando sus labios, lo que solo le recordó a Kenzie lo condenadamente guapo que era—. ¿No me estabas mirando?

—No, no lo estaba haciendo —afirmó ella, más que mortificada por haber sido descubierta.

Braxton se aclaró la garganta.

—Ya que aún no estás lo suficientemente recuperado para viajar de vuelta al Castillo Ross, pensamos que tal vez desearías traer a Alasdair aquí, para que se quede con nosotros mientras te recuperas de tu enfermedad.

Ben se pasó una mano por el pelo, dejándolo de punta.

—Oh, aye, ¿es eso todo? Pensé que ibais a regañarme por besar a Kenzie anoche.

—¿Besaste a Kenzie? —Braxton rodeó el sofá, y Gwen se levantó rápidamente, agarrando el brazo de su marido.

—Apenas fue un beso, Ben. Más bien un casto piquito —dijo Kenzie, negando con la cabeza.

—Me inclino a pensar en ello como un anticipo de cosas mejores por venir.

—No hay nada de qué preocuparse, Braxton. No olvides que Kenzie es una adulta y capaz de

tomar sus propias decisiones, aunque no estés de acuerdo con ellas.

Braxton miró furioso a Ben, quien simplemente sonrió en respuesta.

—No estoy de acuerdo con esa elección.

Kenzie no pasó por alto el destello de dolor que cruzó el rostro de Ben, antes de que lo disimulara con una risa.

—No te molestes por ello, Braxton, mi viejo amigo. Solo fue un pequeño beso y nada extraordinario. No voy a perseguir a Kenzie si esa es tu preocupación. Solo estaba bromeando.

Kenzie se quedó allí, atónita y en silencio. ¿Realmente acababa de decir que su beso no fue extraordinario? ¿Qué demonios!

—Bueno, de todos modos no iba a compartir más besos, así que no me molesta en absoluto que no quieras seguir adelante conmigo.

Los ojos de Ben se entrecerraron al mirarla, su mirada bajando hacia sus labios. Ella le devolvió la mirada desafiante, ridículamente ofendida. No es que le importara ni un poco que él no la quisiera de esa manera. Incluso si su beso insinuaba algo mucho mejor... En realidad, realmente genial si era honesta, pero no le daría el placer de ver lo molesta que la hacía sentir su rechazo.

—Entonces, ¿traerás a Alasdair aquí? Nos encantaría conocer a tu hijo —Gwen soltó a Braxton y se unió a Ben junto al hogar, tomando su mano—. Será bueno para él estar aquí, rodeado de un clan que lo amará tanto como el suyo propio.

Las facciones de Ben se suavizaron ante las palabras de Gwen y una extraña sensación inquietante se instaló en el estómago de Kenzie. ¿Estaba celosa de Gwen? El solo pensamiento de tal cosa era irrazonable. Gwen estaba felizmente casada con Braxton y eso era todo. Simplemente estaba siendo amable y persuasiva con un viejo amigo. Y Kenzie estaba siendo una idiota.

—Está decidido entonces —dijo Braxton, caminando hacia el escritorio y sacando un trozo de pergamino para colocarlo sobre la oscura superficie de madera—. Escribe a tu clan y haz que envíen al niño aquí de inmediato. Celebraremos un festín para celebrar el nacimiento del futuro Laird de Ross —Braxton se volvió hacia Gwen—. Tal vez tu hermano quiera asistir. Estoy seguro de que a Abby le encantaría visitar la nueva finca y con Kenzie aquí, es un bono extra.

Gwen aplaudió, con el rostro iluminado de sonrisas.

—Och, suena una idea fabulosa, Braxton. Deberíamos haberlo pensado antes.

Kenzie sonrió ante su alegría y echó un vistazo a Ben, quien también parecía complacido con la idea, pero tal vez un poco más reservado que sus antepasados. Ben caminó hacia el escritorio y se sentó, escribiendo la misiva mientras Braxton y Gwen discutían los detalles del festín y qué otras familias invitarían.

Sin nada más que hacer, Kenzie se sentó en el sofá, observando las llamas en la chimenea lamer la madera. El sonido de la pluma de caña raspando sobre el pergamino llenó la habitación después de que Gwen y Braxton los dejaran solos en la biblioteca. Si estuviera en casa en su

propia época, encendería la televisión y vería una película o algo así, cualquier cosa para ahuyentar el aburrimiento. Y sin embargo, ¿cómo podía alguien aburrirse aquí? Era como vivir en su propia película de época. Con guerreros de la vida real y grandes fincas, familias que ostentaban gran poder rodeadas de aquellos que probablemente deseaban algo de ese poder para sí mismos.

—¿Por qué te llaman Ben el Negro?

En todo su estudio sobre el hombre, nunca se había explicado por qué le apodaban así. Se giró en su silla para verlo doblando la misiva y dejándola a un lado.

—Mi cabello.

No era la primera vez que notaba sus oscuros mechones. De hecho, Ben tenía más rasgos de español que de escocés, pero aun así era extraño que su nombre se debiera únicamente al color de su cabello.

—¿En serio? ¿Eso es todo?

Él se rio y se unió a ella en la silla. Kenzie se movió un poco, sin querer que se hiciera ideas ahora que estaban solos, ya que no encontraba sus besos extraordinarios...

—Aye, eso es todo. Siempre era reconocible en cualquier escaramuza o reunión del clan debido a mi cabello. Alguien, no recuerdo quién, me nombró Ben el Negro, y se quedó. También soy el mejor tirador de arco largo de toda Escocia, y posiblemente de Inglaterra también, pero es por mi cabello por lo que me conocen.

Sin pensarlo, Kenzie extendió la mano y tocó sus oscuros mechones, de un color negro azabache tan profundo como el cielo nocturno. Él le estaba prohibido, un hombre con quien no debería coquetear. Una leyenda escocesa con una historia misteriosa. Siempre la había fascinado y ahora estaba frente a ella, mirándola como si quisiera devorarla por completo.

Kenzie apretó su agarre en el cabello de él, atrayéndolo hacia ella. Ben murmuró algo en gaélico que no pudo entender antes de atraerla contra su pecho y besarla con una fuerza que la dejó sin aliento.

Sus dientes chocaron antes de que él le mordiera el labio inferior, calmándolo inmediatamente con su lengua. Era tan sucio y ardiente que Kenzie estaba completamente fuera de su elemento. Sí, había besado a hombres antes, a bastantes, de hecho, pero nunca a nadie así. Los besos de Ben la dejaban tambaleándose en un terreno tan resbaladizo como la nieve en las cimas de las montañas de las Highlands.

—¿Estás segura de que deberías estar besándome, muchacha? ¿No lo desaprobará Braxton?

—No necesito el permiso de nadie para besar a quien quiera. Y tal vez no deberías estar besándome tú, ya que soy tan poco notable.

Él volvió a tomar sus labios y esta vez un gemido escapó de su boca. Con su ajetreada vida, había olvidado el placer de besar.

—Mentí. Eres más que notable, muchacha —Ben le guiñó un ojo, y el deseo fluyó a través de ella ante sus palabras. Era tonto que una mujer moderna se preocupara por lo que pensara este

highlander del siglo XVII, pero por alguna extraña razón, Kenzie quería que le gustara.

Lo besó con fuerza, tomando todo lo que él estaba dispuesto a darle mientras estaban a solas.

—Deberías dejarme besarte todos los días.

Kenzie no podía estar más de acuerdo. Uno podría ahogarse en sus tormentosos ojos azules.

—Tal vez lo haga. —*¡Por supuesto que lo haré!*

Él sonrió. —Aye, lo harás.

Un sirviente que llevaba un cubo entró en la habitación y se detuvo en seco. Incapaz de mirar al sirviente a los ojos, Kenzie se levantó de un salto y se apartó. Ben, por otro lado, simplemente se recostó en la silla, como si ser sorprendido en tal posición por el personal de la casa fuera algo común.

Kenzie no estaba segura de si debería preocuparse por ese hecho o seguir su ejemplo. Pero esta no era su casa, era la de Gwen y Braxton, y debería ser más respetuosa con ellos y su estilo de vida.

Sin decir palabra, Kenzie salió de la habitación, dirigiéndose directamente a la suya. Si iba a quedarse en esta época, necesitaba mantenerse alejada de Ben, al menos de manera sexual. No importaba cuán vigorizantes fueran sus besos, él no era para que ella jugara.

BEN OBSERVÓ a Kenzie salir de la habitación hasta que la perdió de vista. La sirvienta también se fue, lo cual era mejor, o habría estado tentado de mirarla con enojo por interrumpir lo que se estaba convirtiendo en una tarde encantadora.

Durante semanas había estado sin el consuelo que solo una mujer podía brindar, pero por mucho que le molestara admitirlo, después de conocer a Kenzie, no había querido a nadie más para calentar su cama. La deseaba a ella, y era condenadamente frustrante.

Kenzie no era el tipo de muchacha que querría quedarse en esta época. Tampoco se desempeñaría bien como señora de una gran casa como la suya. La vida aquí no era para los débiles de corazón, y el día a día en un castillo no era fácil. Había que dirigir al personal y asegurarse de que sus miembros del clan estuvieran alimentados y alojados. Llevar las cuentas y mantener el hogar. Aline había hecho un trabajo soberbio como su esposa, pero la muchacha había sido criada para hacer tales cosas. Kenzie, por otro lado, no.

Un golpe en la puerta fue seguido por otro sirviente que sostenía una misiva. —Esto acaba de llegar, Laird Ross.

Ben agradeció al muchacho y rompió el sello, escaneando la carta rápidamente. Era de su sirviente y amigo que cuidaba sus tierras en su ausencia. Su mención de la visita del padre de Aline y el prolongado tiempo que había pasado con el hijo de Ben hizo que se le erizara el vello de la nuca.

¿Qué intentaba decirle el hombre al visitar a su muchacho cuando él mismo estaba ausente?

La inquietud se deslizó por su columna vertebral y se puso de pie, dirigiéndose rápidamente hacia el vestíbulo. Se encontró con Braxton en su camino para buscar a su sirviente y preparar su partida sin demora.

—¿Está todo bien, Ben? —preguntó Braxton, deteniendo sus pasos.

—El padre de Aline ha estado en el Castillo Ross. Debo regresar. Su visita durante mi ausencia es una advertencia que no puedo ignorar. Debo irme —dio un paso adelante, pero Braxton lo detuvo.

—¿Ahora? Pero estábamos a punto de celebrar la llegada de Kenzie y tu hijo. Seguramente, si trajeras a tu muchacho para que se quede aquí con nosotros, no hay nada que el Clan Grant pueda hacer.

Era cierto, Braxton y Gwen vivían bajo la protección del Clan Macleod. Sería un tonto en verdad quien intentara causar problemas aquí, pero el Castillo Ross estaba aislado, y con su hijo allí solo con los sirvientes como única protección, Ben lo había dejado en una posición vulnerable. También había pocas posibilidades de que el Clan Grant permitiera que el muchacho viajara aquí en primer lugar. No si deseaban que Alasdair se quedara con ellos; no lo verían en ningún otro lugar que donde estaba ahora mismo.

Maldijo, pasándose una mano por el cabello. Había sido un bastardo egoísta por dejar al muchacho poco después de su nacimiento. No importaba cuán lejos viajara de sus tierras, el recuerdo de Aline y su insoportable dulzura mientras yacía moribunda aún atormentaba su mente.

Era su culpa que ella hubiera muerto. Para demostrarle que su matrimonio con ella se debía a su afecto, cuanto más tiempo pasaba con ella, más llegaba a gustarle la muchacha, y de alguna manera, en el tiempo que estuvieron casados, había llegado a quererla profundamente.

—No puedo arriesgar a mi hijo o mis tierras. Debo irme.

—Aye —dijo Braxton, dándole una palmada en el hombro—. Me aseguraré de que tu sirviente sea notificado y estés en camino al amanecer.

—No, debo irme ahora —se dirigió hacia las escaleras—. Enviaré un carro para recoger el resto de mis pertenencias, que son pocas, pero iré a caballo esta noche. Si puedo molestarle por uno de tus mejores hombres de lucha, estaría muy agradecido.

—Lo que sea —dijo Braxton sin dudar—. Haré que llamen a James. Es mi mejor espadachín.

Ben le dio las gracias y comenzó a subir las escaleras. Se detuvo después de dos escalones y se volvió para mirar a Braxton. —¿Le dirás a Kenzie y a Gwen que me voy? No quiero despedirme. Nunca he sido muy bueno en eso. —Su despedida con Aline lo había dejado con muchas palabras sin decir. Cómo lamentaba haberse casado con ella bajo falsas pretensiones. Que temía que ella hubiera adivinado su engaño pero intentara sacar lo mejor de una situación que no era lo que ella había esperado. Que la había hecho tener a su hijo, lo que, a su vez, la había matado. Las despedidas nunca eran fáciles, y Ben ahora las evitaba como a la peste.

La comprensión amaneció en los ojos de Braxton. —Puedo hacer eso por ti. También tendré

tu caballo listo para partir en la próxima media hora.

—Gracias, Braxton. Eres un buen hombre. —Uno de los mejores, de hecho. No era sorprendente por qué Aedan Macleod había permitido que el hombre se casara con su hermana.

A Ben no le llevó mucho tiempo juntar los pocos artículos con los que había viajado en un saco. Recorriendo la habitación y comprobando que tenía todo lo que necesitaba para el viaje a casa; dudaba que se necesitara un carro, después de todo. Salió de la habitación y caminó por el pasillo, ralentizando sus pasos al pasar por los aposentos de Kenzie. No se escuchaba ninguna charla femenina detrás de la puerta y se preguntó si ella estaría allí, leyendo o mirando las tierras de la propiedad. ¿Estaría acostada en su cama, soñando con él...?

Se maldijo a sí mismo por actuar como un muchacho inexperto. No era como si nunca hubiera conocido a una muchacha que hiciera arder la sangre en sus venas. Tan pronto después de la muerte de su esposa, no necesitaba enredarse con una mujer entrometida del futuro que tenía una lengua tan afilada como su espada. Había algunas muchachas en su propia finca que podrían aliviar el picor que lo molestaba a diario. Las buscaría tan pronto como regresara a casa.

Otra mentira. No haría tal cosa.

Pero primero tenía que lidiar con el clan de su difunta esposa y dejar perfectamente claro que sería mejor que se mantuvieran alejados de sus tierras a menos que él estuviera presente. Ben podía entender que después de la muerte de Aline albergaran ira y resentimiento hacia él, pero no podía permitirles tomar lo que era suyo.

CAPÍTULO OCHO

DURANTE LA CENA, Kenzie permaneció atónita mientras Braxton les contaba a ella y a Gwen sobre la partida de Ben esa tarde. Había estado sentada en su habitación, con la inquietud haciendo temblar el libro que sostenía en sus manos cuando escuchó a Ben caminar por el pasillo. Debió de ser el momento en que se marchaba. Que se fuera para regresar al Castillo Ross no era lo que ella había esperado oír. Una pequeña parte de ella había esperado que irrumpiera en su habitación y saciara la sed que sentía por él. Después de lo ocurrido en la biblioteca, pensó que él podría tomar la iniciativa, entrar de golpe en su habitación y seducirla.

Aparentemente no.

Era una reacción extraña, ya que Kenzie nunca había sido aficionada a los hombres dominantes. Tal vez se debía a que había heredado una finca escocesa y se había hecho cargo de su administración y cuidado cuando alcanzó la mayoría de edad. La habían criado para ser independiente y a menudo hacía lo que fuera necesario por sí misma. Nunca había dependido de otros para obtener apoyo. Por supuesto, se alegraba si se lo ofrecían, pero no era necesariamente imprescindible.

Así que desear que Ben tomara el control de su cuerpo, la arrojara sobre la cama y la tocara como un fino instrumento hasta hacerla cantar, no era lo habitual.

—¿Por qué no intentaste detenerlo? Aedan y Abby llegarán más tarde hoy. Y ahora no tiene sentido haberlos hecho venir desde tan lejos —Una pequeña arruga de preocupación surcó la frente de Gwen, y era una frustración y decepción que Kenzie comprendía.

—¿Querías que retuviera a Black Ben, uno de los escoceses más temibles de este lado de Edimburgo, aquí contra su voluntad? No tengo deseos de morir, mujer.

Gwen exhaló un suspiro de fastidio. —Pensé que traería a su hijo aquí.

—Sí, bueno, supongo que deseaba regresar a casa para asegurarse no solo de que su hijo estuviera bien, sino también de que el Castillo Ross no corra peligro por parte del Clan Grant. Sabes que nunca aprobaron que Aline se casara con él, y están buscando una venganza justificada, en su opinión, si es que sé algo sobre ellos.

Kenzie no había pensado que la situación fuera tan grave, pero quizás estaba permitiendo que su mente del siglo XXI no razonara demasiado y no viera lo dura y peligrosa que era esta época

para los demás.

—¿Crees que el Clan Grant atacará a Ben? —Sabiendo que en solo tres meses Ben sería asesinado, Kenzie no pudo evitar pensar que esto quizás fuera el comienzo del misterio de Black Ben que los historiadores se habían preguntado. El Clan Grant guardaba rencor, así que podría ser ese laird quien tenía un precio sobre la cabeza de Ben.

—Tengo que seguirlo, Gwen. Sabes por qué. —Kenzie no quería decir nada más, ya que Braxton no estaba al tanto del destino de Ben, pero tal vez era solo cuestión de tiempo, a juzgar por su mirada acusadora hacia Gwen.

—Le prometí a Kenzie no decir nada, pero dadas las circunstancias, estoy segura de que entenderá —dijo Gwen, dejando su servilleta.

Kenzie no estaba muy segura de eso...

Gwen le explicó a Braxton lo que le había contado hacía solo unas semanas y observó con creciente alarma cómo el semblante de su antepasado adquiría una expresión horrorizada.

—Debo notificar a Aedan de esto. Tan pronto como llegue. Y tú —dijo Braxton, dirigiendo su atención hacia ella—, debes explicar todo lo que sabes sobre la muerte de Black Ben. No podemos permitir que ocurra lo que la historia ha dictaminado como su destino. Merece algo mejor que eso.

Cuando Kenzie conoció a Ben por primera vez, no podía pensar en un desenlace más apropiado para el hombre. Pero ahora, aunque el highlander pudiera ser un poco áspero, realmente se preocupaba por su familia, y su muerte no estaba justificada. Los hombres se casaban con mujeres sin amor todo el tiempo. No era un crimen que mereciera la muerte. El Clan Grant quizás nunca creyera que el matrimonio fue feliz, pero Kenzie no estaría de acuerdo. Ben ciertamente había encontrado atractiva a Aline, y Kenzie estaba segura de que la había hecho tan feliz como pudo. Puede que no se amaran, pero se preocupaban mucho el uno por el otro, y eso es más de lo que muchos podían presumir.

No era culpa de nadie que Aline hubiera fallecido durante el parto. Desafortunadamente, eso ocurría, incluso en su propia época.

Se sentaron en el gran salón, con el gran fuego ardiendo y esparciendo calor por la sala tipo catedral. Algunos miembros del clan se sentaban en mesas de caballete frente a ellos, comiendo y hablando, todos ajenos a los problemas de Kenzie.

Las puertas de la entrada de la casa se abrieron de golpe, y entró un jinete que parecía cansado y desgastado por la silla. Miró alrededor de la habitación y luego se dirigió hacia ellos, entregando una misiva a Braxton antes de que Gwen le diera algunas monedas, y se fue tan rápido como había llegado. Los miembros del clan presentes dejaron de comer y les lanzaron miradas especulativas.

—¿De quién es la misiva, querido? —preguntó Gwen, tomando un panecillo y sumergiéndolo en el estofado.

—De Aedan. Abby no se encuentra bien y no pueden venir. —Hizo una pausa, doblando la

misiva de nuevo—. Probablemente sea lo mejor. Viajaré al Castillo Druiminn y hablaré con ellos en persona. Tú también vendrás, Gwen. Si lo que Kenzie sabe sobre el futuro de Ben es cierto, tenerte en Druiminn será más seguro, en caso de que tenga que acompañar a Aedan al Castillo Ross.

—¿Crees que Aedan viajará a la casa de Ben, sabiendo lo que sabemos? —No debería sorprender a Kenzie que lo hiciera, ya que era exactamente lo que ella misma quería hacer. Ben era su amigo y aliado más antiguo. El hombre se había casado con Aline para que Aedan pudiera casarse con Abby. Si llegaban con refuerzos, podría ser suficiente para cambiar el pasado de Ben y su muerte nunca ocurriría. La esperanza floreció en su pecho.

—Aedan irá, y también mi esposo, pero ten cuidado, Braxton. Kenzie sabe muy poco en relación con la muerte de Ben. Simplemente parece desaparecer. Así que, quienquiera que sea su enemigo, es astuto y probablemente alguien a quien Ben conoce pero no sospecha. Tal vez sea alguien que ninguno de vosotros sospecharía.

Kenzie se puso de pie, el crujido de su silla sobre el suelo de piedra resonó fuerte en la habitación. —Yo también voy, y empacaré esta noche. —Levantó la mano cuando Braxton se puso de pie y cruzó los brazos.

—Basta, Braxton. Voy a ir y no hay nada que puedas hacer para detenerme. Aunque os quiero mucho a los dos, tengo que ir. Fue una de mis principales razones para viajar al pasado. Y de todos modos —dijo, encogiéndose de hombros—, tú y Aedan pronto estaréis en el Castillo Ross. No hay nada que temer.

Braxton no parecía muy convencido, pero Gwen sonrió, tirando de su marido para que volviera a sentarse. —Tendré un caballo preparado para tu partida a primera hora de la mañana y enviaré a algunos hombres armados contigo. Estarás a salvo, querida, pero te advierto que es un viaje de cinco días a caballo hasta el Castillo Ross. ¿Estás segura de que puedes hacerlo? Si no estás acostumbrada a recorrer largas distancias a caballo, puede resultar bastante incómodo.

Kenzie desestimó sus preocupaciones con un gesto, absolutamente segura de que esta era la decisión correcta. Cinco días a caballo no deberían ser tan malos. Mientras el caballo no se asustara y saliera corriendo, todo iría bien. —Estaré bien. Lo prometo. Un viaje de cinco días a caballo estará bien. Con todas las renovaciones que he hecho en mi vida, creo que es seguro decir que he pasado por cosas peores.

NO HABÍA PASADO por cosas peores. De hecho, el dolor en sus piernas y su trasero bien podría ser el peor que había experimentado en su vida. El primer día de viaje había ido bien, y aunque cuando se había bajado de su yegua para comer le había costado unos cuantos pasos y estiramientos para volver a sentirse ella misma, no había sido tan malo.

Pero al final del segundo día, la parte interna de sus muslos había comenzado a rozarse

contra la silla, a pesar de que llevaba calzones debajo del vestido. No solo eso, sino que su trasero estaba tan entumecido que se preguntaba si se le había caído.

Y sin importar cuánto se lo frotara o caminara cuando se detenían, nada ayudaba. Tampoco ayudaba que los pocos hombres armados que la acompañaban parecieran bastante divertidos por sus desafortunadas circunstancias. Kenzie estaba segura de que habían tomado el camino más largo hacia el Castillo Ross y estaban pasando menos tiempo en los descansos. Sin duda disfrutando de su dolor.

Malditos highlanders.

Al quinto día, las tierras exteriores del Castillo Ross no podían llegar lo suficientemente pronto. Descansaron los caballos junto a un río de corriente lenta, y Kenzie aprovechó la oportunidad para lavarse la cara y refrescarse tanto como pudo. La idea de un baño caliente hizo que pusiera a los hombres en marcha antes de lo que probablemente querían, pero Kenzie ya había tenido suficiente. Si alguna vez volvía a montar a caballo, sería demasiado pronto. Si tan solo tuviera su coche, habría llegado al Castillo Ross en unas pocas horas.

Su primera visión del Castillo Ross no fue nada como esperaba. Se alzaba en un pintoresco saliente de tierra junto a un lago. Un solo camino conducía hacia el castillo, y la tierra más verde rodeaba el edificio como una pantalla protectora de las aguas de abajo. Kenzie detuvo su caballo, admirando la magnificencia del castillo. En su propia época, solo había visto las ruinas de esta gran casa. Verla en todo su esplendor —chimeneas con humo saliendo, ventanas brillando bajo el sol de la tarde, gente moviéndose afuera, realizando sus tareas— era asombroso.

A medida que se acercaban, la estructura se volvía más imponente. Siempre había intentado imaginar el castillo como era antes, pero con solo unas pocas paredes en pie, e incluso esas rotas y desmoronándose por el paso del tiempo, era difícil saber cuán grande había sido la casa alguna vez.

Verlo ahora era impresionante. El Castillo Ross era, en una palabra, deslumbrante.

—Nos han visto —gritó uno de sus guardias.

Kenzie apartó la mirada de las numerosas torres y ventanas del castillo hacia los hombres que habían salido de la puerta de entrada y estaban bloqueando su camino.

Cabalaron hasta ellos y, al ver que sus guardias desmontaban, Kenzie hizo lo mismo, tratando de contener el mordisco de miedo que temblaba en su estómago ante la posibilidad de que los vieran como una amenaza. Todo estaría bien una vez que entendieran que era amiga del Laird Ross.

—¿Qué asuntos tenéis con el Laird Ross este día?

Un imponente guardia, con hombros del tamaño de un boxeador de peso pesado, se adelantó a los otros hombres, cruzando los brazos sobre el pecho. Kenzie no podía dejar de mirar el tamaño de sus músculos hasta que uno de sus propios hombres se aclaró la garganta.

—Soy pariente de Gwendolyn Macleod y amiga del Laird Ross. He viajado hasta aquí para hablar con vuestro laird.

—Sois inglesa. —La pregunta sonó más como una afirmación que dejó un sabor amargo en la boca del hombre.

Kenzie levantó la barbilla, sin intención de dejar que este hombre la tratara con falta de respeto. —Y escocesa, aunque eso no es asunto vuestro. Ahora, si me hacéis el favor, ¿podrías informar a vuestro laird de mi llegada y dejar que él decida si el lugar donde crecí afecta nuestra amistad?

La mirada del hombre se estrechó sobre ella, pero un destello de respeto entró en sus orbes marrones y parte de la inquietud de Kenzie se disipó.

—Si me seguís, os llevaré ante nuestro laird.

Cuando todos empezaron a seguirlo, el guardia se detuvo, señalando a sus hombres. —Solo la dama. Vuestros hombres se quedarán aquí hasta que nuestro laird lo considere seguro.

Kenzie se volvió hacia sus guardias. —Estos son los hombres de Gwendolyn MacLeod y Sir Braxton. No son una amenaza.

—Aun así, nuestro laird será quien decida sobre eso.

Frunció el ceño, sin querer dejar a los hombres que la habían mantenido a salvo durante los últimos cinco días fuera en el frío. —No tardaré mucho. Esto es solo una precaución, estoy segura. Tan pronto como vea al laird, haré que os traigan adentro.

—Muy bien, señorita —dijo su guardia, asintiendo ligeramente, pero agarrando la empuñadura de su espada en silenciosa advertencia para cualquiera que quisiera hacerle daño. Kenzie sonrió, agradecida de que hombres que solo conocía desde hacía unos días pudieran ser tan leales como para dar sus vidas por ella. Aunque no era necesario aquí, ya que el Laird de Ross pronto los recibiría. Pero esta época estaba llena de peligros, y quien poseía propiedades tan grandes y rentables no podía ser complaciente.

Comenzaron a caminar hacia el castillo y la puerta arqueada. Los guardias se hicieron a un lado y le permitieron entrar al castillo propiamente dicho. Se le puso la piel de gallina con el cambio de temperatura, de alguna manera dentro de las paredes del castillo hacía más frío, y se envolvió más con su chal.

La entrada daba a una gran antesala sin una función real, por lo que Kenzie pudo ver, antes de pasar por una puerta adyacente a la principal, la habitación daba paso al gran salón. Mesas de madera recorrían la longitud de la sala —una de las cuales tenía dos asientos acolchados que sin duda era donde el laird y su esposa tomarían el desayuno— y a ambos lados del espacio, dos grandes fuegos ardían con ferocidad.

Kenzie permaneció inmóvil, absorbiendo todo lo que tenía ante ella. En su época, todo esto eran escombros, nada más que capas de piedra que hacía mucho tiempo habían caído en total ruina. La chimenea aún seguía en pie, pero aparte de eso, no quedaba nada más.

—Puedes esperar cerca del fuego —dijo el guardia, señalando hacia él como si ella no pudiera verlo justo frente a ella.

Kenzie asintió, sin preocuparse realmente dónde esperaba, siempre y cuando pudiera

quedarse en esta habitación y memorizar todo para que, cuando regresara a su tiempo, pudiera asegurarse de que el Castillo Ross fuera restaurado a su exacta gloria anterior.

Se acercó a la mesa donde el laird comería durante las comidas y pasó la mano por encima de la silla de madera oscura grabada con volutas y diferentes patrones. Un cojín bordado que mostraba una escena de caza era su único lujo. El bordado estaba muy bien hecho, y Kenzie se preguntó si Aline lo habría cosido para su comodidad.

El sonido de una puerta que se cerraba de golpe la hizo saltar, y reconoció los pasos sin darse la vuelta. —Buenas noches, Ben —dijo, sintiendo su presencia mientras él se colocaba detrás de ella.

Sus manos se posaron sobre sus hombros y la hizo girarse para mirarlo. Kenzie tuvo que levantar la vista para encontrarse con sus ojos, y un escalofrío de expectación la recorrió cuando su mirada fue cálida y acogedora.

—¿Qué estás haciendo aquí, muchacha? No esperaba verte de nuevo.

Dejó caer las manos a los costados, y ella extrañó el contacto tan pronto como desapareció. ¿Cómo era posible que en menos de una semana hubiera echado de menos al bribón? Desde el momento en que él había regresado a su finca, Kenzie había sabido que lo seguiría aunque solo fuera para intentar salvarlo de su propio destino. Para despedirse.

—El matrimonio de mis padres no fue feliz y no quería regresar a mi tiempo arrepintiéndome de ninguna de mis elecciones aquí. Mi madre se arrepiente de la mayoría de sus elecciones en la vida, probablemente de todas menos de mí, y no quiero vivir así. Tenía que verte de nuevo.

Una ligera sonrisa maliciosa elevó sus labios, y las piernas de Kenzie temblaron como gelatina. —¿Y qué lograría volver a verme, muchacha? —Se acercó aún más, y sin pensarlo, ella extendió la mano, agarrando su cadera, el kilt de tartán áspero contra sus palmas.

—Significaría que lograría despedirme de ti. Desapareciste sin venir a verme, así que podríamos desearnos lo mejor.

—No creo que te importara si nos deseáramos lo mejor. No nos separamos en los mejores términos la última vez que te vi. Si mal no recuerdo, estábamos en desacuerdo sobre el beso.

—Difícilmente creo que fuera un desacuerdo.

Él se acercó más, dándole una sonrisa perezosa.

¿Debería dejarlo provocarla para que lo besara? En ese momento, Kenzie no deseaba nada más que demostrarle que no era el único que podía provocar y bromear. Pero hacerlo abriría toda una lata de gusanos donde las emociones podían empezar a entrar en juego y sentimientos que podrían resultar en dolor.

—Me imagino que has besado a muchas mujeres. —La historia ciertamente afirmaba que Black Ben tenía una mujer en cada puerto y ciudad del interior, al menos antes de su matrimonio. A Kenzie le disgustaba leer sobre tales cosas, sabiendo que tantas mujeres habían disfrutado del hombre frente a ella, pero tal vez con suerte todo era falso. Era algo que ciertamente se podía esperar.

—Lo he hecho, pero nadie que importara desde que Aline falleció.

—Gwen dijo que te encontró la noche antes de que llegaras a su casa en una taberna, y tu asunto allí era obvio, si sabes a lo que me refiero.

—No, ¿a qué te refieres, muchacha? —preguntó, mansamente.

Kenzie casi se burló. No había un hueso manso en su cuerpo. —Los rumores que te siguieron hasta la casa de Gwen y Braxton sugerían que habías estado prostituyéndote por toda Escocia desde la muerte de Aline.

—Sí, puede que lo haya estado haciendo, pero no puedes creer todo lo que oyes. Y ahora estoy aquí, contigo.

—Hmm —dijo Kenzie, sentándose en una silla cerca del fuego—. Tengo algunos de los hombres de Braxton fuera de las murallas. ¿Los dejarás entrar? Estoy segura de que tienen hambre y necesitan una buena noche de descanso.

—Cuando los guardias vinieron y me informaron de tu llegada, les envié un mensaje para que permitieran entrar a los hombres. La cocinera les llevará algo de comer ya que nosotros ya hemos cenado esta noche.

Su estómago eligió ese momento exacto para rugir. —¿Sería mucha molestia si yo también pudiera comer algo? No he comido desde el almuerzo.

Ben gritó a un hombre que estaba silencioso al final de la habitación. —Trae algo de la cena de esta noche para nuestra invitada, y prepara una habitación. Se quedará por un tiempo.

Ella encontró su mirada y sus dedos de los pies se curvaron y su cuerpo vibró por la mirada. Estaban solos aquí ahora. Gwen y Braxton estaban a millas de distancia y no estaban cerca para interrumpir...

—Tienes un hermoso castillo. Lo he visitado, sabes, en mi tiempo.

—¿Lo has hecho? —Ben parecía genuinamente encantado con la idea—. ¿Y es tan grandioso como lo es ahora? ¿Mis descendientes aún gobiernan la zona?

Afortunadamente, la comida llegó, lo que permitió a Kenzie preparar su respuesta. Colocó una manzana y una pera en su plato junto con un poco de pan plano y faisán. ¿Qué podía decirle a Ben que no revelara lo que le iba a suceder en unos meses? Si hubiera estado en su posición, habría querido saber la verdad, por dolorosa que fuera. —El Castillo Ross, desafortunadamente, no es tan grandioso, y tu familia ya no está a cargo de él. Pero ahora tiene una nueva propietaria, que está decidida a hacerlo tan magnífico como lo fue una vez. No tengo dudas de que lo logrará.

Él se inclinó hacia adelante, la línea entre sus cejas tan profunda como un barranco. —¿Mi familia ya no tiene el Castillo Ross? —Hizo un gesto con las manos—. ¿Cómo puede ser eso? ¿Por qué?

—Muchos castillos y grandes propiedades fueron perdidos por las grandes familias que los poseían después de la Primera Guerra Mundial, que tuvo lugar de 1914 a 1918. Impusieron impuestos a las propiedades que nunca antes habían existido, y después de una guerra tan sangrienta, donde muchas familias perdieron a sus herederos y los trabajadores que ayudaban a

mantener las propiedades en funcionamiento murieron en acción, muchas de las casas fueron vendidas o demolidas —No era lo que le había sucedido a la familia de Ben o al Castillo Ross, pero era la verdad para muchos otros, y Kenzie no estaba preparada para decirle a Ben que había perdido su hogar en su propio tiempo debido a una entidad desconocida que ella aún tenía que descubrir. Esta explicación era mejor y, con suerte, aliviaría el dolor que sin duda estaba sintiendo por la revelación—. Lo siento, Ben. Sé que no es lo que nadie desearía escuchar.

—¿Qué es esta Guerra Mundial de la que hablas?

¿Cómo podría explicárselo de una manera que tuviera sentido? —Es una guerra a gran escala que involucra a muchos países poderosos alrededor del mundo. Esta guerra se extendió por múltiples lugares con batallas generalizadas —Él parecía desconcertado.

Se desplomó en una silla cercana, pasando la mano por su mandíbula con barba incipiente. —Esto es perturbador.

—La historia es cruel, y esto no es algo que debieras saber jamás. Si yo no hubiera llegado y te lo hubiera dicho, no sería una preocupación para ti.

—Aye —dijo, lanzándole esa sonrisa perezosa y diabólicamente hermosa que la hacía estremecerse—. Entiendo tu punto.

Kenzie comió algo de faisán, usando sus dedos para coger el ave ya que no pudo encontrar un cuchillo. Observó a Ben mientras masticaba. Él estaba perdido en sus pensamientos y mirando fijamente el fuego. No le gustaba verlo tan triste, pero podía entender por qué estaba callado, así que lo dejó estar mientras terminaba su comida.

—Cuéntame uno de tus recuerdos más preciados creciendo aquí. Estoy segura de que este castillo tiene mucha historia y cuentos que sus paredes podrían contar.

Él encontró su mirada, asintiendo. —Es cierto, tiene muchas historias. Uno de mis favoritos era esconderme de mi Niñera. Arriba, cerca de la guardería, hay una habitación oculta entre las dos habitaciones. No muchos del personal la conocen, y cuando quería saltarme mis lecciones de lectura o escritura, me escondía allí. Podía oírlos corriendo por ahí, gritando mi nombre, y eventualmente, salía y me sentaba de vuelta en mi escritorio como si hubiera estado allí todo el tiempo.

Kenzie se rió. Podía imaginarse al joven laird siendo un pequeño diablillo cuando era más joven. —Parece que tu habilidad para ser travieso no ha cambiado.

Él le lanzó una mirada de pura maldad y su estómago se tensó.

—¿Dónde está la diversión en ser bueno?

No queriendo abrir esa caja de Pandora, Kenzie dejó su plato vacío. —Espero que no te importe que venga a quedarme. Como dije, siempre he querido ver el Castillo Ross, y ya que estoy aquí ahora, pensé que sería una buena idea visitarlo.

—No me importa en lo más mínimo. Espero con ansias que te quedes aquí conmigo.

—Gwen mencionó que el Clan Grant estaba aquí. ¿Siguen aquí?

—Nay, se habían ido para cuando llegué a casa, pero mi mayordomo mencionó que Evan

Grant, el futuro laird, estaba más que dispuesto a gritar y dar órdenes a mis hombres del clan mientras estuvo aquí. No es que le obedecieran, claro. Mis hombres sabrían que es mejor no traicionarme de esa manera, pero me pregunto qué pretendía Evan con tales acciones. Ciertamente es un acto de traición. Yo nunca presumiría de hacer tal cosa en su fortaleza.

La familia de Aline parecía ser problemática y cuanto más oía Kenzie de ellos, más se inclinaba a creer que serían ellos quienes atacarían y matarían a Ben. Él podría no creer que alguien quisiera hacerle daño, pero lo harían. La historia lo decía, y los Grant estaban mostrando muchas señales de antagonismo hacia Ben. Tendría que convencerlo de que fuera cauteloso con ellos.

Ben bebió su cerveza y su mirada se encontró con la de ella por encima de la jarra. Dejó la copa y se inclinó hacia adelante en su silla. —Hablemos de otras cosas. No quiero desperdiciar mi aliento en los Grant.

—¿De qué te gustaría hablar en su lugar? —preguntó Kenzie, con cautela.

—Me gustaría hablar de este sentimiento que tengo hacia ti cada vez que estás cerca.

A Kenzie le gustaría hacer más que hablar sobre el 'sentimiento', pero ¿sería demasiado atrevido si ella diera el primer paso? Este período de la historia decía *no* a actuar de tal manera, pero dudaba que a Ben le importara demasiado. Se levantó y fue a pararse frente al fuego.

—No voy a fingir timidez y decir que no sé de qué estás hablando, porque lo sé —Vaya que lo sabía. Se había sentido atraída por el hombre desde que era una niña y había visto su retrato. Siempre se había preguntado cómo habría sido, a quién habría amado y qué le habría sucedido —. ¿Tal vez podríamos intentar ese beso de nuevo? —dijo, esperando que él estuviera de acuerdo.

La sorpresa se registró en su rostro antes de que el hambre que hacía que su propia sangre cantara se apoderara de él. Se levantó y se acercó a ella. Incapaz de esperar un minuto más, Kenzie lo atrajo hacia abajo para besarlo.

Sus labios se encontraron, y su corazón estaba en serios problemas. A pesar de toda la rudeza de Ben, sus labios eran tan suaves como la mantequilla. Sus manos le sujetaron el rostro y profundizó el beso, la invasión de su lengua no era húmeda y torpe como la de tantos otros hombres que había besado, sino dulce y seductora. Besar siempre era agradable, pero este caleidoscopio de emociones, los sentimientos tumultuosos que él evocaba en ella, la dejaron buscando apoyo y era diferente a todo lo que había sentido antes.

Kenzie se entregó al beso, ya no satisfecha con hacer lo que era seguro o lo que se esperaba. Esta noche, se permitiría dejarse llevar por un hombre que la desafiaba, la enfurecía y la fascinaba al mismo tiempo.

Se levantó de puntillas, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello. Ben hizo lo mismo, pero de una manera más lánguida, deslizando sus manos por su garganta y brazos y luego sus caderas, atrayéndola con fuerza contra él. En los brazos de Ben, todo era diferente. Era como si sus sentidos estuvieran en sobredosis y fuera de control.

Sus manos se flexionaron contra sus caderas mientras se frotaba contra ella. Ella jadeó, sintiendo la emoción abultada detrás de su kilt. Era grande. Esperaba no haber mordido más de lo que podía masticar.

—¿Quieres que me detenga, muchacha? —Se apartó un poco, su mirada cargada de lujuria ardiendo con deseo insatisfecho—. Me iré si así lo deseas. Pero si continuamos de esta manera, no estoy seguro de que vuelva a dejarte salir de mis brazos.

Vaya... Este hombre decía todas las palabras correctas. Era como si estuviera viviendo una novela romántica real, donde la heroína encontraba a su alma gemela en un siglo diferente. No es que fueran almas gemelas; peleaban y discrepaban en demasiadas cosas, pero aun así... Su profundo acento escocés era tremendamente sexy—. No quiero que te detengas.

Él gruñó y la levantó en sus brazos, besándola con un fervor que la dejó sin aliento. Sus zancadas decididas devoraron la distancia desde el gran salón hasta la escalera de piedra. ¿La estaba llevando a su habitación? *Oh, sí, por favor.*

Kenzie no rompió el beso, sin querer dejar nunca de besar a este hombre. Había algo en él que la atraía incluso antes de conocerlo en persona. Era una rareza que nunca había entendido. Quizás estaban destinados a encontrarse desde el principio y estar justo como estaban ahora, abrazados y a punto de tener sexo apasionado.

Al llegar a su habitación, él cerró la puerta de una patada, y Kenzie soltó una risita. Era tan bárbaro. La puso de pie, y ella comenzó a desatar los cordones en la parte delantera de su vestido. Él la observó en silencio. Cada vez que su vestido se abría un poco más, su mirada se volvía más oscura.

Con un susurro, su vestido se deslizó a sus pies, y ella quedó ante él con nada más que su camisola. Afortunadamente, bajo sus pies había una alfombra de piel de oso y detrás de ella un fuego rugiente que despedía mucho calor—. ¿Vas a quitarte el kilt, Ben? —preguntó, deslizando su mano por la espalda de él y sobre su trasero perfectamente formado.

—¿Por qué no lo haces tú por mí?

Kenzie sonrió y desató el sporran alrededor de su cintura, antes de desprender su kilt. Este también cayó pesadamente al suelo y lo dejó de pie sin nada más que su traje de nacimiento. Kenzie exhaló un suspiro satisfecho ante la visión de Ben desnudo. Ahora era suyo para hacer con él lo que quisiera. Ni un ápice de vergüenza marcaba su semblante, y ella se maravilló de su confianza—. Eres más experto en este tipo de cosas. ¿Qué querías hacer a continuación, mi señor?

Ben la levantó como si no pesara nada, y ella envolvió sus piernas alrededor de sus caderas, jadeando cuando su miembro se acomodó contra su sexo. Nunca había estado tan cerca de un hombre que deseara tanto antes. Su dureza y el roce de vello contra ella le hacían cosquillas y la provocaban.

Anhelando más, se ondulaba contra su miembro y escuchó su maldición ahogada contra su oído. Quería montarlo, perder el control y ser cualquier cosa menos una dama en sus brazos.

—Eres tan dulce, muchacha. —Su mano subió por su pierna para agarrar su trasero, apretando su carne y acariciándola alternativamente—. Te deseo tanto.

Ella sujetó su mandíbula sin afeitar, haciéndolo encontrar su mirada—. Yo también te deseo. Más de lo que he deseado a nadie en mi vida, pero hay algo que debes saber.

Él frunció el ceño, examinando sus facciones—. ¿Qué es?

—No quiero que pienses que me estoy acostando contigo para conseguir un marido porque no es así. Sin ofender, pero no me voy a quedar, así que espero que veas esta interacción como un poco de diversión, una forma agradable de pasar el tiempo mientras aún esté aquí.

Él se rió, levantándola de nuevo y caminando hacia la cama—. ¿Estás tratando de decirme de la manera más amable posible que no estás buscando tenerme como tu marido? ¿Que solo quieres que te monte tan bien que tu tiempo pase placenteramente?

La depositó en la cama, y un escalofrío de emoción la recorrió—. Eso es exactamente lo que estoy diciendo. —Kenzie bajó la mano y acarició su miembro, sin poder creer que estaba a punto de acostarse con un guerrero de las Highlands. Ben se inclinó sobre ella, una torre de músculos y belleza oscura, y en algún lugar profundo de su interior, Kenzie supo que su vida nunca volvería a ser la misma.

BEN OBSERVÓ cómo un rubor se extendía por toda la piel perfecta e inmaculada, y quiso besar cada centímetro que el rubor marcaba. Kenzie era tan hermosa e inteligente que literalmente lo dejaba asombrado.

Que su lengua viperina y pragmática no aguantara ninguna de sus tonterías también era bastante excitante.

Ella se deslizó hacia atrás en su cama cubierta de pieles de animales, y él la siguió, pasando su mano desde un pie perfecto hasta su cadera, donde alcanzó y amasó uno de sus glúteos perfectamente proporcionados.

—¿Te molestará saber que desde que me atendiste aquella primera noche, he querido montarte? Tenerte justo como estás ahora. Desnuda y mía para hacer contigo lo que me plazca.

Sus pechos eran del tamaño perfecto para sus manos, y pasó un dedo sobre las cimas, observando cómo la piel de sus pezones se tensaba y oscurecía. La respiración de Kenzie se volvió irregular, lo cual era justo, ya que el propio cuerpo de Ben estaba en llamas y no del todo bajo control.

Esta mujer le hacía cosas extrañas, lo hacía anhelar cosas que nunca pensó volver a tener. Se recordó a sí mismo que esto era solo un poco de diversión. Un revolcón entre dos adultos que no querían otras responsabilidades con ello. Nunca más pondría a otra mujer en peligro dejándola embarazada. Sin importar lo que dijera el curandero, Ben no podía evitar preguntarse si dar a luz fue la única razón detrás de la muerte prematura de Aline. No un tumor...

Esta noche, tomaría a esta muchacha, pero no derramaría su semilla dentro de ella. Nunca más sería tan imprudente.

Ella levantó los brazos y entrelazó los dedos detrás de su cuello, la confianza en sus ojos haciendo que su cuerpo doliera de necesidad—. Si estamos siendo honestos el uno con el otro, yo también necesito decirte que esa primera noche, antes de que abrieras la boca y arruinaras todas mis fantasías, yo también te deseaba. Eras tan inaccesible y rudo, pensé que mi corazón estallaría fuera de mi pecho, lo hacías latir tan fuerte.

El placer sacudió a Ben ante sus palabras. ¿Ella lo había deseado? La verdad de su declaración lo hizo desearla aún más. Retorciéndose y gritando su nombre contra su oído, sintiendo su cuerpo convulsionar alrededor de su miembro cuando llegara al clímax.

Maldición, la necesitaba como necesitaba el aire.

—Me alegra oír eso, muchacha —dijo él, apoderándose de sus labios, demostrándole sin palabras cuánto la deseaba. Incluso la necesitaba. Ella le devolvió el beso, tomando su boca con vigor. Sus caderas se empujaron contra su duro sexo, provocándolo tanto como a sí misma con la fricción.

—Te deseo, Ben. Ahora.

Él gruñó y, incorporándose, se arrodilló entre sus piernas. De nuevo, el delicioso rubor se extendió por su piel, pero se sonrojaría mucho más antes de que terminara la noche. Sonrió ante la idea.

Le levantó las piernas y pasó un dedo por la cara interna de su muslo, hasta llegar al vértice de sus piernas donde brillaba de excitación. Necesitó todo su autocontrol para no tomarla tan rápido como deseaba. Pero no, esta noche no. De alguna manera, se había ganado su confianza lo suficiente como para que ella estuviera dispuesta a entregarse a él. Quería ser el hombre que, como ningún otro, le diera placer.

No lo arruinaría ni apresuraría lo que quería que Kenzie recordara para siempre. Que se llevara un pedacito de su alma al futuro y midiera a todos sus amantes con su estándar.

Lentamente, pasó su dedo por el parche de rizos, deslizándolo entre sus pliegues, disfrutando la vista de Kenzie mordiendo el labio y retorciéndose bajo su toque.

Profundizó más y encontró su entrada caliente y apretada, demasiado estrecha para poder recibirlo directamente. Ben empujó en su calor, observándola mientras la provocaba, abriéndola más, más profundo con cada caricia.

—¿Qué me estás haciendo? —suspiró ella, tratando de alcanzarlo.

Él encontró su mirada y se alegró de ver el deseo que reflejaba el suyo propio en sus ojos esmeralda. —¿Hace tiempo que no duermes con un hombre, muchacha? No quiero lastimarte. — Ella asintió, gimiendo cuando él acarició el punto de placer, antes de deslizarse de nuevo en su calor acogedor.

—Estoy tan lista. Verdaderamente lista ahora, Ben. —Se lamió los labios, y ver su deliciosa lengua rosada hizo que su miembro se tensara. La necesidad que corría por sus venas era

demasiada, y Ben se tomó en su propia mano, acariciando su pene mientras la follaba con sus dedos.

Era demasiado bueno. Demasiado correcto. Kenzie se estiró y lo ayudó. Tenía que tenerla. Ahora. Se inclinó sobre ella, y la excitación y la inquietud se encontraron con su mirada.

—Todo irá bien, muchacha. Estoy seguro de que no tendrás problemas para recibirme una vez que termine de provocarte. Quiero darte placer y nada más.

—*Mmm*. Suena perfecto. —Kenzie envolvió sus piernas alrededor de sus caderas, su monte presionando contra su miembro. Él se deslizó contra ella, provocándolos aún más. Estaba a punto de perderse como un muchacho que acababa de descubrir lo que podía hacer con su pene.

—Lo siento, muchacha —dijo y se enfundó completamente dentro de ella. Ella maldijo, y él luchó por no sonreír ante el impropio que soltó. Cuán diferente era de cualquier otra persona que hubiera conocido antes. Y sin miedo a desnudar su alma ante él y disfrutar de lo que le ofrecía.

Ben se advirtió a sí mismo que tuviera cuidado. No necesitaba sentir más de lo que ya sentía por la muchacha. Cualquier cosa más solo lo dejaría desolado cuando ella se fuera.

Ralentizó sus embestidas, dándole tiempo para adaptarse a su tamaño, que desafortunadamente para Kenzie, era bastante grande para cualquier mujer. Ella se relajó lentamente en sus brazos, sonrió cuando sus pies se deslizaron hasta posarse sobre su trasero.

Suspiró; su mirada, llena de asombro, encontró la de él. —Parece que encajamos bien. —Sonrió, mordiendo el labio inferior.

Ante su risa contenida, Ben empujó más profundamente en ella, deseando que Kenzie se corriera alrededor de él, se destrozara y se rompiera contra su pene. Lo consumió una sensación abrumadora de que la mujer debajo de él amenazaba su vida, pero de una buena manera. No quería prepararla para nadie más, que midiera a todos sus amantes después de él contra su habilidad.

Maldita sea, Ben ni siquiera quería imaginarla yéndose y siguiendo con su vida con alguien más. Permitiendo que otros hombres le hicieran el amor, la tocaran y la besaran como él deseaba hacer. Una y otra vez si ella lo permitía.

Lo cual, si el arañazo de sus uñas en sus hombros era alguna indicación, ella lo hacía.

Para siempre... resonó en su mente, y lo apartó. Fuera lo que fuera esto entre él y Kenzie, fuera lo que fuera que los atraía como una polilla a la llama, era solo fugaz. Un destello en el tiempo para que disfrutaran de la compañía del otro. Para siempre no era una palabra que asociaría con la muchacha y su futuro.

La tomó con más fuerza, y ella gimió, sus manos extendiéndose sobre su espalda. El sudor goteaba por su frente mientras empujaba más profundo. Sus testículos se tensaron, su cuerpo desesperado por el placer que tomaría de ella cuando se corrieran.

Ella gritó su nombre, y él estaba desesperado por hacerla decirlo de nuevo; su unión se volvió casi frenética. Ni un susurro de espacio los separaba, y él la abrazó, la folló dura y

rápidamente, sabiendo que con cada embestida, más cerca trepaban ambos hacia esa cima que los haría caer en un abismo de satisfacción.

—Oh, Ben —jadeó ella, el aliento de sus palabras haciendo que los pelos de su nuca se erizaran—. Ni se te ocurra parar. Se siente tan bien.

—No voy a parar, muchacha. No hasta que te hagas pedazos en un millón de fragmentos.

Sus miradas se cruzaron, y su boca se abrió como si fuera a decir algo más, antes de echar la cabeza hacia atrás, su nombre siendo la única palabra que liberó en la habitación. Él la cabalgó hasta que todo su placer se agotó y había prolongado su orgasmo tanto como pudo.

Ben empujó, una, dos veces, pero no se atrevió a llevar su placer más allá, y se retiró para acariciar su pene y derramar su semilla sobre el estómago agitado de ella. Había algo intrínsecamente sucio, pero excitante, en marcar a una mujer de esa manera. Tomó un trapo cercano y limpió su estómago antes de que Kenzie rodara para acostarse en sus brazos cuando él se dejó caer a su lado.

—Eso fue lo mejor —dijo ella, lanzando su brazo sobre su cintura y cerrando los ojos—. Lo disfruté inmensamente.

Ben frunció el ceño, sin querer imaginarla en los espasmos del placer con nadie más que él mismo. Pasó una mano por su espalda, atrayéndola hacia sí. —No todos los hombres dan tanto placer a sus mujeres. Vaya, el próximo imbécil con el que te acuestes podría ser un inútil, y ni siquiera saber en qué agujero meter su pene.

Ella se rio contra su pecho y le dio un beso suave sobre el corazón. —Con un maestro tan bueno como el que he tenido esta noche, estoy segura de que podré transmitir mis conocimientos lo suficiente como para que incluso tú te sientas orgulloso.

Ben gruñó una respuesta ambigua. Quería asesinar al bastardo que siquiera pensara en tocar a su Kenzie. ¿Acaso ella intentaba volverlo loco con tales pensamientos sobre otros en su cama? Algo le decía que sí. —No me provoques, muchacha. Puede que no te guste lo que suceda cuando lo hagas. —O tal vez le gustaría demasiado y querría más de lo mismo. Lo cual estaba bien para él.

—¿En serio? —dijo ella, mirándolo a los ojos—. ¿Y cuál sería tu castigo?

Pensamientos salvajes sobre tomarla de nuevo, no solo en esta cama, sino dondequiera que se encontraran solos, bombardearon su mente. Kenzie había sido cariñosa y activa en su cama; en lo más profundo de su alma, creía que ella disfrutaría de cualquier cosa que él propusiera. —¿Te gustaría averiguarlo?

El deslizamiento de su mano bajó por su abdomen y se posó sobre su miembro ya endurecido. Ella deslizó un dedo por toda su longitud, y él apretó la mandíbula, deseando que envolviera sus dedos alrededor de su grosor y lo acariciara.

—Me gustaría —dijo ella, haciendo lo que él quería. ¿Acaso esta muchacha podía leerle la mente?

Ben la hizo rodar sobre su espalda, besándola profundamente, antes de mostrarle

exactamente lo que les sucedía a las mujeres del siglo XXI que provocaban a los señores de las Highlands.

KENZIE SE DESPERTÓ SOBRESALTADA, los brillantes rayos del sol se colaban en la habitación a través de las ventanas que albergaban múltiples paneles de cristal cuadrado. Se sentó, sintiendo la mirada de Ben sobre ella sin siquiera mirarlo. No es que no fuera consciente de su hermoso y agradable cuerpo extendido a su lado, porque lo era. Terriblemente consciente.

—¿Qué haces, muchacha? Espero que no te arrepientas de tu decisión de anoche. —Se giró sobre su espalda y se estiró, recordándole a un gato bien satisfecho. Ella se perdió en la visión de él, el recuerdo de lo que le había hecho, más de una vez la noche anterior, haciéndola sonrojar.

—Tuve una pesadilla. —Una que no podía contarle a Ben porque era sobre él y el destino que le aguardaba. Sobre hombres sin rostro que se apoderaban del castillo, matando a todos sin consideración y persiguiendo a Ben, cortándolo por la espalda, donde caía boca abajo, sus ojos sin vida hacia donde ella estaba mirando todo. Se estremeció y apartó las mantas para salir de la cama.

Ben se estiró y la atrajo de nuevo hacia él. Su brazo bien podría haber sido un tornillo de acero por el esfuerzo que ella hizo para quitarlo. Besó su hombro, y los deliciosos nervios que solo él despertaba revolotearon en su vientre. —Estás a salvo, Kenzie. No sé de qué se trataba tu sueño, pero te protegeré con mi propia vida si es necesario. No tienes nada que temer aquí cuando estás conmigo.

—Lo sé. Solo fue un sueño, pronto lo olvidaré. *Mentirosa...* Se acurrucó contra su pecho. Si tan solo pudiera quedarse así, la vida sería perfecta. Con las pieles de animales que los rodeaban y los duros planos de músculo que la sostenían cerca, Kenzie luchó por no sentir más de lo que debía hacia el highlander. Estaba aquí para averiguar y posiblemente detener a quien amenazaba su vida. Para aprender todo lo que pudiera sobre el diseño del Castillo Ross para la restauración que la esperaba en su tiempo. Y quizás tener mucho sexo caliente entre medio. Nada más.

Sí, claro. Estoy delirando si creo que eso es todo para lo que estoy aquí.

Dormir juntos fue un error, no había duda de eso, pero no se podía permitir que crecieran las emociones y los sentimientos. Ninguno profundo y desgarrador que te rompiera el corazón cuando algo malo sucediera. Solo podían ser amigos. Amigos con beneficios.

—¿Por qué viajaste hasta aquí? ¿De verdad? —Su tono era serio, y ella se preguntó si sospechaba algo.

Kenzie tenía dos opciones, decirle la verdad o una media verdad. Optó por la segunda. —Para estar contigo antes de regresar a casa. Quiero conocer más sobre ti, tu hijo y tu hogar. Tu vida aquí en el Castillo Ross. Si me permites quedarme, claro.

Él reflexionó sobre sus palabras antes de encontrarse con su mirada. —Me alegro de que

hayas venido, y estoy más que dispuesto a dejarte calentar mi cama durante las semanas que estarás aquí.

—¿No te importa que haya venido sin invitación? A mitad de camino, no estaba segura de si era el mejor plan. Y con tu hijo aún siendo un bebé, no quería ser una carga.

—Ya has mejorado mis arreglos para dormir. —La besó rápidamente antes de rodar fuera de la cama y caminar hacia el fuego, de pie frente a él tan desnudo como el día en que nació. *Vaya, su trasero es bonito.* —Y quiero que conozcas a Alasdair. Yo mismo no he estado en casa por mucho tiempo, y me asombra lo grande que está.

Kenzie lo siguió hasta el fuego y rodeó su cintura con sus brazos desde atrás. —Sonaste triste cuando dijiste eso. ¿Estás preocupado por haber pasado tanto tiempo lejos de Alasdair cuando solo tenía unas semanas de nacido? —Era una suposición razonable. No es que Kenzie hubiera hecho algo así jamás, pero ella no era Ben. Él acababa de perder a su esposa durante lo que debería haber sido uno de los momentos más felices de su vida. No era de extrañar que huyera y buscara olvidar todos sus problemas. Las personas manejan las situaciones de manera diferente, y ella necesitaba recordar eso.

—Él me ha olvidado, pero pretendo remediar eso. Pronto haré que sepa exactamente quién es su padre y quién lo ama más en el mundo.

Kenzie lo apretó un poco más fuerte. —Sé que lo harás y es un bebé. Pronto te conocerá de nuevo. —Levantó la mirada hacia él—. ¿Me dejarás conocerlo?

Ben se giró y la rodeó con sus brazos, su cabello oscuro y rebelde haciéndolo parecer más rudo e indómito que nunca. Pero no importaba cuán peligroso se viera, bajo su armadura el hombre tenía un corazón de oro. Uno que se preocupaba porque su niño lo hubiera olvidado y ya no necesitara a su padre, solo a los sirvientes que lo habían cuidado.

—Por supuesto que puedes, muchacha. Te lo presentaré después de que desayunemos.

CAPÍTULO NUEVE

DESPUÉS DE HABER DESAYUNADO en el gran salón, Kenzie siguió a Ben hasta el tercer piso del castillo donde Aline había preparado una habitación infantil para Alasdair. La estancia era tan grande como la de Kenzie e igual de acogedora. Gruesas pieles de animales cubrían el suelo y un gran fuego ardía en la chimenea. Esta habitación tenía ventanas más estrechas, que daban hacia el bosque. Tapices colgaban de tres de las paredes, envolviendo aún más la estancia. Aline había hecho un hermoso trabajo con el espacio frío de piedra por el que la mayoría de los castillos eran famosos y una punzada de tristeza invadió a Kenzie al pensar que no había vivido para disfrutar de su hijo.

Una nodriza estaba sentada con Alasdair en su regazo, alimentando al niño de seis meses cuando entraron. El pequeño, con un ligero revoloteo de rizos oscuros en la cabeza, parecía haberse quedado dormido mientras comía y alternaba entre mamar y dormir. Era lo más adorable que Kenzie había visto jamás.

La nodriza se levantó y colocó al niño en la cuna antes de arreglarse la ropa. Hizo una reverencia a Ben. —Mi señor, ¿puedo ayudarlos en algo?

Ben miró dentro de la cuna, estirando la mano para apartar los mechones de pelo de la frente del niño. —Quiero presentarte a Kenzie, una pariente de Sir Braxton y Gwendolyn Macleod. Se quedará con nosotros unos meses y puede atender a Alasdair cuando lo desee.

Los ojos de la mujer mayor se agrandaron al mencionar su inminente estancia, y Kenzie levantó la barbilla, sin estar dispuesta a permitir que nadie la menospreciara por hacer algo que era correcto y lo que más deseaba. Estar aquí con Ben era la segunda mejor elección que había hecho desde que viajó a la Escocia medieval, después de conocer a Gwen y Braxton. Podrían pensar que era atrevida, una mujer de moral disoluta, pero no le importaba. Que hablaran. No significaba nada para ella.

La mujer asintió. —Muy bien, mi señor. ¿Deseáis visitar al pequeño Alasdair ahora? Puedo volver después de llevar la ropa del niño para lavar.

—Eso sería bienvenido. Gracias, Ginny.

Una vez que la mujer se fue, quizás ahora corriendo escaleras abajo para contarle a todos que el laird estaba mostrando al bebé a una mujer que no era su esposa, Kenzie se acercó a la cuna.

El pequeño yacía profundamente dormido, su cabello similar al de Ben en color y rizos incipientes. También tenía una forma de ojos similar, y la nariz era exactamente igual. En cuanto a la boca del niño, era más carnosa que la de Ben, y sin duda venía de su madre. El pensamiento de que Ben tenía hermosos bebés pasó por la mente de Kenzie.

Desechó los pensamientos sobre hijos con el highlander. No eran útiles ni ayudaban en absoluto. —Es hermoso, Ben. Puedo ver por qué tenías prisa por volver a casa. Y si no te importa, me encantaría ayudarte a cuidarlo, ayudarte a conocerlo antes de que me vaya.

Él sonrió, con una mirada de pura adoración y amor hacia el niño. —No sabía cuánto había echado de menos al muchacho hasta que lo vi de nuevo. Apenas tenía semanas cuando me fui. Una acción de la que siempre me arrepentiré, pero no ha retrocedido desde mi partida. Si acaso, solo se ha vuelto más fuerte. Será un gran guerrero algún día.

El bebé se estremeció por algo en sus sueños, y Kenzie sonrió, incapaz de contenerse de tocar su mejilla suave como la seda. —Ha sido bien cuidado. Tu personal es un crédito para ti.

—Sí, lo son. Pero me llena de vergüenza que no solo fuera este bebé lo que me trajo a casa, sino otra amenaza. Una de la que no te he hablado.

Kenzie ya conocía la amenaza, pero dejó que él mismo se lo contara. Si Ben estaba dispuesto a hablar de su vida con ella, permitirle ayudarlo, discutir cosas que posiblemente le preocuparan, entonces ella acogería con gusto ser su apoyo.

—¿Cuál fue la razón? —preguntó.

—El padre de Aline, el Laird del Clan Grant, visitó aquí mientras yo estaba fuera. Su padre y Evan, el hermano de Aline, manifestaron su descontento con nuestro matrimonio desde el momento de nuestra fuga. De hecho, vinieron aquí después de nuestra boda y exigieron que ella regresara con ellos y olvidara el error de sus acciones. —Una sonrisa se dibujó en sus labios, y encontró la mirada de Kenzie—. Ella no lo hizo. De hecho, les dio una merecida reprimenda y finalmente cedieron. Aunque nunca me han apreciado, y viceversa, debo admitir, pero nos respetábamos mutuamente cuando estábamos cerca de Aline.

Kenzie podía imaginar cómo los escoceses de las Highlands de esta época recibían la noticia cuando sus hijas e hijos se casaban sin consentimiento. Los matrimonios de esta época generalmente se hacían para formar alianzas, fortalecer clanes y asegurar más poder en diferentes lugares de la tierra.

—Por lo que he oído, realmente querían que Aline se casara con el Laird Macleod. ¿Alguna vez pensaste que había mucho amor entre Aline y Aedan? Por lo que Gwen me ha contado, si se hubiera casado con ella, habría sido por deber y necesidad del castillo. No porque lo deseara.

—Sí, el matrimonio habría sido un desastre si se hubiera llevado a cabo, y gracias a mí y a mis encantos seductores, Aedan pudo casarse con la mujer que amaba.

—Abby es encantadora.

—Lo es, y Aedan es un tonto enamorado cuando se trata de su esposa del siglo XXI. Es amable y honesta y quizás tan inteligente como tú.

Kenzie se rió. —¿Qué tan difícil fue para ti admitir algo así? Algo me dice que obtener un cumplido de ti no es lo más fácil.

—No lo es —dijo, subiendo la manta sobre el pecho de su hijo cuando se deslizó—. Pero haré una excepción contigo, porque es cierto. —Su semblante despreocupado se torció en preocupación.

—El Clan Grant está tramando algo, y tengo que averiguar qué es. Se quedaron aquí por un tiempo. No augura nada bueno, y no puedo evitar sentir que me están advirtiendo que esté en guardia.

—¿Crees que el Laird Grant te causará problemas, aunque seas el padre de su nieto? Puede que te hayas casado con Aline bajo falsos pretextos, pero ciertamente no continuó por ese camino. ¿Por qué crees que sigue enojado contigo? —Cuanto más escuchaba Kenzie sobre el Clan Grant, más segura estaba de que fueron ellos quienes se deshicieron del famoso Laird de Ross. Ciertamente parecía apuntar hacia ellos, pero uno realmente no podía estar seguro en la Escocia medieval. Cualquier cosa era posible, supuso.

—Aunque admito que nunca fui cercano a los Grant, ciertamente nunca estuvimos en desacuerdo por nada. Solo puedo asumir que su ira residual hacia mí se debe únicamente a la muerte de Aline. Me culpan.

—Bueno, no deberían culparte. Cualquiera puede morir en el parto. Demonios, incluso en mi época las mujeres siguen falleciendo, desafortunadamente. Ocurren cosas terribles y no hay nada que podamos hacer al respecto. La vida es así.

Ben no respondió, simplemente se quedó mirando a su hijo.

—¿Deberíamos dejarlo dormir? Puedo volver más tarde para cargarlo. Tal vez podríamos llevar a Alasdair abajo para pasar un rato con nosotros en el gran salón. Estoy segura de que algunos de tus hombres del clan también disfrutarían verlo.

La puerta de la cámara se abrió y entró la nodriza, llevando un bulto de lo que parecía ropa recién lavada.

—¿Deseáis que vuelva más tarde, mi señor?

Ben arropó un poco más a su hijo y tomó la mano de Kenzie, sosteniéndola entre las suyas. Kenzie notó que la mirada de la nodriza se fijaba en el abrazo, pero la mujer disimuló cualquier pensamiento que tuviera sobre el contacto.

—No, dejaremos que Alasdair duerma, pero cuando despierte y esté alimentado, por favor, haced que lo traigan al salón. Pasaré un tiempo con él allí.

—Muy bien, mi señor —La mujer hizo otra rápida reverencia antes de continuar con sus tareas.

Con una última mirada a su hijo, Ben sacó a Kenzie de la habitación y se dirigieron escaleras abajo.

—¿Te gustaría un recorrido por el castillo y los terrenos, muchacha? Alasdair dormirá un buen rato, así que tenemos tiempo.

—Me encantaría un recorrido. No pude ver mucho cuando llegué por primera vez —Aparte del dormitorio de Ben, y por la sonrisa conocedora en su rostro, él entendió el significado detrás de sus palabras.

—Bueno, este es el tercer piso, alberga la guardería, la nodriza de Alasdair, mi ama de llaves principal y mi sirviente personal. En el ático viven las otras criadas, si es que no viven aún con sus familias o maridos en la aldea, a un corto paseo de aquí.

—No pasamos por ninguna aldea. No sabía que hubiera una tan cerca —Kenzie se preguntó qué pueblo sería, y entonces se le ocurrió—. Te refieres a Dornie. Me encantaría ver cómo es en esta época. No es que sea una ciudad bulliciosa en la mía, pero me gustaría ver cómo eran sus orígenes.

—Iremos allí. Te lo prometo —Bajaron un nivel hasta el piso que albergaba la cámara de Ben y la suya—. Este nivel es para invitados, y para mí, por supuesto. Hay doce habitaciones en total, la mayoría con la misma distribución. Aunque la mía tiene una entrada secreta que te mostraré algún día. Por si acaso.

A Kenzie no le gustó cómo sonaba eso, pero podía entender su necesidad de mostrársela.

—Esperemos que nunca tenga que usarla.

Caminaron por el pasillo hacia sus habitaciones. Él se detuvo ante un estrecho armario que estaba contra la pared. Abriendo la puerta frontal, se agachó y empujó la parte trasera del armario donde se escuchó un pequeño chasquido antes de que la parte posterior se abriera y mostrara la entrada a una habitación de piedra más allá.

—Aquí es donde solía esconderme de mi tutor.

Kenzie se arrodilló y miró en el espacio oscuro.

—¿Tenías velas ahí dentro? Parece terriblemente oscuro.

—Sí, velas y pieles de animales. Te aseguro que aún es habitable si surge la necesidad.

Cerró las puertas rápidamente cuando un sirviente subió las escaleras.

—Ahora, a la planta baja —Como la mayoría de los castillos, cada piso estaba conectado por una escalera de caracol de piedra. La planta baja albergaba el enorme gran salón, una cámara de entrada sin otro propósito que evitar que el frío entrara directamente al gran salón durante los meses de invierno. Las cocinas estaban en un extremo del gran salón, mientras que el otro albergaba otra antesala que era la oficina privada de Ben, o solar, como él lo llamaba.

—¿Deberíamos salir? Podrías mostrarme el castillo propiamente dicho, y dejaremos el pueblo y las áreas circundantes para otro día —Era maravilloso recorrer el hogar de Ben y dejar que le contara historias de su infancia, todo lo que había sucedido dentro de las fuertemente fortificadas paredes.

—Mi madre era considerada una de las mujeres más hermosas de Escocia, no era noble de nacimiento, sino que nació en una familia de granjeros que había hecho su fortuna con el ganado. Una fuente de ingresos con la que aún comercio hoy en día. Madre había sido la única heredera de todas las propiedades de su padre. Convirtiéndola en una heredera. Era hija única, ¿sabes?

—¿Y tu padre? ¿Qué hay de sus antecedentes?

—Mi padre ya era el laird cuando conoció a mi madre. Quedó embelesado desde el día en que se conocieron, y el matrimonio fue apresurado.

Kenzie se rió, entendiendo por qué sería así, si el padre de Ben tenía un aspecto y temperamento similares a los de su hijo. Le resultaba difícil estar cerca de Ben y no tener una parte de su cerebro constantemente preguntándose cuándo podría estar a solas con él.

Caminando por un lado del castillo llegaron a un huerto donde sábanas de lino ondeaban en un tendedero. En la parte trasera del castillo, el patio era plano y bien mantenido, con hierba baja que parecía un césped, pero nativo. Kenzie se acercó al muro en el borde del jardín y miró hacia abajo, a la costa rocosa. La playa era arenosa y posiblemente lo suficientemente segura para nadar. Esta parte de Ross sería un poco más problemática de acceder si alguien quisiera invadir por mar.

Probablemente terminaría terriblemente, con el barco destrozado contra las piedras.

—Me encanta el océano. Es tan vasto y profundo. ¿Sabías que las montañas más altas de la tierra están bajo el nivel del mar?

Ben le lanzó una mirada desconcertada.

—Bromeas. Es imposible, muchacha.

Ella se apoyó contra el muro, acercándose un poco más al chal. El viento del océano era frío.

—Es cierto. ¿Puedes imaginar lo profundas que serían algunas partes? ¿Cuán oscuras? Es algo aterrador cuando lo piensas. Todo un mundo del que no sabemos nada.

Él se rio, y ella sonrió, disfrutando de escuchar su profunda risa masculina que le calentaba la sangre.

—¿Ahora piensas que estoy loca, verdad?

—No, no loca. Quizás mucho más sabia en cuanto a las maravillas de este mundo que yo, pero eso es de esperar cuando uno viene del futuro —La atrajo hacia él, sin importarle quién los viera—. ¿Qué más sabes?

Kenzie le rodeó la cintura con los brazos.

—Déjame ver... hay muchas cosas, como que todas las masas de tierra de este mundo han sido descubiertas y están pobladas. Tenemos aviones que nos permiten volar alrededor del mundo. Desde aquí, por ejemplo, podría viajar a América, lo que tú conocerías como las colonias inglesas, en unas siete horas más o menos. Las abejas pueden oler el miedo. Escocia acaba de votar para seguir siendo parte de Inglaterra.

Ante su última afirmación, Ben la apartó, con el rostro convertido en una máscara de conmoción e indignación. —Eso no puede ser cierto. Un verdadero escocés jamás haría tal cosa.

—Lo hicieron, pero los tiempos son diferentes en el futuro. Escocia depende mucho de los ingresos de Inglaterra para mantenerse. La mayoría de las industrias han cerrado o se han trasladado a otros lugares. Algunos piensan que Escocia no podría sobrevivir por sí sola, y por eso votaron para seguir siendo parte del Reino Unido —volvió a acercarse a su abrazo,

frotándole la espalda cuando él aún no respondía. De hecho, Ben parecía estar a punto de enfermar.

—Me parte el corazón saber eso.

Kenzie podía entender por qué. A ella misma se le había roto un poco el corazón cuando el país había votado por quedarse. Pero esa era la voluntad del pueblo, y lo que la mayoría había querido. —Debes saber que Escocia es muy diferente a esta época. Ya no es tan duro ganarse la vida. La brecha entre ricos y pobres ha disminuido, para mejor, creo yo. El país depende en gran medida del turismo, gente que lo visita por su belleza e historia. Sigue siendo un lugar maravilloso.

—Pero no es libre —la tristeza tiñó su voz y Kenzie lamentó haberle contado sobre la situación política actual de su tierra natal.

—No te lo dije para molestarte, Ben. Creo que, si vieras mi Escocia, te gustaría. Es difícil que no sea así.

Él no respondió, solo los giró hacia el castillo y de vuelta al interior. —Hemos deseado nuestra libertad durante tanto tiempo. Demonios, mis propios antepasados lucharon y murieron por esa causa. ¿Cómo pudieron nuestros descendientes votar por quedarse? No tiene sentido.

La mirada afligida en su rostro le rompió el corazón, y odió haber sacado el tema. ¿En qué estaba pensando? Necesitaba mantener la boca cerrada de ahora en adelante.

Un guardia caminó rápidamente hacia ellos cuando entraron en el gran salón, y la atención de Kenzie se centró en la gran espada que rebotaba contra su pierna. El hombre alto y musculoso la miró de arriba abajo, y Kenzie tuvo la extraña sensación de que sabía que ella no pertenecía allí.

—Jinetes, mi señor, vienen del suroeste. Parece ser el Clan Grant.

Un escalofrío recorrió la espalda de Kenzie, y como si fuera un interruptor, Ben se quedó inmóvil, su cuerpo tensándose bajo su agarre.

—Cierra la puerta, y veremos qué quieren cuando lleguen.

—Traen un carruaje con ellos —dijo el guardia, retrocediendo un poco e inclinándose.

Ben maldijo y encontró su mirada. —Entonces no es un grupo de guerra, sino otra cosa —la besó en la mejilla y se alejó a grandes zancadas, deteniéndose en la puerta—. Quédate aquí, Kenzie. Volveré pronto para informarte de lo que está pasando.

Kenzie lo observó hasta que lo perdió de vista y luego fue a pararse frente a uno de los dos fuegos que ardían en la habitación. ¿El Clan Grant estaba aquí? Esto no era bueno, y si eran el clan responsable de la muerte de Ben, era aún peor de lo que pensaba. ¿Acaso su llegada al Castillo Ross había adelantado su muerte de alguna manera? ¿Ya había cambiado la historia haciendo algo tan minúsculo como dormir con él? Se mordió el labio inferior, su mente inundada con lo que su llegada podría significar, no solo para Ben sino para la gente que dependía de él.

Sin mencionar al pequeño niño que yacía arriba, necesitando más que nunca que su padre permaneciera vivo para mantenerlo a salvo de aquellos que gobernaban con tiranía y miedo.

BEN SUBIÓ a la torre de vigilancia y miró por encima del muro hacia el bosque más allá. El grupo que llegaba había desaparecido hacía tiempo bajo el follaje verde en su camino hacia el Castillo Ross, y Ben se preguntó por qué habían vuelto. *¿Qué quieren de mí?*

Se oyeron pasos entrecortados, y miró a su lado y notó a su buen amigo y miembro del clan, Bruce.

—Es el Clan Grant el que viene, y traen a una mujer con ellos. Creo que puede ser la única hermana de Aline, Athol. Viene con mucho equipaje. Viaja con su hermano, Evan. El Laird de Grant no está presente.

¿Qué significa esto? Ben se frotó la mandíbula, oyendo el traqueteo del carruaje en el camino de tierra antes de verlo. —Mantén la puerta cerrada, pero iremos a recibirlos con seis de nuestros mejores espadachines. No confío en que esto no sea solo una artimaña para que les permitamos entrar antes de atacar. Los Grant nunca han sido conocidos como pacificadores.

De hecho, eran conocidos por apuñalar por la espalda a sus compañeros de clan, si eso significaba que ganaban más poder, dinero o tierras. Oh, sí, habían sido civiles en lo del Laird Macleod, pero eso fue cuando el Laird de Grant pensaba que una alianza estaba asegurada. Un matrimonio entre dos clanes.

Pero cuando Ben había huido con Aline, el Clan Grant había mostrado sus verdaderos colores y había exigido a Macleod que cazara a Ben y lo ahorcara, descuartizara y descuartizara.

El carruaje apareció a la vista, y Ben salió de las murallas del castillo para recibir a los Grant. Evan llegó primero; su mirada estoica, toda ángulos duros, le recordó a Ben por qué no se podía confiar en este clan. Al menos no hacia él.

Evan Grant se inclinó un poco sobre el caballo. —Laird Ross, Ben, es bueno verte de nuevo. Ha pasado mucho tiempo.

Ben apretó los dientes. No el suficiente. —No os esperaba. ¿Qué os trae a las puertas de mi castillo? *¿Y qué queréis, bastardos?* No se habían molestado en venir a despedir a Aline, y por lo tanto, que se presentaran ahora hizo que la ira latente que Ben tenía hacia ellos hirviera.

—He venido aquí, junto con mi hermana, para ofrecer nuestras disculpas y pedir perdón por los problemas que siempre han existido entre nosotros desde que te casaste con Aline. Nos equivocamos al tratarte con tan poco respeto, y por eso hemos venido a quedarnos un tiempo, si estás de acuerdo. Padre desearía que Athol fuera de ayuda para ti y el pequeño Alasdair —Evan desmontó del caballo justo cuando el carruaje se detenía con una sacudida.

Los miembros del clan alrededor de Ben se movieron y agarraron sus espadas. Evan levantó las manos en señal de rendición. —No venimos aquí para iniciar una guerra entre clanes. Padre deseaba que trabajáramos juntos, fortaleciéramos nuestras alianzas como deberíamos. Somos familia, después de todo.

Ben entrecerró los ojos. —Familia, dices. Bueno, eso está por verse, pero os daré la

bienvenida a mi hogar, os ofreceré comida y una cama, pero no me traiciones, Evan. Puede que tu hermana haya sido mi esposa, y que el nieto de tu padre duerma dentro de estos muros. Pero eso no significa que no te cortaré el cuello si estáis aquí por cualquier otro motivo que no sea la amistad.

Evan negó con la cabeza. —No es ninguna artimaña, os lo aseguro —caminó de vuelta hacia el carruaje y abrió la puerta, ayudando a su hermana, a quien Ben nunca había conocido antes, a bajar del vehículo.

Cuando la mujer descendió, la sangre se le drenó del rostro y lo dejó inquieto. Su hombre de clan, Bruce, maldijo, y Ben podía entender bien por qué. Athol era la viva imagen de su hermana fallecida. Examinó cada uno de sus rasgos y no pudo encontrar diferencia alguna. *¿Qué clase de locura es esta?*

Evan la condujo hacia ellos, y Ben notó la fuerte determinación en la mirada de la mujer, idéntica a la que Aline había tenido. —Esta es mi hermana, Athol Grant, la hermana mucho menor de Aline —Evan encontró la mirada de Athol—. Este es el Laird de Ross, o Ben el Negro, como muchos de los montañeses lo conocen. Fue el esposo de Aline.

—Entiendo la mecánica de la familia, Evan. No necesito que me la enseñes, muchas gracias —Athol hizo una reverencia y se encontró con la mirada de Ben, unos ojos azul hielo le devolvieron la mirada, y él apenas pudo recuperar el aliento.

—¿Puedo llamaros Ben, también? ¿O preferís hermano, o mi señor? —La mirada coqueta hizo que Ben se detuviera.

—Ben estará bien —gesticuló hacia las puertas del castillo—. ¡Abrid las puertas y permitidles entrar! —gritó a sus hombres. El crujido de las puertas de madera sonó fuerte en la tranquila tarde.

Los condujo al patio y hacia el castillo mismo. —Haré que preparen habitaciones para vosotros, y si lo deseáis, podéis subir y refrescaros antes de la cena de esta noche —los llevó hacia el gran salón, y ver a Kenzie sentada frente al fuego le dibujó una sonrisa en los labios.

Ella parecía pensativa, y cuando lo miró, una pequeña arruga de preocupación marcó su frente. Él se acercó a ella, sin importarle si el grupo que acababa de llegar lo seguía o no. —Te explicaré todo en cuanto estemos a solas —dijo, antes de que los demás se acercaran a ellos.

—¿Y quién es esta? —dijo Athol, sonriendo a Kenzie con genuina amabilidad. Tal vez la muchacha no era tan similar a Aline en ese sentido. Su esposa, que Dios tenga en su gloria, había sido rápida para juzgar, le desagradaba cualquiera que conociera, y le tomaba tiempo acostumbrarse a ellos. Athol podría haber sido cortada del mismo tartán, pero quizás no era tan rápida para desagradar y desconfiar. Tal vez la había juzgado demasiado rápido.

—Esta es mi invitada, Kenzie, de Sir Braxton y Gwendolyn Macleod. Es una pariente lejana del Laird Macleod y Gwendolyn, su hermana.

Evan entrecerró los ojos mirando a Kenzie y Ben lo observó, sin intención de permitir que el escocés la insultara de ninguna manera. No cuando ambos eran invitados bajo su techo.

—Una Macleod. ¿Qué estáis haciendo aquí, muchacha? ¿Habéis viajado aquí con otros Macleods o estáis sola?

El rostro de Kenzie se tornó de un delicioso tono rosado, y Ben agarró la empuñadura de su espada, una acción que se complació en que Evan notara. Bien. Quería que prestara atención. — La invité a quedarse después de que nos conociéramos en la finca de Sir Braxton y Gwendolyn. Espero que no tengáis problema con eso —No es que a Ben le importara lo que el Grant pensara o dijera, pero no permitiría que tratara a Kenzie con algo que no fuera respeto.

—En absoluto, es vuestro hogar. Podéis hacer lo que os plazca —Evan sonrió un poco a Kenzie y pareció más una mueca—. ¿Estáis casada, muchacha? Parecéis tener la edad suficiente para estarlo.

Kenzie se rió y lo cubrió con una tos. —No, no lo estoy, mi señor. Y no estoy buscando estarlo pronto.

Athol dio un paso adelante, besando una de las mejillas de Kenzie. —Es un placer conoceros, Kenzie. Nuestra familia ha sido aliada del Clan Macleod durante mucho tiempo y es muy agradable conocer a uno por fin. No pude asistir a los juegos de las Highlands, por desgracia, con Aline, donde conoció al Laird Ross. Era demasiado joven, ¿sabéis? No tenía la edad.

—¿Y qué os trae al Castillo Ross? —preguntó Kenzie.

—Nuestro padre estaba muy afligido, como Ben sabe muy bien, después de que Aline falleciera. Culpó a Ben, ¿sabéis? —dijo Athol, acercándose a Ben y tomando su brazo—. Pero desea enmendar ese error, y así, nos encontráis aquí hoy.

Él miró hacia abajo a la muchacha de cabello oscuro y luego a Kenzie, cuya mirada estaba fija en el lugar donde la mano de Athol descansaba sobre su brazo.

—Padre ha entrado en razón sobre toda la situación. Y como soy la hermana de Aline, es justo que viniera al Castillo Ross para cuidar del pequeño. Por el tiempo que el Laird Ross me quiera aquí, estoy dispuesta a quedarme y ayudarlo a criar a su hijo, tal como sé que mi hermana querría que lo hiciera si hubiera tenido la opción.

—Entonces, ¿vais a quedaros por meses, incluso años? —Kenzie lanzó a Ben una mirada alarmada, y él frunció el ceño, sin estar seguro él mismo de lo que se estaba desarrollando ante él.

—No necesitáis quedaros, pues Alasdair está creciendo fuerte y está sano. Pero, por supuesto, sois bienvenida aquí para una visita, aunque no me atrevería a apartaros de vuestra familia por mucho tiempo. O de un futuro con un marido de vuestra propia elección.

—No me estáis apartando de nada, Ben, y os lo debemos después de cómo reaccionó padre tras la muerte de Aline —Athol le sonrió, y el aliento en sus pulmones se congeló. Era tan parecida a Aline que daba miedo.

Si no hubiera conocido y enterrado a Aline él mismo, juraría que estaba de pie junto a él ahora mismo. No era una situación que hubiera planeado o pensado que se produciría, y Ben no estaba seguro de cómo se sentía hacia la mujer a su lado. Era confuso, por decir lo menos.

Ben llamó a un sirviente. —¿Están listas las habitaciones para los Grant?

La joven criada asintió. —Sí, lo están. Si me queréis seguir.

—Os veremos a ambos en la cena —Athol sonrió y de nuevo Ben no podía comprender cuán similares eran las hermanas. Era como mirar a un fantasma.

CAPÍTULO DIEZ

DESPUÉS DE QUE Evan y Athol se hubieran marchado, Ben fue llamado por sus miembros del clan para tratar algún asunto relacionado con las existencias de pescado y su almacenamiento, y Kenzie se quedó sola para entretenerse.

Había salido de nuevo y explorado un poco más el castillo antes de volver al interior y darse un baño rápido antes de la cena. El castillo estaba en silencio cuando salió de su habitación, aunque al llegar a la escalera, pudo oír el sonido amortiguado de un bebé llorando.

Subiendo al tercer piso, Kenzie se dirigió hacia la habitación de Alasdair y entró para encontrarlo despierto y pateando sus mantas. La nodriza no se veía por ninguna parte. Era el querubín más adorable que jamás había visto, y sin pensarlo, lo levantó, colocándolo sobre su hombro y dándole palmaditas en la espalda.

—Eres tan adorable, ¿verdad, hombrecito? ¿Y por qué estás despierto? ¿No querías dormir?
—Kenzie se sentó en la mecedora junto a la cuna y lo meció hasta que se calmó.

Pasó la mano por su trasero, y la humedad de los paños que actuaban como pañal le indicó cuál era el problema. Al ver la pequeña mesa que la nodriza había llamado cambiador, Kenzie llevó a Alasdair hasta allí y lo acostó.

Él se chupaba el pulgar, pateando las piernas, obviamente molesto por lo que fuera que estuviera ensuciando su pañal. Kenzie desató el paño y se preparó para lo que pudiera haber allí y miró con cautela, aliviada al ver que solo estaba mojado. Sonrió ante su propia tontería. Nunca había hecho esto antes.

Kenzie frotó la barriga de Alasdair, arrullándolo mientras alcanzaba un paño húmedo que estaba en un cuenco con agua al lado de la mesa. Ingeniosamente, estaba colocado sobre una vela encendida, que mantenía el líquido lo suficientemente caliente como para no sobresaltar al bebé cuando lo pasaba por su trasero.

Él la observaba, su confianza e inocencia haciendo que su corazón diera un vuelco en su pecho. Qué pequeño encanto. Y Kenzie no pudo evitar sentir lástima por el muchacho que nunca conocería a su madre.

Kenzie dejó que el aire secara su trasero, antes de ver una pila de pañales doblados sobre la mesa. Colocó uno debajo de él e intentó recordar cómo se ataba, arreglándoselas lo suficiente

como para estar segura de que la nodriza estaría satisfecha.

—Os gustan los niños —dijo una voz desde la puerta.

Kenzie terminó de vestir a Alasdair y lo levantó, colocándolo sobre su hombro una vez más. —Me gustan, aunque nunca he tenido hijos propios. Pero él es el niño más dulce.

Athol se acercó a ella y echó un vistazo al bebé. —Se parece más a Aline que a Ben, pero supongo que eso puede cambiar con el tiempo —caminó hacia la ventana y miró el crepúsculo que se acercaba.

—¿Quieres sostenerlo? —preguntó Kenzie, meciéndolo un poco cuando empezó a inquietarse. Probablemente tenía hambre para su próxima toma.

—No, no es algo que yo, como dama, necesite hacer. Tenemos sirvientes para eso.

Kenzie se encontró con su mirada y leyó el desdén que le devolvía a través de fríos ojos azules. —¿No estás aquí para ayudar al laird a criar a su hijo? Y si lo estás, ¿no implicaría eso sostener al niño en algún momento?

—Le ayudaré a criarlo, pero no seré su niñera. Cuando dije que ayudaría a criarlo, simplemente me refería a darle orientación y enseñarle lo que se espera de él y lo que los clanes, tanto Ross como Grant, esperan de él en los próximos años. Nada más.

Alasdair se acomodó en los brazos de Kenzie, y ella le echó un vistazo a su dulce carita, sonriendo al ver que se había quedado dormido. —Pero seguramente, si aspiras a tener un hijo algún día, desearás sostener a tu propio bebé. ¿Cómo podrías no querer sostener este dulce paquete de amor, aunque sólo sea para practicar?

Athol resopló, lo cual, considerando su estatus de dama, no era nada elegante. Pero algo le dijo a Kenzie que la mujer que tenía delante decía una cosa frente a aquellos que serían influenciados por ella, pero luego hacía otra muy distinta.

—Cuando me case, tendré hijos, ya que es mi deber como esposa, pero eso es todo, pues es lo que se espera de mí —Athol se acercó al cambiador y pasó la mano por la madera, con expresión de aburrimiento.

—Lo siento, Athol, pero eso suena muy frío —Kenzie quería decir más, pero optó por no hacerlo. Todos ellos eran invitados de Ben, y no quería iniciar una discusión con una mujer que provenía de un clan que no era el más plácido de Escocia.

Athol se encogió de hombros, sin parecer importarle lo que Kenzie dijera. Un sonido en la puerta hizo que Kenzie se sobresaltara y, esperando a la nodriza, se giró solo para ver a Ben apoyado en el marco de la puerta. Su sonrisa dejó a Kenzie sin aliento y por un momento no pudo formar ninguna palabra.

—Eres una natural —dijo, acercándose a ella y besando la cabeza de su hijo. El gesto fue extremadamente íntimo, y Kenzie no pasó por alto la molestia que cruzó el rostro de Athol.

—Justo le estaba diciendo a Kenzie qué niño tan dulce tenéis. ¿Puedo sostenerlo, Ben? Kenzie no estaba segura de si debía hacerlo o no, ya que nunca lo he hecho antes.

—Yo nunca...

—Pásemelo —dijo Athol, extendiendo los brazos—. O quizás debería sentarme. Tal vez sentarse sería lo mejor —dijo, dirigiéndose a la silla y acomodándose.

—¿Te importa, muchacha? —preguntó Ben, frotando la espalda de su hijo.

Kenzie ajustó su agarre sobre Alasdair, pero a regañadientes se lo entregó a Athol, quien, curiosamente, estaba más que dispuesta a sostener al bebé ahora que Ben estaba en la habitación. El cambio de actitud no pasó desapercibido para ella, y solo solidificó lo que Kenzie se había preguntado antes. Athol era astuta y decía cosas que favorecían su propia causa. No tenía ningún deseo de sostener al niño, y ver al pequeño retorciéndose ahora dejó a Kenzie con una sensación de triunfo.

Como era de esperar, el bebé se sintió incómodo con la mujer que lo sostenía con torpeza. Ella parecía realmente torpe. Incluso Ben se veía afligido. La nodriza entró y se ofreció a llevarse al bebé, a lo que Athol accedió con gusto.

—Supongo que es hora de cenar. ¿Puedo acompañarte al gran salón, Ben?

Ben asintió y miró a Kenzie. —¿Vienes, muchacha?

A punto de unirse a ellos, Kenzie se detuvo cuando Athol la despidió con un gesto. —Kenzie bajará en un momento. Dijiste que querías aliviarte primero antes de la comida. —Athol le lanzó una mirada consoladora—. Tal vez deberías ver al curandero del castillo si tienes dolores de estómago.

Mortificada, el rostro de Kenzie se encendió de calor, y cerró la boca de golpe antes de decirle a esta altanera *dama* lo que podía hacer con su lengua afilada. ¿Cuál diablos era el problema de Athol?

—¿Estás bien, Kenzie? ¿Quieres que envíe al curandero a tu habitación? —Ben soltó el brazo de Athol, y le calentó la sangre ver el fastidio en el rostro de Athol. Qué persona tan horrible era para mentir, y justo frente a ella sin un atisbo de culpa.

—Estoy bien, pero sí quiero refrescarme.

Ben asintió y se fue con Athol sin siquiera mirar atrás hacia ella. Kenzie fulminó con la mirada el umbral ahora vacío. *Muy bien, Athol, si así es como quieres jugar, todo vale en el amor y en la guerra.*

LA CENA esa noche fue extraña. Ben se sentó entre Athol y Kenzie y normalmente, estar colocado entre dos mujeres tan hermosas le habría calentado la sangre, pero esta noche era como estar sentado entre dos clanes en guerra.

Algo había cambiado desde la llegada de los Grant más temprano ese día, pues ahora Kenzie y Athol no parecían estar de acuerdo o llevarse bien en nada. Ni sobre la comida ni la bebida. Lo que a Kenzie le gustaba, a Athol le disgustaba, e incluso llegó tan lejos como para darle una buena reprimenda a la muchacha que servía, indicando que su descontento debía ser repetido al

cocinero una vez que regresara a las cocinas.

El pescado estaba demasiado seco o la hidromiel demasiado dulce. El fuego que ardía detrás de ellos estaba demasiado caliente, o el vestido de Kenzie, que a Ben le parecía muy atractivo, era demasiado revelador para una mujer. Athol incluso llegó tan lejos como para insinuar que Kenzie era una mujer de poca moral. El comentario no pasó desapercibido para algunos de sus sirvientes, quienes parecían estar de acuerdo con el comentario de la Grant si sus sonrisas burlonas eran una indicación. Él no lo toleraría, de nadie.

Ben ya había tenido suficiente. —Athol, aunque me complace que estés de visita conmigo y con tu sobrino en el Castillo Ross, no olvides que Kenzie también es mi invitada, y sin importar cuál sea tu opinión sobre su vestido, no hay razón para ser tan cortante en tus comentarios.

Los ojos de Athol se abrieron tanto como los cuencos en la mesa, y su hermano lo fulminó con la mirada. Había prometido que no permitiría que nadie menospreciara a Kenzie. Ni siquiera su familia política, y mantendría esa promesa.

—Perdóneme, Laird Ross. No quise ofender. Pero no pude evitar preguntarme si Kenzie sabe que los vestidos como el que lleva son de un estilo más antiguo, y que las mujeres ahora usan escotes menos reveladores. Solo estaba tratando de ayudar a la mujer, que claramente no tiene medios para corregir tal error.

—Qué amable de tu parte —dijo Kenzie, con un tono cargado de sarcasmo. Algo que aparentemente pasó completamente desapercibido para Athol—. Tal vez podrías coser mis vestidos para que sean tan puritanos como los tuyos.

Athol se quedó boquiabierto y golpeó su copa contra la mesa, derramando un poco del contenido. —Solo estaba siendo útil. No hay necesidad de ponerse a la defensiva simplemente porque estoy vestida de manera más apropiada que tú.

Ben aplaudió, ganando la atención del clan. —Tengamos algo de música y baile.

—Qué idea tan maravillosa —dijo Kenzie, empujando su silla hacia atrás y caminando hacia el centro del salón. Se acercó a Bruce, uno de los mejores guerreros de Ben, e hizo una reverencia ante él.

Ben apretó los dientes mientras la veía pedirle a Bruce que bailara. La visión de su muchacha siendo sostenida de cerca en los brazos de otro lo dejó vacío por dentro. Athol puso su mano sobre su brazo y eso no hizo más que molestarlo, pues tendría que desviar su atención de Kenzie, quien ahora bailaba y reía con su clan.

—¿Bailarías conmigo, Ben? Sé que a Aline le gustaría que disfrutáramos de la compañía del otro.

Algo en las palabras de la muchacha lo puso en alerta, y negó con la cabeza. —En otra ocasión, muchacha. Prefiero observar los entretenimientos de esta noche. Ve y encuentra una pareja. Estoy seguro de que con tu lindo rostro hay muchos que desearían bailar contigo.

Solo que no él mismo.

Bruce terminó su baile con Kenzie, y pronto ella fue arrastrada a los brazos de otro de sus

hombres del clan. Bruce vino y se sentó a su lado, tomando un largo trago de su bebida antes de lanzarle una mirada divertida. —Kenzie es muy divertida. Me agrada la muchacha.

—Aye —murmuró, más molesto consigo mismo que con su amigo por actuar como un idiota celoso, que lo era. Debería estar feliz de que la muchacha estuviera disfrutando de su hogar, llevándose bien con los hombres y mujeres de su clan. Su tiempo aquí debería ser de disfrute, si él podía hacerlo así, y por lo tanto, sus celos por que Kenzie se estuviera divirtiendo no eran necesarios—. Aye, mi amigo —dijo Ben, dándole una palmada en la espalda a Bruce y sonriendo a Kenzie—. Somos afortunados de tenerla como invitada.

—¿Y qué hay de...? —Bruce hizo un gesto hacia Athol, quien también participaba en el baile improvisado frente a ellos.

Ben suspiró. —Es como mirar a un fantasma. Con ella aquí, siento como si Aline me estuviera observando. —Deseándolo de vuelta, aunque él nunca podría mirar a Athol de la manera en que la muchacha podría desear.

—¿Te das cuenta de lo que significa que los Grant estén aquí, verdad?

—No significa nada. Como dijeron, simplemente desean corregir un error que cometieron contra mí —aunque Ben no creía eso en absoluto. Había visto cómo Athol lo miraba cuando pensaba que nadie la observaba. Sus pequeños roces no eran algo que él deseara. Era la hermana de su esposa, una mujer por la que, por supuesto, se preocuparía, pero nunca de la manera en que la muchacha quería.

—¿No creerás eso realmente, verdad? —Bruce le lanzó una mirada divertida antes de rellenar su vaso de hidromiel—. Los Grant quieren algo de ti, y creo que pretenden casarte con su hija superviviente, lo cual, si estuvieras buscando otra esposa, tendría sentido.

—No digas eso. Sabes mejor que nadie que no pretendo casarme de nuevo.

—Entonces, ¿no se te ha pasado por la mente con la encantadora Kenzie? Yo sé que, si estuviera en tu posición ahora mismo, lo consideraría seriamente.

Ben entrecerró los ojos al ver la apreciativa inspección que su compañero de clan hacía de Kenzie, antes de recordarse a sí mismo que no estaba celoso. Necio. Nunca hubo un hombre más tonto que él en este momento. —Kenzie volverá pronto a su hogar, sin un matrimonio conmigo.

—Es una lástima, creo que la muchacha se adaptaría bien aquí, y por la forma en que te mira, supongo que a ella también le gustaría quedarse.

Ben levantó la mirada y captó la atención de Kenzie. Estaba de pie junto a los hombres del Clan Grant, pero sin conversar con ninguno de ellos. Era obvio que era una mujer hermosa, y una punzada de arrepentimiento atravesó a Ben al pensar que no podría ser suya para siempre.

De otro, en otro tiempo y lugar, que ni siquiera podría observar y apreciar desde lejos. Vertió más hidromiel en su vaso.

—Tal vez debería considerar a la hermana de Aline y casarme de nuevo. Mi hijo estaría bien cuidado al tener una mujer tan parecida a su propia madre. Alasdair recibiría los mismos valores que Aline le habría enseñado.

Bruce alzó una ceja. —Tú mismo dijiste que no deseabas casarte de nuevo, y hay muchas mujeres que calentarían tu lecho sin siquiera mirar atrás cuando el placer hubiera terminado. Ya tienes tu heredero. Déjalo así.

Ben se frotó la cara con una mano. Su compañero de clan tenía razón, sin embargo, si se casara con Athol, al menos eso aseguraría su fortaleza y tierras de una posible guerra entre clanes. No es que sospechara que los Grant quisieran hacerle daño, pero el hecho de que el Laird Grant no acompañara a su hijo e hija aquí lo dejaba preguntándose si su tregua, el entierro de la mala voluntad, era realmente así.

—Mañana ayudaré con los preparativos para Beltane. Que preparen los caballos, ya que llevaré a Kenzie conmigo para recolectar la leña para las hogueras.

—Los árboles de bayas muestran que darán abundantes frutos este año. Eso significará un invierno duro.

—Sí, pero tenemos buen ganado listo, y en los próximos meses, los enviaremos al sur, a Stirling, para venderlos. Es hora de que empiece a actuar como el laird que soy y me asegure de que el Castillo Ross y los arrendatarios que dependen de esta fortaleza estén a salvo y bien durante los meses más duros que se avecinan. Celebraremos Beltane, esperaremos que las cosechas sean abundantes y que todo vaya bien con la gente de aquí.

Ben vio a Kenzie deslizarse por las puertas que conducían al frente de la fortaleza y se puso de pie, apurando su bebida. —Te dejo a cargo. Volveré pronto —Bruce no dijo nada, pero Ben no era lo suficientemente tonto como para no saber que su compañero de clan había visto a Kenzie salir del gran salón.

Nadie la siguió, y aun así eso no la hacía estar a salvo. El Castillo Ross no era impenetrable, y él no podía garantizar su seguridad, ni siquiera con sus propios hombres del clan si habían bebido demasiado. Era una mujer soltera y habría quienes pensarían que era demasiado atrevida y ligera por quedarse aquí sin marido. Kenzie sería un blanco fácil y él no podía permitir eso.

La encontró en el lado del castillo que daba al mar. Las estrellas brillaban intensamente sobre ella y con su vestido ligero parecía una aparición fantasmal, su vestido ondeando tras ella como la niebla.

Ben se acercó por detrás y la rodeó con sus brazos por la cintura, respirando profundamente el aroma a rosas que emanaba de su cabello. Kenzie siempre olía tan bien, tan fresca como un día de verano. —¿Qué haces aquí fuera, muchacha? No es seguro.

—Creo que he bebido demasiado y necesitaba aire fresco. La hidromiel de esta noche parece más fuerte que la de noches anteriores.

Él frunció el ceño. —¿Te sientes mal? ¿Puedo traerte algo de comer, tal vez? Eso podría asentarte el estómago.

—No —dijo ella, girándose en sus brazos y rodeando su cintura con los suyos.

Estar así juntos, abrazando a la mujer que había captado su atención desde el segundo en que la vio, se sentía correcto. Y sin embargo, no lo era. Ella no se quedaría. No era de este tiempo y

nunca sería suya.

—Athol me odia, y te desea a ti, así que por supuesto tengo que odiarla también —le sonrió, y él se rió.

—Sí, creo que podrías tener razón. Y aunque una alianza con su familia me salvaría de una guerra entre clanes, no haré lo que ella quiere. Tengo un heredero. No necesito una esposa. También tengo una hermosa muchacha que calienta mi cama, así que estoy bastante satisfecho.

—No confío en ninguno de ellos. Mantente alerta, Ben. Son problemáticos. Puedo sentirlo.

Le encantaba que ella no dudara en decirle lo que pensaba. No temía su reacción, simplemente confiaba en que él nunca la lastimaría, incluso si lo que decía podía ser hiriente o preocupante.

—Estaré en guardia, muchacha. Te lo prometo.

Ella bostezó. —Creo que iré a la cama a descansar un poco. Estoy segura de que me sentiré mejor mañana.

Ben se inclinó y la besó suavemente, no intentó profundizar el abrazo, no era un salvaje, y su muchacha no se sentía bien, pero aun así, saborearla de nuevo, tener su cuerpo dulce y dócil contra el suyo lo dejó deseándola con una ferocidad que nunca antes había experimentado.

Quizás finalmente había perdido la cabeza o algún otro órgano que no estaba del todo seguro de querer entregar.

—Ven —dijo, tirando de ella hacia el castillo—. Te llevaré a tu habitación, porque mañana necesito que estés bien descansada. Tengo una sorpresa para ti.

Los ojos esmeralda de Kenzie se iluminaron y brillaron bajo la luz de las estrellas.

—¿Qué es? Tienes que decírmelo.

Ben se rio, atrayéndola más cerca de su costado. Maldición, nunca se cansaría de ver su sonrisa.

—No, muchacha, tendrás que esperar hasta mañana, y entonces todo será revelado.

Su puchero hizo que la llevara a un hueco en los muros exteriores del castillo y la besara. Más profundamente esta vez, con más intención de la que pretendía, pero con Kenzie no tenía ningún control. Solía perderlo cada vez que estaba cerca de ella. Moza enloquecedora.

—Tal vez deberías arroparme, mi señor —su sonrisa juguetona hizo que su miembro se estremeciera.

Él negó con la cabeza, tomando su mano y llevándola a través de las puertas del castillo.

—No, puede que en tu tiempo se me conozca como un guerrero endurecido, pero ni siquiera yo me aprovecharé de una mujer que no se siente bien. Necesitas dormir, muchacha, y aunque aceptaré la oferta de arroparte, me iré poco después.

Kenzie se encogió de hombros.

—Aguafiestas.

Ben no sabía lo que significaba la palabra, pero se arriesgó a adivinar.

—Mañana por la noche, muchacha, y te prometo que haré más que arroparte.

—*Hmm* —sonrió ella, deslizando su mano por la parte trasera de su kilt y sobre su trasero—.
Voy a hacer que cumplas tu palabra.
Él también lo haría.

CAPÍTULO ONCE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Kenzie se encontró con Ben frente a la fortaleza. Los caballos estaban ensillados y esperando, junto con su escocés, que estaba montado sobre una poderosa bestia oscura que ella no había visto antes.

—Vaya, tu caballo es muy alto. ¿Cuántas manos mide?

La boca de Ben se abrió de par en par y sus ojos se agrandaron alarmados.

—Llevas pantalones, muchacha. ¿Quizás olvidaste tu falda?

Kenzie se subió a su caballo con la ayuda de un mozo de cuadra y se acomodó en la silla. Cuando la doncella le había dicho esa mañana que iba a montar, de ninguna manera iba a hacerlo con el monstruoso vestido que la mujer le había preparado. Como Athol había dicho que sus vestidos eran anticuados e inapropiados, mágicamente habían aparecido nuevos en su armario. Sonrió; sin duda había sido Ben quien se los había enviado.

Supuso que habían sido de Aline, así que aceptó los regalos, sabiendo que probablemente no había sido fácil para Ben dejarla usar los vestidos. Aline era un poco más pequeña en el departamento del busto que ella, por lo que Kenzie había estado usando una bufanda de lana con muchos de los vestidos, aunque solo fuera para darle algo de modestia. Nadie quería ver sus pechos asomándose por encima.

—No la he olvidado —dijo, sonriendo ante su cara indignada. Acercó su montura a él y le levantó la barbilla con el dedo, cerrándole la boca—. ¿No te gustan mis pantalones, mi señor?

Los ojos de Ben se oscurecieron con intención, y ella podría jurar que escuchó un gruñido emanar de él.

—Sabes que sí.

Kenzie pasó su mano por el muslo de él, agarrando su rodilla.

—Bien entonces, porque a mí me gusta verte con tu falda.

—Es un kilt, muchacha.

Ella sonrió.

—Lo sé, solo te estoy tomando el pelo.

Ben espoléó su montura y le dijo que lo siguiera. Cabalgaron hacia el bosque circundante, alejándose del mar en el que se asentaba la fortaleza, hasta que llegaron a un área donde se

habían talado algunos árboles. Ben desmontó y se acercó para ayudarla.

La deslizó por delante de él, dejándola sentir cada ondulación de músculo endurecido. Enloquecedor.

—¿Ahora quién está provocando?

Ben miró alrededor. Kenzie hizo lo mismo y notó que los miembros del clan estaban ocupados atando los caballos y yendo a recoger herramientas como sierras y hachas. Él la presionó contra el costado de su caballo y la besó, tomó sus labios desesperadamente. Kenzie se empujó contra él, tomando todo lo que él le daba, y se preguntó qué había provocado su repentino impulso.

No es que tuviera que tener una excusa, porque Kenzie lo besaría en cualquier momento y en cualquier lugar que él quisiera, pero aun así...

—¿Qué provocó eso? —preguntó ella, cuando finalmente él dio un paso atrás.

Él pasó un dedo por su mejilla, mirándola con una intensidad que la sobresaltó. Kenzie contuvo sus emociones que daban volteretas. Sería muy fácil enamorarse completamente de este escocés.

—Pensé que necesitabas un beso a fondo —Su acento era espeso y cargado de deseo.

—Puedes besarme cuando quieras. —Y podía hacerlo, especialmente si continuaba mirándola como si ella fuera todo el mundo. Aclaró su garganta—. Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? Parece que tienes trabajo para mí.

Él hizo un gesto hacia los árboles.

—Mañana es Beltane y hoy recogemos la madera para las hogueras. —La llevó hacia los árboles—. Vas a ayudarme a talar un árbol con esta sierra. No uno grande, así que no te asustes, solo uno pequeño que estoy seguro podrás manejar.

Kenzie se giró y observó a los otros miembros del clan trabajando. La tala de los árboles más grandes parecía difícil, e incluso en el aire fresco de la mañana, el sudor corría por sus frentes. Otros trabajaban con hachas en los árboles caídos, cortando las ramas en trozos más pequeños y colocándolos en carros que esperaban.

—¿Cuántos árboles cortarán para Beltane?

—Recogemos las ramas más pequeñas que caen durante el año, así que normalmente no cortamos más de diez árboles y dispersamos el corte para no dejar un solo lugar en el bosque desprovisto de crecimiento.

Buena idea. Kenzie tomó la sierra y la llevó hasta el pequeño árbol junto al que estaba Ben.

—Entonces, ¿vamos a cortar este?

—Parece tan bueno como cualquier otro. —Levantó su lado de la sierra y, trabajando al unísono, comenzaron a cortar el árbol. No tardó mucho en caer, ya que era ridículamente pequeño en comparación con algunos de los otros, pero al menos Kenzie había contribuido un poco a Beltane.

Ben gritó a algunos de los miembros del clan cercanos para que vinieran a poner la madera

en el carro. Kenzie miró alrededor del claro. Era un lugar hermoso, olía a sotobosque con un toque de pino. Aunque no podía ver ninguno de esos tipos de árboles.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó, girando la cabeza hacia lo que pensaba que podría ser agua corriendo.

—Los trabajadores, muchacha —dijo Ben, levantando algunas ramas más pequeñas y colocándolas en el carro. Mientras trabajaban, el día se volvió más cálido, no caluroso de ninguna manera, pero cómodo, considerando que estaban en Escocia.

Kenzie ayudó donde pudo, pero eventualmente se sentó en un viejo tronco podrido y observó cómo Ben trabajaba con los hombres, consiguiendo lo que necesitaban para Beltane. En su tiempo, la gente simplemente encendía hogueras y usaba la antigua tradición pagana como una excusa para emborracharse y divertirse con amigos.

Ver Beltane en esta época sería algo especial. Por la seriedad de todo, la Escocia medieval ciertamente se tomaba la noche mucho más en serio que la gente en su tiempo.

Uno de los trabajadores regresó con el cabello mojado y Kenzie se puso de pie.

—Ben, ese hombre parece que se ha dado un baño. Hay agua cerca, ¿verdad? Pensé que podía oír agua corriendo.

Él dejó lo que estaba haciendo, pasándose una mano por el pelo y apartándose de la cara. Su corazón dio un vuelco al verlo: despeinado, sudoroso, con marcas de suciedad en la cara donde se había limpiado el sudor que goteaba.

—Oh, sí, lo siento, muchacha. Sí, hay un arroyo y una pequeña cascada un poco más allá de esos árboles —dijo, señalando por encima del hombro de ella—. Si sigues el sendero de los animales, llegarás allí.

—¿Será seguro para mí ir a echar un vistazo?

—Sí, solo grita si necesitas algo.

Kenzie asintió y comenzó a caminar en la dirección que Ben le había indicado. El sendero era fácil de ver y estaba bien transitado por los animales. El sonido del agua apresurada se hizo más fuerte, y ella jadeó cuando llegó al hermoso lugar escondido.

El arroyo era estrecho y oscuro, probablemente profundo. Se quedó de pie, mirando hacia abajo las paredes de piedra, musgo y tierra del pequeño río. La cascada fluía sobre el borde hacia la poza debajo.

Era de corriente rápida, con agua blanca burbujeante, pero muy invitadora. Kenzie bajó por el costado, teniendo cuidado de no caerse, pero con el musgo y el suelo húmedo bajo sus pies era arriesgado. Al llegar a la orilla del agua, se quitó las botas y las medias y metió los pies en el agua. Estaba fría, pero no lo suficiente como para ser incómoda si uno nadara en ella.

Oyó a Ben llamarla por su nombre, y ella respondió a su vez, esperando que él se asomara desde lo alto de la orilla del río.

—¿Qué estás haciendo allá abajo, muchacha? ¿Sabes nadar?

—Sé nadar —le hizo un gesto para que se uniera a ella—. Ven aquí y siente el agua. Es tan

refrescante.

—Aye, ¿quieres decir que está lo suficientemente helada como para ponerme azul algo más que los labios si me cayera?

Kenzie se rio.

—No temas, mi señor. Yo te calentaré de nuevo.

El destello pícaro en sus ojos envió un placer que se enroscó entre sus piernas. Él vino y se sentó a su lado, apoyándose en sus rodillas mientras miraba el agua.

—¿Te sientes mejor hoy, muchacha? Olvidé preguntarte cuando salimos esta mañana.

—Me siento mucho mejor, gracias —Kenzie cerró los ojos y se volvió hacia el sol, el calor calentándola por completo. Sin mencionar al hombre a su lado que la calentaba de adentro hacia afuera. Para usar una expresión moderna, estaba loca por él.

—¿Alguna vez has nadado aquí?

—Aye, solía traer a Aline aquí y nadábamos. Es un lugar privado y tranquilo.

—¿Esto es parte de tus tierras? —Kenzie pensó en su época y en cuánto había cambiado. El bosque en el que ahora estaban sentados era un cuarto de lo que era ahora. A lo largo de los años, los árboles habían sido talados para tierras de cultivo. Y nunca, en todos sus estudios de las tierras del Castillo Ross, se había encontrado con esta cascada. La hizo preguntarse si aún existía, o si la agricultura más al norte había cambiado el flujo de los arroyos y ya no era más que una cantera seca.

—Sí, y una vez que terminen las celebraciones de Beltane mañana, te llevaré por la propiedad y te mostraré la granja, te presentaré a los granjeros arrendatarios y demás. Me gustaría que conocieras todo lo que hay que saber sobre el Castillo Ross antes de que te vayas.

Kenzie se mordió el labio, odiando la idea de ir a cualquier lugar donde este fornido highlander a su lado no estuviera. Lo extrañaría, aunque todavía lo estaba conociendo.

Poniéndose de pie y teniendo cuidado de no caer al río, empujó sus rodillas hacia abajo y se sentó a horcajadas sobre sus piernas, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello.

—Quiero saber todo lo que hay que saber sobre ti también.

—Necesito compensarlos por dejarlos solos estos últimos meses. Con los preparativos de Beltane en marcha, espero hacer de la celebración una que no olvidarán y tal vez una en la que perdonen a su laird por ser un cabeza dura.

—Estabas de luto, Ben. De todas las cosas, creo que la gente de esta época dura entiende mejor esa emoción —Había tanta muerte en esta época, no solo por las escaramuzas entre clanes sino también por las enfermedades. La higiene aquí era inexistente, y era sorprendente que alguien sobreviviera en absoluto. Vaya, justo el otro día, Kenzie había visto a una sirvienta vaciar una bacinilla por la ventana de su habitación y luego meterse en la boca un pequeño trozo de pan que no había terminado. Ni siquiera se lavó las manos entre las dos cosas.

Se movió un poco más cerca de él y se mordió el labio ante el evidente bulto.

—Te eché de menos anoche —Kenzie besó el lóbulo de su oreja, mordiendo ligeramente

antes de besar su cuello. Su mandíbula sin afeitar raspó contra sus labios, y la necesidad de él, el deseo dentro de ella, se duplicó—. ¿Vendrás a mí esta noche, mi señor?

Él le agarró el trasero y la empujó contra él. Ella se inclinó hacia adelante y le robó un beso.

—¿Por qué esperar hasta la noche?

Kenzie sonrió, no habiendo pensado en eso, pero, con pantalones no sería tan fácil como lo hubiera sido si llevara un vestido.

—¿Y si tus hombres nos atrapan? Llevo pantalones. No es como si pudiera simplemente bajarme el vestido y ocultar lo que estamos haciendo.

Sus dedos se apretaron contra sus pantalones antes de deslizar una de sus manos y agarrar su sexo por delante. Kenzie jadeó, sin haber esperado eso.

Sus ojos se oscurecieron.

—Me haces desearte tanto, muchacha.

—El sentimiento es mutuo —dijo ella, ahogando un gemido cuando él jugó con ella a través de sus pantalones—. Dios, te deseo —dijo, sin aliento. Su clímax fue rápido, y ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello y disfrutó de lo que su toque le hacía.

Se desplomó contra él, y pasó algún tiempo antes de que recuperara el sentido. Lo besó y se deleitó con su mirada lujuriosa.

—Ahora necesito nadar para refrescarme.

Ben la ayudó a ponerse de pie antes de que, en silencio, se desatara el sporran y el kilt, levantándose la camisa por encima de la cabeza y tirándola en la orilla herbosa. Luego, con una sonrisa, saltó de cabeza al agua.

Salió jadeando.

—Está helada, muchacha. Entra —dijo, riendo.

Kenzie ya se estaba desvistiendo antes de saltar también, emergiendo junto a él.

—¡No te equivocas en eso! —se rio, envolviendo sus brazos alrededor del cuello de Ben. Él la llevó al lado del arroyo y la empujó contra la orilla. Kenzie envolvió sus piernas alrededor de sus caderas y sonrió—. ¿Qué vas a hacer conmigo ahora? —bromeó.

Él se deslizó dentro de ella, y ella gimió, echando la cabeza hacia atrás contra la hierba.

—Eso se siente tan bien, Ben —Él la encajaba como un guante, sabía lo que ella disfrutaba y lo que le gustaba. Era capaz de darle placer con muy poco esfuerzo.

Ben no se preocupó por ser gentil y la tomó desesperadamente. No es que a ella le importara ser follada, porque esto era exactamente lo que él estaba haciendo y lo estaba haciendo tan bien que ella quería más, mucho más.

—Desde que te vi con tus calzas esta mañana, no he pensado en otra cosa que en cómo quitártelas —la besó con fuerza, y ella lo atrajo más hacia sí, el placer enroscándose cada vez más hasta que él gimió y llegó al clímax con intensidad, embistiéndola sin cuidado alguno.

Fue delicioso.

Permanecieron así por un rato, hasta que Ben se quedó quieto en sus brazos. Se retiró, con el

rostro desprovisto de color. —Lávate, muchacha —se pasó una mano por el cabello—. Rápido. Haz lo que te digo.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué? —Kenzie hizo lo que le pedía. Con la expresión tormentosa en su rostro, no haría otra cosa, pero ¿qué estaba pasando?— ¿Qué ocurre, Ben?

Él alcanzó entre sus piernas y la ayudó a limpiarse, y ella lo apartó. —Para. ¿Qué estás haciendo? —Kenzie se limpió un poco más antes de que le golpeará la razón de lo que él estaba haciendo y por qué—. Terminaste dentro de mí. ¿Es eso de lo que se trata?

—Maldición —juró, mirando furioso hacia la orilla del río—. Lo siento, muchacha. Fue un error que no volveré a cometer —murmuró algo inaudible, antes de mirarla con una expresión tan perdida que se le encogió el corazón—. Te he puesto en riesgo.

—Ben, es poco probable que quede embarazada. Como mujer moderna del siglo XXI, sé cuándo es el período fértil de mi ciclo, y fue hace dos o más semanas. Estás entrando en pánico por nada —Kenzie terminó de lavarse y salió del agua, dejando a Ben mirándola fijamente. Sacudió su ropa y comenzó a luchar para ponerse los pantalones ya que todavía estaba mojada—. Te estás preocupando por nada.

—No tendrás mis hijos.

Las palabras le dolieron, y rápidamente se puso la camisa y el abrigo. —Gracias por arruinar lo que de otro modo habría sido una experiencia memorable —Kenzie trepó por la orilla del río y oyó a Ben salir del agua pisándole los talones. La alcanzó en la parte superior del banco.

—Ya tengo mi heredero, no busco tener más. Si crees que estoy enojado contigo, muchacha, no lo estoy. Estoy enojado conmigo mismo por perder el control, el juicio, cuando estoy cerca de ti.

Sus palabras la aplacaron en cierta medida, pero no era suficiente. No del todo. —¿Por qué es que no vas a tener más hijos? Eres joven, ¿por qué no te casas de nuevo y tienes un ejército entero de Alasdairs en tu guardería?

Ben se detuvo a unos metros de ella, y la expresión en su rostro era de horror. ¿Qué estaba pasando?

—No me casaré de nuevo. Nunca. Así que, si deseas seducirme otra vez, debes asegurarte de que termine fuera de ti, debes recordarme mi deber.

Kenzie se rió, el sonido burlón. —¿En serio? —Se acercó a él, nariz con nariz—. Si te seduzco de nuevo y olvidas retirarte antes de terminar, seré la última persona en la tierra que te recuerde tu *deber*, —dijo, escupiendo la palabra—. Y no te preocupes de que quede embarazada y te obligue a casarte conmigo. Sabes muy bien que no me quedaré y no te ataré. El famoso Ben el Negro puede seguir sembrando su avena silvestre por toda Escocia como lo ha estado haciendo.

Él la miró boquiabierto, y Kenzie se arrepintió de sus palabras inmediatamente. Tomó un respiro para calmarse.

—Tengo mis razones para no querer más hijos, muchacha. No necesito decirte a ti ni a nadie

cuáles son, y no necesito que me juzgues por mis elecciones.

El acento de Ben se hacía más marcado a medida que su temperamento crecía, pero maldita sea, habían cometido un error. Su absurda reacción no era necesaria. —Tal vez debería regresar a la casa de Gwen y Braxton y dejarte en paz. Pero solo una advertencia, Laird de Ross. Quizás quieras enviar a Athol de vuelta a casa con su hermano antes de que te casen con ella sin tu consentimiento.

Él rechinó los dientes, y ella giró sobre sus talones y se dirigió hacia la arboleda donde se podía escuchar el eco del sonido de los hombres y leñadores. Ben la agarró del brazo, haciéndola girar para enfrentarlo.

—Tal vez deberías.

Sus palabras fueron como una bofetada en la cara. Kenzie arrancó su brazo de su agarre y lo fulminó con la mirada. —Voy a volver al castillo. No me sigas —Hizo lo que había amenazado, parpadeando para alejar el escozor de las lágrimas mientras regresaba a su caballo. ¿Cuál era el problema de Ben? Su exagerada reacción a lo que habían hecho era irracional. Era casi como si estuviera aterrorizado de que ella quedara embarazada.

Sacudió la cabeza. Tal vez cuando se calmaran, él le diría sus razones, pero hasta entonces, necesitaba quedarse exactamente donde estaba. Bien lejos de ella.

CAPÍTULO DOCE

BEN ESTABA de pie junto a la hoguera más grande que ardía frente a las puertas del Castillo Ross. Las llamas se elevaban hacia el cielo, y él estaba complacido de que este Beltane hubiera sido exitoso hasta ahora. Todos parecían estar disfrutando, excepto una mujer que estaba sentada en un taburete, hablando con Bruce. Kenzie obviamente no era su yo burbujeante y feliz habitual. Era su culpa, y se odiaba por ello.

Ayer, se había comportado como un bruto, exigiéndole que se lavara solo porque él había perdido el control. La obligó a lavar su simiente. Aterrorizado de que ella pudiera tener un hijo suyo.

Peor aún era darse cuenta de que la imagen de Kenzie redonda con su bebé dentro le dejaba tanto en pánico como con tanto anhelo que durante el último día se había mantenido alejado de ella. Se había dado cuenta de que eso era exactamente lo que quería.

Ella... y todo lo que puedo tener con ella.

Esta noche, le explicaría su miedo, y esperaba que fuera suficiente para que ella le perdonara su idiotez.

Athol se acercó a su lado y le agarró del brazo, rozando indecentemente su pecho contra él. Miró hacia Kenzie y notó su mirada entrecerrada dirigida hacia él, antes de que ella se girara hacia Bruce y le diera la espalda.

Rechinó los dientes. ¡Mujer enloquecedora!

—¿Bailarías conmigo, Ben? Esta noche ha sido una gran celebración, pero no quiero que termine sin haber dado una vuelta alrededor del fuego contigo.

Los miembros del clan que lo rodeaban lo animaron, y cediendo, Ben la llevó a una giga alrededor de la hoguera. Con Athol en sus brazos, riéndose hacia él, casi fue transportado al Beltane del año pasado. Cuando Aline estaba viva, embarazada pero aún queriendo disfrutar de las festividades como todos los demás.

Athol era tan parecida a ella, pero no tanto en temperamento. Durante el tiempo que Ben había estado casado con Aline, ella se había suavizado, se había vuelto más amable y comprensiva con los que la rodeaban. Athol no. Si acaso, Ben tenía la impresión de que la muchacha estaba mimada y acostumbrada a salirse con la suya.

Miró a la muchacha y no se equivocó al ver en sus ojos la petición de algo más. El baile cambió, y la pasó a otro miembro del clan mientras él tomaba el brazo de su cocinera. La mujer rotunda se rió de tenerlo como pareja y Ben también se rió, por primera vez esa noche.

El baile continuó, y cuando se giró para tomar la mano de su última pareja, el placer casi lo hizo caer de rodillas. Kenzie.

—Te ves hermosa esta noche, muchacha. Un regalo dado a nosotros a través del tiempo.

—¿Ahora me estás halagando, Ben? —Su tono sonaba aburrido y el temor se enroscó en sus entrañas. La sacó del baile y la llevó un poco lejos de la luz y de sus hombres del clan.

—Te debo una disculpa por tratarte bruscamente ayer en el agua, haciendo que te lavaras como si la idea de que tuvieras a mi hijo me repugnara.

Sus ojos esmeralda se encontraron con los suyos y luchó por no tomarla en sus brazos y besarla. Mostrarle cuán arrepentido estaba por actuar como un idiota medieval.

—¿Te repugna la idea de que esté embarazada de tu bebé?

—No, nunca eso. Sabes que Aline murió después de tener a Alasdair. Bueno, la razón detrás de su muerte no fue solo por el niño sino por un tumor en su vientre. La curandera del clan creyó al principio que era otro niño, pero durante el parto se supo que no lo era. Murió desangrada en mis brazos. No arriesgaré a otra mujer por el bien de la descendencia.

Kenzie suspiró. —La vida es un riesgo, Ben. Viviendo en esta época, tú, más que nadie, deberías saberlo. No puedes salvar a todos. No es posible.

Tenía razón, y sin embargo la culpa de acostarse con Aline cada noche para tener un hijo aún lo atormentaba. No se había preocupado por su salud, sin pensar que la perdería únicamente por tener un bebé. Pero sus encuentros habían sido su sentencia de muerte, y no podía perdonarse por eso. No importaba lo que Aline hubiera dicho en su lecho de muerte o lo que Kenzie dijera ahora. Su esposa estaba muerta, y era su culpa.

—Solo para que lo sepas, no hay ninguna amenaza para mí en cuanto a tener tu hijo. Sin duda eres consciente de que las mujeres sangran una vez al mes. Bueno, digamos que mi una-vez-al-mes ha comenzado.

Estaría mintiendo si dijera que no sintió un abrumador sentimiento de alivio. Ben dio las gracias en silencio a Dios y empujó un mechón suelto de su cabello detrás de su oreja. —Lo siento por lo de ayer, muchacha. Di que me perdonas.

Ella le sonrió a medias, y por primera vez desde su pelea, fue como si el sol brillara en medio de la noche. —Yo también lo siento.

—Quiero besarte tanto, muchacha —dijo, inclinándose y susurrando las palabras contra su oído.

—¿Por qué no lo haces entonces? —Levantó una ceja, tentándolo más allá del pensamiento o la razón.

—Aquí estás, mi señor. Mi hermano ya ha regresado al castillo, y no tengo a nadie que me escolte. —Athol tomó el brazo de Ben, y Kenzie se apartó, dándole espacio.

—Veo que Bruce se dirige de vuelta, pero yo aún no, muchacha. —Ben gritó a Bruce, quien se giró y se acercó hacia ellos. Ignoró la mirada molesta que Athol le lanzó.

—Lleva a Lady Athol al castillo, Bruce, y asegúrate de que llegue a su habitación a salvo. Yo no regreso todavía.

Bruce asintió, haciendo un gesto para que Athol caminara a su lado, lo cual hizo a regañadientes mientras lanzaba dagas con la mirada a Kenzie.

Una vez a solas con los pocos miembros del clan que aún celebraban Beltane, Ben sirvió un vaso de cerveza para cada uno y le entregó uno a Kenzie. —Esperemos que las cosechas sean bendecidas y abundantes —dijo, y un fuerte vitoreo se elevó de sus hombres y arrendatarios.

—Aquí, aquí —dijo Kenzie, chocando su copa contra la de él—. Y brindemos por el Laird de Ross. Que prospere, viva libre de guerras y tenga una vida larga y feliz —añadió Kenzie para que solo él la oyera.

Sin pensarlo, Ben se inclinó y la besó, sin importarle quién los viera o lo que pensarán. Había deseado besarla todo el día, pedirle perdón y suplicar si fuera necesario.

Kenzie le rodeó el cuello con los brazos y profundizó el beso, y por un momento, él perdió todo pensamiento. Och, lo que una muchacha dulce e inteligente podía hacerle a un hombre y él no siempre tendría a esta mujer en sus brazos. Así que era mejor aprovechar al máximo mientras pudiera.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, después de bañarse, Kenzie desayunó en el gran salón, elevando una silenciosa oración de agradecimiento por haber tenido la previsión de traer tampones y compresas sanitarias a la Escocia del siglo XVII.

Saludó a Bruce y a algunos de los otros miembros del clan que había llegado a conocer en las últimas semanas, antes de tomar asiento en el estrado. Ben no estaba allí, y ella frunció el ceño, preguntándose dónde estaría.

Su soledad duró poco antes de que Athol se sentara a su lado, con una sonrisa arrogante que puso a Kenzie en alerta.

—Buenos días, muchacha. Espero que hayas dormido bien.

La conversación urbana no engañó a Kenzie, pero seguiría el juego por un rato para ver qué tenía que decir Athol. —Así fue, gracias. Beltane fue maravilloso pero agotador, como seguramente estarás de acuerdo.

—Oh, sí, estoy de acuerdo, y cuando duermes con el laird, es aún más agotador, ¿no es así, muchacha? Pero yo no sabría nada de eso, ya que no soy yo quien ha mancillado su reputación y ahora es conocida como la ramera del castillo.

—¿Qué? —Kenzie tosió, casi atragantándose con su comida—. ¿Por qué dirías algo así?

—Es cierto, ¿no es así? Mi hermano me informó él mismo que os vio anoche, manoseando al

laird en la hoguera. Besando a Ben con tanto vigor que no podía respirar. Sin mencionar que mi criada dijo que te vio la noche de tu llegada prácticamente lanzándote sobre el laird.

Kenzie negó con la cabeza, el calor inundando su rostro. —Podía respirar lo suficientemente bien. —¿Cómo se atrevía esta mujer a reprenderla?—. No sabía que estabas prometida al laird y que por lo tanto no puede besar a otras mujeres.

Athol hizo un gesto a un sirviente, levantando su copa y agitándola hasta que se la llenaron. —No eres una mujer, solo una ramera que pronto me encargaré de eliminar. Mi padre está en camino, y hará que el laird vea el error de sus actos. Si crees que te casarás con Ben, puedes pensarlo de nuevo. No permitiré que una mujer de moral disoluta críe a mi sobrino y le enseñe sus propios ideales terribles.

Kenzie resopló. —Para empezar, besar al laird no me convierte en una ramera. En segundo lugar, si estoy besando al laird, se debería suponer que tengo el oído del laird, y tal vez deberías moderar tu odio hacia mí. En tercer lugar, no deseo casarme con Ben. Me agrada Ben, no me malinterpretes, pero soy joven y no busco un marido. —La sola idea de casarse a su edad era demasiado loca para contemplarla. Sin mencionar el hecho de que pronto regresaría al siglo XXI, y la preocupación de la pobre Athol era por nada. No es que Kenzie pudiera decírselo.

Kenzie miró alrededor de la sala. Muchos ojos, principalmente de las mujeres que estaban sentadas a la mesa o servían el desayuno, estaban sobre ella. Su atención se desviaba tan pronto como Kenzie notaba su interés. Tragó saliva, incómoda. ¿Realmente la consideraban una ramera? ¿Una mujerzuela sin familia? La idea no era reconfortante.

—¿Y crees que debería creer tales mentiras? ¿Me tomas por tonta?

Kenzie se encogió de hombros. —Si el zapato te queda...

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Athol, golpeando su copa y atrayendo la atención de los que estaban sentados frente a ellas.

—Solo que sí creo que eres una tonta. También creo que eres una perra que necesita mantenerse fuera de mis asuntos. Si el Laird de Ross desea tenerte como esposa, estoy segura de que te lo pedirá. Hasta entonces, si quiero besarlo y —dijo, inclinándose hacia adelante— más que eso, lo haré. —Kenzie se levantó y se fue, caminando hacia la puerta que conducía al exterior.

Un paseo por la orilla era lo que necesitaba para alejarse de este castillo y, sobre todo, de la desagradable Athol Grant. Lo peor de todo era que Athol tenía razón en muchos aspectos. Tal vez había sido demasiado atrevida, demasiado pública con su interés en Ben. Tendría que moderarlo cuando estuviera en público. Lo último que quería era causar problemas o vergüenza a Gwen y Braxton.

La playa se curvaba y corría frente al pequeño pueblo que Kenzie había notado en su primer día aquí. Caminó por la orilla pedregosa, sola con sus pensamientos. El más preocupante en ese momento era cuándo debería regresar a casa. Ya había estado en el Castillo Ross durante un mes. ¿Cuánto tiempo más debería quedarse? Toda su razón para viajar a la Escocia del siglo XVII

había sido conocer a Gwen y al Laird de Ross y estudiar el diseño del castillo y los edificios circundantes. Eso ya lo había hecho.

Kenzie sonrió. Pero también estaba aquí para averiguar qué le había sucedido a Black Ben. ¿Qué o quién lo había borrado de la historia y le había quitado la vida, mucho antes de su vejez?

Recogió una piedra plana y se enfrentó al océano, lanzándola y viendo cómo su intento de hacerla rebotar sobre la superficie del agua fracasaba. En la finca de Gwen y Braxton, el enemigo había hecho notar su presencia, había atacado a Ben cuando menos lo esperaba.

Pero en su propia fortaleza, no había habido señales de que alguien intentara hacerle daño. Ni amenazas en persona ni por carta. Nada. Entonces, ¿qué había cambiado? Si su memoria no le fallaba, era a finales de mayo cuando el Laird de Ross desaparecía de las páginas de la historia. Un fantasma del que nunca más se volvió a saber.

Entonces, ¿dónde estaban? O, ¿ya estaban aquí...?

Los gritos llamaron su atención y miró hacia el castillo, observando cómo un grupo de jinetes llegaba a la puerta y desmontaba. ¿Sería el Clan Grant? Athol había mencionado durante el desayuno que su padre vendría, pero ¿hoy? Seguramente no. O, con suerte, no.

Kenzie se sentó en la orilla y dejó que el sonido arrullador de las olas la calmara. El Castillo Ross ciertamente había sido bendecido con su ubicación, tal como estaba.

Incluso con la hermosa ubicación, estaba escrito en la historia que una situación desagradable se desarrollaría aquí en las próximas semanas. Pero ¿quién estaba detrás de la muerte de Ben? Después de varias semanas cerca del laird, el estómago de Kenzie se retorció ante la idea de que su vida fuera apagada. Que su hijo, el dulce y adorable Alasdair, también desapareciera. Por mucho que hubiera pensado que los Grant estaban detrás de su muerte, ¿podrían matar a su propio nieto? No lo creía, sin importar cuánto odiaran el apego de Aline al laird.

El castillo se había quemado hasta los cimientos. ¿El niño se había perdido de esa manera? El problema con los misterios escoceses sin resolver era que nadie lo sabía. Y si alguien lo sabía, nunca se lo había contado a nadie.

Suspiró. Maldita sea, no quería que nada le pasara a Ben ni a su hijo. Nadie en su sano juicio desearía tal destino contra otro ser humano. Entonces, ¿podría permitir que la historia siguiera ese curso?

No.

De ninguna manera permitiría que la historia se repitiera. Detendría a cualquiera que pensara en lastimar al laird y a su hijo, y al diablo con las consecuencias. Ben merecía vivir el resto de sus días aquí en el Castillo Ross, criando a su hijo y permitiendo que el muchacho heredara el castillo como era su derecho de nacimiento.

Ningún bastardo asesino desconocido ganaría. Kenzie se aseguraría de ello.

—¿Estás bien, muchacha? ¿Puedo ayudarte en algo?

Kenzie se giró para ver a una anciana cojeando hacia ella en la costa rocosa, y se levantó, dirigiéndose hacia ella en su lugar, no fuera que se cayera y se rompiera la cadera. Lo que en esta

época podría significar una muerte segura.

Acercándose a la mujer, le tomó la mano en señal de bienvenida. —Soy Kenzie. Me estoy quedando en el Castillo Ross. Es un placer conocerte.

Los ojos de la anciana se iluminaron ante sus palabras. —Oh, en el castillo, sí. Soy la curandera de estas partes y conozco bien al laird. Yo traje al mundo al pequeño, ¿sabías?

—Sí, lo sabía —dijo Kenzie, caminando con la mujer de vuelta hacia la aldea—. El laird tuvo mucha suerte de tenerte esa noche, considerando lo que sucedió después. —Kenzie no dijo más, ya que era obvio a lo que se refería, y la tristeza que entró en los ojos de la curandera confirmó que era consciente de lo que Kenzie quería decir.

—Ay, muy triste. Y me duele que el laird dejara estas tierras por un tiempo tratando de sanar su corazón. Puede que no amara a Lady Aline, pero la apreciaba mucho.

Entraron en la pequeña aldea. Las casas, todas de diferentes tamaños con varios grados de desgaste en sus techos de paja, se extendían frente a ellas. Kenzie tomó el brazo de la anciana. —¿Cuál es tu casa? Te acompañaré de vuelta, si quieres.

—Oh, me encantaría, gracias, Kenzie.

Kenzie sonrió, y caminaron un poco por el camino de tierra que corría frente a las cabañas que daban al mar. —¿Has vivido aquí toda tu vida? —preguntó, curiosa. Esta era una persona que conocía a Ben mejor que nadie alrededor.

—Nací aquí, al igual que mis padres. Mi madre era curandera y me enseñó todo lo que había aprendido. Cuando el laird regresó a casa con una esposa, supe que pronto vendría un niño. Y gracias a Dios, tenía razón.

—Alasdair es el niño más dulce, y está creciendo y prosperando bien. No es que sea una experta en niños, pero ciertamente parece contento.

—Como debe ser. —La anciana se detuvo frente a una cabaña, una de las más pequeñas de toda la hilera de cabañas, y abrió la puerta. Dentro había un suelo de madera tosca. Un fuego ardía en la chimenea, y una olla con algo que olía a jamón y cebollas, una deliciosa combinación, se cocinaba sobre el fuego.

—Tienes un hogar encantador. —El lugar estaba lleno de hierbas y pequeñas botellas que ocupaban la mayoría de las superficies disponibles, pero estaba ordenado y limpio. Una sola silla estaba frente al hogar, y una pequeña alfombra de piel de animal era el único lujo que Kenzie podía ver.

—Gracias, muchacha. Lo amo porque es mío y de nadie más. —La anciana gimió mientras se sentaba, haciendo un gesto a Kenzie para que se uniera a ella junto al fuego—. Dime, ¿se ha levantado el ánimo del laird desde que regresó a casa? Debería visitarlo, pero no lo he visto desde la noche de la muerte de Aline, y bueno, no puedo evitar pensar que el laird está enojado conmigo.

—Oh no, estoy segura de que estás equivocada. —No es que Ben le hubiera dicho algo, y Kenzie suponía que podría culpar a la anciana de alguna manera, pero seguramente el sentido

común prevalecería, y Ben podría ver que la muerte de Aline no había sido culpa de la curandera.

Nadie podría haber sabido que un tumor estaba creciendo en el útero de Aline. Este era el siglo XVII, por el amor de Dios; ni siquiera tenían papel higiénico.

—Deberías subir al castillo un día y dejar de preocuparte por si el laird te dará la bienvenida. Estoy segura de que en su corazón está perfectamente bien.

Los ojos de la anciana se entrecerraron mientras contemplaba las palabras de Kenzie. —No eres de Escocia, muchacha. De hecho, no siento que seas de Inglaterra tampoco. Estás muy lejos de casa, ¿verdad?

Kenzie asintió. —Sí, muy lejos, pero pronto regresaré a casa.

—Se rumorea en la aldea que el laird te admira más que a cualquier muchacha en mucho tiempo. Incluso Aline, que Dios la tenga en su gloria, no fue amada como debería serlo una esposa. Pero, como ese amor tampoco fue correspondido por ella, importa poco.

—¿Crees que el laird Ross no amaba a su esposa? —La curiosidad y un absurdo anhelo de oír a alguien decir que Ben no amaba a Aline consumían a Kenzie. Pensar que él pudiera querer profundamente a alguien más, que nunca volviera a abrir su corazón debido a la pérdida de su esposa, dejaba a Kenzie más desanimada de lo que le gustaba admitir.

—No, que yo sepa. Y era mutuo, pero ay, uniones como la suya son bastante comunes, e hicieron lo mejor de la situación. Pero te diré esto, muchacha, el laird Ross y la señora Aline eran muy cercanos y se cuidaban el uno al otro. Tal vez con el tiempo se habrían enamorado, pero ay, eso es algo que nunca sabremos.

—Supongo que tienes razón. —Unos niños pequeños corrieron frente a las ventanas de la cabaña y le recordaron a Kenzie que probablemente debería regresar al castillo antes de que Ben se preocupara por su paradero.

Se puso de pie. —Si me permites, tengo una pregunta para ti, ya que nos hemos encontrado y necesito una curandera.

—Lo que sea, muchacha. ¿En qué puedo ayudarte?

—No me he sentido muy bien esta última semana. No estoy segura si es por la comida, a la que aún me estoy acostumbrando, o por mi periodo mensual. Si entiendes a qué me refiero.

—Oh, por supuesto, muchacha. —La mujer mayor se acercó tambaleándose a un estante junto a la chimenea y buscó entre los muchos ungüentos y tónicos embotellados que había allí—. Ah, aquí está. —La curandera volvió a su lado, sosteniendo una pequeña botella—. Esto es ajeno y se usa para asentar el estómago. Úsalo antes de comer y debería ayudarte. Si no, vuelve a verme.

—Gracias, eres muy amable. —Kenzie lo deslizó en su bolsillo y estrechó la mano de la señora—. Espero que nos volvamos a encontrar.

—Estoy segura de que así será, Kenzie.

Sonrió y se fue, agachándose un poco para no golpearse la cabeza con el pequeño marco de la puerta. Caminó de vuelta por la playa hacia el castillo. Unos jinetes salían por la puerta y

Kenzie se detuvo para ver a dónde iban, y cuando el primer jinete se dirigió hacia el pueblo, el cabello oscuro y revuelto y el ceño salvaje revelaron quién se dirigía en su dirección.

Se detuvo y observó cómo Ben la notaba, sus hombros hundiéndose. ¿Estaba aliviado o molesto de verla? Por la mirada mortal que le estaba lanzando mientras se acercaba en su montura, Kenzie supuso lo segundo.

—Hola —dijo ella cuando él saltó de su caballo y se paró frente a ella con las manos en las caderas y los puños apretados.

—¿Dónde has estado, mujer? Ni una palabra sobre a dónde ibas, y me quedo preocupado por tu paradero, pensando lo peor y que estabas muerta en algún lugar.

—Como puedes ver, no estoy muerta. —Se acercó a él y le rodeó la cintura con los brazos, olvidando por completo su decisión de dejar de mostrar afecto en público—. Vi que tenías nuevos visitantes y no pensé que me echarías mucho de menos. Lamento si te asusté.

Él continuó mirándola fijamente, y ella apretó su agarre. —Estoy bastante viva y cálida, ¿quizás te gustaría abrazarme también? —Le lanzó una sonrisa traviesa, y él se relajó un poco en sus brazos.

—No sabía dónde estabas. —Hizo una pausa—. ¿Dónde estabas, muchacha?

—Con la curandera en el pueblo.

Él frunció el ceño. ¿Era porque ella había conocido a la mujer que estaba con Aline la noche que murió o porque estaba preocupado por su salud?

—¿Estás enferma, muchacha?

—Ahora no, pero me he estado sintiendo mareada. Ella me ha dado algo.

Él tomó su mano y la colocó en su brazo mientras caminaban de vuelta hacia su caballo. —Haré que alguien hable con los cocineros y se asegure de que tu comida sea probada antes de que la comas. No estoy seguro de a qué estás acostumbrada a comer en tu tiempo, pero tal vez es solo que no estás acostumbrada a nuestra forma de preparar y cocinar nuestra comida.

Kenzie se rio, habiendo pensado lo mismo. —La curandera me ha dado una medicina, que espero que ayude. Estoy segura de que es algo similar al Bali Belly.

—¿Bali Belly? —La palabra en los labios de Ben sonaba extraña, y Kenzie sonrió—. Es un término que aprendí cuando viajé a Bali hace un par de años. Es un país tropical, y las personas que lo visitan a menudo se enferman después de beber su agua o comer su comida. Yo también me enfermé un poco allí, así que estoy segura de que mi estómago solo está protestando como lo hizo cuando estuve en Bali.

Llegaron al caballo de Ben, y él la subió, siguiéndola poco después. El peso de él detrás de ella, sus fuertes brazos rodeando su cintura para agarrar las riendas le hacían cosas extrañas, cosas encantadoras, a su cuerpo.

—También llegaron noticias mientras estabas fuera. Parece que Abby ha enfermado después del nacimiento de su hijo y Gwen y Braxton han viajado allí para cuidarla. Han pedido que regreses al Castillo Druiminn antes de mayo. Gwen insistió mucho.

Kenzie entendió la fecha y por qué Gwen quería que se fuera de aquí para entonces, pero no iba a ir a ninguna parte. Al menos no todavía. —¿Abby va a estar bien?

—Sí, Gwen escribió que mejora cada día, pero la visita planeada de Aedan y Braxton no se llevará a cabo. Puedes leer la misiva cuando regresemos, pero Gwen estaba muy apenada de que no puedan asistir en este momento.

Llamó a sus hombres para que lo siguieran y giró el caballo, poniéndolo al trote. Kenzie se acurrucó contra su pecho, suspirando cuando un brazo fuerte y cálido le rodeó la cintura, sosteniéndola con firmeza. Estas noticias de Gwen no eran bienvenidas. Significaba que estaban solos aquí, sin respaldo cuando se tratara de quien atacó a Ben y al Castillo Ross.

—Vamos a empezar a sembrar mañana. No te veré hasta tarde en la noche. ¿Crees que estarás bien en el castillo?

La pregunta de Ben la sacó de sus pensamientos. —¿Puedo ayudar? Me encantaría ver cómo se hace y me daría la oportunidad de estar contigo. Solo me aburriré en el castillo. Por favor, dime que puedo ir —No deseaba quedarse encerrada con Athol. La mujer había dejado de ocultar su desprecio por Kenzie y a menudo era abiertamente grosera—. Podríamos llevar una cesta y hacer un picnic para el almuerzo. Podríamos pedirle a la nodriza que traiga a Alasdair por una hora o dos. Darle algo de aire fresco y luz solar.

—Podría enfermar si lo sacan al aire libre a tan corta edad. No creo que sea una buena idea.

Kenzie sonrió. —Te equivocas, Ben. El aire fresco y la luz solar son buenos para todos, incluidos los bebés. Mientras se mantenga abrigado, el aire fresco le hará bien.

Ben pareció meditar su sugerencia antes de decir: —¿Qué es un picnic?

—Una cesta con comida que compartiríamos juntos.

El más ligero de los besos rozó su cuello. Un escalofrío recorrió su espalda y Kenzie no podía esperar para estar a solas con Ben. Algunos podrían verlo como un duro guerrero medieval de las Highlands, pero para Kenzie, era mucho más que eso. El hombre tenía un corazón, uno del que ella estaba terriblemente cerca de enamorarse. Un hombre que era ferozmente leal y cariñoso con su hijo, sus clanes y las mujeres. La idea de que alguien quisiera matarlo y lograra su plan en cuestión de semanas le revolvía el estómago.

—Después de la cena esta noche, quiero hablarte sobre algo que creo que necesitas saber —dijo Kenzie, decidiendo que era hora de que Ben supiera la verdad.

—¿No puedes decírmelo ahora?

Kenzie podía sentir la mirada inquisitiva de Ben sobre ella, y negó con la cabeza. —Aquí no. Necesitamos estar a solas. Es algo sobre lo que creo que me cuestionarás y no quiero que nadie más nos escuche.

—Tendrás toda mi atención, muchacha. Iré a tu habitación —Su mano recorrió distraídamente su estómago, y ella se mordió el labio—. Tal vez me permitas calentar tu cama después. Encuentro mis propios aposentos fríos y nada acogedores.

—¿Sería prudente con el Clan Grant aquí? ¿Y si nos atrapan? ¿Sabes que Athol está

intentando casarse contigo, verdad? —Kenzie no vio el punto de andarse con rodeos. Si Ben no había visto los planes de esa pequeña descarada por sí mismo, entonces ella se lo diría. No es que Kenzie debiera impedir que se casara de nuevo; debería hacerlo, sin importar cuánto dijera que nunca volvería a tener otra esposa. Era joven, fuerte, un laird; sería tonto que permaneciera soltero. O, al menos, una lástima para cualquiera que nunca llegara a conocer y amar a un hombre tan maravilloso.

Y tal vez, si se casara de nuevo, incluso con Athol —aunque la idea le revolvía el estómago a Kenzie—, cambiaría su futuro. Torcería lo que el destino le tenía reservado y le permitiría vivir sus días en el Castillo Ross, ver a Alasdair convertirse en un hombre. Morir como un anciano rodeado de nietos.

—Están alojados en el extremo opuesto del castillo y no me verán. Estamos a salvo.

A medida que se acercaban al castillo, Ben retiró su mano y la devolvió a las riendas. Atravesaron las puertas para encontrar un alboroto en el patio. Evan Grant y Bruce estaban teniendo algún tipo de discusión, que se convirtió en una pelea a puñetazos.

Ben maldijo y saltó del caballo, corriendo hacia los dos hombres que rodaban por el suelo, el golpe de los puños contra la carne resonaba fuerte en la tarde por lo demás tranquila. Ben los separó, nada fácil ya que ambos hombres eran torres de fuerza muscular.

—¿Qué estáis haciendo? —les gritó a ambos, fulminando con la mirada a Bruce y luego a Evan. Ambos gruñeron, gruñéndose el uno al otro como dos perros salvajes. La nariz de Evan sangraba, y escupió la sangre, apenas fallando la pierna de Ben.

La visión de la sangre, y el acto asqueroso, le revolvió el estómago a Kenzie, y se estremeció. *En serio, ¿qué repugnante es eso?* Intentó bajarse del caballo muy alto de Ben, y la caída fue más alta de lo que anticipó, y cayó de trasero. Tirando de su vestido sobre sus rodillas, se puso de pie, y todos los hombres la estaban mirando.

El calor le inundó el rostro, y se encogió de hombros. —Todavía estoy aprendiendo —dijo, agradecida cuando volvieron su atención el uno al otro.

—¿Cuál es el motivo de esto? —preguntó Ben, mirando de un hombre al otro cuando ambos se quedaron callados.

Bruce asintió hacia Evan Grant. —Tal vez deberíamos ir a tu solar, Ben. No sería apropiado aquí afuera.

Ben asintió. —Sí, de acuerdo entonces. Seguidme, sin —dijo, señalando con un dedo a ambos hombres— incidentes.

Kenzie los vio marcharse y captó la mirada de un caballero mayor que no había visto antes. Un hombre barbudo y canoso que la miraba con desagrado. Un escalofrío frío recorrió la espalda de Kenzie antes de que él, también, se diera la vuelta y siguiera a Ben y los demás al castillo.

CAPÍTULO TRECE

BEN SE ENCONTRABA de pie detrás de su escritorio, observando cómo su miembro del clan y Evan Grant se limpiaban la sangre de las narices y las cejas cortadas. El Laird de Grant entró en la habitación y se colocó detrás de su hijo, con los brazos cruzados y en silencio.

—Quiero saber de qué se trata esto. Y quiero la verdad.

—Evan Grant creyó apropiado insultar a vuestra invitada, Laird Ross. No es que me guste hablar mal de una mujer, pero Lady Athol también fue bastante mordaz en sus comentarios sobre la señorita Kenzie.

La ira corrió por sus venas al pensar que alguien degradara a Kenzie, especialmente otros invitados a los que había dado la bienvenida en su fortaleza. —¿Es eso cierto? —Dirigió su mirada fulminante hacia Evan Grant y se complació al ver que el hombre se movía incómodo. Bien, quería que lo pensara dos veces, porque no lo toleraría.

—Vuestro hombre miente, pero con las miradas que Bruce le ha estado lanzando a vuestra hermosa visitante, Kenzie, no es de extrañar que diga tales cosas. La quiere para sí mismo, y si puede haceros creer que es una ramera, que se acuesta con cualquiera de vuestros hombres, entonces probablemente la dejéis en paz.

Bruce cruzó la habitación furioso y, afortunadamente, los pocos guardias que tenía apostados al fondo del solar impidieron que los hombres intentaran matarse de nuevo.

—Mentís, bastardo. Sois vos, junto con vuestra hermana, quienes dijisteis que Kenzie era una ramera, sin duda calentando muchas camas y no solo la del laird. Que era una vergüenza que la moza estuviera aquí, cerca del futuro laird Alasdair, tan mancillada está la reputación de la mujer.

El ojo de Ben se crispó ante el insulto a Kenzie. —Sería imprudente que el Clan Grant dijera tales cosas sobre una mujer que es pariente del Clan Macleod y confidente cercana de Gwendolyn Macleod.

Evan negó con la cabeza. —¿Por qué diríamos tales cosas? No tenemos motivo. Estamos aquí como vuestros invitados. Tenéis a mi sobrino arriba, el futuro de ambos clanes. Toda nuestra razón para venir al Castillo Ross fue reparar la brecha entre nuestras dos grandes casas. ¿Por qué os insultaríamos diciendo tales cosas? No es una movida sensata.

Ben se inclinó sobre su escritorio, fulminando a ambos hombres con su mirada atronadora. —Sería imprudente que cualquiera de las cosas que decís fuera cierta. Kenzie no merece ser mirada como un trozo de carne por mis hombres, ni merece la censura y degradación por parte de un clan que está aquí como mi invitado. Y si oigo tales murmuraciones o veo cualquier desaire en su dirección, sea quien sea, se encontrará con el filo de mi espada.

El Laird Grant dio un paso adelante, agarrando el hombro de su hijo cuando Evan iba a decir algo más. Era una suerte que el laird tuviera algo de sensatez cuando se trataba de su querido muchacho.

—Disculpas, Ben. Aunque desconozco quién dice la verdad, sabed que no se hará ningún otro insulto, si mi clan ha insultado, de hecho, a la moza, Kenzie. No volverá a suceder.

El Laird Grant empujó a su hijo hacia la puerta y dejó a Ben y Bruce solos. Ben despidió a los guardias.

—Siéntate, Bruce —dijo, tomando su propio asiento detrás del escritorio—. Explícate. Ahora.

Bruce se pasó una mano por la mandíbula, limpiando la sangre que se había acumulado en su barbilla en su túnica. —Los escuché con mis propios oídos. Susurrando en el gran salón. Estaba ocupado con una criada de cocina cerca del nicho, no lejos del fuego, y los escuché tan claramente como os escucho ahora. La moza de cocina también oyó su calumnia. No mentiría sobre algo así. Y no miro a Kenzie de esa manera. Sabéis que me gusta May y deseo casarme con ella.

Ben no sabía que Bruce estaba tan serio como parecía con la sirvienta, y eso enfrió el ardiente y fundido temperamento que había ardido dentro de él ante la idea de que sus miembros del clan desearan yacer con la mujer de la que él mismo se había encaprichado. En realidad, por quien se preocupaba más que por cualquier otra, incluso Aline o Gwendolyn.

—Me alegra oírlo, Bruce, y por supuesto tus palabras suenan más verdaderas que las del Clan Grant. Eres mi miembro del clan, un hermano para mí, y sé cuándo dices la verdad y cuándo no. Y el Clan Grant está mintiendo descaradamente.

—Sí, lo están. El desprecio que sienten por vuestra moza es palpable y yo mantendría una estrecha vigilancia sobre Kenzie durante el tiempo que esté aquí. Tampoco les daría la espalda a ese clan. Me inquietan y no confío en ellos.

Ben reflexionó sobre las palabras de Bruce. Nunca había tenido motivos para desconfiar de sus miembros del clan antes y no iba a empezar ahora. Él mismo había captado el veneno en los ojos de Athol cuando se trataba de Kenzie, y si la moza pensaba tenerlo como marido, entonces tal vez la familia había adoptado su opinión de que Kenzie era una enemiga que debía ser tratada. Incluso eliminada.

—Te agradezco tus palabras y apoyo. Confío en ti más que en cualquier otro aquí, Bruce, y no olvidaré tu amabilidad ni tus acciones al defender el honor de Kenzie. Te lo agradezco. No digas nada a nadie, pero mantén los ojos abiertos y los oídos atentos, si llegan a ti más

murmuraciones. Deseo saberlo.

—Sí —dijo Bruce, poniéndose de pie—. Podéis contar con ello, Laird Ross. Ahora, si estáis de acuerdo, me iré a las cocinas y haré que May me limpie la cara. Me escuece como un demonio.

Ben lo vio marcharse y entrecerró los ojos mirando la puerta. Algo estaba tramándose, y aunque Ben no sabía qué era, lo descubriría. Y que Dios ayudara al Clan Grant si intentaban algo estúpido contra su gente o contra él mismo. No terminaría bien para ellos.

AL DÍA SIGUIENTE, el sol quemó el rocío, y la mañana brumosa se despejó, dejando la hermosa tierra verde con la promesa de un día encantador. Ben, junto con Kenzie, cabalgó hacia el norte donde se plantarían sus cultivos este año. Los campos superiores habían quedado en barbecho el año pasado, rotados con los campos del sur. Durante el último mes, Ben había tenido a sus jornaleros trabajando la tierra, eliminando las malas hierbas.

Hombres y mujeres ya estaban guiando tres bueyes de arriba abajo por el campo, arando la tierra, volteando el suelo listo para la siembra.

Kenzie se puso a su lado; ni siquiera su vestido de trabajo disminuía su belleza. —Sabéis, en mi época tenemos grandes maquinarias agrícolas que hacen esto por nosotros. Los días de caminar con un buey arriba y abajo durante horas han quedado atrás. Bueno, en los países desarrollados, eso es. En algunas áreas del tercer mundo la gente todavía usa tales recursos.

Ben miró sus tierras, asintiendo a los pocos agricultores arrendatarios que saludaban en señal de bienvenida. ¿Qué era esa maquinaria agrícola de la que hablaba? No podía imaginar tales cosas.

—Un laird que ayuda a sus arrendatarios a cultivar sus tierras no es algo que normalmente ocurra, así que tengo curiosidad por saber por qué siente la necesidad de estar aquí.

Ben suspiró, odiando el hecho de que por sus propias acciones sentía la necesidad de compensar a su gente de cualquier manera posible. Por haberles fallado el año pasado, siendo un terrateniente ausente, un borracho que había puesto su propia lástima por encima de la de su gente. De su hijo.

—Necesito demostrarles que estoy aquí, presente y dispuesto a ayudar para hacer de Castle Ross una fortaleza, un lugar productivo y seguro para mi gente. Un hogar donde mis miembros del clan estén bien atendidos, y su laird esté dispuesto a levantarse y ayudar a los menos afortunados.

—Bueno —dijo ella, acercándose al carro y recogiendo una pequeña bolsa de grano—. Creo que hoy es un comienzo en esa dirección. —Caminó hacia el campo, con cuidado de seguir los surcos que el buey y el arado ya habían trazado—. ¿Vienes?

—Sí, muchacha. —Siguieron al buey, dejando caer las semillas en el suelo. Para la hora del

almuerzo, Kenzie parecía cansada y un poco tocada por el sol—. Ven a comer algo, muchacha. Como sugeriste, he hecho que te traigan una cesta de comida, y descansaremos y comeremos.

Kenzie lo siguió hacia un gran fresno y suspiró al sentarse. —Para un día que comenzó bastante fresco, ha resultado cálido. ¿Decidiste que Alasdair viniera o no?

Ben observó cómo ella tragaba un poco de cerveza de una bolsa de cuero, la pequeña gota de bebida que corrió por su barbilla le hizo querer acercarse y limpiarla. Preferiblemente con su boca. —Tenía un poco de tos, así que pensé que era mejor que se quedara dentro hoy. Pero aceptaré tu idea, y haremos algo juntos otro día.

Ella asintió, mirando alrededor. —Esto es agradable —dijo, tomando un poco de pan de la cesta y colocando un poco de jamón en él—. Quería preguntarte en el desayuno, pero con los Grant cerca no lo hice, ¿por qué no viniste a mi habitación anoche? Tengo algo de lo que quiero hablarte.

—Sí, lo sé, muchacha, y me disculpo. La pelea entre Bruce y Evan Grant tardó más de lo que pensaba en resolverse, y para cuando me lavé, era tarde. No quería despertarte.

Kenzie se movió para sentarse junto a él, el aroma a flores emanando de su cabello, incluso después de todo el duro trabajo que había hecho. ¿Siempre era así de perfecta? Ben creía que podría serlo.

—No importa la hora que sea, te daría la bienvenida.

Sin pensarlo, Ben se inclinó hacia adelante y la besó. Ella no dudó, sino que se apoyó en su abrazo, una mano envolviendo la nuca de él y besándolo más profundamente. —No vuelvas a pensar así. Mi cama está fría cuando mi highlander no está a mi lado.

—¿*Tu highlander*? —Sus palabras lo sacudieron con una mezcla de preocupación y deleite. Sí, él era su highlander, y ella era su muchacha, pero el tiempo que tenían juntos no sería para siempre. Kenzie regresaría a su siglo, y él ciertamente no buscaba casarse de nuevo. La imagen de Kenzie muriendo después de dar a luz a su hijo atormentaba su mente y frunció el ceño. Había perdido a Aline, la había llevado a una tumba temprana solo porque deseaba un heredero. No arriesgaría a Kenzie simplemente para obtener un repuesto.

Ben se reclinó y miró hacia el campo, observando cómo los arrendatarios se sentaban y comían su almuerzo un poco más allá. —¿De qué querías hablarme, muchacha? ¿Es algo que puedes decir aquí?

Si Kenzie notó su cambio de conversación o que se había alejado un poco, no lo mencionó, simplemente tragó su pan y jamón, encontrando su mirada. —Si te digo lo que sé, debes prometerme que no harás nada, ni reaccionarás de ninguna manera que cause alarma a tu gente.

Un nudo frío se formó en su estómago ante sus palabras. —¿Qué es lo que sabes?

—Mi viaje de vuelta a esta época no fue solo para visitar a mis antepasados, sino también para aprender un poco más sobre ti. He estado fascinada con las historias de Ben el Negro, el mejor arquero de Escocia. Los relatos escritos sobre ti en el diario de mi familia son casi famosos.

Ben no creía que su vida mereciera tal tributo, pero curioso, dijo: —Continúa. ¿Qué más, muchacha?

Kenzie revisó sus alrededores y, satisfecha de que no hubiera nadie cerca, continuó. —Como sabes, en mi época, el Clan Ross ya no existe. Por supuesto, estoy segura de que hay Ross por ahí, pero ninguno aquí en tu castillo.

Él frunció el ceño. —Sí, recuerdo que lo dijiste.

—De lo que no fui completamente sincera fue sobre cuándo se extingue tu línea, porque es contigo, en tu tiempo, que el clan termina. Eres conocido como uno de los misterios sin resolver de Escocia.

La conmoción resonó en él, y se puso de pie, inseguro de qué hacer con tal información. Un misterio sin resolver. ¿Qué demonios significaba eso? ¿Qué pasaba con Alasdair? Su hijo era solo un bebé. Seguramente, no había permitido que nadie dañara al muchacho.

—Necesitas decirme todo lo que sabes, y ahora. —Se pasó una mano por el pelo, la ira palpitando en su interior. ¿Cuánto tiempo había sabido Kenzie? Bueno, entendía cuánto tiempo, desde el día que llegó, y el hecho de que no le hubiera contado sobre su futuro dejó un frío nudo de ira en la boca de su estómago.

Debería habérselo dicho.

—No hay mucho que saber. Se presume que fuiste asesinado, aunque nunca hubo confirmación de eso, ni se vuelve a ver a tu hijo. Cuando fuimos emboscados en la casa de Gwen, pensé que los hombres detrás de tu desaparición se mostrarían de nuevo, pero no lo han hecho. No ha habido ninguna amenaza en absoluto, así que algo podría haber cambiado, pero no quiero que salgas herido o que Alasdair sea tomado por sorpresa. Te lo estoy diciendo ahora para que pongas en marcha algunas medidas de seguridad que ayuden a detener lo que el destino te tenga preparado.

—No puedes reescribir la historia, Kenzie. Es lo que es. —No podía hacerse, por mucho que él deseara.

—¿Cuándo? —preguntó, ignorando el respingo de Kenzie ante su tono mortal. ¿Qué esperaba la muchacha? ¿Que estuviera feliz con tales noticias? ¿Que recibiera con agrado el conocimiento de que estaría muerto en poco tiempo?

—Tres semanas.

Ben se detuvo en seco. —¿Qué?! —Eso no podía ser cierto. ¡Tres semanas! No podía morir o desaparecer en tres semanas, y considerando que no tenía intención de ir a ninguna parte de nuevo, lo primero debía haberle sucedido.

No lo permitiría.

—¿Y me lo dices ahora?

Kenzie se levantó y se acercó a él. —Por favor, no te enfades conmigo. No podía decirte algo así. ¿Cómo podía decirte que para finales de mayo de 1605 habrías desaparecido? Cuando no tenía pruebas, nada que señalar para decir: "mira, esta es la causa". Pensarías que solo era una

loca del futuro.

Ben no respondió. La muchacha tenía algo de razón, pero... —Necesito saber esas cosas para poder poner hombres armados, aumentar mis guardias durante el día y la noche para repeler cualquier ataque. Puedo hacer que los hombres estén atentos y escuchen cualquier susurro de conversaciones enemigas. Estamos a solo unas semanas de mi supuesta muerte y me lo dices ahora.

Se dirigió hacia su caballo, sintiendo la necesidad de volver al castillo, a Alasdair. Nada le pasaría al muchacho, ni a su hogar, ni a la gente que se refugiaba allí.

—No me sigas, muchacha —dijo, ignorando a Kenzie cuando se acercó y le agarró la pierna mientras intentaba meter el pie en el estribo.

—Lo siento, Ben. No se suponía que me importara tanto. Pensé que al volver podría mantenerme alejada de la gente de esta época, no sentir nada por lo que ya ha pasado. Pero no puedo. Y lamento no habértelo podido decir antes, pero ¿cómo le dices algo así a alguien sin causar pánico? Todo lo que estás sintiendo ahora.

—Decir la verdad a veces duele, pero es mejor conocer a los enemigos y no estar de pie junto a ellos esperando una puñalada por la espalda.

—Ben —dijo ella, tirando de sus riendas y evitando que se marchara—. Por favor, no me apartes.

—Lo que quiero saber, muchacha, es si solo ibas a quedarte en la fortaleza y vernos morir a todos. ¿Cuál era tu plan? ¿Volver con Gwen y Braxton antes de que ocurriera? No puedo mirarte ahora.

KENZIE PARPADEÓ para contener las lágrimas mientras Ben galopaba hacia el Castillo Ross. Miró alrededor y sonrió a los pocos granjeros que le lanzaban miradas inquisitivas. Era obvio que habían notado su discusión con Ben por las miradas incómodas que le devolvían.

Volvió a donde habían almorzado y empacó el pequeño paquete de comida y bebida antes de ir a donde su caballo pastaba y meterlo en su alforja.

Levantando la pierna, logró meter el pie en el estribo y subir a la silla. Ahora, todo lo que tenía que hacer era volver al castillo sin perderse. Desde aquí, apenas podía distinguir el techo de la estructura, así que no debería tener demasiados problemas, siempre que nadie intentara matarla por el camino.

La Escocia medieval era muy diferente a su propia época. Mientras cabalgaba en su yegua, un animal plácido que no le gustaba esforzarse demasiado, Kenzie pensó en lo que Ben había dicho. Que estuviera enfadado con ella era de esperar, pero nunca había pensado en lo que habría hecho si los atacaban cuando ella estaba aquí.

Kenzie simplemente había asumido... bueno, no sabía qué había asumido, pero era estúpido

sin importar lo que fuera. Había vuelto a la Escocia del siglo XVII para averiguar qué pasó en el Castillo Ross y con Ben en aquel fatídico día de mayo. Tendría que estar aquí para verlo.

Y eso en sí mismo la ponía en peligro. No es que no pudiera salir de esta época en minutos, pero aun así...

—¿Volviendo al castillo, muchacha? ¿Dónde está el laird?

Kenzie se sobresaltó al oír la voz de Evan Grant cuando se puso a su lado. Era un hombre grande, alto y tan fuerte como Ben, pero mientras que el placer corría por sus venas cuando estaba cerca de Ben, con Evan, su sangre se helaba.

Había algo en el hombre que no le inspiraba confianza ni le gustaba. Era tan desagradable como la comida que se deja demasiado tiempo al sol.

—Tuvo que regresar antes que yo.

Evan alzó una ceja, su mirada recorriéndola lascivamente. La inspección la hizo sentir incómoda y frunció el ceño. —¿Qué te trae por aquí? No te vi ayudando con la siembra hoy.

—¿Eso es lo que hacíais? ¿Sabes que las damas no trabajan en los campos como campesinas comunes? Están para engendrar a nuestros hijos y asegurarse de que nuestras comidas estén calientes, al igual que nuestras camas.

Kenzie se rio. Era eso o golpear al hombre en la cabeza con su propio garrote de cavernícola. —Veo que tienes una alta opinión de las mujeres.

El patán no captó su sarcasmo y simplemente entrecerró los ojos. —No particularmente. Aunque sí me preocupo por mi hermana y es ahí donde tú y yo cruzamos espadas, por así decirlo.

—Oh. ¿Cómo es eso? —preguntó, sabiendo que su presencia aquí había arruinado todos sus planes. O tal vez era su presencia aquí lo que había arruinado a Ben. Se sobresaltó ante el pensamiento. ¿Podría ser ella la causa de su desaparición?

No estaba segura, pero con los viajes en el tiempo, todo era posible. Quizás había regresado a esta época y era la razón detrás de la muerte de Ben a manos de este desconocido agresor.

—Eres una moza muy atractiva, Kenzie. ¿Buscas un marido propio? Yo aún no me he asentado, y pareces del tipo que me daría hijos fuertes.

Kenzie se atragantó por la sorpresa. Miró a Evan. Hablaba mortalmente en serio. De nuevo, un escalofrío le recorrió la espalda, y sintió lástima por quien terminara con él. Algo le decía a Kenzie que sería un marido duro y posiblemente cruel.

—No estoy interesada, lo siento. De todos modos, pronto volveré a casa. —Kenzie le lanzó una media sonrisa, tratando de suavizar su respuesta, pero él no cayó en la trampa y frunció el ceño.

—¿Entonces eres demasiado buena para mí, muchacha? ¿Puedes calentar la cama del Laird de Ross, pero no la del futuro laird del Clan Grant? Es insultante.

Kenzie miró furiosa al hombre. ¿Cómo se atrevía a ser tan grosero y vil?

—También es insultante que me digas algo así. Si el Laird de Ross estuviera aquí, ¿serías tan

sincero en tus opiniones sobre los hijos que podría darte y lo bien que calentaría tu cama?

—Sería prudente que consideraraís mi oferta. Creo que descubriréis que el laird y mi hermana formarán un vínculo, en algún momento, tal vez no tan fuerte como el que hubo entre Ben y Aline, que Dios tenga en su gloria, pero lo suficientemente sólido como para unir a las dos familias una vez más. Es justo que tengamos voz en la crianza de Alasdair.

Sus palabras hicieron que Kenzie se detuviera. —Pensé que esa era la razón por la que estabais aquí ahora. Para renovar vuestra amistad y lazos de sangre sin matrimonio. Ciertamente no habéis mencionado este deseo al laird todavía y lleváis aquí algunas semanas. ¿O hay una razón diferente para vuestra estancia en el Castillo Ross?

¿Para matar al laird cuando se presente la oportunidad?

—No, tenéis razón, y nos sentiríamos terriblemente decepcionados si alguien se interpusiera en nuestros planes. Athol tomará el lugar de Aline, y vos os marcharéis o os casaréis conmigo sin mucho alboroto.

El temperamento de Kenzie estalló. —Oh, me marcharé pronto, pero no me casaré con vos, Evan Grant. No creo que nos lleváramos bien en absoluto. —Si el hombre quería una mujer que cocinara, limpiara y prácticamente le limpiara el trasero, ella definitivamente no era la mujer para él.

—También sería bienvenido si dejarais que Athol y el Laird Ross pasaran tiempo juntos, sin vos como distracción. Sé que el laird os ha tomado cariño, pero si pensáis que sois diferente de las muchas otras ramerías que han pasado por su cama, os estáis engañando.

Los celos corrieron por sus venas. Celos que estaban fuera de lugar, ya que esto, fuera lo que fuese entre ella y Ben, era solo algo temporal. Y maldita sea, pero el hombre tenía razón. Si ella no hubiera venido aquí, no solo a esta época, sino al Castillo Ross, Ben podría haberse enamorado de Athol, y *podrían* haber construido algún tipo de futuro juntos.

Quizás *era* su presencia aquí lo que lo mataba.

El pensamiento la llenó de pavor, y luchó por no sentirse enferma. *¿Qué he hecho?*

Llegaron juntos al castillo, no sin algunas miradas extrañas de los guardias en la puerta o de aquellos que patrullaban las almenas. Kenzie desmontó rápidamente y entró para buscar a Ben. Tenía que hablar con él, hacer que la perdonara, hablar con él sobre lo que podrían hacer para mantenerlo vivo. Odiaba el hecho de que estuviera enojado con ella.

Pero en realidad, se lo merecía. Le había fallado.

Kenzie revisó el solar pero lo encontró vacío, al igual que el gran salón. Subió las escaleras lo más rápido que pudo, algunas de ellas no tan altas como las otras, lo que hacía que subir a un ritmo rápido fuera incómodo.

La puerta de su habitación estaba abierta, y al pasar, Kenzie vio a su criada sentada en la silla frente al fuego, remendando el dobladillo del vestido que se las había arreglado para pisar el día anterior.

Al llegar a los aposentos de Ben, golpeó una vez, dos veces en las puertas dobles de madera

pero no escuchó respuesta de bienvenida. Al asomarse, frunció el ceño cuando esta habitación también estaba vacía. ¿Dónde estaba?

El pensamiento de que tal vez no había regresado o había sido herido en su camino de vuelta aquí la hizo girar y correr por el pasillo solo para chocar contra una pared de músculos al llegar al primer escalón.

—*Uf* —dijo, extendiendo la mano para estabilizarse en su pecho. Él estaba uno o dos escalones por debajo de ella y Ben seguía siendo igual de alto.

—¿De qué huyes, muchacha? Podrías haberte caído y lastimado.

La reprimenda después de su pelea anterior no hizo nada para disminuir el pánico que arañaba su conciencia. Durante las pocas semanas que habían estado aquí juntos, viviendo como sospechaba que lo harían un marido y una esposa, había llegado a apreciar a este maravilloso hombre medieval.

Nunca deseó que le sucediera nada malo. Una vez, pudo haber sido solo una imagen en un cuadro sobre la que se preguntaba. *¿Quién era? ¿Alguna vez fue feliz? ¿Cómo era su vida? ¿Qué le sucedió?* Pero ahora, ¿ahora? La idea de que estaba a solo unas semanas de la muerte la dejaba destrozada y tambaleante.

Lo amaba.

—Te estaba buscando. Cuando no pude encontrarte en tu habitación, ni en ninguna parte del castillo, me preocupé de que te hubieran atacado en el camino de regreso al castillo.

Él se pasó una mano por el cabello negro azabache, dejándolo de punta. —Te estaba buscando, muchacha. No debería haberte dejado sola. Te dejé desprotegida y lo siento por ello.

Kenzie suspiró. —Necesitamos hablar. Vamos a tu habitación.

Ben asintió y caminó por el pasaje, con Kenzie a su lado. ¿Cómo era posible que solo estar a su lado, sentir su fuerza y poder, la dejara sin aliento y hiciera que su corazón latiera con fuerza? Ben ya no era "solo un poco de diversión" mientras visitaba el pasado. En el corto tiempo que lo había conocido, se había convertido en una de las personas más importantes de su vida.

Entraron en su cámara y la llave en la cerradura sonó con fuerza. Kenzie se paró frente al fuego, deseando su calor por si acaso lo que Ben iba a decir la dejaba fría.

—Estaba enojado contigo. En realidad —dijo apretando los labios—, todavía estoy enojado contigo. Quiero saber por qué volviste a mi época. ¿Qué esperabas lograr?

Kenzie tragó saliva, eligiendo cuidadosamente sus palabras. —Quería conocer a Gwen y Braxton, como sabes. Pero también quería conocerte a ti, si era posible. Quería ver el Castillo Ross, cómo era y cómo funcionaba antes de que cientos de años pasaran factura al edificio.

—Sin mencionar un incendio, si lo que dices es cierto.

—Sí, es cierto. En mi época, el Castillo Ross es una ruina. —Kenzie se sentó en la silla, entrelazando las manos en su regazo—. Ben, nadie sabe qué te sucede o quién lo hizo. Originalmente, volví para averiguar quién era, para resolver el misterio que ha atormentado a mi familia durante generaciones. Nadie me creería si volviera a casa con todos los hechos

relacionados con tu muerte y la destrucción de este castillo, pero tenía que saberlo por mí misma. Tal vez con investigación podría haber resuelto tu asesinato.

—¿Y ahora? —Él permaneció junto a la puerta, sin haberse movido. Su mirada era dura, herida, y ella odiaba haberle hecho eso.

—Ahora quiero evitar que suceda. Lo último que deseo es que salgas lastimado. Que algo le pase a Alasdair o a tu hogar que tanto amas. No pensé. —Tragó saliva, tratando de encontrar las palabras. De expresar sus pensamientos y sentimientos, algunos de los cuales nunca pensó decir en voz alta.

—¿Qué? ¿No pensaste *qué*, muchacha? —Su voz la envolvió, imperiosa, pero con un hilo de necesidad, de querer saber lo que ella pensaba.

—Nunca pensé que me enamoraría de ti. —Kenzie encontró su mirada. Nunca se había sentido tan expuesta. Su corazón estaba frente a una daga afilada y Ben podía o bien eliminar la amenaza, salvarla, o atravesarla dejándola muerta.

¿Qué hará?

BEN NUNCA PENSÓ ESCUCHAR tales palabras dirigidas a él. Ciertamente Aline nunca lo había amado, aunque se habían querido mucho. Nunca fue esta alegría que consumía el alma que lo recorría al oír sus palabras.

Una vez, había pensado que tales emociones solo hacían débil a un hombre, incluso blando, pero ya no. Tener el amor de una mujer tan fuerte, inteligente y amable solo hacía al hombre aún más fuerte. —Ven aquí, muchacha.

Ella prácticamente corrió a través de la habitación y se arrojó a sus brazos. Tenerla contra su pecho era correcto, exactamente donde debía estar. Ben respiró profundamente el aroma a rosas que emanaba de su cabello, besando su sien.

—Lo siento, muchacha.

Ella se apartó, deteniendo sus palabras con la suave yema de su dedo sobre sus labios. —No. Yo lo siento. Debí haber sido honesta desde el día que nos conocimos, incluso si decir tal cosa hubiera sido difícil de escuchar. Y hay algo más que he pensado que me preocupa, Ben.

Él suavizó el ceño entre sus cejas. —¿Qué más, Kenzie?

—No ha habido ninguna amenaza, y me preocupa que mi presencia aquí quizás haya cambiado el curso de esa amenaza. A finales de mayo es cuando sucede, pero ¿y si sucede mañana? No estás preparado cuando podrías haberlo estado. Tal vez mi presencia aquí sea la razón por la que te maten. ¿Y si mi regreso es realmente lo que provoca tu muerte?

Las lágrimas se acumularon en sus ojos y él la atrajo contra sí, odiando el dolor en su mirada. —Muchacha, estás pensando demasiado, leyendo y preocupándote por cosas que no están bajo nuestro control. Si Dios todopoderoso me tiene marcado para una fecha a finales de mayo para

encontrarme con él, entonces eso es lo que sucederá, y nada de lo que digas o hagas lo cambiará.

—Tenemos que cambiarlo. No puedo perderte.

Ben hizo una pausa ante sus palabras, meciéndola un poco. —Kenzie, me vas a perder de todas formas. No te vas a quedar.

Ella se quedó inmóvil en sus brazos, como si sus palabras la hubieran devuelto a la realidad. —No quiero volver.

Sus palabras, ahogadas contra su camisa, eran casi inaudibles, pero él las escuchó como si las hubieran gritado a través de la habitación. —Este no es tu tiempo, ni deseo que lo sea. Por mucho que te quiera, que desee que te quedes. No lo permitiré. El mundo del que vienes suena tan mágico como tú. Un lugar donde es más fácil vivir, un lugar donde tienes familia y amigos esperándote. Aquí tienes a un hombre que te ama tanto como temo que tú lo amas, pero nada más. No es suficiente.

Kenzie lo miró, sus ojos grandes y tan esmeralda como la hierba de las montañas de las Highlands. —¿Tú también me amas?

Och, la amaba. La extrañaría hasta el día de su muerte con una ferocidad más allá de todo lo que jamás había conocido. Cómo seguiría adelante una vez que ella se fuera era una incógnita, y siempre se preguntaría si volvería. Si vendría a verlo de nuevo. Si sobrevivía al ataque de mayo que estaba por suceder. Si la historia estaba realmente escrita en piedra.

—Aye, te amo. Demasiado para ponerlo en palabras.

—¿Cómo viviré sin ti? No quiero hacerlo. —Una lágrima rodó por su mejilla y él la limpió con su pulgar, acunando su rostro para que lo mirara.

—Es una carga que ambos llevaremos.

ENTONCES LA BESÓ y Kenzie se perdió. Estar en sus brazos era donde pertenecía, y no podía enfrentar vivir en un mundo donde él no existiera. Él lo era todo para ella, y no podía perderlo ahora. No después de que acababa de encontrarlo.

Volver a la Escocia del siglo XVII no era donde esperaba encontrar el amor. Tampoco lo estaba buscando. Era joven, tenía un negocio que dirigir y un enorme proyecto de renovación del que ocuparse. No había pensado que enamorarse de un highlander medieval la haría cuestionar su vida, lo que era importante para ella. Pero Ben hacía eso.

La hacía cuestionarlo todo.

Ben la despojó de su vestido y se rio cuando vio sus pantalones escondidos debajo. La levantó y la llevó a la cama, acostándola. Le quitó las botas de cuero, desató el cordón que sujetaba sus pantalones y se los quitó, arrojándolos al suelo junto al creciente montón de ropa.

Kenzie observó cómo desataba su sporran y su kilt, que también cayeron al suelo con un susurro. Se sentó, quitándose la camisa y la ligera enagua debajo, exponiéndose ante él. El

aliento en sus pulmones se escapó cuando él hizo lo mismo, los músculos marcados de su abdomen flexionándose con cada movimiento. Era tan fuerte, un magnífico guerrero de las Highlands, y era todo suyo.

Ben se arrastró por la cama y se tendió sobre ella, levantando sus piernas para que se acomodaran alrededor de su cintura. —No puedo esperar para tenerte, muchacha. Di que me dejarás tenerte ahora.

Ella asintió, el calor acumulándose en su centro mientras él ondulaba y provocaba su carne. No le negaría nada.

Kenzie gimió cuando él se deslizó dentro de ella, profundo y seguro. La llenó, le hizo el amor con embestidas dulces e interminables que la llevaron a la distracción. Una combinación perfecta de placer y tortura, muy parecida a su relación.

Kenzie despertó a la mañana siguiente cálida y acurrucada bajo una multitud de pieles de animales, sin el hombre que quería tener a su lado. De alguna manera, también había logrado volver a su habitación. Una pequeña sonrisa elevó sus labios al pensar en Ben cargándola, tratando de no ser visto al amanecer.

El sonido de la leña arrojada al fuego la hizo mirar hacia la chimenea, donde divisó a su doncella, ocupada preparando la habitación para ella. Kenzie se incorporó y se estiró.

—¿Podrían prepararme un baño esta mañana?

La doncella hizo una reverencia.

—Por supuesto, mi señora. Lo prepararé de inmediato.

Kenzie la observó marcharse, preguntándose, no por primera vez, qué les sucedería a las personas que vivían aquí. ¿Adónde irían cuando el Castillo Ross fuera sitiado por el atacante desconocido? ¿Serían asesinados, expulsados sin la protección de un laird? ¿Esclavizados?

Un rato después, la doncella regresó junto con algunos sirvientes masculinos que se dispusieron a llenar su bañera con múltiples cubos. Kenzie se sentó frente al fuego y pidió a una de las sirvientas que se sentara con ella. La pobre chica retorció sus manos en su regazo, y Kenzie sonrió, tratando de calmar sus nervios.

—¿Puedo preguntarte tu nombre?

—Por supuesto, mi nombre es Beth, mi señora.

—Y Beth, ¿te gusta trabajar aquí?

Los ojos de la mujer se abrieron antes de asentir.

—Sí, mi señora. Fui la doncella personal de la difunta señora antes de su muerte, que en paz descansa. Soy una Ross, aunque varias veces alejada del laird. Pero este es mi hogar, y me siento segura aquí. —La mujer hizo una pausa—. ¿Estoy en problemas, mi señora?

—No —dijo Kenzie, sin querer asustar a la chica—. En absoluto, pero hay algo que necesito que hagas durante la próxima semana, si es posible.

—Por supuesto. Lo que sea.

Kenzie respiró hondo.

—Necesito que me des una lista de todas las familias con niños que residen bajo el cuidado del Castillo Ross. Y necesito reunirme con ellos, no al mismo tiempo, sino en grupos, si es posible.

—¿Están en problemas, señorita?

—No, no lo están, y es exactamente así como quiero que siga siendo.

KENZIE TRAMABA ALGO. Ben estaba en las almenas y por cuarta vez esa semana había visto a la mujer, por quien moriría para proteger, a quien adoraba tanto como a su hijo, salir de las murallas del castillo hacia la pequeña aldea pesquera más allá de sus puertas, con su doncella Beth religiosamente a cuestas.

Sacudió la cabeza, sonriendo un poco por sus asuntos mientras Bruce se colocaba a su lado.

—Así que tu mocita sale de nuevo en su misión.

—Aye, y antes de que me preguntes de qué se trata, no lo sé. Esperaba que me lo dijera cuando estuviera lista, pero no lo ha hecho.

—Estás siendo muy confiado. ¿No tienes ni un poco de curiosidad por lo que ella y Beth hacen cada día?

Ben sentía más curiosidad de la que jamás hubiera creído posible, pero quería que ella se lo dijera cuando estuviera lista. Sin embargo, ahora, después de cuatro días, era hora de averiguar qué tramaba su muchacha.

—¿Sabías que ha estado visitando no solo las aldeas, sino también a la gente que vive justo fuera de las murallas? Hablando con ellos sobre higiene y preparación de alimentos. ¿Qué demonios es la higiene, de todos modos?

Ben sonrió.

—No, no tengo idea.

Pero la idea de que Kenzie estuviera tratando de mejorar la vida de las personas que vivían en el Castillo Ross lo dejó más orgulloso de lo que jamás hubiera creído posible.

Cuánto la amaba. Era una mujer tan capaz e independiente. Había mucho que admirar.

—Estoy seguro de que solo está tratando de ayudar, y tal vez si la escucharas, podrías aprender una cosa o dos.

Bruce se burló.

—Sé todo lo que hay que saber sobre la vida. No necesito lecciones de una mujer.

Ben se volvió al escuchar al laird del Clan Grant y a su hijo Evan discutiendo en el patio de abajo. Se apoyó contra la almena y observó. El muchacho Evan era impetuoso y demasiado rápido para empuñar la espada. El laird, aunque no más confiable, al menos reflexionaba sobre los asuntos antes de actuar basándose en medias verdades o insultos.

—¿Sabías que Evan Grant le pidió a Kenzie que fuera su esposa? Confrontó a la muchacha

de camino de vuelta de la plantación el otro día.

Una fría y tronadora rabia lo invadió. ¿Evan Grant le había pedido que fuera su esposa? Mataría al hombre por actuar de manera tan presuntuosa. Kenzie era suya y de nadie más. Nunca debería haberla dejado sola ese día. Cualquier cosa podría haberle sucedido. Podría haber sido asesinada, violada, secuestrada. La lista era interminable. Debería ser azotado por permitir que su temperamento lo dominara.

—No se te permite matar al muchacho Grant, Laird. Eso iniciaría una guerra para la que estamos poco preparados.

Lo cual era otra cosa que pesaba sobre Ben. Si no se hubiera ido de putas, bebiendo hasta la inconsciencia durante los meses posteriores a la muerte de Aline, sus hombres del clan estarían mejor preparados para cualquier ataque al que pudieran enfrentarse. Y lo más importante, el que tendría lugar en mayo.

Frunció el ceño, preguntándose si las frenéticas discusiones de Kenzie con su gente tenían algo que ver con lo que la historia le deparaba. ¿Estaba tratando de salvarlos a todos?

—No tengo intención de causar problemas con el clan Grant. Después de todo, son la familia de mi hijo, pero no permitiré que Evan Grant piense que puede tocar ni un cabello del cuerpo de Kenzie. Es mía y de nadie más.

Bruce se volvió hacia él, dándole una palmada en el hombro.

—Me agrada Kenzie y creo que será una buena señora para ti. ¿Cuándo vas a pedirle que sea tu esposa?

El hecho de que no pudiera casarse con la muchacha dejó a Ben vacío por dentro. Se había prometido a sí mismo que nunca volvería a casarse. Nunca pondría a otra en riesgo teniendo sus hijos. Las últimas semanas que había estado durmiendo con Kenzie habían sido cuidadosos, y había hecho que la curandera del pueblo le enviara una porción de zanahoria silvestre para mezclar con su té y evitar complicaciones innecesarias, pero aun así... La imagen de Kenzie embarazada de su hijo, con Alasdair en la cadera, era una imagen por la que mataría por ver. La realización lo golpeó como un golpe, y apretó los puños, inclinándose sobre las almenas para recuperar la compostura.

Ella era demasiado joven para morir. No le pediría que se casara con él, sin importar cuánto anhelara pasar el resto de su vida con la muchacha. Kenzie había dejado sus planes perfectamente claros desde el principio. Regresaría a casa, pero si podían disfrutar de la compañía del otro mientras tanto, que así fuera.

—Kenzie no es como otras mujeres y no desea casarse, así como yo no quiero otra esposa. Disfrutamos de la compañía del otro y nada más. Pero aún así no aprecio que Evan Grant le imponga a ella su deseo. No lo permitiré.

—Debéis hablar con él, pues creo que está bastante decidido.

Ben frunció el ceño.

—Esta noche, después de la cena, deseo discutir un asunto contigo, pero en privado.

—¿Debo estar en guardia? ¿De qué se trata?

Bruce le lanzó una mirada preocupada y Ben negó con la cabeza para disipar la inquietud del miembro del clan.

—No, aún no, al menos, pero ven con la mente abierta, pues lo que estás a punto de escuchar puede ser un poco increíble.

—Aye, por supuesto, mi Laird.

BEN LLAMÓ a la puerta de Kenzie y, al no recibir respuesta, la abrió, encontrando la habitación vacía. Entró y cerró la puerta, sentándose al pie de la cama para esperar su regreso. La habitación olía a rosas. Viendo que el fuego comenzaba a menguar, arrojó un par de troncos y un bloque de turba.

La puerta se abrió de golpe y Kenzie entró en la habitación como una ola de aire fresco primaveral. Una sonrisa se dibujó en sus labios al verla antes de que ella cerrara la puerta, atrancándola.

—Qué agradable sorpresa. ¿Has venido a tomarme en tus brazos y hacerme el amor imprudentemente?

Si tan solo pudiera, pero eso tendría que esperar.

—Aún no, pero ven aquí. Te necesito.

Ella fue voluntariamente a sus brazos, y él respiró profundamente su aroma. Apoyó la barbilla sobre su cabeza, atrayéndola hacia sí.

—¿Qué has estado haciendo todo el día, muchacha? La última vez que te vi te dirigías al pueblo.

Kenzie se apartó de sus brazos y él la echó de menos inmediatamente. Desatando su capa, evitó su mirada mientras colocaba la prenda sobre la única silla que había frente al fuego ahora rugiente.

—No estaba haciendo nada malo, si es lo que preguntas. Solo fui a dar un paseo. Con mi doncella.

—Hmm —dijo él, preguntándose por qué no quería contarle lo que realmente estaba haciendo. ¿Acaso pensaba que le impediría continuar con su plan?—. Kenzie, mírame. —A regañadientes, lo hizo—. ¿Qué estás haciendo, amor?

Ella suspiró.

—He estado tratando de preparar al pueblo, a tu gente, por si algo te sucediera. No es que haya estado diciendo abiertamente que su laird está bajo amenaza y que posiblemente podría resultar herido en el próximo mes, sino solo un poco sobre cómo pueden acudir a Gwen y Braxton, o incluso al Laird Macleod en busca de ayuda. Para que piensen dónde deberían ir si el pueblo fuera atacado o dónde podrían esconderse en la casa. Construir un sótano o algo similar,

para mantener a los niños a salvo.

Ben se frotó la mandíbula.

—Cuando el castillo es atacado, no es que crea que tal cosa sucederá en un futuro previsible, las mujeres y los niños siempre son enviados a las colinas para esconderse en el bosque. Saben que deben esperar a que sea seguro antes de regresar. Los hombres ayudan a luchar. El pueblo, este castillo y el Clan Ross permanecerán en pie durante muchos años. No ha habido señales de amenaza de ninguna parte y he aumentado los guardias y vigías. Si alguien viene, estaremos preparados para ellos.

—¿Y si ya están aquí, Ben? —Se arrodilló frente a él.

—No es el Clan Grant.

—¿Pero y si lo es? ¿Y si quieren todo esto para tu hijo, pero no para ti? Si te eliminan, tienen todo esto hasta que Alasdair alcance la mayoría de edad. —Hizo una pausa, mordiéndose el labio, y él le tomó la mejilla, haciendo que lo mirara.

—¿Qué estás pensando ahora en esa brillante mente tuya?

—Espero, lo hago... con todo mi corazón, estar equivocada y que ninguna amenaza llame a tu puerta. Espero que mi llegada aquí haya torcido la historia de alguna manera, detenido lo que te sucedió. Pero si no, necesitas estar listo y dispuesto a ver que quizás la amenaza ya está cerca y por eso no has oído nada de tus guardias.

Ben observó la llama lamer la madera. ¿Podría Kenzie tener razón? ¿Podría el Clan Grant querer el Castillo Ross para ellos mismos, o al menos la tierra fértil y su ganado? Pero por qué...

—No tiene sentido que el Clan Grant me quiera muerto. Soy un aliado, emparentado por mi hijo y no les he hecho nada para provocar su ira. Si están en problemas, les ayudaría, y esperaría la misma ayuda a cambio. Somos familia.

—Sedujiste a la hija del laird, te fugaste con ella y te casaste sin siquiera preocuparte por su padre para ver si estaba de acuerdo. Tal vez el laird se haya calmado después de todos estos años, pero Evan Grant parece estar enojado contigo la mayor parte del tiempo. Eso no es normal, seguramente.

Lo que Kenzie decía era cierto y podría ser una razón para prepararse para un ataque desde dentro de los muros. Kenzie le había dicho que el Castillo Ross fue quemado hasta los cimientos después del ataque. Sería un simplón si ignorara cualquier cosa que ella sugiriera. La muchacha era educada, ciertamente una mujer muy inteligente, y con su ayuda, tal vez podría burlar al villano.

—No, no es normal, pero Evan Grant nunca se ha preocupado por los demás, así que ofenderse por cualquier cosa que diga no ayudaría. Pero hablaré con Bruce, le contaré mis preocupaciones y pondré en marcha las medidas apropiadas para mantener a salvo a quienes están dentro de los muros del castillo.

Los hombros de Kenzie se hundieron de alivio, y se inclinó entre sus piernas para abrazarlo.

—Gracias por escucharme. Espero que lo que me preocupa nunca llegue a suceder, pero creo

que debemos hacer todo lo posible para mantener a salvo a la gente bajo tu cuidado, a tu hijo y a ti mismo, en caso de que la historia resulte ser cierta.

Ben le frotó la espalda y se abrazaron durante un breve momento, siendo el crepitar del fuego el único sonido en la habitación.

—No me dijiste que Evan Grant te pidió que fueras su esposa.

KENZIE SONRIÓ contra el pecho de Ben y se apartó un poco para mirarlo.

—No me hablabas en ese momento, así que no, no lo hice.

Él hizo una mueca.

—De nuevo, muchacha, lo siento por mi mal genio. Es solo que lo que dijiste no era lo que esperaba oír.

La idea de casarse con el demasiado orgulloso y arrogante imbécil que era Evan Grant le revolvía el estómago. —Me lo pidió, y le dije que no. No voy a ser su yegua de cría—. Pero últimamente Kenzie se había estado preguntando cómo sería ser la amante de Ben para siempre, casarse con él y posiblemente tener sus hijos, un hermanito o hermanita para Alasdair.

—Creo que deberías irte antes del tiempo asignado en el que dices que el castillo cae. Para estar seguro de que pase lo que pase, sea lo que sea que el futuro tenga establecido para mí, no te afecte, ni amenace tu seguridad y tu vida.

Kenzie se sobresaltó ante sus palabras. —No puedo volver antes de ese momento. No lo haré, Ben. Si puedo ser de alguna ayuda aquí, aunque sea para proteger al pequeño Alasdair, lo haré. Si regresara a casa y la batalla ocurriera y no me quedara hasta el final para intentar detener lo que sea que te pasó, nunca me lo perdonaría—. El dolor le atenazaba el estómago y luchaba por respirar. Dejar a Ben y no volver a verlo nunca le dolía más de lo que jamás hubiera imaginado.

—No puedo irme, Ben.

—Tienes que irte —dijo él, incorporándose y clavándole una mirada dura—. Convocaré a Gwendolyn si no regresas por tu propia voluntad. Esta época no es segura, y si lo que dices es cierto, si lo que va a pasar aquí en menos de una semana, entonces debes irte.

—No puedo —repitió ella, negando con la cabeza.

—¿Por qué no?

Kenzie tragó saliva. —Me he enamorado de ti, y perderte no solo por el tiempo sino por la muerte misma, saber que no seguiste adelante y tuviste una vida larga y fructífera sería demasiado difícil de soportar. Por favor, no me hagas irme.

Se sentó a horcajadas sobre el regazo de Ben. —De alguna manera, en mi loca aventura para ver la Escocia medieval y al famoso Ben el Negro, he encontrado a mi alma gemela. Nunca quise que nada de esto sucediera. En mi época, soy una mujer de negocios exitosa. No busco una relación a largo plazo. Pero por ti, renunciaría a todo eso, aunque solo fuera para asegurarme de

que te mantengas a salvo y vivo en esta época.

Ben le agarró las mejillas, sacudiéndola un poco. —No puedes quedarte, no importa cuánto te ame yo también. Mereces vivir en libertad y disfrutar de las maravillas de tu tiempo. No aquí, donde cada día es un regalo, o cualquier día alguien podría venir a asaltar el castillo y amenazar todo lo que aprecias.

—Y aun así, eso no cambia nada, porque me voy a quedar. Y si convocas a Gwen, simplemente le diré lo que me has contado, y ella no me hará volver.

—Pero tu familia, muchacha. Tu madre estará devastada si no regresas.

Kenzie había pensado en eso, y tal vez podría volver a casa solo para hacérselo saber a su madre. Para despedirse y dejar todas sus propiedades al actual Laird MacLeod. —Por mucho que ame a mi madre y la vaya a extrañar, ella no es mi futuro. Tú eres mi futuro. Quiero quedarme aquí contigo. Casarme contigo, si me aceptas.

Su silencio era ensordecedor, y Kenzie tuvo el terrible pensamiento de que sus sentimientos no eran tan fuertes como los de ella. El amor venía en muchas formas. ¿Tal vez él la veía solo como una pequeña diversión entre las sábanas? El calor le invadió el rostro y se escabulló de su regazo cuando él se negó a responderle.

—No deseo casarme de nuevo, muchacha. Sé que tienes tu propia protección contra el aumento con un bebé, y si no hubieras tenido tal seguridad, nunca te habría tocado. No necesito otro heredero. Tengo a Alasdair. Y no puedo ver morir a otra mujer que me importa simplemente para darme herederos. No lo haré.

Kenzie se envolvió en un chal de lana, el frío del suelo de piedra le hacía escocer los pies. —No tenemos que tener hijos, Ben —. Aunque le encantaban los niños, estaría bien si no tuviera ninguno. Alasdair era un niño dulce y aliviaría cualquier dolor que pudiera tener por no tener sus propios hijos. No tenías que ser el padre biológico de un niño para ser su madre. Para cuidarlo y amarlo con todo lo que eres.

—Los errores ocurren y con ellos, tu vida podría estar en riesgo.

—Mi vida ya está en riesgo de todos modos. Cada día podrías morir. Nada es infalible. No puedes envolver a todos en algodón para evitar que vivan. Tú no mataste a Aline. Ella murió en el parto. Un hecho desafortunado y triste de la vida del que las mujeres somos muy conscientes cuando deseamos un hijo. Pero lo hacemos de todos modos, porque, por supuesto que sí. No hay otra opción.

Ben se levantó de la cama y se unió a ella frente al hogar. Tomándole las manos, la miró fijamente y nada en sus rasgos revelaba lo que estaba pensando.

¿Qué está pensando? —Lo siento, muchacha. No puedo casarme contigo.

Soltó sus manos y caminó hacia la puerta, y Kenzie lo miró alejarse, incapaz de comprender lo que acababa de suceder. —Alejarme de ti no me mantendrá a salvo, Ben.

Su paso nunca vaciló mientras abrió la puerta de golpe y continuaba por el pasillo. Kenzie cerró la puerta tras él y frunció el ceño. Esto no podía quedar así, y si pensaba que podía

deshacerse de ella tan fácilmente, estaba muy equivocado. El amor valía la pena luchar por él, y sin importar su aversión al acto del matrimonio, en su corazón, Kenzie estaba segura de lo que él sentía por ella.

No se equivocaba.

CAPÍTULO CATORCE

BEN ESTABA SENTADO en el estrado, desayunando y mirando a sus hombres del clan comer frente a él. El Laird Grant estaba sentado a su lado, masticando más ruidosamente que sus vacas en el pasto.

Tomó un respiro para calmarse, queriendo decirle al viejo que cerrara la boca, pero no lo hizo. Arremeter contra otros nunca resolvía nada, y los Grant no tenían nada que ver con el hecho de que Kenzie Macleod le hubiera pedido matrimonio y él la hubiera rechazado con sus palabras tan rápido como podría haberlo hecho con su espada.

Tomando un sorbo de hidromiel, suspiró. La había lastimado. Por su propio miedo la había alejado, posiblemente provocando su partida debido a sus palabras descuidadas y temerosas.

—He estado queriendo preguntarte, Ben, si estás interesado en casarte con mi hija Athol. Llevamos aquí algunas semanas, tiempo suficiente para que conozcas a la muchacha y veas su potencial como tu esposa.

Ben se atragantó con su bebida y disimuló su sorpresa con una tos. —Por mucho que apreciara a Aline, no busco casarme con su hermana. No importa cuán hermosa sea la muchacha, no es lo que deseo. Ni creo que Athol estaría complacida con tal evento.

El Laird Grant asintió, frotándose la barba canosa. —Entiendo tu punto, y sin embargo, la muchacha estaría bien bajo tu cuidado. Es hermosa sin duda, pero también sería una buena madre para mi pequeño nieto. Piensa en la posibilidad, no la descartes tan rápido antes de que hayas tenido la oportunidad de ver todos los aspectos positivos que tal unión traería a ambas familias.

Ben divisó a Kenzie atravesando el gran salón hacia la puerta exterior. Una gruesa capa de lana cubría sus hombros y parte de su cabeza. Ninguna doncella la acompañaba. Se puso de pie, decidido a asegurar su seguridad dondequiera que se dirigiera.

—La muchacha Macleod no es para ti, Laird. También es bonita, te lo concedo, pero no conoce las costumbres de nuestras tierras, de nuestra gente. Es mejor que te cases con la familia más cercana a ti fuera de la tuya propia. Esa somos nosotros.

Ben frunció el ceño. —No aprobaste mi matrimonio con tu hija, Aline, así que tengo curiosidad por saber por qué pareces tan decidido a que me case con su hermana. —El Laird

Grant se removió en su asiento y lanzó una mirada a su hijo Evan, que estaba junto al fuego.

—Sé que no tuvimos el mejor de los comienzos. Deseaba que Aline se casara con el Laird Macleod, y sin embargo, ella fue feliz contigo. Sus cartas ciertamente parecían mostrar que había llegado a quererte mucho, y por eso mi odio hacia ti ha cesado. Hiciste feliz a mi hija durante el tiempo que estuvo aquí y eso es suficiente para mí.

Si Ben no hubiera estado sentado, las palabras del laird lo habrían derribado. —Yo quería mucho a Aline, y siempre lo haré. Es la madre de mi hijo, y por eso estaré eternamente agradecido. Pero no busco casarme de nuevo, y me disculpo por darte más motivos para desaprobarme, pero no puedo casarme con Athol. No importa cuán adecuada pueda ser como mi esposa y madre de mi hijo.

El laird le dio una palmada en la espalda. —Es lo que pensé que dirías, pero Athol estaba decidida a tenerte como esposo, y por eso era el deber de un padre preguntar. —Hizo una pausa—. Debo preguntarte por qué estás tan decidido a no volver a casarte y dar algunos hermanos y hermanas al pequeño Alasdair. Al muchacho le vendría bien tener algunos hermanos para querer y pelear.

La culpa rugió dentro de él al saber que él estaba vivo y su esposa ya no, debido únicamente al hecho de que necesitaba un heredero. Pensar en perder a Kenzie de esa manera desgarraba su alma en dos. —No puedo pedirle a otra que arriesgue su vida teniendo más de mis hijos. Fue el sacrificio máximo de Aline, y si no hubiera quedado embarazada, hoy estaría viva.

—Sí, lo estaría —dijo el padre de Aline, partiendo un trozo de pan y echándoselo a la boca—. Y sin embargo, si hubiera sobrevivido o si solo ahora estuviera intentando tener un hijo, no cambiaría nada de su camino. La muchacha, por muy espinosa que fuera con algunos, era una buena chica y deseaba tener hijos propios. No habrías cambiado su destino. Es la voluntad de Dios, muchacho.

Ben se puso de pie. —Si me disculpas, Grant. —Salió de la habitación, las palabras del padre de Aline dando vueltas en su mente como una rueda. Tal vez el viejo tenía razón y Kenzie también. ¿Estaba siendo demasiado duro consigo mismo con respecto a la muerte de su esposa? Una vez casado, en realidad había disfrutado de ese estado. El lecho matrimonial era uno que había disfrutado, y durante su tiempo con Aline, había sido fiel. ¿Podría hacerlo de nuevo? ¿Podría arriesgarse a permitirse querer a otra con el conocimiento de que también podría perderla?

Ben divisó a Kenzie en el pozo, hablando con tres niños pequeños. Cualquiera que fuera la historia que les estaba contando, los pequeños estaban fascinados. ¿Qué les estaría contando? Se acercó a ella y la rodeó con sus brazos por la cintura, atrayéndola con fuerza contra su pecho.

Los ojos de los tres niños se abrieron de par en par al ver a su laird mostrando tal afecto en público, y salieron corriendo, riendo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó ella, con voz dura y distante. Lo opuesto a su cuerpo cálido y flexible contra el suyo.

—Te amo, Kenzie, muchacha, y quiero ser tuyo. Siempre.

Ella se dio la vuelta entre sus brazos, mirándolo, la sonrisa en sus labios provocando la suya propia. —¿Hablas en serio?

—Sí —dijo, asintiendo—. Hablo en serio.

—Entonces, ¿no vas a hacer que me vaya a casa si quiero quedarme aquí contigo? ¿Luchar a tu lado y detener a cualquiera que se atreva a lastimar al Laird de Ross?

Ben tomó un respiro para calmarse, sin querer que ella estuviera cerca de la escaramuza que había predicho. No que se lo fuera a decir a Kenzie. —Es lo que deseo. Sé que no tuvimos el mejor de los comienzos, por Dios que has visto lo peor de mí. Ben el Negro en su momento más oscuro y vil, y sin embargo, aquí estás, amándome tanto como yo te amo, y si mi destino es morir, que sea casado con la hermosa, inteligente y exasperante Kenzie Jacobs del Clan MacLeod.

Kenzie sonrió, rodeándole el cuello con los brazos antes de inclinarse y besarlo rápidamente. —Entonces, ¿nos casaremos pronto?

—El sacerdote del pueblo local realizará la ceremonia tan pronto como estés dispuesta. Aunque espero, muchacha, que sea dentro de un día o dos. No quiero que estés en una habitación diferente a la mía. Te quiero conmigo. Siempre.

—Suenas muy romántico, Ben. Nada parecido al endurecido guerrero empuñador de espadas que la historia ha pintado.

Él se rio. —No deberías creer todo lo que lees, muchacha —y nunca había deseado tanto que este fuera el caso, especialmente con su inminente fallecimiento. ¿Estaba equivocada la historia? ¿Realmente había muerto, o simplemente no sabían qué había sido de su clan? De cualquier manera, iba a casarse con la mujer que tenía delante, la única muchacha que había amado verdaderamente.

—Cierto —dijo ella, inclinándose para besarlo de nuevo. Esta vez, un poco menos dulcemente.

DURANTE LOS SIGUIENTES DOS DÍAS, Kenzie, con la ayuda de su doncella, transformó un vestido que consideró adecuado para una boda. El sacerdote, tal como Ben había dicho, estaba preparado para casarlos con premura y, para hacer la celebración aún más alegre, Kenzie había extendido una invitación a todos los aldeanos y miembros del clan del Castillo Ross para que asistieran.

La mañana de su boda, el personal de cocina del castillo había dispuesto una variedad de alimentos en las mesas del gran salón, y todos los asistentes podrían comer y beber libremente hasta las primeras horas de la mañana siguiente.

Un poco extravagante, y aun así Ben había pensado que era una idea maravillosa, por lo que el plan se había establecido. Kenzie había escrito a Gwen y Braxton, invitándolos también, pero

debido al corto aviso, dudaba que llegaran a tiempo.

Un ligero golpe sonó en su puerta, y Kenzie les dio permiso para entrar. Se giró para ver a Athol en el umbral, su rostro endurecido por un odio sin restricciones.

—Pasa, Athol. ¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó, despidiendo a su doncella, quien salió y cerró la puerta tras ella. Kenzie fue a sentarse frente al fuego, haciendo un gesto a Athol para que se uniera a ella allí.

Athol se sentó y juntó las manos en su regazo. —He venido a pedirlos que abandonéis este plan de matrimonio con el Laird Ross.

Kenzie sabía que esto iba a suceder. La muchacha estaba decidida a tener a Ben para sí misma, pero no había forma de que Kenzie dejara ir a Ben. —Lo siento, Athol, pero eso no es posible. Amo al laird y quiero que sea mi esposo, y él desea que yo sea su esposa. Nada cambiará eso.

—Soy la hermana de Aline, y sería más adecuada para el papel de madre y esposa que vos. El niño es de mi sangre.

—Te refieres a Alasdair. Tiene un nombre.

Athol entrecerró los ojos. —No sois adecuada ni de alta cuna. No aportáis nada a este matrimonio más que vuestra capacidad para yacer de espaldas y actuar como una ramera.

Kenzie sonrió, no queriendo dejar que esta mujer supiera cuánto sus palabras herían su alma. No se rebajaría al nivel de la mujer, por mucho que lo deseara. —No me conoces. No veo cómo es mi culpa que el laird me prefiera a mí sobre ti. Todos tienen una elección y él ha hecho la suya. Aunque lamento que te duela esa elección, es algo con lo que tendrás que vivir. Ahora —dijo, poniéndose de pie—, tengo una boda a la que asistir y tú tienes una puerta por la que salir. Que tengas un buen día, Athol.

—Os arrepentiréis de esto —dijo la hermana de Aline, escupiendo las palabras como pequeñas flechas.

Kenzie la vio marcharse. No, nunca se arrepentiría de casarse con Ben; cuando una se casaba con su alma gemela, el arrepentimiento era una emoción que nunca podría asomar su fea cabeza.

CAPÍTULO QUINCE

SE CASARON en una pequeña iglesia de piedra situada en el límite del bosque más allá del Castillo Ross. Un arpista tocaba una melodía desconocida para Kenzie, pero era tan mágica como el hombre que estaba a su lado. Su mejor kilt y la camisa más blanca con el tartán Ross sobre sus hombros y pecho le daban un aire de autoridad, un laird alto y fuerte amado por toda su gente.

Era el mejor de los hombres y desde ese día en adelante, era suyo. Lo que Kenzie admitió significaba que la Escocia del siglo XVII sería su hogar para siempre también. Tal vez después de hablar con Gwen existiera la posibilidad de que pudiera regresar a casa y contarle a su madre sobre su elección y despedirse tanto de ella como de su primo, el actual Laird Macleod. Eso esperaba.

Kenzie estaba de pie junto a Ben y observaba cómo los niños del castillo corrían por el patio. Todos parecían estar de buen humor porque su laird había encontrado una mujer por la que se preocupaba lo suficiente como para casarse. La Nodriza salió del castillo y trajo a Alasdair. Kenzie extendió los brazos y tomó al niño de Ben. Se inquietó un poco en sus brazos. Cuando ella colocó su dedo dentro de su pequeña boca, se calmó de nuevo.

—Tienes un don con él —sonrió Ben—. Me alegro.

—No estoy segura de dónde viene, porque nunca he sido madre. Pero tengo la intención de ser la mejor que pueda —era una declaración que Kenzie estaba decidida a cumplir. Y tal vez ellos también tendrían un hijo juntos. Amando a Ben tanto como lo hacía, nada le complacería más que darle una hija para completar su familia.

Ben se inclinó y besó la cabeza de su hijo antes de besarla a ella. Se escucharon gritos y abucheos desde el patio y Kenzie se rio, sonriendo cuando Ben les gritó a todos que siguieran con sus propias celebraciones y lo dejaran besar a su esposa.

—Lamento que Gwen y Braxton no estén aquí. Sé que esperabas que asistieran.

—¿Has tenido noticias de ellos? —Kenzie encontró la mirada de Ben—. ¿No estaban enojados porque he decidido quedarme y casarme con el Negro Ben del Castillo Ross? —Se rio cuando él frunció el ceño.

—No, no estaban enojados. De hecho, enviaron sus felicitaciones y buenos deseos para el

día, pero con una advertencia.

—¿Qué advertencia? —A Kenzie no le gustó cómo sonaba eso, y con las habilidades de Gwen podía significar cualquier cosa.

—Una advertencia para mí de ser sincero y amable contigo o traerán la guerra sobre mi cabeza.

Kenzie se rio, aliviada al escuchar que solo era preocupación familiar y nada siniestro. —Tengo completa fe en mi elección y en ti.

Él la besó de nuevo, más profundamente esta vez, y Kenzie se apartó al escuchar gritos fuera de las murallas del castillo. —¿Qué es eso?

Ben la empujó hacia las puertas del castillo, y ella tropezó. —Entra, muchacha. No sé qué es eso.

—Ben —dijo ella, volviendo a él y agarrando su brazo—. No hagas nada precipitado. No estamos a finales de mayo, pero no falta mucho. Podría ser que los que están fuera de las puertas tengan la intención de hacerte daño.

Ben gritó a sus hombres que se armaran, y Kenzie observó cómo las mujeres y los niños se quedaban quietos mientras los hombres pasaban de ser miembros del clan disfrutando del día de la boda de su laird a hombres a punto de defender su hogar y sus familias.

Los gritos para que el Laird Ross saliera y enfrentara al enemigo fuera de las puertas aumentaron y el temor se acumuló en el estómago de Kenzie. Observó cómo él se dirigía a las escaleras para mirar por encima de las puertas y ver quién estaba afuera. La tensión en su cuerpo y las rápidas palabras a Bruce, sin duda dándole órdenes, le dijeron a Kenzie todo lo que necesitaba saber sobre cómo terminaría su día de bodas.

Con Ben muerto y posiblemente ella también, ya que aún estaba aquí. Gritó a las familias que estaban alrededor, sus rostros pálidos y demacrados por la preocupación. —¡Todos, vayan a los lugares seguros de los que hemos hablado! Usen las salidas que les den el mejor paso y no vuelvan, bajo ninguna circunstancia, hasta que sepan que es seguro.

Las mujeres dentro de las murallas se apresuraron a hacer lo que Kenzie les pidió, y ella también hizo lo que Ben le había pedido. Entró en el Castillo Ross y cerró la puerta del patio, atrancándola.

UN PEQUEÑO DESTELLO de alivio recorrió a Ben al ver la puerta del castillo cerrarse detrás de Kenzie y su hijo. Mirando hacia su patio, vio a sus hombres del clan, todos quizás un poco borrachos por las celebraciones anteriores, pero no era nada que no hubieran experimentado antes en batalla.

Ben se paró en lo alto de las almenas y observó al Clan Grant, en particular a Evan, el hijo mayor y heredero que sostenía la empuñadura de su espada como si supiera qué hacer con ella.

Lo cual Ben tuvo que admitir, probablemente sabía. —¿Buscas pelea, Evan? —gritó Ben, recibiendo una mirada fulminante en respuesta.

—Eres una desgracia para las Highlands, y ya no deberías ser el laird del Castillo Ross. Estamos aquí para asegurarnos de que nuestro sobrino se críe lejos de tu blandura hacia el sexo débil y tus débiles maneras con tus hombres del clan. Tu esposa —dijo Evan, escupiendo junto a su caballo— no es apta para ser la madre del futuro laird, y no lo toleraremos.

La ira recorrió a Ben ante el insulto a Kenzie. Ella era más que apta para ocupar el lugar de Aline y ciertamente era una mejor elección que la otra hija Grant, que no se veía por ningún lado.

—¿Y supongo que crees que tu hermana Athol sería una mejor esposa para mí? —Ben se rio—. No creo que Aline hubiera estado muy feliz si me casara con su hermana y elegiré a mi propia esposa, muchas gracias. Ciertamente no dejaré que un pomposo imbécil como tú me diga qué hacer. Estas son mis tierras, este es mi castillo, y haré lo que me plazca dentro de ellos. Si deseo ser un laird cariñoso y considerado con mi gente y mis hombres del clan, así lo haré. Si tuvieras algo de cerebro en esa cabecita tuya, harías lo mismo.

—Después de hoy, no quedará nadie vivo aquí ni el castillo seguirá en pie. Así que podéis entregarnos a vuestra novia para que podamos deshacernos de ella. Esa es vuestra única opción, si queréis que vuestro hogar y vuestra gente permanezcan como están.

Ben se rio, echando la cabeza hacia atrás, preguntándose de dónde sacaba sus ideas aquel pobre hombrecillo. Jamás podría permitir que el castillo cayera en manos de semejante necio. Incluso con el conocimiento de lo que Kenzie le había contado, no había forma de que pudiera suceder. Ciertamente no en su tiempo. Y nunca ante Evan Grant, a quien nunca había apreciado ni considerado una amenaza.

—Si queréis pelea hoy, Evan Grant, que sea entre vos y yo. Quien gane podrá hacer lo que desee con el castillo y las tierras. Pero ninguno de mi gente debe ser herido, si yo caigo.

Evan se volvió hacia su padre y conversaron por un momento antes de que Evan levantara la barbilla.

—Si gano el combate, puedo prometeros que la gente no sufrirá daño, pero libraré al mundo de vuestra esposa y de vos mismo. ¿Estáis de acuerdo?

Ben asintió.

—Estamos de acuerdo.

Ben bajó de la muralla y llamó a su miembro del clan, Bruce.

—Haz que Kenzie y mi hijo preparen una pequeña bolsa y envíalos al Clan MacLeod. Los Grant nunca intentarían tomar ese castillo. Envíalos ahora, antes de que yo salga por las puertas, porque si hay algo que Aline me enseñó sobre su familia, es que no eran de fiar. Sé que Kenzie ha enviado a las mujeres y a los niños lejos del castillo. Asegúrate de que no quede nadie aquí excepto los hombres que estén dispuestos y sean capaces de luchar por su hogar. ¿Entiendes?

Bruce asintió.

—Sí, por supuesto, Laird, aunque creo que mi lugar está aquí con vos.

Salió corriendo a cumplir sus órdenes, y Ben observó a sus miembros del clan, armados y ansiosos por derrotar al Clan Grant.

—Mis buenos miembros del clan, parece que el Clan Grant quiere arruinar mi día de bodas. El futuro laird quiere llevarse a mi hijo, matar a mi esposa y a mí porque me negué a casarme con una de su elección. No lo haré —gritó, levantando su espada. Sus hombres rugieron, y Ben sonrió con suficiencia—. El poderoso Evan Grant desea luchar uno contra uno conmigo, y os pido a todos que os pongáis detrás de mí y os aseguréis de que la lucha sea justa. Son propensos a hacer lo que les plazca si empiezan a perder, lo cual ocurrirá. Os necesito, mis buenos hombres, para garantizar que cumpla su palabra.

Ben se paró frente a las puertas, asintiendo a sus hombres para que las abrieran. Con sus hombres detrás de él, esperó a que las puertas de madera se abrieran para que Evan Grant fuera silenciado para siempre de una vez por todas.

KENZIE OBSERVABA desde una de las ventanas superiores mientras Ben se encontraba en las puertas, con sus hombres levantando la pesada viga de madera que las mantenía cerradas. Se veía formidable, fuerte y capaz, pero el conocimiento subyacente de que Ben moriría en la lucha que estaba a punto de ocurrir la dejó helada. Era demasiado intrascendente que los Grant se hubieran vuelto contra el Clan Ross. La lucha que estaba a punto de comenzar estaba escrita en los libros de historia, y el temor se asentó en su estómago como plomo.

—Envuelve a Alasdair y prepara algún tipo de dispositivo para llevarlo de modo que pueda tener las manos libres. Necesitamos irnos.

Su doncella Beth asintió y rápidamente hizo lo que Kenzie le pidió. Kenzie recorrió la habitación y encontró un pequeño gorro de lana para el bebé. El aire a esta altura en Escocia era frío, y no quería que enfermara.

La puerta se abrió de golpe y en el umbral estaba Bruce, el miembro del clan más cercano a Ben, lo que solo significaba una cosa. Ben estaba preocupado de que hoy no resultara a su favor.

—El laird desea que os vayáis, y he venido a asegurarme de que eso suceda. Si me seguís, Kenzie.

—Estoy organizando a Alasdair. No tardaré mucho.

La doncella llevó al niño hasta Kenzie y lo colocó en una estructura tipo hamaca que colgaba de su cuello y se sujetaba con otra pieza de tela que se ataba alrededor de su estómago. El niño no era visible a menos que miraras dentro de la pequeña hamaca. Kenzie comprobó que Alasdair parecía cómodo y le deslizó el pequeño gorro de lana sobre la cabeza.

—Tú también deberías irte, Beth. El castillo podría caer ante el Clan Grant, y no puedo prometerte seguridad.

—Mi madre está sola en la aldea, señora. Me gustaría estar con ella, si estáis de acuerdo con

que os deje.

—Ve —dijo Kenzie, instándola hacia la puerta. Observó cómo la muchacha corría por el pasillo antes de dirigirse a su propia habitación, recogiendo un grueso chal y colocando una pequeña daga en su bolsillo.

—¿Estás lista, Kenzie?

—Sí —dijo, siguiendo a Bruce por el pasillo hacia las escaleras. Rugidos y gritos sonaban afuera, y las lágrimas le picaban los ojos. Colocó una mano alrededor del bebé para tratar de protegerlo tanto como pudiera, aunque si alguien los atacaba, poco podría hacer con su pequeña daga.

—Por aquí, Kenzie. —Bruce la guió hacia la muralla del patio que tenía una gran enredadera verde creciendo sobre ella. Empujando una parte de ella hacia atrás, se reveló una pequeña puerta oculta—. Por aquí.

La batalla se extendió al patio justo cuando Kenzie atravesó la puerta, pero salir no le quitó la vista de lo que estaba sucediendo. Había muchos Grant, muchos más de los que se había dado cuenta cuando Ben había salido a luchar contra Evan Grant.

Tal como Ben había dicho, la lucha ya no era solo entre ellos dos, sino clan contra clan. La puerta principal del castillo fue derribada de una patada, y mientras Kenzie se deslizaba por la empinada colina que se alejaba del castillo, el olor distintivo a humo llegó a sus sentidos. Habían prendido fuego al castillo. Entonces, ¿dónde estaba Ben?

Al pie de la colina se volvió para mirar y vio a Ben y Evan. Las espadas chocaban entre sí, los sonidos solo se interrumpían cuando uno resbalaba o tropezaba.

—Debéis iros, Kenzie, muchacha. Hay caballos en los árboles más allá. El laird quiere que estéis en el castillo del Laird MacLeod, donde él, si Dios quiere —dijo, haciendo la señal de la cruz sobre su pecho—, se reunirá con vos en unos días.

Una flecha salió disparada de entre los árboles cerca de donde Ben luchaba contra Evan, y como en una película de terror a cámara lenta, Kenzie observó cómo el arma distrajo a Ben de la amenaza que tenía directamente frente a él.

Evan lanzó un tajo y luego usó la espada como si fuera una daga, y Ben fue alcanzado. Cayó de rodillas, agarrándose el costado, y el aliento se congeló en los pulmones de Kenzie. Oyó gritar a una mujer y se dio cuenta, mientras corría hacia él, de que era ella misma.

—Ben —dijo de nuevo, deteniéndose bruscamente a su lado. Evan Grant se dirigía hacia el castillo, habiendo cumplido lo que se había propuesto. Matar al laird de Ross.

—¿Es grave? Déjame ver —dijo ella.

Él levantó la mano para acariciarle la mejilla antes de bajarla para tocar a su hijo.

—Ve a las tierras de los MacLeod, muchacha. Debes irte. Ahora. Antes de que sea demasiado tarde.

—No puedo dejarte aquí —Por el rabillo del ojo, vio a Bruce salir de entre los árboles con dos caballos, haciéndole gestos para que se uniera a él.

—Debes hacerlo, muchacha. Salva a mi hijo y a ti misma —Hizo una pausa, mirándola a los ojos—. Te amo, Kenzie. Muchísimo. Lo siento.

Kenzie se enjugó las lágrimas, inclinándose para besarlo rápidamente.

—No vas a morir aquí, Ben. No puedo permitir que eso suceda.

Él se rio un poco, pero incluso Kenzie podía darse cuenta de que estaba perdiendo mucha sangre. Agarró su chal y lo presionó contra la herida. Con fuerza.

—Soy yo quien debería disculparse por lo que estoy a punto de hacer.

Evan Grant gritó, y Kenzie miró hacia el castillo para ver que tanto él como su padre cabalgaban hacia ella. Nunca en su vida había visto a nadie con tanta determinación de exterminar a alguien. En este caso, a ella, a Ben y a Alasdair. Seguramente no matarían a su propio nieto, ¿verdad?

—Por favor, Kenzie. Vete. No puedo verte morir frente a mí.

Kenzie incorporó un poco a Ben, colocándose detrás de él y envolviéndolo tanto como pudo sin aplastar a Alasdair.

—Lo siento, Ben, pero no te dejaré —Y con la imagen del Clan Grant abalanzándose sobre ellos, Kenzie comenzó a pronunciar las palabras que la sacarían de este tiempo hacia el suyo propio. El estruendo de los cascos de los caballos aceleró sus palabras y, aferrándose más fuerte a Ben, el siglo XVII comenzó a disolverse ante ellos. Lo último que Kenzie vio fueron los rostros atónitos de Evan y el Laird de Grant mientras desaparecían. Como si nunca hubieran existido y nunca volverían a existir.

ATERRIZARON DENTRO DEL CASTILLO DRUIMINN. Ya que Kenzie tenía la habilidad de elegir dónde y cuándo quería aterrizar, por así decirlo. Y en el Castillo Druiminn, su primo y actual laird del clan la ayudaría con Ben.

Con Ben sangrando profusamente, bajó corriendo las escaleras, gritando por Richard, a quien esperaba encontrar en casa. Él la encontró en el Gran Salón.

—Kenzie, ¿qué sucede, muchacha? Estás blanca como un fantasma. Y... —dijo, retrocediendo y mirándola como si fuera la primera vez—. Tienes un bebé atado al frente.

—Por favor, deja tus preguntas sobre lo que he hecho y a quién llevo conmigo, y ayúdame. Tengo a un hombre arriba, y está sangrando mucho.

Richard frunció el ceño, mirando hacia las escaleras.

—Muéstrame.

Subieron juntos corriendo, la acción y todos los gritos despertaron a Alasdair, y sin embargo, parecía feliz de permanecer en sus brazos mientras atendían a Ben.

Richard ayudó a Ben a levantarse del suelo en la habitación de arriba y lo subió a la cama. Juntos le quitaron el kilt y la camisa. La ropa estaba empapada de sangre, y Ben estaba pálido y

letárgico. No era una buena señal.

—Llama a la cocina y pide a la señora Bell que llame al Dr. Thompson. Dile que traiga su maletín médico y que necesitamos discreción, por encima de todo.

Kenzie corrió al teléfono, marcó a la cocina y le dijo a la señora Bell todo lo que su primo había pedido. Luego corrió al baño contiguo y agarró algunas toallas y mojó un paño para limpiar la herida para que pudieran ver, sin toda la sangre, qué tan grave era realmente.

Cuando regresó a la cama, Ben había perdido el conocimiento.

—¿Va a morir? —le preguntó a Richard, con un miedo que amenazaba con paralizarla y volverla completamente inútil. Limpió alrededor de la herida, que, afortunadamente, había dejado de sangrar y solo rezumaba un poco.

—No estoy seguro, muchacha. Puede que necesite ir a un hospital, pero como supongo que este hombre no tendría ninguna identificación, no estoy seguro de cómo sortear ese obstáculo.

Pareció que pasaban horas hasta que llegó el médico, pero finalmente arribó. El hombre mayor entró en la habitación, acompañado por uno de los empleados del laird, que cerró la puerta tras ellos al salir.

—¿Cuál parece ser el problema? —preguntó el Dr. Thompson, dirigiéndose hacia la cama. Comprobó la temperatura de Ben, frunciendo un poco el ceño cuando retiró el vendaje empapado de sangre y vio el corte en su abdomen—. No importa, ya veo cuál es el problema.

—Gracias por venir, doctor. Realmente lo apreciamos. También agradeceríamos absoluta discreción con respecto a su visita aquí esta noche. Cualquier cosa que requiera como pago por sus servicios, envíemela directamente a mí, si es tan amable —dijo Richard.

—Bien, déjenme examinar primero esta herida. Puede que no pueda quedarse aquí —Hizo una pausa, palpando alrededor de la herida—. ¿Qué sucedió exactamente?

Kenzie miró a Richard a los ojos y, recibiendo un asentimiento de su parte, le contó los detalles al doctor. Modificó un poco la historia para excluir que en realidad estaban en el siglo XVII y que era una guerra de clanes la que había estallado y terminado con Ben herido. Simplemente mencionó que habían estado en una recreación de batalla y que la espada no se suponía que fuera real, pero lo era.

La mirada de incredulidad del médico le indicó a Kenzie que su historia no había engañado al hombre ni un poquito.

—Ayúdenme a darle la vuelta para comprobar si la espada lo atravesó completamente — Kenzie y Richard se apresuraron a hacer lo que el médico pedía, y ella se sintió aliviada al ver que la espada no había salido por el otro lado. Aunque eso no significaba que no hubiera un daño serio en el cuerpo de Ben. Yacía inmóvil como la muerte, su piel cubierta de suciedad y sangre. Sin mencionar que se estremecía de dolor cada vez que lo tocaban.

—Aunque no creo que se hayan lesionado órganos importantes, no lo sabré con certeza a menos que lo lleven al hospital para hacerle una tomografía computarizada. Su pulso está acelerado y tiene sensibilidad en todo el abdomen. Todo esto podría deberse a una hemorragia

interna, pero hasta que no vea las tomografías, no puedo diagnosticar más —El médico les lanzó a ambos una mirada penetrante—. ¿Cuál es su decisión?

Kenzie frunció el ceño, sin haber pensado en las implicaciones legales de ayudar a Ben en su época. Haberlo sacado de su siglo había sido una reacción instintiva cuando creyó que iba a perderlo. —Llama a una ambulancia, Richard. Ben debe ir al hospital.

En pocos minutos, la ambulancia había llegado y, de pie frente al castillo de Druiminn, Kenzie observó cómo subían a Ben en una camilla al vehículo antes de que este saliera rugiendo del patio hacia el pueblo de Druiminn.

—Ven, yo te llevaré —dijo Richard, rodeándole los hombros con el brazo. Kenzie agradeció el apoyo y fue con él—. Trae el coche y te esperaré aquí. Solo quiero asegurarme de que Alasdair estará bien con el personal.

—Por supuesto —dijo él, dirigiéndose hacia el garaje que antaño albergaba carruajes.

Alasdair dormía en la guardería, una habitación que se mantenía limpia y ordenada en todo momento, ya que se mostraba al público que pagaba por visitar la finca para ver dónde el actual laird, y todos los anteriores a él, habían pasado gran parte de su infancia. Ver al niño dormido y seguro en la pequeña cuna alivió parte de la tensión que la había atormentado durante las últimas horas.

—Gracias por cuidarlo tan bien, señora Bell. Veo que le ha dado un baño.

—Así es, Kenzie. Estaba un poco sucio y tenía una ligera irritación del pañal, así que le he puesto una crema en el culito que debería aliviarlo hasta que pueda ir a la tienda mañana.

—Gracias por hacer esto. Sé que no está contratada aquí para este tipo de trabajo. Se lo agradezco mucho.

—No es problema en absoluto. Te veías muy angustiada cuando llegaste, así que estoy feliz de ayudar.

—¿Estaría bien si te quedas en el castillo esta noche? Voy al hospital con Richard y no estamos seguros de a qué hora volveremos. Si sé que estás aquí cuidando a Alasdair, te estaré eternamente agradecida.

—No, no es necesario que me agradezcas. No tengo nada en casa, puedo quedarme aquí por una noche. De hecho, sería la primera vez que hago algo así. Todo un privilegio.

Kenzie se acercó a la mujer mayor y la abrazó. —Gracias de nuevo. Llamaré si hay novedades, pero estoy segura de que Richard, al menos, volverá mañana para informarte de lo que suceda.

—Buena suerte para ti, muchacha, y para tu hombre. Le deseo que se recupere y tenga buena salud.

Kenzie se fue, mordiéndose el labio para tratar de contener las lágrimas. Eso esperaba, pero no había nada más aterrador que ver a la persona que amas partir en la parte trasera de una ambulancia sin saber si sobreviviría la noche.

CAPÍTULO DIECISÉIS

BEN permaneció en cirugía el resto de esa noche. La espada había rozado su riñón y su hemorragia interna ponía en peligro su vida. Kenzie caminaba de un lado a otro por el pasillo junto a la sala de espera, odiándose por no haber actuado antes. Debido a su miedo de tener a un hombre sin identificación, sin registro, sin nada, no había buscado ayuda para él tan pronto como habían llegado.

Debería haber actuado de inmediato, y por haber llamado primero a un médico, podría haber matado al hombre que amaba.

Su corazón se estremecía ante la idea de que Ben no se recuperara. No podía vivir sin él, no quería hacerlo. Por el resto de su vida, lo quería a su lado.

Un médico salió a través de dos puertas dobles batientes y sonrió un poco cuando la vio. Kenzie se preparó para lo que tenía que decir.

—El hombre ha salido adelante, aunque no pensé que pudiéramos controlar la hemorragia interna. Pero es un tipo duro. Muy afortunado.

Kenzie se dobló, el alivio la recorrió como un bálsamo. —Muchas gracias, Dr. Thompson. No sé cómo podré pagarle.

—En cuanto a eso, entiendo que el hombre no es ciudadano. ¿Tiene seguro médico en su propio país o seguro de viaje?

El pánico superó el alivio de Kenzie. —No tiene nada de eso. ¿Puedo hacer arreglos para pagar la factura? Admito que no sé cómo funciona el mundo médico, pero estoy dispuesta a trabajar con el hospital para que se le reembolse por su experiencia esta noche.

—¿El caballero es su esposo, por casualidad?

¡Cómo pudo olvidarlo Kenzie! —¡Sí! Sí, lo es. —Aunque técnicamente, no en este tiempo, ya que se había casado con Ben en el siglo XVII. Pero el sacerdote de la iglesia de la familia seguramente podría modificar el registro para mostrar que se habían casado hace una semana o así. Hablaría con Richard al respecto cuando el médico no estuviera cerca.

—Entonces tramitaremos el papeleo bajo su nombre y seguro y esperaremos lo mejor. Si pudiera dar sus datos en el mostrador de urgencias, ellos se encargarán del resto.

Kenzie tomó las manos del médico, apretándolas con fuerza. —Nunca podré agradecerle lo

suficiente. De verdad, Ben lo es todo para mí. Estaría perdida sin él.

El médico pareció humilde. —De nada, y es mi trabajo mantener a la gente con vida si puedo. Me alegro de haber podido lograrlo hoy. Su esposo está en coma inducido, no por mucho tiempo, tenga en cuenta. Comenzaremos a sacarlo de él en un día o dos. Ponerlo en este estado permite que el cuerpo se relaje y sane. Menos estrés en su sistema. Pero puede sentarse y visitarlo más tarde hoy, una vez que lo trasladen a la UCI.

Kenzie asintió, comprendiendo pero queriendo ir con Ben ahora. —Gracias, doctor. —Lo vio volver a través de las puertas por las que había salido, y se dirigió hacia el mostrador de administración, haciendo en silencio otra pequeña oración para que su compañía de seguros aprobara el tratamiento de Ben.

LA CAMA en la que Ben yacía era lo más suave que jamás había experimentado, y había tenido su buena parte de plumas, paja y abundantes pieles para hacer su sueño lo más cómodo posible. Pero esta cama, se movió un poco, y parecía abrazarlo, y suspiró. Qué extraño...

Una mano fresca tocó su frente, y luchó por abrir los ojos, sus párpados parecían pequeñas piedras pesadas que se negaban a abrirse más que una rendija. —Kenzie —graznó, con la voz ronca. Demonios, se alegraba de ver a la muchacha, lo que significaba solo una cosa. Habían sobrevivido al ataque del Clan Grant.

Frunció el ceño, sin recordar mucho de lo que había sucedido, pero una cosa que sí recordaba era a Evan y su padre galopando hacia él y su familia, decididos a partirlo en dos y acabar con él de una vez por todas.

—¿Dónde estoy, muchacha? —La habitación era blanca como una nube, con paredes perfectas, y una extraña cajita en la pared que tenía cientos de personas moviéndose. La ventana era un cristal enorme y perfectamente claro, y nunca había visto uno tan grande en su vida.

Intentó incorporarse un poco, pero Kenzie le empujó el hombro y le pidió que se recostara.

—Estás en un hospital, Ben. Aquí se trata a las personas cuando están enfermas o heridas. Te han operado el abdomen, que estará un poco dolorido y sensible, pero te vas a poner bien. Te han arreglado, en resumen. Nada más de qué preocuparse.

—¿Y el Clan Grant? ¿Dónde está Alasdair? ¿Sobrevivió el Castillo Ross?

Kenzie negó con la cabeza y la habitación giró ante la idea de que su hijo hubiera muerto. No. Su muchacho no.

—El castillo ya no está, Ben, y tampoco el Clan Grant, pero Alasdair está perfectamente bien y a salvo. Está con mi primo en el Castillo Druiminn.

—¿Aedan lo tiene? —Ben suspiró aliviado—. Bien, el muchacho estará a salvo con Aedan y Abigail.

El dolor y el miedo grabados en el rostro de Kenzie hicieron que Ben se detuviera. —¿Qué

pasa, muchacha? ¿Qué no me estás diciendo?

—Alasdair no está con Aedan y Abigail. Está con Richard, el actual laird MacLeod en el siglo XXI, no en el XVII. Yo... yo...

—¿Tú qué? —preguntó, mirando de nuevo la habitación. Se le ocurrió como un golpe en el cráneo—. ¿Qué has hecho, muchacha?

Las lágrimas nublaron la mirada de Kenzie, y se mordió el labio. Nunca una buena señal. —El día del ataque al Castillo Ross, los Grant venían hacia ti en sus caballos, y estabas herido pero luchando por levantarte. No podía huir con Alasdair y dejarte morir. No podía permitir que eso sucediera. No lo haría.

Ben tragó saliva y luchó por mantener la calma mientras una terrible realización comenzaba a tomar forma en su mente. —Kenzie, dímelo.

—Tenía en mis brazos a las dos personas más importantes del mundo —a ti y a Alasdair— y os traje de vuelta... de vuelta a mi tiempo.

Si ser apuñalado no era suficientemente malo, Ben no pensaba que el dolor cortante que atravesaba su cuerpo pudiera empeorar. Pero podía. La idea de no volver a ver el Castillo Ross, a sus hombres del clan, por no mencionar a Aedan, Abigail, Gwen y Braxton... Sacudió la cabeza para aclararse. —Enviaste a Abby de vuelta con Aedan, así que puedes enviarme a casa, ¿verdad? Debo regresar. Mi tiempo no es este.

Ella se secó las lágrimas que corrían por su rostro, y él se odió por lastimarla. Pero este tiempo no era el suyo. Él no pertenecía aquí. Kenzie tal vez sí, pero él nunca encajaría. Jamás.

—Puedo enviarte de vuelta, pero volverás a la nada. Te amo demasiado para verte sufrir así, Ben. Sin mencionar que no quiero vivir el resto de mi vida sin ti.

—Podrían haberte matado a ti y a Alasdair. Cortaros también. Me prometiste que cuidarías de mi muchacho y lo mantendrías a salvo, y sin embargo lo pusiste directamente en peligro.

—Ben, cálmate, hice lo que tú habrías hecho en mi situación. Cuando los vi venir hacia ti, decidí que si tú caías, caeríamos contigo.

—Deberías haber ido al castillo Druiminn, como te indiqué. Si lo hubieras hecho, mi muchacho seguiría en su tiempo correcto y tendría el Castillo Ross al que volver —luchó por sentarse, y ella retrocedió—. Poco importa. Una vez que esté curado, nos enviarás a todos de vuelta a nuestro tiempo correcto, y recuperaré mi hogar y mis tierras.

—Tienes que entender que no hay hogar al que volver, Ben. El Clan Grant lo quemó hasta los cimientos. Ya estaba en llamas cuando te traje a través del tiempo. Si te hubieras quedado, tanto tú como Alasdair habríais muerto. Volví en el tiempo para averiguar qué te había pasado a ti y a tu hogar, y lo hice. Ahora sé por qué no hay referencia tuya en los tomos de historia. Sé por qué desapareciste como un fantasma.

—¿Lo sabes? Entonces dímelo, muchacha, porque estoy muy interesado en oírlo —su voz era dura y fría, y sin embargo no podía evitar sentirse traicionado por Kenzie. Hacía tiempo que se había reconciliado con su vida y su época, sabiendo que morir era una amenaza cotidiana.

Pero pensar en Kenzie y Alasdair pudriéndose en alguna tierra olvidada era demasiado para soportar y su mal genio aumentó.

—Es por mí, Ben. Es porque de alguna manera en este mundo mágico en el que vivimos, fui yo quien te sacó de tu tiempo. Fui yo, todo el tiempo, quien te sacó del siglo XVII y te trajo al XXI donde puedes vivir tus días... conmigo. A salvo de cualquier clan que quiera luchar o hacerte daño. A salvo del Clan Grant que nunca te perdonó por seducir a su preciosa Aline, alejándola del Clan MacLeod que era mucho más poderoso que el tuyo.

—No creo que los MacLeod sean más poderosos como tal, quizás el castillo sea más grande.

—Ben, estás cambiando de tema. Nunca estuviste destinado a quedarte en tu tiempo, y no lo hiciste. Los libros de historia lo dicen, y me di cuenta de esto cuando te traje a través del tiempo. Eres mi alma gemela. Se supone que debemos estar juntos. Aquí y ahora.

—¿Lo estaremos? —Ben apretó los dientes, aún no dispuesto a perdonar a la muchacha por lo que había hecho. Perder el hogar para siempre no era algo fácil de digerir. ¿Y qué tipo de vida había para él aquí? Era educado, sí, pero nada parecido a lo que había llegado a creer que este siglo ostentaba. Era un guerrero y un laird, no el tipo de hombre que vivía en el siglo de Kenzie.

Kenzie se desplomó en su silla, con el dolor nublando sus ojos ante sus palabras.

—¿No quieres que estemos juntos?

Por supuesto que quería, pero no en este tiempo. Este no era su hogar.

—¿Puedes enviarme de vuelta, si lo deseo?

—Sí, si eso es lo que quieres, pero los Grant te vieron desaparecer ante sus ojos. La conmoción en sus rostros me dijo que habían visto algo inexplicable. Si vuelves, tendrás que explicar lo que vieron. Cómo fue posible que simplemente desaparecieras en el aire.

—No tendré que explicar nada, ya que estarán muertos. Y los muertos no cuentan mentiras, ni hacen preguntas.

Kenzie se levantó y descolgó su abrigo de un gancho en la puerta cerrada.

—Volveré mañana.

—Te vas —bueno, por supuesto que se iba, prácticamente le había dicho que no quería quedarse aquí con ella. ¿Por qué querría ella hacer lo mismo por él?

—Necesito volver a Druiminn y comprobar cómo está Alasdair, y necesito pensar.

—¿Sobre qué? —preguntó, observándola atentamente, y sin embargo, con la guardia de Kenzie bien puesta, era difícil de leer.

—Sobre nosotros y lo que significará si vuelves al siglo XVII. Necesito elegir si es algo que quiero, aunque te ame más que a la vida misma. Pero tu tiempo es duro, peligroso, y después de la batalla, escuchando los gritos de los hombres y viendo la determinación mortal en los rostros de los hombres, hombres con los que había cenado... No sé si puedo volver. No estoy segura de poder soportar eso.

Ben asintió. Lo que realmente quería hacer era salir de esta cama acolchada y tomar a Kenzie en sus brazos. Envolverla donde nunca pudiera irse. No quería volver, si ella se quedaba. Pero

¿qué haría aquí? Aparte de ella, no había nada para él aquí.

—Te veré por la mañana.

Ella se dio la vuelta y salió de la habitación sin decir otra palabra, y el dolor persistente de la indecisión lo dejó cansado, débil e inseguro de cuál sería el siguiente movimiento correcto para su familia.

CAPÍTULO

DIECISIETE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Kenzie recibió una llamada del hospital informándole que Ben se había dado de alta por su cuenta, lo que significaba que el hombre literalmente se había vestido con la ropa que pudo encontrar y había salido caminando del hospital.

Con la ayuda del Dr. Thompson, lograron permitir el alta de Ben bajo la supervisión del médico, siempre y cuando una enfermera capacitada atendiera su herida diariamente hasta que se recuperara por completo.

A Kenzie le tomó cerca de una hora encontrarlo caminando por un parque, dirigiéndose hacia el Castillo Druiminn. Sin decir palabra, él subió al vehículo, aunque su silencio y sus manos de nudillos blancos delataban su nerviosismo.

Se detuvieron frente a Druiminn, y Kenzie observó atentamente a Ben mientras este contemplaba lo que alguna vez fue el hogar de su amigo más cercano. El nuevo laird, el primo de Kenzie, salió por las puertas principales y le sonrió a Ben en señal de bienvenida.

—Soy el Laird MacLeod, o Richard, que es como prefiero que me llamen. Es un honor conocerte —Richard extendió su mano para estrechar la de Ben en señal de bienvenida y Ben la miró con una expresión de confusión.

—En nuestra época, Ben, es costumbre estrechar la mano de la otra persona al saludar —Kenzie hizo una demostración, y Ben la imitó, relajándose un poco una vez que comprendió.

—Soy Ben Ross, Laird del Castillo Ross. Ben el Negro para quienes se cruzan en mi camino. Richard sonrió.

—Me doy por advertido. Ahora vengan —dijo, haciéndoles un gesto para que entraran al castillo—. El viento muerde hoy, y se está mucho más cálido junto al hogar.

Siguieron a Richard al interior, y Kenzie ayudó a Ben a acomodarse en el gran salón frente a un fuego crepitante. Por supuesto, en esta época, la casa tenía calefacción central y algunos pisos estaban calefaccionados, pero no había nada mejor que un fuego para ahuyentar el frío.

—Iré a buscar un poco de té. No tardaré.

Ben observó al laird marcharse con ojo crítico y se encontró con la mirada de ella.

—¿Os servís vosotros mismos en esta época?

Kenzie se sentó a su lado e intentó tomarle la mano. Él la apartó y la colocó en su regazo.

¿Me perdonará alguna vez? Por supuesto, ella podría enviarlo de vuelta, pero en verdad, no quería hacerlo. Quería ser egoísta y mantenerlo aquí. Donde estaba a salvo no solo de las amenazas humanas, sino también de aquellas que no se podían ver, como las enfermedades.

—Hay sirvientes aquí, pero la mayoría de las veces nos servimos nuestras propias bebidas y buscamos el té. Aunque la cocinera sí prepara las comidas. Richard nunca fue muy bueno en la cocina.

—¿Conoces bien a este hombre, entonces?

El tono mordaz hizo que Kenzie se detuviera.

—¿Estás celoso de él? —Se rio, incapaz de contenerse—. A diferencia de tu época, Ben, nosotros no nos casamos con nuestros primos. Por supuesto que lo conozco. Es mi familia, pero no, no de esa manera.

Ben emitió un sonido poco comprometido y se quedó mirando las llamas. Estaba enojado con ella, y no podía culparlo. No realmente. Si ella hubiera estado en su posición, también se habría enfadado.

—Iré a buscar a Alasdair a la guardería y lo traeré. Creo que te ha echado de menos.

Al mencionar a su hijo, el comportamiento de Ben cambió a uno de felicidad. Kenzie subió las escaleras y le pidió a Irene que llevara al niño a visitar a su padre. Ella no regresó para estar con ellos. Probablemente sería mejor dejarlos tener un tiempo a solas. El pequeño Alasdair adoraba a su padre y disfrutaría teniéndolo para él solo por un rato.

Al menos eso se decía Kenzie mientras regresaba pesadamente a la habitación que Richard le había asignado cuando volvió. Se sentía terrible por haber arruinado la vida de Ben. Se sentó al borde de su cama y miró por la ventana, sin enfocar realmente nada en particular.

Si Ben no se quedaba, ¿podría ella hacerlo?

No podía imaginar no tenerlo en su vida, pero ¿podría renunciar a todo lo que amaba aquí por él? ¿Dejar a su madre, su familia y su hogar? No se podía negar que vivía una vida cómoda, habiendo heredado la finca familiar, algo con lo que su madre ya no quería tener nada que ver. Y cuando estaba en el siglo XVII, las cosas eran diferentes. Había pensado en quedarse, y habría sido feliz allí, pero ahora, ahora que estaba de vuelta, Kenzie no estaba tan segura de que esa decisión fuera la correcta para ella.

Así como Ben tenía personas en el pasado que dependían de él, ella tenía personas que dependían de ella ahora. La finca, la misma que Gwen y Braxton habían recibido del hermano de Gwen, el Laird MacLeod, ahora era suya. Había un pequeño pueblo de arrendatarios situado en las tierras que alquilaban de ella, algunos de los cuales trabajaban en sus campos. Tenía un exitoso negocio de B&B y con la restauración del Castillo Ross, eso también sería una fuente de ingresos para ella en los años venideros.

Era mucho para dejar atrás y volver ¿a qué? El hogar de Ben estaba ardiendo cuando se fueron, y seguía siendo un caparazón ennegrecido hasta el día de hoy.

A menos que...

Kenzie se puso de pie y sonrió. Oh sí, había una manera de mantenerlo aquí, y tal vez felizmente. Solo necesitaba que se recuperara, y entonces podría poner su plan en marcha.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

BEN EMPUJÓ el pequeño palo negro que Kenzie llamaba mando a distancia y luchó por recordar cómo apagar la estridente caja negra en la pared. Era solo una de las muchas molestias con las que Ben tenía que lidiar ahora que estaba en el siglo XXI.

Ya no había silencio, ni los sonidos del mar o el piar de los pájaros en los árboles, ni sus compañeros de clan ocupados con sus tareas o las criadas chismorreando en los pasillos. Ahora había coches que pasaban por una carretera detrás de la finca. Las luces del pueblo brillaban intensamente en la noche y robaban la vista de las estrellas.

La ausencia de sus amigos: Aedan y Abby, Gwen y Braxton, a quienes echaba de menos más de lo que creía posible. Vivir en esta época traía consigo la fría y dura verdad de que todos ellos ya no estaban. Hacía mucho que yacían enterrados en suelo escocés y ya no estaban para visitarlos, beber con ellos. Para recordar viejas historias y cantar canciones del clan. Todo eso se había ido.

Una criada pasó por la habitación que Kenzie llamaba salón y le lanzó una mirada extraña. Supuso que era una rareza. No sabía cómo funcionaban la mayoría de las cosas. Que las velas habían sido reemplazadas por electricidad, una magia que nunca entendería.

Que castillos como este habían sido restaurados, hechos cómodos y a prueba de corrientes. Bueno, mucho menos con corrientes de las que estaba acostumbrado. Que las cocinas de leña habían sido reemplazadas por hornos eléctricos y de gas. Que los caballos se montaban por placer y no como medio de transporte y guerra.

Ben se recostó en la silla, mirando fijamente la caja negra en la pared. Estúpida cosa ruidosa que era. La única gracia salvadora de esta época eran el agua corriente y las duchas calientes. Si regresara al siglo XVII, estudiaría esto más a fondo e intentaría encontrar una forma de tener tales lujos en su hogar. Ese invento sí que era una maravilla.

KENZIE ENTRÓ en la habitación y se desesperó al ver el aburrimiento que podía leer en el rostro de Ben.

—Levántate. Quiero llevarte a un sitio.

—Estoy cómodo aquí —dijo él, sin moverse.

Ella se acercó y lo puso de pie, agradecida de que no se resistiera considerando lo poco complacido que parecía estar por ser movido.

—Vamos a dar un paseo en coche. Quiero enseñarte algo. —Ahora que Ben estaba lo suficientemente bien como para que Kenzie lo llevara en coche, era hora de sacar su as bajo la manga. El viaje no sería muy largo, pero para un hombre que detestaba los vehículos, sería un viaje interesante, por decir lo menos.

—Sé que no hemos hablado mucho de ello desde que volviste a Druiminn del hospital, pero antes de enviarte de vuelta, quería mostrarte algo. —Algo que esperaba que lo convenciera de quedarse.

Condujeron hacia un valle y ante ellos se extendía un denso bosque de árboles. Era exuberante y hermosamente verde, y Kenzie se preguntó si él siquiera reconocería el lugar. Los árboles eran más grandes; había más de ellos; y había un camino que conducía a su antiguo hogar, sin embargo, también era inquietantemente familiar.

—Conozco este lugar.

Ella le sonrió y continuó. En cuestión de minutos, pasaron por el pequeño pueblo que se asentaba junto a la bahía y Kenzie sonrió cuando vio el Castillo Ross alzándose en el acantilado sobre todo, tan grandioso e imponente como siempre había sido.

—¿Me has traído a casa? —Su tono no revelaba mucho. Kenzie estacionó el coche frente a las puertas y se volvió hacia él—. Ven, quiero que veas lo que yo conozco como Castillo Ross.

BEN PODÍA SENTIR los fantasmas de sus compañeros de clan, de los siglos que habían pasado desde que estuvo aquí. Desde que algún laird había ocupado las tierras de Ross, y un escalofrío le recorrió la espalda. Ver su hogar en tal estado de deterioro, roto y quemado, cubierto por plantas y árboles por igual, dejó una herida abierta en su corazón.

Debería haber estado mejor preparado. Haber luchado más duro contra el Clan Grant. El no haberlo hecho, y haber permitido que su gente fuera asesinada y expulsada sin ningún apoyo, lo avergonzaba. Ben apretó los dientes y entró en lo que solía ser el gran salón.

—Es extraño estar aquí. El lugar es el mismo, y sin embargo tan diferente.

Kenzie se acercó y se paró frente a él, tomando sus manos.

—En el momento en que vi el Castillo Ross, decidí que debía conocer al hombre detrás del nombre. ¿Quién era Ben el Negro y qué le sucedió? Y aunque sé todo eso, y te amo más allá de cualquier cosa en este mundo, no eres feliz, y quiero cambiar eso.

—¿Cómo? —preguntó, sin que le gustara la forma en que su muchacha estaba hablando. Una sensación de inminente temor se cernía sobre su cabeza.

—Si lo deseas, puedo enviarte de vuelta, y lo haré; solo tienes que decir cuándo, pero necesito que sepas que en mi tiempo, mi finca también es una granja en funcionamiento. Yo también tengo inquilinos a los que cuidar, y aunque el sistema ha cambiado desde el siglo XVII, todavía hay personas que dependen de mí aquí. El hogar en el que vivían Gwen y Braxton ahora es mío y es donde la gente viene a quedarse, a visitar y aprender sobre nuestra familia y su historia. Soy lo que la gente llama una mujer de negocios, alguien que gana dinero y es su propia jefa, su propia ama, en cierto sentido.

Su estómago se contrajo y frunció el ceño.

—No vas a volver conmigo, ¿verdad? ¿Es eso lo que estás tratando de decirme, muchacha?

Kenzie asintió.

—Lo siento mucho, Ben, pero no puedo volver. Mi vida está aquí, y voy a ser egoísta y decir que quiero que tu vida también esté aquí. No quiero que te vayas.

Era una elección imposible. ¿Cómo se suponía que uno debía elegir entre el hogar, la tierra y todas las responsabilidades que conllevaba, por el otro lado de su alma? Sin duda, no podía vivir sin la mujer que tenía delante, pero ¿podría vivir sin su hogar? No estaba seguro.

—Yo tampoco quiero dejarte, muchacha, pero es una elección imposible la que me has dado. Este es tu tiempo y el mío está en el pasado. Se supone que Alasdair será el próximo Laird de Ross. Al quedarme, le quito su derecho de nacimiento. Todo lo que soy, lo que somos, se habría ido.

—El Clan Grant le quitó el derecho de nacimiento a Alasdair, y no sabes en qué tipo de problemas te estarás metiendo si te envío de vuelta a tu tiempo. El castillo está en ruinas, tu gente dispersa. ¿Cómo te quedarás? ¿Reconstruirás? ¿Es eso siquiera posible?

Ben se pasó una mano por el pelo, mirando hacia arriba donde antes había un alto techo de madera y ahora no se veía más que un cielo azul cristalino. Había fondos para reconstruir, para su futuro, pero el castillo había sido atacado antes de ser incendiado, y existía una gran posibilidad de que el Clan Grant hubiera robado todo lo que él tenía, llevándose cualquier cosa de valor para sus propios fortines.

—No lo sé, muchacha.

—Antes de que decidas, hay una última cosa que tengo que ofrecerte —las manos de Kenzie estaban apretadas frente a ella, y parecía estar al borde de las lágrimas.

—¿Qué es?

Ella se apartó de él y fue a pararse en medio del gran salón.

—Si te quedas, puedo darte todo esto. Puedo ayudarte a reconstruir tu hogar en esta época y tener todo lo que quieras, pero en mi tiempo. Conmigo.

Él frunció el ceño.

—¿Cómo es eso posible?

—Antes de viajar a tu siglo, compré esta propiedad. Siempre tuve la intención de restaurarla a su estado original. Convertirla en una especie de posada, donde la gente pudiera venir y

alojarse, hacerla autosuficiente de nuevo.

—¿Y ahora? —Ben esperó lo que Kenzie diría a continuación, esperando que fuera lo que él quería oír.

—Ahora lo quiero para nosotros. Mi hogar ancestral de Gwen y Braxton puede abrirse al público a tiempo completo, pero mantendremos el Castillo Ross para nosotros. Trabajaremos en él juntos y lo convertiremos en un hogar para ti, para mí y para Alasdair. ¿Qué te parece?

El alivio lo inundó como el vino y, avanzando hacia Kenzie, la levantó, apretándola fuertemente contra él.

—Saber que estoy en casa, viviendo en el castillo, en el lugar donde crecí, era parte de... estar de vuelta aquí contigo y mi muchacho sería un premio de consolación perfecto. No negaré que extrañaré a mis amigos, a mis miembros del clan, pero estoy dispuesto a decir adiós a esa vida, si este va a ser nuestro hogar.

—¿Te quedarás entonces? —Kenzie sonaba sorprendida, y él se rió, manteniéndola contra sí y sin soltarla.

—¿Pensaste que te dejaría con una oferta como esta? Una que no creía que fuera siquiera posible.

—Sí, creí que te irías. Por mucho que te mostrara el Castillo Ross y lo que quería hacer con él, sigue sin ser tu tiempo, y sé mejor que nadie lo difícil que puede ser vivir en un lugar y una situación que le son ajenos. Pero amo este lugar tanto como tú, y tenía que darle una última oportunidad, sobornarte, en cierto modo, para ver si podía hacerte cambiar de opinión. No estoy segura de poder vivir sin ti.

—Sé que no puedo vivir sin ti, y si hubiera regresado, te habría hecho venir conmigo. Te amo, Kenzie, tanto que es enloquecedor.

Ella le sonrió y él le levantó la barbilla y la besó, demorándose en sus labios antes de encontrarse con su mirada.

—¿Cuándo podemos mudarnos?

—Las obras comenzarán el mes que viene. Hay mucho que hacer, limpiar los escombros, reconstruir las paredes y el techo, y luego, el interior. Pero eso está a meses de distancia. Es un gran trabajo, Ben, ¿estás seguro de que quieres asumirlo? Puede que sea menos trabajo para ti si volvieras a la Escocia del siglo XVII.

—Aye —dijo, riendo y mirando alrededor del deteriorado gran salón, viendo solo lo que podría ser una vez más—. Estoy listo, muchacha. Hagamos del Castillo Ross nuestro hogar.

Ella asintió, acercándose para abrazarlo de nuevo.

—Suenas perfecto, mi señor.

—Así es.

EPÍLOGO

Tres años después

—MANTÉN LOS OJOS CERRADOS, muchacha. No espíes.

Kenzie permitió que Ben la guiara por los pasillos del segundo piso y el área del castillo que había sido restaurada como dormitorios. Tenía una idea de adónde la llevaba y sonrió, disfrutando del pequeño juego que él estaba haciendo.

Una puerta crujió al abrirse y él la condujo a una habitación que era decididamente más cálida que el pasillo.

—¿Puedo abrir los ojos ahora?

—Eres tan impaciente —su aliento susurró contra su oreja, y ella se estremeció. Finalmente, después de tres años de arduo trabajo, determinación, lágrimas —por su parte— y noches sin dormir, el castillo estaba por fin listo para ser habitado.

—Tres años de renovaciones harán eso. Muéstrame tu sorpresa —quería ver y ver ahora.

Ben desató la venda y la dejó caer al suelo, revelando su habitación, la misma que ella había tenido cuando viajó al pasado. Desde las alfombras de piel de animales hasta la turba junto al fuego, todo era como lo recordaba.

—Por favor, dime que no hay un colchón de paja en la cama.

—Och, me hieres. No hay nada malo con un colchón de paja.

Ella se acercó a la cama y comprobó sobre qué iban a dormir, feliz de sentir un colchón muy acolchado. Las lágrimas le picaron los ojos y se las secó. ¿Cómo era posible que alguien pudiera ser tan feliz? Realmente era la mujer más afortunada del mundo.

Los últimos tres años no habían sido fáciles para Ben, pero siendo el highlander fuerte y obstinado que era, había conquistado todas las rarezas y maravillas del siglo XXI que se había encontrado y ahora era mejor que ella cuando se trataba de encontrar algo para ver en la televisión.

El castillo era un verdadero testimonio de su época, ni una sola piedra reemplazada había sido cortada por una máquina, el castillo reconstruido por las manos de los miembros del clan que aún eran leales al clan Ross, incluso después de todos estos siglos. Tener a los hombres

alrededor de Ben le había facilitado adaptarse a esta vida, y aunque todavía odiaba los coches, al menos estaba dispuesto a viajar en ellos cuando surgía la necesidad.

—No hice arreglar la habitación para disgustarte, muchacha. Quería que un pequeño pedazo de nuestro pasado fuera parte de nuestro futuro. Nos enamoramos en esta misma habitación, entre estas paredes. Quiero que recuerdes siempre cuánto significas para mí. Cuánto te amo.

—Sé cuánto me amas —Kenzie pasó junto a Ben y cerró la puerta con llave. Dándose la vuelta, lo observó mientras se quitaba las chancas y empezaba a desabrocharse los botones de la blusa.

—¿Qué estás haciendo? ¡Hay obreros por ahí!

Ella se encogió de hombros, quitándose los vaqueros de una patada.

—Bueno, imaginaremos que son miembros del clan ocupándose de sus tareas mientras yo seduzco al Laird de Ross.

Una luz diabólica se encendió en los ojos de Ben antes de que se acercara y la levantara, echándosela al hombro y caminando de vuelta hacia la cama. Kenzie chilló y se rio cuando él la dejó caer en medio del colchón, colocándose sobre ella.

Se mordió el labio mientras él se deslizaba entre sus piernas. Todavía estaba completamente vestido, y lo travieso de su comportamiento, la espontaneidad, la hizo arder. Le abrió los vaqueros de un tirón y se los bajó lo suficiente para que pudiera terminar lo que habían empezado.

—¿Ansiosa, muchacha?

—¿Por ti? Siempre —él la besó con fuerza, y ella gimió cuando se deslizó dentro de ella, llenándola justo como le gustaba.

Era tan bueno, este deseo ardiente que corría entre ellos. Ben la encajaba perfectamente, y ella levantó las piernas para rodearle las caderas mientras él embestía dentro de ella, empujándola hacia el clímax. Nunca antes ni con nadie más había disfrutado tanto del sexo. Él la completaba de tantas maneras, y esta era solo una de ellas.

La besó con fuerza, mordisqueándole el labio inferior, provocándola y tentándola al mismo tiempo. Pero no era suficiente, su lento y tortuoso acto de amor no era lo que ella quería ahora. Necesitaba más.

Con todas sus fuerzas empujó sus hombros. La comprensión brilló en sus ojos y él rodó sobre su espalda, llevándola consigo. Encima de él, en esta posición, Kenzie se apoyó en su pecho, su corazón latiendo rápido bajo sus palmas incluso con él todavía completamente vestido. Sus fuertes manos le agarraron las caderas y la guió sobre él, duro y rápido, permitiéndole tomar lo que quería, casi egoístamente.

—Eres tan hermosa, muchacha. Nunca me cansaré de esta vista.

Estaba tan cerca, y el timbre profundo y seductor de su voz solo la hizo desearlo más. Su mano se deslizó por su muslo y presionó contra su sexo, dos dedos encontrando su botón y acariciándola mientras ella lo cabalgaba.

El placer se acumuló en todo su cuerpo, y toda su atención estaba en el punto donde estaban unidos, y en lo que Ben le hacía sentir. Nunca se cansaría de amarlo, de estar con él y de tenerlo cuando quisiera.

Kenzie gimió el nombre de Ben al llegar al clímax. Ben se incorporó, sosteniéndola mientras su propio orgasmo lo sacudía. Ella observó cómo sus ojos se oscurecían, una pérdida de control antes de que la besara y desapareciera.

Se rio cuando él se dejó caer de espaldas en la cama, arrastrándola consigo.

—No tenía intención de que hiciéramos eso cuando te traje a la habitación. Pero ahora que lo hicimos, puede que tenga que escabullirme contigo más a menudo. Es un pasatiempo placentero.

Kenzie se acurrucó a su lado, pasando distraídamente la mano por su mandíbula antes de dejarla caer sobre su pecho.

—Te amo tanto y sé que nuestra vida estará llena de aventuras, viajes, hijos y felicidad. Gracias por quedarte. Gracias por elegirme.

Si Ben hubiera regresado al siglo XVII, Kenzie lo habría seguido. No habría habido otra opción. Incluso cuando estaban separados solo un día, anhelaba volver a verlo, estar cerca de él y oír su voz. No habría tenido ninguna posibilidad de durar el resto de su vida sin este hombre. Como él mismo había dicho, eran dos mitades de la misma alma. Unidos para siempre, sin importar cuánto tiempo los hubiera separado alguna vez.

—No fue una decisión difícil. Por mucho que quisiera regresar a mi época, reclamar mi hogar y mis tierras una vez más, estaba viviendo en un estado de negación. La historia me expulsó de ese tiempo por una razón, y una muy buena razón, por cierto. Cuando dijiste que te quedarías, mi propio destino quedó sellado, sin importar las palabras que pronuncié para disuadirte en ese momento. No podría haber vivido sin ti, muchacha. Así como nunca quiero vivir sin ti ahora. Esta época, aunque diferente y nueva, es buena para mí y para Alasdair. Mi hijo crecerá en un mundo donde no se le amenaza por quién es o cuánta tierra posee. Somos libres de disfrutarlo, y tú me diste ese regalo y estaré eternamente agradecido.

Kenzie se apoyó sobre su codo y le dio un beso largo y prolongado. —Así que, de cualquier manera, estábamos destinados a estar juntos.

—Aye, salvaste a tu escocés salvaje, y te lo agradezco. Ahora vuelve aquí y bésame otra vez.

—Por supuesto, mi señor. Será un placer —Y lo fue, por supuesto. Siempre.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

